

PAUL  
KEARNEY  
CORVUS

*“Uno de los más extraordinarios escritores de fantasía.”*

Steven Erikson

Rictus de Isca, legendario guerrero, es el comandante de los Cabezas de Perro, los mercenarios más solicitados de la raza macht. En su juventud, Rictus comandó la retirada del mítico ejército de los Diez Mil a través del Imperio asurio, y tras aquellos días de gloria, las actuales escaramuzas entre falanges que los macht llaman guerra ya no tienen el mismo sabor.

A punto de colgar su lanza y su escudo para retirarse con su familia al perdido valle donde ha construido una vida pacífica, Rictus recibe la intempestiva visita de otra leyenda andante: el misterioso Corvus, un hombre (o quizá más que un hombre) que ha conseguido lo imposible, conquistar una docena de ciudades estado y ponerlas bajo su mando.

Pero los sueños y ambiciones de Corvus son aún más alocados y constituyen un mayor desafío a las tradiciones macht. En su irresistible estela, ejércitos y ciudades se ven arrastrados hacia un futuro desconocido, y Rictus no puede mantenerse al margen. Pondrá su lanza al servicio de Corvus aunque nadie sepa dónde terminará su desenfrenada carrera, y aunque con ello pierda su última opción de felicidad.



Paul Kearney

# Corvus

Trilogía de los Macht - 2

ePub r1.0

Enlace 23.02.14

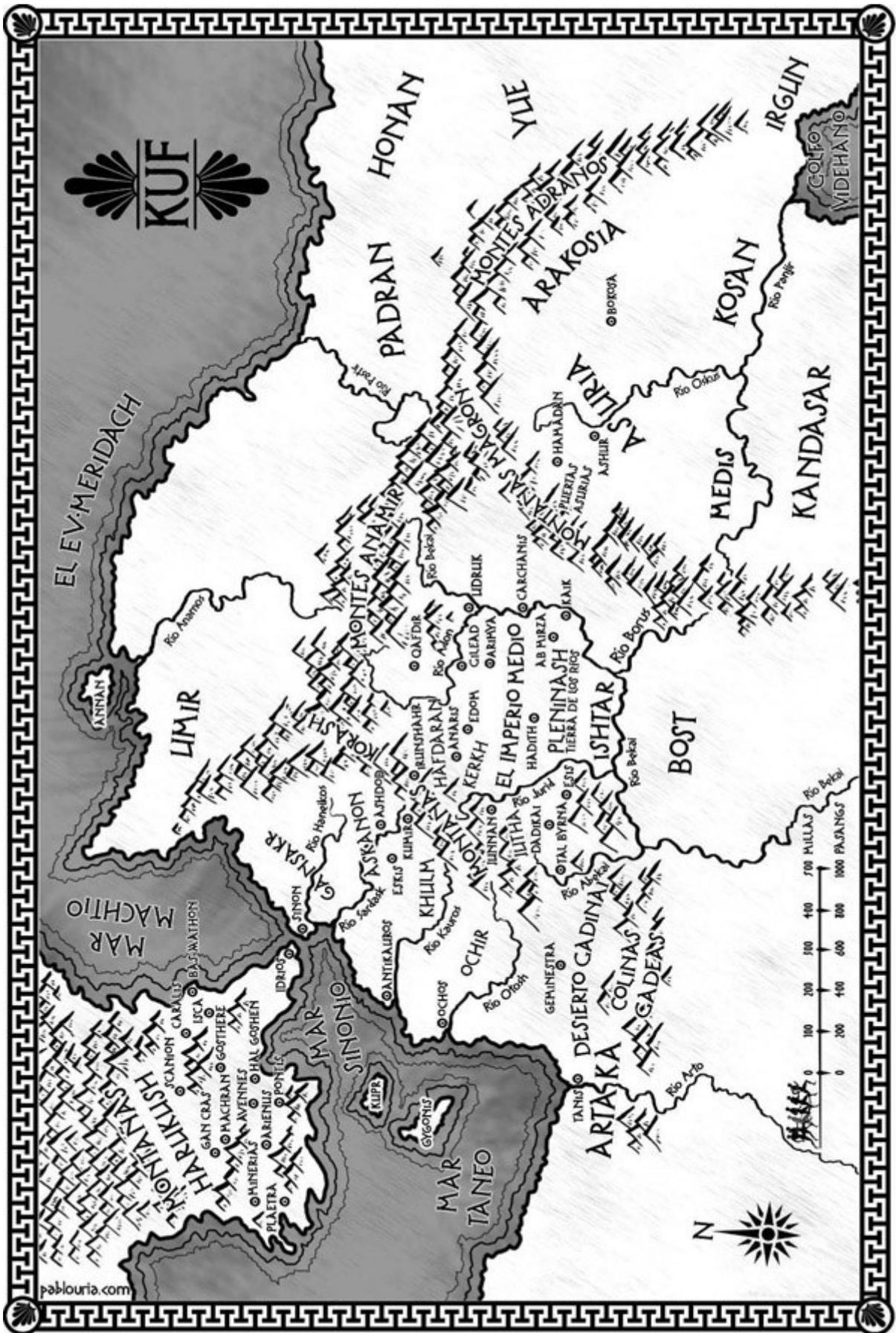
---

más libros en [epubgratis.net](http://epubgratis.net)

---

Título original: *Corvus*  
Paul Kearney, 2010  
Traducción: Nuria Gres  
Ilustraciones: Chris McGrath  
Diseño de portada: Alejandro Terán  
Editor digital: Enhiure  
ePub base r1.0

*Para Marie  
Este libro no hubiera existido sin la paciencia y  
el duro trabajo de Jon Oliver y John Jarrold,  
y les estoy enormemente agradecido a ambos  
por su apoyo y gran profesionalidad.*



**KUF**

EL EVMERIDACH

PADRAN HOYAN

YUE

IRGLIN

GOLFO VIDEHANO

ARAKOSIA

KOSAN

ASLIRIA

KANDASAR

MEDIS

LIMIR

MONTES ANAMIR

EL IMPERIO MEDIO

BOST

MAR MACHTIO

ASKANON

EL IMPERIO MEDIO

ISHITAR

MONTAÑAS HARIKLISH

ASKANON

KHILIM

CHIR

EL IMPERIO MEDIO

ISHITAR

DESERTO GADINA

COLINAS

GADEANS

MAR SINONIO

SINONIO

CHIR

EL IMPERIO MEDIO

ISHITAR

DESERTO GADINA

COLINAS

GADEANS

MAR TANEO

SINONIO

CHIR

EL IMPERIO MEDIO

ISHITAR

DESERTO GADINA

COLINAS

GADEANS



# ***Primera parte***

*La lanza en el umbral*

## *El agua tranquila*

Como siempre, se detuvo en la cresta de la última loma. Apoyado en su lanza, contempló el creciente crepúsculo de sombras azuladas y exhaló algo parecido a un suspiro.

Ante él, la tierra se derramaba en pliegues y hondonadas cada vez más oscuras hasta encontrarse con la sombra llana de la cañada en el fondo del valle. Distinguió un destello rojo cuando el río pareció levantar la vista hacia la última luz del sol. Luego las laderas montañosas de alrededor parecieron arremolinarse, casi encogiéndose ante la llegada de la noche, y el valle desapareció, como en el truco de un prestidigitador. Pero en aquella tranquila oscuridad, pudo distinguir el resplandor de una luz, que ardía firme y amarilla.

La lanza crujió bajo su peso. Las correas de cuero del petate y el escudo se le clavaban en los hombros. El calor del día pareció abandonarle, como si el aire cálido se precipitara a llenar la fría oscuridad del fondo del valle. Cerró los ojos cuando el aire le besó el sudor resplandeciente de la frente, y se volvió, irguiéndose.

Tras él, en la cara norte de la loma, había una larga hilera de hombres sentados al borde del camino. Todos iban cargados con la coraza y el escudo. Todos empuñaban una lanza. Levantaron la vista cuando se volvió a mirarlos, y sus ojos eran destellos pálidos bajo el crepúsculo que cubría las montañas detrás de ellos.

—He llegado —dijo—. Aquí es donde os dejo.

La noticia recorrió la hilera. Los hombres se levantaron en una oleada de movimiento, como una serpiente que despertara lentamente a lo largo del camino. Tres siluetas se le acercaron desde el inicio de la fila, formando una punta de flecha. Una de ellas llevaba un estandarte, un asta de madera de tejo con una bandera harapienta que ondeaba perezosamente bajo la brisa del crepúsculo. En su maltrecha superficie podía distinguirse apenas el hocico estilizado de un perro o un lobo.

—Te visitaremos antes de las primeras nieves —dijo el portaestandarte, un tipo enorme con la frente arrugada sobre unos ojos como astillas de cristal azul, Sonrió, mostrando unos dientes anchos y amarillos, algunos de ellos adornados con hilo de plata.

—No lo haréis. Sois unos embusteros, y lleváis demasiado oro en el bolsillo. No lo gastes todo de una vez, Kesiro. Y tened los ojos bien abiertos por esos tipos de Machran, especialmente Karnos. Cuando llegue el Año Nuevo, tendréis que encontrar nuevos trabajos.

—¿Y tú, Rictus? —dijo otro de ellos. Era más joven, un hombre alto, delgado y pelirrojo que hubiera poseído la belleza de una muchacha de no ser por una profunda cicatriz bajo el ojo izquierdo, que le arrastraba hacia abajo el párpado inferior, desequilibrando su rostro y dándole una expresión al mismo tiempo burlona y lastimera.

—¿Qué quieres saber de mí?

—¿Te veremos cuando acabe el año?

Rictus hizo una pausa. Su mirada recorrió el camino, por encima de las docenas de hombres que lo bordeaban en silencio, todos ellos con la vista levantada hacia él, en la cima de la loma. El último resplandor del sol se reflejó en sus ojos y los hizo destellar con una luz rojiza. Era un hombre grande, con una melena de cabello rubio veteado de gris, ancho de hombros y largo de brazos, sin una onza de carne de más en el rostro. Cuando apretó los labios, el contorno de los dientes se volvió visible debajo de ellos, y una antigua cicatriz recorrió el camino desde su labio inferior a la barbilla.

—Esperaré a Año Nuevo, Valerian, y veré que me depara Antimone —dijo al fin, restando peso a sus palabras con una sonrisa. Valerian se recolocó el petate sobre los hombros.

—Muy bien entonces. ¡Nos espera Hal Goshen, muchachos! —dijo, y su rostro torcido

se pareció a dos mitades de máscaras diferentes— ¡Nos esperan el vino rojo y las mujeres húmedas! Vendre con Kesiro, Rictus, y te sacaré de tu madriguera antes de que las nieves te entierren demasiado profundamente. —Levantó la lanza por encima de la cabeza, y señaló con ella hacia el este—. ¡Cabezas de Perro! —gritó, y el sonido fue repetido por las montañas y lanzado por todas las tierras altas—. Adelante. Podemos recorrer diez pasangs más antes de que salga Phobos.

Tras él, las largas hileras de hombres emprendieron la marcha, tomando un camino pedregoso que recorría la cresta de la loma, con la última luz del sol a las espaldas. Valerian tendió una mano, y Rictus se la estrechó. Luego el corpulento y arrugado portaestandarte, Kesiro, hizo lo mismo. Se pusieron al frente de la hilera de figuras cargadas, y Rictus se quedó mirándolos marchar. Mientras los hombres pasaban junto a él en su camino hacia el este, todos ellos le dirigieron una inclinación de cabeza. Unos cuantos se golpearon el pecho con las lanzas en señal de saludo. Cuando hubo pasado la retaguardia, había oscurecido casi por completo, y millones de estrellas resplandecían en el cielo.

Una silueta oscura se desplegó entre las sombras por debajo de Rictus y se irguió hasta convertirse en un hombre compacto de barba negra, con el rostro afilado como el hocico de un zorro.

—Bueno, ¿vas a quedarte aquí hasta que te encuentre Phobos, o vamos a ir a casa? —preguntó el hombre, malhumorado. Bostezó y se frotó los ojos.

—Todo es bajada desde aquí, Fornyx —dijo Rictus—. Esta noche dormirás en una cama con un buen fuego junto a los pies.

Los dos hombres emprendieron el descenso hacia la cañada, desde donde se elevaba el sonido de agua corriente. Se movían en silencio, y sus pies calzados con sandalias devoraban la pendiente con el paso firme propio de los hombres habituados a marchar durante toda su vida.

—No vas a retirarte. Sólo se lo dices para tomarles el pelo —dijo Fornyx, hurgándose los dientes con la uña del pulgar mientras caminaba.

Rictus siguió andando en silencio, con los ojos fijos en el único punto de luz visible en la cañada debajo de ellos.

—Y si vas a retirarte —continuó Fornyx—, ¿por qué enterrarte en vida en estas colinas? Es muy difícil llegar hasta aquí, Rictus. —Al no recibir respuesta, continuó—: Cualquier ciudad de las Harukush te cubriría de oro sólo por tener tu lanza plantada en sus murallas. Podrías vivir como un rey, si quisieras.

—Nosotros no tenemos reyes —dijo rápidamente Rictus—. Y no siento ningún deseo de convertirme en uno. Maldita sea, Fornyx, ¿es que nunca te callas? Amas estas colinas tanto como yo. Y además, ya hay bastante oro enterrado bajo la chimenea de Andunnon.

Fornyx sonrió, con un aspecto más lobuno que nunca. La parte superior de su cabeza alcanzaba apenas el hombro de su compañero, pero los músculos de sus brazos y piernas eran como alambres enrollados, y seguía el ritmo de las largas zancadas de Rictus sin esfuerzo aparente.

—Hablar me divierte, y si nadie me responde, seguiré divirtiéndome hasta que se me haga caso.

—Bien, diviértete en silencio un momento, ¿quieres? Para aquí.

Se detuvieron, casi al borde un río montañoso, que caía resplandeciendo desde un acantilado rocoso al oeste y recorría el fondo de la cañada, espumeando y gorgoteando en su lecho de piedra. Rictus aspiró profundamente el aire cada vez más fresco.

—¿Hueles los pinos? —preguntó—. Todavía hay ajo en la orilla opuesta, y también tomillo. Me pregunto cómo le ha ido a la cebada este año.

—Igual que el anterior, supongo —dijo Fornyx con un resoplido—. Aise y Eunion lo tendrán todo floreciendo, como siempre. Vamos a refrescarnos los pies.

Empezó a chapotear a través del riachuelo plateado. Rictus le observó, sonriendo ligeramente. En los bosques colgantes que alfombraban las partes altas de la cañada ululó un búho, como si él también se preguntara qué le estaba reteniendo. Su mano ascendió hasta su cuello, y allí, al borde de su coraza, acarició un cordón de cuero del que colgaban un diente de lobo y un fragmento de coral redondeado. Luego Rictus empezó a vadear las rápidas y frías aguas en pos de Fornyx.

Acudieron los perros, que les recibieron ladrando cuando se acercaron a los aleros de la granja, pero sus ladridos se convirtieron en grititos de felicidad al captar el olor de los dos hombres. Eran perros de caza grandes y moteados, que saltaban como cachorros en torno a Rictus y Fornyx, con la lengua colgando de entusiasmo. Un cuadrado de luz se abrió en la noche, deslumbrador, eliminando las estrellas y convirtiendo la cañada que les rodeaba en un espacio negro e insondable.

Apareció una mujer recortada en el umbral, con la luz del fuego y las lámparas brillando detrás de ella junto con el sonido de risas infantiles. La mujer dirigió una palabra brusca a los perros, que se calmaron al instante, sonriendo de felicidad. Las risas del interior cesaron. Rictus se acercó a la puerta.

La mujer que tenía delante era alta, con los ojos y el cabello color hierro. Iba envuelta en un chal de lana fina, del mismo tono azafrán que la luz que tenía detrás, de modo que parecía bañada en un cálido resplandor. Su rostro era largo, su mandíbula fuerte como la de un hombre, y al ver a Rictus y Fornyx sus ojos se abrieron ligeramente, pero aquél fue el único cambio en su rostro. Regreso al interior de la casa y salió con un plato plano.

—Señor. Bienvenido a casa —dijo, con una voz tan suave como la miel de brezo. Rictus y Fornyx tomaron sal del plato y la probaron.

—Que Antimone nos bendiga a todos —dijo Fornyx.

—Aise —dijo Rictus. Y se inclinó para besar a la mujer en la frente.

Ella se hizo a un lado.

—Pasad. Os esperábamos desde que llegaron las noticias de Nemasis, hace más de un mes. —Una breve pausa, lo bastante larga para ser percibida—. Es tarde, pero todavía queda algo de cena.

Rictus tuvo que inclinarse para entrar en la casa. La luz de las lámparas y el escozor que el humo de leña le provocó en los ojos le obligaron a parpadear.

Era una granja de montaña, larga y baja, de paredes y suelo de piedra, con tejado de juncos del río. Tenía una chimenea en forma de colmena frente a la puerta, de la que emanaba la débil fragancia del pan cocido. De las vigas colgaban lámparas de aceite, suspendidas de cadenas de plata (Rictus las había traído del asedio de Avensis, quince años atrás), y la pesada mesa de pino y los bancos que habían construido Fornyx y él entre blasfemias de borracho, más de una década atrás, continuaba en su sitio, oscurecidos por el tiempo y el uso.

Pero también había objetos desconocidos: un nuevo telar se erguía entre las sombras de la pared norte, y un cofre con goznes de bronce había sustituido al anterior, donde Rictus había guardado sus manuscritos durante tanto tiempo como la casa llevaba en pie.

Y la gente también había cambiado. Eunion se levantó de su lugar junto al fuego, llevándose el puño al pecho. Se movía con más dificultad de lo que Rictus recordaba, y en su cráneo había aún menos cabello, pero la viva inteligencia de sus ojos oscuros era la misma.

—Bienvenido a casa, amo —dijo, usando aún el término, aunque Rictus le había liberado muchos años atrás.

—¿Estás bien, Eunion?

—Tan bien como siempre, amo. La señora me mantiene vivo.

Los recién llegados dejaron caer su carga sobre el suelo de piedra, aflojando los cierres

de su armadura. Eunion les retiró las corazas negras de las espaldas y las colocó con gran respeto sobre los soportes en forma de cruz junto a la pared del aguilón. Hizo lo mismo con el resto del equipo, hasta que pareció que había dos hombres con armadura y yelmo agazapados entre las sombras, con los hombros cubiertos por capas escarlatas.

Aise había desaparecido por la puerta trasera, y pudieron oírla dar palmadas llamado a los esclavos. Rictus fue a detenerla (no quería alboroto), pero lo pensó mejor. Era su casa, después de todo, y había pasado más de un año desde su última visita.

—Bien, ¿no vais a decirme nada? —dijo a las dos delgadas figuras erguidas junto al fuego—. ¿Es que no me conocéis?

—Siempre —dijo una de ellas, que saltó a sus brazos enseguida.

Rictus la hizo girar por el aire, riendo y respirando su olor, sintiendo la ligereza de la juventud de la muchacha contra su cuerpo; luego la dejó en el suelo y la miró fijamente.

—Por los dioses, Rian, eres aún más alta. ¿Es que nunca vas a parar de crecer?

—No hasta que sea tan alta como tú —replicó ella—. Un día podré mirarte directamente a los ojos.

—Tú siempre podrás mirarme a los ojos. —La besó, rodeándole el rostro con sus manos grandes y encallecidas por la lanza. La muchacha tenía los ojos de Rictus (o eso le habían dicho) y el cabello negro y espeso de la juventud de su madre.

—¿Cuántas primaveras tienes ahora? ¿Trece?

—Catorce —le corrigió ella desdeñosamente.

—Me apuesto algo a que hay colas de pretendientes en la puerta, deseosos de casarse contigo —dijo.

—Sí, pero ninguno de ellos es lo bastante rico..., ¡Y quiero a un hombre que sepa leer! Rictus y Kornyx se echaron a reír.

Aise regresó con los dos esclavos de la casa, Garin, un hombre corpulento de unos treinta años, y una muchacha, una recién llegada a quien Rictus no había visto antes.

—¿Dónde la conseguiste? —preguntó a Aise, frunciendo el ceño. Rictus era quien tomaba las decisiones sobre la compra y venta de esclavos, una de las obligaciones del señor de la casa—. ¿Qué le ocurrió a Veria?

—Garin la dejó embarazada, y perdió al niño. Después de aquello, no hacía otra cosa que llorar por los rincones y no servía para nada, de modo que la vendí. Compré a esta chica, Styra, en Hal Goshen, en el mercado grande.

—Hal Goshen, —Rictus se mordió los labios, tras ver que Aise levantaba la barbilla a su modo combativo, como si se preparara para un golpe. Aquél no era el momento.

Miró a Garin, atareado amontonando leña y hojarasca junto al fuego, pero el hombre llevaba su máscara de esclavo, una expresión vacía y pétrea. Él y Veria habían formado una pareja, una unidad que Rictus no hubiera roto. Pero era más sentimental respecto a aquellos asuntos de lo que Aise había sido nunca. Tal vez se debía a los recuerdos de sus propias pérdidas.

—Padre, no le has dicho nada a Ona —dijo Rian en un susurro, apretándole la mano.

—Sí, sí. Ven aquí, muchachita, no te morderé.

Aise le había estropeado un poco el humor, y se le notó en la voz.

Ona se le acercó, como un ratón a un halcón. Él le tendió una mano; la otra estaba aún en la cintura de su hija mayor.

—¿Ona? No pasa nada. Ven aquí conmigo.

Su hija menor también había crecido. Se había convertido en una niña de rostro pecoso, con el cabello castaño y grandes ojos verdes.

Tenía ya siete... no, ocho años. Rictus la agarró con el brazo libre y la atrajo hacía sí, recordando cuando cabalgaba sobre sus hombros riendo a carcajadas el otoño anterior, y el día que los tres habían regresado de los bosques con un cesto de setas y el pelo lleno de hojas de haya. Mantuvo a sus hijas en el círculo de sus brazos,

sintiendo el aliento de Rian en el cuello y las manitas rollizas de Ona apretándole el brazo, y sólo entonces le pareció que verdaderamente había regresado a casa.

Había buena comida preparada para ellos, pese a lo tardío de la hora. Garin avivó el fuego hasta que resplandeció como una lámpara, y la esclava nueva, Styra, puso la mesa con los platos esmaltados que Rictus y Fornyx habían traído de alguna antigua campaña en la costa, cerámica de un rojo brillante decorada con delfines y pulpos.

Había pan de cebada y queso de cabra, olivas negras y aceite verde, y tiras de jamón curado del cerdo que habían matado el mes anterior. Ajo recogido junto al río, cebollas púrpuras que hacían lagrimear los ojos, y tomillo fresco para perfumarlo todo. Y vino, el vino amarillo y ligero con sabor a resina de las tierras altas. Rictus y Fornyx cayeron sobre la comida como perros hambrientos, y durante un rato la casa quedó en silencio, a excepción de sus gruñidos apreciativos y el crepitar de la leña en el fuego. Pero finalmente quedaron saciados, y se apartaron de la mesa emitiendo una mezcla de gruñido y gemido.

—¿Vino del año pasado, señora? —preguntó Fornyx.

Aise asintió.

—Preparamos seis ánforas, y todavía quedan cinco llenas. No bebemos mucho vino en ausencia del señor de la casa.

Rictus se levantó de la mesa, desperezándose. Alborotó el cabello negro de Rian al pasar junto a ella, y ajustó el resplandor oscuro como la medianoche de su coraza, expuesta en su soporte junto al aguilón este. Pasó los dedos por el penacho horizontal de pelo de caballo de su yelmo, y tocó la empuñadura de cuero de su lanza.

Permaneció allí un rato. Fornyx estaba convenciendo a Ona de que se sentara en su regazo; siempre había sido su favorita, tal vez porque su propia hija había tenido el cabello caoba. Aise recogía la mesa, y Eunion y los esclavos habían salido a echar un último vistazo al rebaño, o lo que quedaba de él. La granja recuperaba la rutina interrumpida de la noche, tras haber hecho un espacio para Rictus y Fornyx.

—¿Adónde has ido este año, padre? —preguntó Rian, reuniéndose con el frente a la sombría panoplia de su armadura. Rictus recordó la campaña de aquel verano, las interminables marchas a través del polvo, los errores e incompetencia de los hombres que le habían empleado. La sangre escarlata resplandeciendo sobre la hierba marchita. Un hombre destripado, tratando en vano de apartar las moscas de sus entrañas. Sus hombres cantando mientras mataban. Rictus cerró los ojos un segundo.

—No ha sido gran cosa. Muchas carreras por las colinas en torno a Nemasis. Apenas hemos tenido que luchar.

—¿Y tus hombres? ¿Están... están todos vivos?

—No todos, cariño. Así es la guerra; no todo el mundo puede regresar. Pero cantamos el Peán sobre las piras de nuestros muertos, devolvimos los suyos a los perdedores, y así terminó todo.

—¿Y Valerian está bien?

Rictus la miró con expresión divertida, aunque sólo a medias.

—Valerian está entero, como siempre. No me digas que todavía sientes algo por él, mi niña.

Rian se sonrojó, y su rostro pareció florecer.

—Sentía curiosidad, eso es todo.

—Bueno, tal vez le veas de cerca antes de que llegue el invierno. Él y Kesiro han prometido venir a visitarme antes de que la nieve cierre los pasos.

—¿De veras? —Su rostro se iluminó, como una margarita tocada por el sol. Extendió los brazos, le rodeó el cuello y le besó la cicatriz de la barbilla.

—De veras. Ahora vete a la cama, y llévate a tu hermana. Es casi medianoche.

—Por la mañana te enseñaré una cueva nueva, donde Eunion dice que duermen los osos.

—Sí, haremos eso. Ahora a dormir.

Durante los años, la granja había sido ampliada y extendida. Originalmente, consistía tan sólo en una habitación alargada con una tosca chimenea y una sola puerta torcida, cubierta por un trozo de piel de cabra. Aquello había sido al principio. Entonces Rictus, Fornyx y Eunion habían construido las paredes, piedra a piedra, y usaron mimbres de sauce para aguantar el tejado de turba. La propia Aise había cortado la turba, tendiéndosela a los hombres encaramados a las paredes.

Aquel primer invierno había sido tan frío que los cuatro dormían acurrucados juntos bajo las pieles de cordero, tan cerca del fuego que la lana se tiñó de oscuro, y los lobos rondaban y husmeaban junto a la misma puerta.

Desde entonces, el lugar se había ampliado casi cada año, y habían transcurrido cerca de veinte. Durante aquel tiempo, Rictus había combatido en quince campañas, y sólo había pasado unos cuantos veranos y primaveras allí.

Rictus llamaba a aquel valle Andunnon, Agua Tranquila, pues cuando el río se curvaba al fondo de la cañada detrás de la casa, su lecho se ensanchaba y la corriente se volvía parda y perezosa, con truchas del color de las pecas moviéndose como sombras en las profundidades iluminadas por el sol. También había sido el nombre del hogar de su niñez, muy al nordeste de allí, cerca de las ruinas quemadas de lo que había sido una ciudad.

Andunnon había florecido desde una simple cabaña de piedra a una verdadera granja. Habían cortado los arbustos y domesticado la maraña de olivos silvestres de la ladera oeste; habían plantado viñas al este, donde la cañada recibía el mejor calor del sol, y sembrado cebada en el suelo llano y fértil del valle. Pan, vino y olivas, la trinidad de la vida. Lo habían fabricado todo allí. Y también habían fabricado niñas, que continuarían con aquella vida después de ellos. Era más de lo que Rictus había soñado con poseer. Y no había necesitado construirlo con sangre.

La granja tenía anexos y extensiones: habitaciones para los esclavos y visitantes, y también para Fornyx, pues aquella también era su casa. Se había convertido en una extensión deforme y mal diseñada de piedra, turba y juncos que sin embargo parecía pertenecer al paisaje tanto como el río que la rodeaba. La granja se había acomodado a la propia tierra, y formaba parte de las estaciones igual que la mano de un hombre formaba parte de su brazo. No importaba lo lejos que Rictus estuviera, ni a cuántos hombres hubiera arrebatado la luz de la vida, su hogar estaba allí, y allí era donde su espíritu encontraba la escasa paz que los recuerdos le permitían.

Fornyx se había acostado, con el potente vino amarillo resonando en su cabeza, y Rictus se reunió con Aise junto al fuego moribundo, con los perros tumbados y satisfechos a sus pies. Aise había apagado las lámparas, todas menos un pequeño cuenco de arcilla que iluminaría su camino cuando se acostaran, y entre su luz parpadeante y el resplandor rojizo del hogar, su esposa casi le pareció joven de nuevo, con las arrugas disimuladas y los fuertes huesos de su rostro resaltados por las sombras.

Rictus podía ver a Rian en aquel ostro, y a Ona, y al niño que había nacido entre ellas y cuyas cenizas formaban parte de la tierra y el aire del mismo valle. Alargó la mano. Aise le miró con su sonrisa precavida, y dejó que le tomara los dedos.

—Bien, esposa —dijo Rictus.

—Bien, esposo.

El viento arreciaba en el exterior, y por el silbido en la chimenea de arcilla Rictus supo que procedía de las montañas del oeste. Pronto llegaría la nieve, tal vez aquella misma noche. Estuvo a punto de preguntar a Aise si ya habían llevado a las cabras a los pastos bajos, pero se contuvo a tiempo. Ella se habría encargado, como se encargaba de todo cuando él no estaba.

—La cerda tuvo una camada de seis —dijo Aise, retirando la mano—. Matamos a dos,

y vendimos al resto en Onthere. Los vorine se llevaron a dos cabritos, pero en primavera Eunion y Garin encontraron una madriguera en la colina de Crag, y mataron a la hembra y sus cachorros. No hemos visto más desde entonces.

Rictus asintió.

—El prensado ha sido bueno, una docena de jarras. Hice la pasta de olivas que te gusta, con vinagre negro de las tierras bajas; compramos un odre cuando vendí los cerdos.

—No debiste vender a Veria dijo Rictus en voz baja.

El rostro de Aise no se alteró.

—Estaba descontenta, siempre hablando de su bebe muerto, e inquietaba a Garin con sus lloros.

—Un hijo muerto no es una tontería —dijo Rictus, con más calor en la voz. Aise no pareció oírle.

—Tuve que coger oro del cofre para pagar la diferencia, pero Styra es un partido mejor. Es joven, tiene buenas caderas, y Garin tendrá pronto un hijo con ella. —Hizo una pausa—. A menos que prefieras ser tú mismo quien are su campo.

Rictus miró a su esposa entre el enfado y el desconcierto, estudiando su rostro a la roja luz del fuego.

—No me acuesto con mis esclavas, esposa. Eso es algo que nunca he hecho.

—Yo fui tu esclava, y te acostaste conmigo —dijo Aise fríamente.

Algo parecido a un escalofrío recorrió la espalda de Rictus. Habían ido directamente a los antiguos depósitos de armas olvidadas y almacenadas en sus corazones, y las habían desenterrado todas. Volvían a estar afiladas y resplandecientes.

—Entonces era distinto. Nosotros éramos distintos. Por los dioses, mujer, no quiero hablar de esto la primera noche que paso en casa. Tú eres la piedra sobre la que he construido esta vida. Lo hecho, hecho está.

—Y durante las campañas del año, ¿recurre a los servicios de alguna chica del campamento al final del día?

—Sabes que sí, de vez en cuando. Soy un hombre. Tengo sangre en las venas.

—Cuando te fuiste, dijiste que iba a ser una campaña de verano, nada más. Y aquí estás, después de casi un año y medio. Me dijiste que esto había terminado, Rictus. No más campañas. Me dijiste que dejarías la capa escarlata y te quedarías aquí conmigo.

—Lo sé.

—No necesitamos más dinero; tenemos todo lo que un hombre podría desear.

—Excepto un hijo —espetó él. Y en cuanto lo hubo dicho, sintió deseos de abofetearse a si mismo. Una pelea estúpida, tan inútil como la campaña de aquel año.

Aise miró fijamente el fuego, y de algún modo pareció marchitarse ante Rictus, aunque no se movió.

—No debí decir eso; no tenía ningún motivo —dijo él, tendiéndole de nuevo la mano. Ella se la dio, pero como algo inerte. Su actitud era obediente, nada más.

—Los hombres quieren hijos —dijo Aise en tono ligero—. Así es la vida. Así es como los hombres quieren ser recordados. Una hija abandona la casa, y se convierte en parte de otra familia. Un hijo continúa la suya —Miró a Rictus directamente, con el rostro inexpresivo como la hoja de una espada—. Deberías tomar otra esposa.

—Ya tengo esposa.

—Ya no puedo tener hijos, o me falta tan poco para ello que no importa. Y tú tampoco eres joven. Si quieres un heredero, tendrás que engendrárselo a alguna mujer decente; no estaría bien que su madre fuera una esclava.

—Tú también fuiste una esclava —le recordó Rictus con vehemencia—. ¿Crees que eso me importa, después de todo este tiempo?

Ella sonrió, y en su rostro había amargura y al mismo tiempo una especie de felicidad, como si un recuerdo le hubiera iluminado los ojos.

—Tú me liberaste. No quisiste tomar a ninguna otra que no fuera yo. No lo olvido, Rictus. Nunca lo olvidaré.

—Entonces vamos a la cama —dijo él, tirándole de la mano como un niño que tratara de llamar la atención de su madre. Era como intentar arrancar la raíz de un roble.

—No; me quedaré aquí un rato con los perros. Tú ve a la cama. Hay una jofaina de agua para que te laves.

—Hubo un tiempo en que me hubieras lavado tú misma, Aise, y yo te hubiera devuelto el favor.

—Ya no somos jovencitos, Rictus, para aparearnos como perros a la mínima oportunidad.

—Tampoco estamos muertos —espetó él, y se levantó, con el rostro lleno de ira. Tomó a su esposa por los brazos y la puso en pie. Ella le miró directamente, inexpresiva como la pizarra. Con algo parecido a un gruñido, Rictus la tomó en brazos y atravesó la habitación, mientras los perros gemían al percibir el cambio de ambiente. Abrió de un puntapié la puerta que conducía a su dormitorio. Había una sola lámpara encendida, y sus músculos se tensaron mientras se preparaba para arrojar a la mujer sobre la cama. Pero se detuvo, con los brazos en torno al delgado cuerpo de su esposa. Ella estaba tensa, como el rostro de un hombre preparado para recibir un golpe.

Era un espacio pulcro y ordenado. Aise le había preparado un quitón nuevo, y las maltrechas sandalias que siempre utilizaba en la granja, Vio las últimas flores del año, recién cortadas en un jarrón, el jarrón aguamarina que había traído de Sinon, hacia una eternidad, y que ella siempre había conservado, por el recuerdo. Sábanas limpias, jarra y jofaina, todo preparado como se lo había preparado Aise durante más de veinte años, a veces bajo un techo, a veces bajo la lona harapienta de una tienda de campaña, y a veces bajo nada más que el dosel de las estrellas. Su ira se esfumó.

La depositó suavemente sobre el lecho de sauce, con el rostro apretado. Besó a su esposa en la frente; sus rasgos eran ilegibles bajo la sombra que él proyectaba frente a la lámpara. Permaneció un momento ante ella, como un gigante oscuro, un intruso que llenaba la habitación con su corpulencia y el olor del camino, el hedor del ejército. Luego se volvió y salió, cerrando la puerta detrás de él.

La primera noche de su regreso, Rictus durmió en el suelo frente al fuego moribundo, envuelto en la capa escarlata y con los perros enroscados en torno a él por toda compañía.

## *La cabra y su águila*

Como había predicho Rictus, la nieve hizo su aparición aquella noche, cayendo en silencio en la oscuridad. Rictus se levantó mucho antes del amanecer para avivar las cenizas del fuego y hacer brotar de ellas un calor rojo, arrojando lumbre sobre el resplandor de las ascuas. Los perros se pusieron en pie a su lado, desperezándose y bostezando. El viejo Mij le lamió la cara y no quiso separarse de él hasta que le hubo rascado bien las orejas, mientras Pira, la joven perra, se revolcaba por el suelo, arqueando la espalda como un gato.

Abrió la puerta y se estremeció en su capa desgastada. En la oscuridad previa al alba, la nieve se extendía, gris y uniforme a través del valle que tenía delante. Por encima del borde de las montañas aún se veía al rojo Haukos, pero su hermano Phobos casi se había puesto.

Rictus anduvo descalzo sobre la nieve virgen, con los perros trotando detrás de él. En la blancura uniforme, sólo el río parecía oscuro en su ruidoso parloteo consigo mismo. Unas huellas en la nieve captaron la atención de Rictus; una liebre, y junto al borde del río había excrementos de un campañol aventurero que aún no estaba listo para su sueño invernal. Los perros olfatearon la orilla mientras lamían el agua.

Rictus se arrodilló junto a ellos sobre el gélido barro y sumergió las manos en la corriente, arrojándose agua sobre la cabeza y el cuello. El frío le hizo jadear, pero le despertó por completo.

Cuando regresó, la casa había cobrado vida. El fuego era un rugido amarillo, y Aise atendía una cacerola colgada sobre él; gachas de cebada, a juzgar por el olor. La nueva esclava, Styra, había traído más leña, y Fornyx estaba sentado a la mesa de la cocina, con los rastros de la bebida de la noche anterior visibles en el rostro.

—Estás demasiado despierto —dijo a Rictus—. No bebes lo suficiente; nunca lo hiciste. Señora —dijo a Aise—, ¿queda algo más de aquel buen vino amarillo para hacer pasar la resaca?

—Las gachas te sentarán mejor —dijo Aise, mientras depositaba un cuenco frente a él.

—¿Dónde están las niñas? —le preguntó Rictus.

Ella no levantó la vista de la cacerola para replicar:

—Fuera, ordeñando las cabras. Volverán enseguida. Come, esposo, mientras está caliente.

Rictus comió de pie, siguiendo su antigua costumbre, tomando con los dedos la pegajosa sustancia, hasta que captó la mirada significativa de Fornyx y cogió una cuchara de cuerno de la mesa.

Entraron las niñas, con cubos de leche de cabra tibia, charlando como estorninos, aunque Ona se quedó callada y con los ojos muy abiertos al ver a su padre con su capa roja de guerrero. Eunion las seguía de cerca, envuelto en la grasienta piel de cordero que había llevado todos los inviernos desde que Rictus le conocía. De repente, la cocina se convirtió en un lugar vivo, ruidoso y lleno de gente, una mesa rodeada de rostros entre el estrépito de los utensilios. Fornyx empezó a intercambiar bromas matutinas con Rian como si nunca hubiera estado fuera, y los perros permanecieron silenciosos tras las dos niñas, hasta que su paciencia dio frutos en forma de cortezas de pan mojadas en leche.

Rictus se quedó en pie junto a la puerta, mientras hacía girar mecánicamente la cuchara en el cuenco vacío. Los contempló sin decir nada, como el fantasma de un guardián, y sintió un dolor inexplicable cerca del corazón. Aquella era su familia. Él la había unido, la había creado, Las niñas eran de su propia sangre, y los demás estaban tan unidos a él por los recuerdos y el paso de los años que eran igual que parientes.

¿Por qué, entonces, se sentía a veces como si fuera un forastero que lo contemplaba

todo desde el exterior?

Eunion había sido tutor de literatura antes de que Rictus y sus hombres derrotaran en una batalla al ejército de su ciudad. Una décima parte de los soldados derrotados habían sido vendidos como esclavos en cumplimiento de los acuerdos que habían concluido la guerra, un asunto sin ninguna importancia en algún lugar al oeste de Machran. Rictus ni siquiera recordaba ya el nombre de la ciudad que le había contratado para combatir contra el pueblo de Eunion.

Los derrotados habían echado a suertes quién sería vendido, y la fortuna no había favorecido a Eunion. Tenía una hermosa voz de cantante, y conocía todas las canciones y baladas de las tierras bajas del oeste; por ello, y por su cultura, Rictus lo había comprado, para salvarlo de los traficantes de esclavos que acudían como cuervos a la conclusión de cada batalla. Una decisión simple, tomada en el impulso del momento. Había evitado que Eunion acabara en las minas, y le había granjeado a Rictus la amistad de un hombre excepcional, tan honesto y decente como era posible serlo en aquel mundo fracturado.

Fornyx había tomado la capa escarlata al servicio de un centón mercenario cuando era poco más que un niño. Había sido maltratado por los soldados, y convertido en un sirviente. Los centones de Rictus les habían derrotado en un combate duro y encarnizado cerca de la costa de Kupria. Era otoño; la temporada de campañas casi había terminado, y los dos pequeños ejércitos habían combatido bajo la lluvia, convirtiendo el suelo bajo sus pies en un pantano donde los heridos eran pisoteados y asfixiados.

Al acabar la batalla, Rictus había encontrado al pequeño Fornyx destrozando el cráneo de su propio centurión con una piedra. Había reconocido la mirada en los ojos del niño; la había visto en los ojos de muchos otros por todas las ciudades azotadas por la guerra de las Harukush. Hubo una época en que su propio rostro había tenido el mismo aspecto. De modo que había reclutado al pequeño Fornyx para sus propios centones, y con el tiempo el niño se convirtió en un hombre que resultó más fiel que ningún perro, aunque poseía un sentido del humor ácido, capaz de provocar oleadas de carcajadas entre los hombres o hacer que se lanzaran unos sobre otros en el tiempo que se tardaba en beber un cuenco de vino.

Años después hubo una esposa y una hija, asesinadas por los hombres cabra mientras viajaban al encuentro de Fornyx allí, en Andunnon. Fue la única ocasión en que Rictus vio llorar a su amigo, mientras quemaban los lastimosos restos de su familia en una pira improvisada. Después de aquello, fue como si una luz se hubiera apagado en su interior.

No fue hasta el nacimiento de las hijas de Rictus que Fornyx recuperó algo de su antiguo fuego, como si Rian y Ona fueran de algún modo una compensación por su esposa e hija perdidas. Había vivido en Andunnon desde entonces; Aise había insistido en ello. Fornyx era el primer centurión de los Cabezas de Perro, el segundo de Rictus. Era un líder natural, acostumbrado a dirigir a los hombres más endurecidos. Pero las hijas de Rictus le conocían como el tío Fornyx, que les traía regalos de sus viajes y les contaba historias que las hacían gritar de risa.

Era lo más parecido a un hermano que Rictus hubiera conocido.

Y luego estaba Aise. Rictus la observó, sentada junto al fuego en su lugar habitual, con la mirada enternecida mientras Fornyx explicaba una de sus absurdas historias junto a la mesa y las niñas le escuchaban embobadas.

Aise fue un botín de guerra, una esclava entregada a Rictus como parte del pago de una deuda. Había sido contratado por una ciudad pobre de las tierras altas para que la defendiera durante el largo invierno de las ambiciones de una vecina más próspera. Una vez terminado el trabajo, la ciudad tenía poco dinero con que pagarles, de modo que les había dado lo que había podido: ganado, hierro, vino y esclavos.

Aquella muchacha alta y hermosa de cabello oscuro que tenía aire de reina había llamado inmediatamente la atención de Rictus, algo con lo que indudablemente habían contado los ancianos de la ciudad. Era una auténtica belleza, pero no era aquello lo que atrajo a Rictus. Había visto miles de esclavas hermosas en el curso de sus campañas. No, había sido su porte, la calma que parecía emanar de ella.

Durante las primeras semanas de su posesión, Rictus ni siquiera había intentado acostarse con ella. Había visto lo que hacían las violaciones, y aunque había hombres que las consideraban simplemente una parte más del proceso de las guerras, él las detestaba con toda su alma. Había matado a sus propios hombres por aquel motivo en varias ocasiones. En lugar de ello, trató a Aise con cortesía, casi como si fuera una invitada. Ni siquiera sabía muy bien por qué.

Al menos, no se debía a nada que hubiera podido explicar con palabras que tuvieran sentido, ni siquiera a Fornyx. Pero fue en aquellos días, en torno a las hogueras del campamento, cuando, al mirar los rostros que le rodeaban, Fornyx, Eunion y más tarde Aise, comprendió que había encontrado algo precioso, o que tenía la posibilidad de encontrarlo. Tal vez una especie de plenitud.

Se conocía a sí mismo; en su fuero interno, sabía que estaba tratando de recrear la familia que había perdido años atrás, en la caída de Isca. Pero ello no significaba que estuviera equivocado.

Cuando se acostó con Aise por primera vez, fue porque ella acudió a él por voluntad propia, cosa que aún la volvió más singular a sus ojos. Se unieron por curiosidad y una especie de apetito mutuo. Tal vez ella también trataba de recrear algo de una vida anterior, una vida perdida para siempre.

Poco menos de un mes más tarde, Rictus liberó a Aise y a Eunion, mientras Fornyx ponía los ojos en blanco y los demás centuriones intercambiaban apuestas sobre el tiempo que pasarían entre ellos aquellos extraños.

Habían transcurrido veinte años.

Aise levantó la vista del cuenco para mirarlo. Su magnífica mata de cabello estaba recogida en la parte trasera de su cabeza, ya totalmente gris, y había arrugas oscuras en torno a su nariz. El quitón largo y sin forma que vestía la volvía casi asexual, y sus manos tenían los nudillos ásperos y encallecidos por el trabajo en la granja. Pero sus ojos eran los mismos, aquel gris hierro tan raro en las tierras bajas. Igual que los ojos de Rictus, los de su mujer parecían de una nativa de las tierras altas.

Una oleada de risas recorrió la mesa, y Eunion echó atrás la cabeza como un chiquillo. Fornyx se levantó, secándose los labios, con la broma aún en los ojos.

—Ah, no tenéis sentimientos. Encontráis divertida la historia de mis desventuras. Señora, gracias por la comida; creo que voy a ver el día que hace fuera, y tal vez añadiré algo a la corriente del río. ¿Me acompañas, hermano?

Rictus dirigió otra mirada a su esposa, pero ella estaba limpiando la mesa, dando instrucciones a las niñas y a Eunion y llamando a los esclavos. La maquinaria de la casa funcionaba con regularidad, Su regreso apenas la había perturbado.

—Te acompaño. Aquí no soy necesario. —El tono desagradable de su voz hizo que Aise se detuviera y le mirara una vez más, pero lo que estuviera pensando permaneció oculto tras sus ojos.

El sol había ascendido por encima de las montañas, y el valle era un resplandor intenso de blanco y azul. Los perros pisotearon la delgada capa de nieve, olfateando rastros invisibles. Rictus se quedó junto a Fornyx mientras el otro hombre orinaba en el río, con los ojos cerrados y sonriendo.

—Dale tiempo —dijo a Rictus, y anduvo unos pasos corriente arriba antes de arrodillarse en la nieve para lavarse.

—¿Tiempo para qué? ¿Para empezar a echarme de menos?

—Hemos estado fuera un año; más de un año. Ella es la señora aquí, Rictus. Luego

llegas tú y alteras todo su mundo. Os llevará tiempo, pero los dos lo conseguiréis al final; siempre lo hacéis. —En voz más baja, añadió—: Cada año igual.

—Te he oído, listo.

—Muy bien. Escúchate también a ti mismo: nervioso como un niño. Dentro de tres días, Ona te estará abrazando, Aise tendrá besos para ti mañana y noche, y Rian seguirá pensando que su padre es un dios entre los hombres.

—Tal vez fui un estúpido por pensar en retirarme, en pasar aquí todo el año.

—Eres un estúpido, desde luego, pero no porque te falte amor por tu familia. Eres un maldito estúpido si piensas que cuidar cabras y plantar cebada será vida suficiente para ti.

—Fue suficiente para mi padre, y era iscano.

—No se trata de Isca. —Fornyx se irguió y resopló—. ¡Phobos, el agua esta fría! Rictus, esa capa roja a tu espalda es todo lo que has conocido. ¡Por la misericordia de Antimone, fuiste el líder de los Diez Mil! Y, para bien o para mal, siempre lo serás. Me apuesto la paga de un año a que cuando oigas hablar de la próxima guerra, te pondrás húmedo como una chica ansiosa de poder rodear algo con las piernas.

—¿Y que me dices de ti, pequeña comadreja barbuda? ¿Es que no tienes deseos de sentar la cabeza y...? —Estuvo a punto de decirlo. Y ver crecer a tus hijos. La frase flotó en el aire entre ellos.

—Si tengo una casa —dijo Fornyx, mucho más serio—, está aquí. Y el día que tú cuelgues la capa escarlata, yo haré lo mismo. No querría servir con nadie que no fueras tú.

—Nadie más te aceptaría.

Fornyx sonrió.

—No estés tan seguro. Haber sido el segundo de Rictus de Isca cuenta para mucho en este mundo. —Vaciló—. Sin embargo, te envidio.

—¿Qué es lo que me envidias? —preguntó Rictus. «Se trata de Aise», pensó. «Siempre se ha tratado de Aise». Pero las siguientes palabras de Fornyx le sorprendieron.

—Lo que viste en tu juventud. Los lugares por donde marchaste, el mundo que recorriste, Formaste parte de una leyenda, Rictus, y viste cosas que pocos entre los macht pueden imaginar. La tierra más allá del mar, y el imperio que la domina. Para todos nosotros no es nada más que una historia, o las palabras de una canción. Pero tú estuviste allí. Luchaste en Kunaksa. Sobreviviste a la carga del Gran Rey, y a la larga marcha de regreso. Daría cualquier cosa por haber formado parte de aquello.

—He oído decir eso mismo a muchos hombres, normalmente cuando están borrachos —dijo Rictus—. Pero nunca a ti.

—Creí que tenía demasiado sentido común. Tú y yo sabemos lo que es la guerra. De modo que se cómo debió ser: peor que una pesadilla negra de Phobos. Pero haber formado parte de ello, haber hecho historia... eso significa algo.

Rictus recordó.

El calor devastador de aquellos días interminables en las colinas de Kunaksa, el hedor de los cadáveres, Los gritos de agonía de los caballos mutilados. Y los rostros de los que habían compartido todo aquello con él. Gasca, muerto en Irunshahr, no mucho mayor que un niño demasiado grande. Jason, al que había amado como a un hermano, y que había sobrevivido a todo ello sólo para ser acuchillado en una trifulca sin importancia en Sinon, en la misma orilla del mar.

El mar. Cómo lo había amado en su juventud. Y recordó a los supervivientes de los Diez Mil gritando de alegría al verlo. Aquel momento, aquel brillante destello de alegría, estaba grabado en piedra en su corazón.

—Fue hace mucho tiempo —dijo Rictus, con la voz algo pastosa—. Casi media vida. La marcha de los Diez Mil ya no es nada más que el recuerdo de un anciano.

Fornyx escupió en el río.

—Es más que eso, y tú lo sabes. Igual que tú serás siempre algo más que un granjero de las tierras altas con una lanza en el umbral. Cargamos con nuestro pasado por donde vamos, hermano, especialmente los que llevamos la Maldición negra. Es lo que somos.

Permanecieron uno junto al otro mientras el valle se iluminaba todavía más a su alrededor, y los pájaros de los bosques colgantes llenaban el aire de canciones.

—Es lo que somos —asintió Rictus al fin.

La nieve fue un prodigio matutino que desapareció a media tarde, excepto donde las sombras de los árboles protegían algunas capas del sol. Aquel primer día de su regreso, Rictus recorrió los límites de su pequeño reino con un bastón de avellano en la mano y un cuchillo de bronce al cinto para cortar el pan con cebolla y queso que le había preparado Aise.

Acompañado de Eunion y Rian, recorrió las laderas pardas hasta el terreno abierto más allá de los bosques, y permaneció allí, para contemplar como un rey su rebaño de cabras mientras los resistentes animales acababan con los últimos restos de hierba del año. Como todo lo demás, el rebaño había crecido durante la ausencia de Rictus.

El desigual trío se sentó en la hierba mientras el viento la hacía ondear a su alrededor y, con la llegada del mediodía, los tres empezaron a morder las cebollas rojas como si fueran manzanas. Los perros se tumbaron a un lado, atentos y con los ojos brillantes. La charla de Rian pasaba junto a los oídos de Rictus escuchada sólo a medias, haciéndole sonreír de vez en cuando si captaba su sentido general.

Por lo demás, sin embargo, se limitaba a disfrutar del sonido de la voz de su hija mayor, y a apretarle de vez en cuando una mano, perdida en las profundidades de la alta hierba amarilla, como para asegurarse de que fuera real.

Por muy charlatana que fuera Rian, fue Eunion quien proporcionó a Rictus la versión más clara del año transcurrido. Efectivamente, había una cueva de osos en las laderas de la colina de Crag, oculta entre los arbustos y enebros que cubrían la ladera norte. Los osos eran casi sagrados para los macht, respetados por su fuerza y ferocidad, pero el ocupante de aquella cueva en particular era elusivo y, al menos por el momento, lo mejor era dejarlo en paz.

Apenas se habían visto vorine en el valle desde la muerte de la hembra y sus cachorros, pero en su lugar habían aparecido lobos explorando las colinas. El oso dormiría durante el invierno, pero los lobos no... Era algo a tener en cuenta.

El macho cabrío, el viejo, sabio y malvado Grenj, había luchado contra un águila, algo que Eunion nunca había visto ni oído mencionar antes. Rian represento la pelea mientras la describía como si fuera una historia de leyenda: una mano era el águila, y la otra el valiente Grenj. Cualquiera otro hubiera visto algún presagio en una cabra que daba muerte a un águila, pero para Eunion aquello no había sido nada más que un fenómeno natural fascinante, algo que recordar y analizar. Como si la narración le hubiera llamado, Grenj se abrió paso entre su harén para acercarse a ellos, con su majestuoso despliegue de cornamenta y sus fríos ojos amarillos.

Era igual de bueno que un perro para proteger a los suyos, dijo Eunion, aunque había envejecido... El invierno siguiente podría ver su muerte.

—Cuando haya muerto, pondremos sus cuernos encima de un poste —dijo Rictus—. Es lo que se solía hacer en Isca cuando yo era pequeño. Para mantener aquí su espíritu.

—Vivirá años y años —protestó Rian—. Tiene que vivir, tras una hazaña semejante.

—Eso espero —dijo Rictus, besándole la parte superior de la cabeza—. Tienes razón: lo merece.

—¿Y la campaña, amo? ¿Cómo ha ido este año? —preguntó Eunion—. La ciudad que os contrató fue Nemasis, ¿no es cierto?

A Eunion le encantaba oír noticias del ancho mundo, y era uno de los pocos hombres capaces de analizarlas con inteligencia. Rictus miró a Rian. Estaba sentada entre ellos, con la barbilla sobre las rodillas, frotando el vientre de Mij con los dedos de su pie desnudo.

Rictus captó la mirada de Eunion, y vio la disculpa en el rostro del otro hombre.

—Ha sido una campaña muy larga —dijo de mala gana, y apoyó una mano en la nuca de su hija, como para protegerla—. Hubo pocos combates; uno o dos enfrentamientos al suroeste de Machran. Pero los venganos fueron muy testarudos. Tienen buenas tierras en torno a esa ciudad suya rodeada de murallas de barro, y no admitieron su derrota ni siquiera cuando les expulsamos del campo de batalla. De modo que se convirtió en una especie de asedio.

—¡Un asedio! —exclamó Rian, como si aquélla fuera una revelación maravillosa.

—Algo raro en esta época —dijo Eunion. Se pasó una mano endurecida por el vello blanco de su barbilla.

—Algo raro, gracias a Dios. Y además en invierno. Pasamos allí los meses más fríos del año, y devoramos todo lo que había en el campo de los alrededores mientras los venganos pasaban hambre en la ciudad. Hicieron una salida a fin de año, y aquél fue su error. Tomamos la barbacana, y todo terminó.

—¿Y los términos? —Eunion siempre quería conocerlos. Tal vez se debía a su propio destino en la vida.

—¿Qué les hicisteis? —quiso saber Rian, Eran sus propios ojos, en el rostro de su hija, mirándole fijamente.

—Bueno, los nemasianos se habían visto obligados a pasar medio invierno congelados en los campamentos en lugar de estar sentados en casa con sus esposas, de modo que no estaban muy dispuestos a la clemencia.

Rictus no quería decir más. No tenía ningún deseo de comunicar a su hija ni a aquel hombre bueno y amable sentado a su lado nada sobre la carnicería y el caos que habían puesto fin a la campaña.

—¿Sobrevivió Venga? —preguntó Eunion, con los labios apretados.

—Sí. Aunque perdió gran parte de sus tierras. —Y a la mayor parte de sus hijos e hijas, añadió Rictus para sí, pensando en las largas hileras de niños encadenados que habían llenado las carreteras en dirección a los mercados de esclavos de Machran.

—Nosotros sufrimos pocas bajas, no más de cincuenta en total.

—¿Cincuenta? Eso no es nada. Casi no luchasteis —acusó Rian.

—Casi no luchamos —asintió Rictus, aunque algo en su rostro hizo que Rian le apoyara una mano en la rodilla en un gesto de oscura disculpa.

—¿Y qué noticias hay de Machran, amo? —insistió Eunion—. Hemos oído historias en Onthere y Hal Goshen, pero son tan confusas que parecen poco más que mitos. ¿Sabes algo más sobre lo que está ocurriendo en el este?

Rictus frunció el ceño, frotándose el muslo derecho justo bajo el borde de su quitón. Allí había una cicatriz rosada que marcaba el lugar donde una flecha vengana, casi sin fuerza, había impactado contra su pierna el año anterior. Había tardado mucho tiempo en curarse en el frío del campamento, y todavía le molestaba cuando pasaba mucho rato sentado sobre el frío suelo, como en aquel momento.

El este, donde había surgido aquel nuevo fenómeno, aquel prodigio. Era todo lo que la gente le preguntaba en sus viajes: «¿Qué noticias hay del este? ¿Qué está haciendo ahora?». Aquella aparición, aquel fénix de la guerra.

—Es difícil separar el mito de la realidad cuando se habla del este —dijo al fin—. Sé que esté en el interior, que ha dejado Idrios atrás, y oí decir que Gerrera y Maronen habían caído.

—Es cierto, entonces: ¡se dirige hacia aquí! —exclamó Rian, y levantó las dos manos como para atrapar un ramillete.

—Si tiene Maronen —dijo Eunion en tono tenso—, su próximo paso tiene que ser Hal Goshen.

—Yo también opino eso.

—Amo, Hal Goshen esta sólo a...

—Lo sé —le interrumpió bruscamente Rictus.

—¿Qué es lo que quiere, padre? —preguntó Rian.

Rictus se encogió de hombros.

—Algunos dicen que sólo busca dominar todas las ciudades macht. Pero eso es absurdo. —Hablaba por encima de la cabeza de Rian, mirando a los ojos a Eunion—. Cuando estuvimos en Machran, Karnos hablaba de invocar los términos de la Liga Avenia, y esta vez creo que las ciudades principales responderán. Si eso sucede, Machran puede poner en el campo un ejército aliado de unos cuarenta mil hombres, una fuerza como nunca se ha visto en las Harukush. Ese supuesto conquistador no puede enfrentarse a algo semejante. Se dará cuenta de que es absurdo, y dará la vuelta. —Quería que Eunion se mostrara de acuerdo con él, que tratara aquel tema como lo había hecho Rian.

Pero el anciano no parecía dispuesto a ello.

—¿Es cierto lo que dicen de él, que es poco más que un niño? —preguntó Rian, con una amplia sonrisa.

—Es joven, según dice todo el mundo, pero hace falta algo más que un niño para hacer lo que él ha hecho durante estos tres últimos años. Tiene una docena de ciudades bajo su dominio, y las gobierna como un rey, aunque sin darse ese nombre.

Eunion asintió, pensativo.

—Se hace llamar Corvus. Una palabra muy antigua. Me pregunto de donde la sacó. Se refiere a un ave carroñera negra, un cuervo o algo parecido.

—Le llaman así. Nadie sabe su verdadero nombre, o él no se ha dignado revelarlo, en cualquier caso. Pero, se llame como se llame, este año tiene un ejército de veinte mil hombres en el campo, que crece con cada nueva conquista. Cuando toma una ciudad, sus términos son tan benévolos que los ciudadanos casi se alegran de luchar después para él. No esclaviza a nadie, no confisca tierras ni propiedades. Sólo quiere hombres que empuñen la lanza en sus filas, y dinero para financiar sus campañas. Hace que la guerra se alimente a sí misma.

—He oído decir que sabe leer como un erudito —dijo Eunion, con una sonrisa curiosamente melancólica.

—No sé nada sobre eso. La gente dice muchas tonterías sobre él. —Rictus miró fijamente a Eunion. Podía haberlo esperado de su hija, pero le decepcionó ver que el anciano estaba también atrapado por las historias, por la oleada de mitos que crecían en torno al tal Corvus. Había experimentado algo parecido en su propia vida, y sabía hasta qué punto la mezquindad podía agazaparse detrás de una leyenda—. También he oído que por la noche le crecen alas, que es el hijo del mismo Phobos, que ni siquiera es un macht, sino una especie de semidiós. Precisamente tú, Eunion, no deberías creer todo lo que oyes.

El anciano volvió a sonreír.

—Lo sé, amo. Pero a veces los hombres necesitamos historias. —Apoyó una mano en la cabeza de Rian—. Todos las necesitamos. Es lo que nos distingue de las bestias.

Los dos captaron la irritación de Rictus. Rian se apartó de él para acercarse a Eunion, lo que le enfureció más aún. En silencio, los tres contemplaron las colinas, donde los oscuros bosques terminaban al borde de las montañas al norte y al oeste. La nieve de la noche anterior yacía sobre las cumbres; estaban blancas como un sueño invernal.

—Siempre me he burlado de los presagios y portentos, y los he considerado indignos del tiempo de un hombre racional —dijo Eunion—, pero si fuera un campesino de las colinas...

—¿Un cabeza de paja? —preguntó Rictus en tono burlón, casi amargo.

Eunion inclinó su cabeza calva.

—Ésa es una expresión que no había escuchado en mucho tiempo, viviendo aquí arriba. Pero si lo prefieres... Si fuera un campesino inculto de las tierras altas, podría interpretar algo en la derrota del águila por el viejo Grenj.

—¿Y qué interpretarías? —preguntó Rictus, de nuevo con el ceño fruncido.

—La alteración de la normalidad. Algo en el aire; un cambio para nosotros. Para todos nosotros. Para todos los macht.

—Lees muchas cosas en la buena suerte de esa cabra —dijo fríamente Rictus. No le gustaba oír a Eunion hablar de aquel modo.

—Perdóname, amo. Ese chico conquistador, ese... fenómeno... No creo que abandone este mundo sin dejar sobre él una marca todavía mayor de lo que ya ha hecho. Y, si te entiendo correctamente, tú crees lo mismo. Fornyx insinuó que estás pensando en colgar la capa escarlata. ¿Es cierto?

El rostro de Rian se levantó hacia él, abierto y lleno de alegría.

—¡Padre! ¿Es cierto?

—Eunion, saltas de un tema a otro como una de esas malditas cabras.

—Creo que no. Creo que hay una relación.

Rictus no dijo nada durante un buen rato. Mordió la cebolla, y el intenso sabor le inundó la boca, Luego la ayudó a bajar con un trozo de cremoso queso de cabra.

—Ese Corvus hace la guerra contra nosotros —dijo—. Y no es una guerra como las que hemos visto hasta ahora; lo hace todo de modo muy diferente. ¿Sabías que emplea la caballería en su ejército, no para explorar o recolectar, sino como parte de la línea de batalla principal? Como tú dices, es un fenómeno.

Rictus suspiró profundamente, notando el aroma de los pinos en el viento, y los olores más cercanos a cabra y cebolla, a lana y al sudor de su propio cuerpo y el de sus acompañantes. La esencia del mismo mundo, aquel tranquilo vacío de las tierras altas. Siempre le había parecido un lugar aparte, más allá de las preocupaciones y confines de las llanuras bajas, las ciudades, la política de los hombres.

Apoyó una mano sobre los hombros de Rian y la atrajo hacia sí, hasta que pudo oler la lavanda y el tomillo que Aise siempre introducía en los baúles de ropa.

—Padre...

—He sido soldado toda mi vida, Eunion. He llevado la Maldición de Dios durante casi un cuarto de siglo, y he visto a hombres matarse unos a otros en todas las formas concebibles. Es parte de la vida. Para mí, ha sido un oficio, una vocación para la que tengo aptitud, igual que otros hombres saben hacer música o construir con piedra y mármol. Lo acepto. He construido mi vida en torno a ello. Pero lo de ahora es algo diferente. Las cosas van a cambiar. Creo que llevar la lanza en los tiempos que se avecinan será como luchar en una guerra sin fin.

Inclinó la cabeza y besó el cabello negro de su hija.

## *Fuego en la noche*

El otoño se volvió más frío. Caminar por los bosques era como abrirse paso entre una ventisca de hojas secas y cobrizas, que crujían al viento, giraban y se enmarañaban en danzas informes. La misma tierra se enfrió bajo sus pies, mientras el cielo era una masa de nubes lluviosas, con luces y sombras que se perseguían sobre ellas en dibujos incesantes mientras el sol avanzaba hacia el crepúsculo.

Aise había adelgazado. En los brazos de Rictus, parecía flaca, ligera y huesuda, con una piel blanca como el marfil donde el sol nunca la tocaba.

Siempre había sido una mujer modesta, algo que Rictus sabía que era raro entre las mujeres agraciadas con un rostro y cuerpo como los que habían adornado su juventud. En su segunda noche en casa, Aise le tomó de la mano y le condujo a su cama sin decir una palabra, y se unieron sobre ella como dos extraños educados, hasta que finalmente Aise pareció cobrar vida debajo de él con gemidos reticentes, y sus manos le atrajeron hacia sí con más fuerza. Cuando él terminó, permanecieron tumbados en la oscuridad de la habitación azotada por el viento, con los rostros tan juntos que Rictus pudo sentir las pestañas de Aise contra su mejilla cuando ella abrió los ojos en la oscuridad. Sus dedos le recorrieron el costado, como si quisieran volver a acostumbrarse a él.

—¿Qué fue esto? —preguntó, deteniéndose sobre un tejido cicatrizado—. Es nueva. Rictus frunció el ceño.

—No me acuerdo. Un cuchillo, creo. No fue nada.

Aise encontró la cicatriz de la flecha en su muslo, y la rodeó suavemente con los dedos.

—Tantas heridas...

—El precio de la guerra —dijo Rictus. Se apartó de ella de mala gana y continuaron tumbados, uno junto al otro—. Siempre he sido afortunado en ese aspecto. Antimone me ha protegido.

—O Phobos —dijo Aise—. Dicen que el dios del miedo cuida de los que hacen su trabajo en el mundo.

Rictus le apoyó una mano en el vientre plano, tenso como el de una muchacha pese a los tres hijos que habían florecido en su interior.

—¿Es eso lo que piensas de mí, Aise, después de todo este tiempo?

—Lo sé cuando te veo vestido con esa armadura negra y la capa roja, con el rostro oculto por el yelmo. Entonces tengo miedo. Hay algo en tus ojos, Rictus. Tal vez sea lo que te ha hecho ser lo que eres. Sólo cambia cuando miras a Rian.

Rictus apartó la mano de la calidez del cuerpo de Aise y se frotó los ojos.

—Tú y Fornyx. A veces me pregunto si me conocéis en absoluto.

Ella se incorporó sobre un codo y se acercó de nuevo a él, hasta que estuvieron piel contra piel, y la humedad de su entrepierna mojó la cadera de Rictus. Incluso en la oscuridad, notó que Aise le sonreía.

—Tal vez te conozcamos mejor que tú mismo, esposo.

Su boca buscó la de él, anhelante. Le cabalgó con repentina energía, y su segundo apareamiento estuvo lleno de verdadera alegría, como el destello de un recuerdo, de un momento en que ella tenía más carne sobre los huesos, y él menos cicatrices en el cuerpo.

Así, día tras día, su otra vida se fue apoderando de él, y el espíritu de Rictus empezó a aclimatarse a la tranquila rutina de la granja.

Fornyx y él cortaron leña hasta que les sangraron las palmas, varearon las últimas castañas de los árboles con largos palos mientras las niñas corrían chillando a su alrededor, tratando de atraparlas con sus cestas, y excavaron en el duro suelo de

arcilla del huerto junto a la casa para recoger remolachas y nabos. Se entregaron al trabajo con tanto entusiasmo, que Aise se quejó de que los esclavos se estaban volviendo perezosos, pero a Rictus le encantaba regresar a casa al anochecer, dolorido y sucio por el trabajo del día, para encontrar un fuego encendido, las niñas en la mesa y a Aise cociendo el pan sobre la plancha. Tomaba a su esposa entre sus brazos y acallaba con besos sus protestas hasta que ella le apoyaba las manos cubiertas de harina en los hombros para apartarle.

Con frecuencia, Rictus y Fornyx tomaban algo de vino después de cenar, y Eunion cantaba una canción de su juventud, o les contaba alguna campaña histórica de la que los dos hombres nunca habían oído hablar.

Había enseñado a leer a Rian, y empezó a hacer lo mismo con Ona, de modo que cada anochecer, después de la cena, podía oírse el murmullo de su voz de cantante, combinada con la de la hija menor de Rictus. Juntaban las cabezas en un rincón bajo una lámpara, descifrando las palabras de un pergamino.

Y luego se acostaban. Aise y Rictus siempre eran los últimos en retirarse. A veces Rictus se demoraba para quedarse frente al hogar en forma de colmena, junto a la última luz roja del fuego, saboreando el calor de las piedras bajo sus pies desnudos, el olor a pan y perros húmedos, y el crujido de las vigas sobre su cabeza cuando el viento descendía de las montañas para agitar la techumbre. En las noches tranquilas, oía el movimiento incesante del río en su lecho, y a los búhos que ululaban desde los bosques en las laderas del valle.

No solía pensar a menudo en los dioses, excepto antes de entrar en batalla, pero había ocasiones en que, estando en su tranquilo hogar, con las personas que más amaba en el mundo dormidas a su alrededor en el interior de los anchos muros de piedra, levantaba la cabeza y daba las gracias en silencio a Antimone, la diosa de la misericordia, por haberle concedido todo aquello.

No pensaba en la otra cara de Antimone, ni en el hecho de que, cuando se ponía el velo, también era la diosa de la guerra.

Llegó la primera nevada verdadera, y la nieve alcanzó la altura de sus rodillas en el transcurso de una sola noche. En las orillas del río, el hielo se apelmazaba en grandes fragmentos brillantes como gemas. Las cabras habían bajado ya hasta el mismo valle, conducidas por Fornyx, Eunion y Garin desde los pastos altos, mientras los perros trotaban al borde del rebaño y olfateaban los rastros de lobo sobre la nieve.

Era el momento de empezar a vigilar a los lobos. Los hombres de la granja se turnarían para quedarse fuera por las noches junto al rebaño, encogidos junto a un fuego en el cobertizo que daba a la ladera oeste del valle, con los perros por toda compañía.

Rictus y Fornyx hicieron juntos la guardia de la primera noche, pues, mientras acompañaba a las cabras desde las tierras altas, Fornyx había descubierto el rastro de una manada entera en torno a las colinas, un rastro que conducía al sur. De modo que los dos hombres prepararon una provisión de leña en el cobertizo durante el día y, con la llegada de la oscuridad, se cubrieron con las viejas capas escarlatas, tomaron las lanzas y cargaron con un odre de vino para el frío de la noche. La petición de Rian de acompañarles fue firmemente rechazada, y Rictus besó a sus mujeres una tras otra antes de cerrar la puerta de la granja para quedarse junto a Fornyx en la gélida oscuridad bajo las estrellas.

—Tienes una sonrisa estúpida en la cara —dijo Fornyx—. Puedo verla incluso a oscuras. ¿No te dije que las cosas cambiarían?

—Tú eres bajo y feo —replicó Rictus—, pero ¿acaso me oyes mencionarlo? Vamos, perros.

Pisotearon la nieve helada, con los dos perros junto a ellos, convertidos en sombras delgadas y depredadoras a la luz de las estrellas. En una ocasión, Rictus levantó una mano y ambos se detuvieron a escuchar. El río, medio helado, había quedado en

silencio, y apenas se movía una brizna de aire en el valle. Podían oír el crujido de sus propios huesos, y el suave movimiento de la sangre en sus gargantas con el latir de sus corazones, como el sonido de un perro jadeante.

Allí estaba, a lo lejos: el cántico débil y triste del lobo. Los perros junto a los dos hombres emitieron un gruñido bajo.

—Mala señal, tan temprano —dijo Fornyx en voz baja.

—Mi padre siempre decía que eso significaba un invierno muy duro. Phobos, la escarcha está muy fría. Encendamos ese maldito fuego antes de que los pies se nos peguen al suelo.

Caminaron sobre la nieve quebradiza hasta el refugio, y Fornyx empezó a encender el fuego; era con mucho el mejor de los dos con la yesca y el pedernal. Las cabras, criaturas inquietas y salvajes en los pastos altos, parecieron alegrarse de modo casi patético al ver a sus amos, y el rebaño se congregó frente a la cabaña, como una mancha oscura sobre la nieve. Pronto la luz del fuego les reveló a las más cercanas, y los ojos fríos de los animales devolvieron el reflejo de las llamas a los hombres y perros del cobertizo.

Fornyx golpeaba el suelo con los pies delante del fuego. Él y Rictus se habían llenado las sandalias con pelo de conejo, que fue chamuscado por las llamas, despidiendo un olor acre a campaña.

—¿Crees que los pasos estarán aún abiertos? —preguntó Fornyx.

Rictus inclinó la cabeza.

—Es posible. Aunque en la cresta el tiempo será aún peor. Dependerá de la dirección en que el viento envíe la nieve.

—Me apuesto algo a que Valerian y Kesiro están aún junto al mar en Hal Goshen, en alguna taberna, con las barrigas llenas de vino barato y los regazos llenos del trasero de alguna fulana barata.

Rictus sonrió.

—Si tienen sentido común.

—Sabes que Valerian y Rian...

—Lo sé. No estoy ciego.

—Ella ya tiene edad suficiente, Rictus, y Valerian es un buen hombre, pese a sus tonterías.

Rictus extendió las manos hacia el fuego con un breve movimiento de cabeza.

—Conozco el valor de Valerian tan bien como cualquiera.

—Pero...

—Pero lleva la capa escarlata.

—No tiene por qué llevarla toda su vida.

—Y no la llevará si quiere casarse con Rian. No quiero que tenga la vida que ha tenido su madre.

—Has dado a Aise una buena vida, Rictus —dijo Fornyx en voz baja.

—Habría sido mejor si yo fuera un hombre como mi padre.

Fornyx alzó los brazos. Sabía que era inútil persistir en aquella conversación cuando Rictus invocaba el recuerdo de su padre.

—Pásame el odre de vino, ¿quieres?

Pasaron la noche sentados, turnándose para dormitar un poco después de medianoche. Hablaron sin mucho entusiasmo de antiguas batallas y antiguos camaradas, y de los atractivos de diversas mujeres que habían conocido. Apenas se percataron cuando la nieve empezó a caer de nuevo, un velo gris más allá del fuego que hizo palidecer a las cabras durmientes y depositó sobre el valle un silencio absoluto, como si el mundo estuviera despierto y consciente, pero a la espera de algún suceso. El fuego se apagó, y en el silencio de la nieve volvieron a oír la llamada aguda y distante del lobo.

Las cabras se removieron inquietas al oírlo, haciendo caer la nieve de sus lomos, con lo que tomaron el aspecto de caballos píos. Con el fuego bajo, Rictus y Fornyx pudieron ver el resplandor de la luz de las dos lunas. El frío Phobos, con el rostro pálido como el peltre, y el cálido Haukos, su hermano menor, cuya luz teñía la nieve de un tono rosado como de vino aguado. Ambas lunas estaban llenas en el cielo, y a su alrededor, los cristales de hielo del aire trazaban un halo doble de luz arco iris.

—El Miedo y la Esperanza, llenos en el cielo juntos. Es un presagio, Rictus —murmuró Fornyx. Ambos miraban hacia arriba, hipnotizados.

—No creo en ellos —gruñó Rictus, pero también él se había contagiado de la sensación de prodigio, del presentimiento de que se encontraban en el umbral de un gran cambio en el mundo.

—Lo he visto unas cuatro veces en mi vida, y cada vez marcó el principio de algo nuevo.

—Ah. —Medio irritado, Rictus se volvió. Detestaba oír hablar de signos y presagios. Su vida le había privado de cualquier sentido de lo sobrenatural. Creía en lo que sus manos podían hacer y sus ojos ver, y aunque invocaba a los dioses para suplicar o agradecer, era más un acto reflejo que otra cosa, una especie de añadido. No creía en...

—Fornyx... Mira allí, hacia el sur de la cresta. ¿Lo ves? —Apagó el último rescoldo del fuego y miró fijamente a través de los campos nevados hacia los oscuros bosques de las colinas de arriba y, más allá, la alta cresta que marcaba la entrada al valle, a unos seis pasangs de distancia. Allí, en la oscuridad inundada por la luna, se veía el resplandor de un solo fuego, firme como la llama de una linterna de cristal.

—Lo veo. —Fornyx se reunió con él, estremeciéndose de frío—. Es una hoguera, en la ladera de la cresta. Deben estar hundidos en la nieve, quienesquiera que sean.

—¿Valerian? ¿Kesiro?

—Demasiado cerca. Ellos conocen bien este valle. Por seis pasangs más, habrían seguido andando durante la noche, sabiendo que aquí les esperaba una cama caliente. Quienquiera que esté allí fuera, Rictus, no conoce Andunnon.

Antes de que saliera el sol, Rictus y Fornyx estaban de regreso en la granja. El resto de la familia se levantó para observarles con la boca abierta mientras los dos hombres se armaban metódicamente el uno al otro, cargando con las corazas negras que eran el regalo inmemorial de Antimone a los macht, ajustándose las espadas y fijando las grebas de bronce a las pantorrillas. Las niñas se acercaron a su madre, con los ojos muy abiertos, y Eunion, tras un sobresalto momentáneo, trajo su propia lanza de caza. Rictus lo vio y levantó una mano.

—No, no, amigo mío. Tú quédate aquí.

—¿Qué sucede, Rictus? —preguntó Aise con calma, con los brazos en torno a los hombros de Ona y el rostro pálido y fijo como el de una estatua.

—Es posible que no sea nada. Fornyx, ata esa maldita correa suelta a mi espalda, ¿quieres? —Los dos hombres se revisaron mutuamente, tirando de las correas y ajustando las hebillas.

—¿Escudos? —preguntó Fornyx.

—Y yelmos. Mejor interpretar bien el papel.

Ona se echó a llorar.

En cuestión de minutos, el Rictus y el Fornyx de la granja habían desaparecido. En su lugar había dos mercenarios pesadamente armados, con los ojos convertidos en meros destellos en las ranuras de los yelmos, las capas escarlatas de su oficio sobre los hombros, escudos en el brazo izquierdo y lanzas en el derecho. Se habían convertido en hombres de Phobos, el dios del miedo.

—Quedaos en la casa —dijo Rictus a los demás—. Si a media mañana no hemos vuelto, tomad unas cuantas cosas y dirigíos al norte, colina arriba. Id a aquella vieja

cabaña de pastores en los pastos altos. Puede que todo esto no sea nada, de modo que no hagáis nada irreversible. —Captó la mirada de Eunion—. Tú y Garin, mantenedlas a salvo hasta que volvamos.

Eunion asintió, tragando saliva convulsivamente.

Rictus miró a Aise y luego a Rian, con el rostro convertido en una máscara inexpresiva e insondable. El rostro de la muerte. Sin más palabras, salió de la casa, y Fornyx le siguió.

Podían oler el humo en el tranquilo aire, el único aroma en la mañana vestida de nieve. Sin hablar, ascendieron hacia los bosques, con los escudos colgados de las espaldas y las lanzas en posición vertical.

Al cabo de dos pasangs se quitaron los yelmos y se detuvieron a escuchar. La nieve había silenciado los bosques, los pájaros y el mismo río. Los árboles estaban mudos y escuchaban con ellos. Un faisán graznó y tosió hacia el oeste, y el sonido se transmitió como un grito.

Y luego otro sonido. Voces humanas, y algo grande avanzando entre la nieve y los arbustos por encima de ellos.

—Cuento cuatro, o podrían ser cinco —dijo Fornyx.

—Cinco —dijo Rictus—. Y al menos dos caballos.

—Deberíamos haber traído jabalinas, o un arco.

Rictus sonrió con amargura.

—Llevamos la capa escarlata y la Maldición de Dios. Se mearán encima en cuanto nos vean. Ponte el yelmo, hermano, y cubre mi izquierda; eres más rápido que yo.

—Siempre dices lo mismo. Sólo por una vez, ¿no podría...?

—Fornyx. —La palabra surgió de la boca de Rictus en un siseo.

Fornyx hizo una mueca, se ocultó detrás de un árbol y se puso el yelmo. Los dos hombres intercambiaron un movimiento de cabeza, agarrando las lanzas por la mitad.

Podían distinguir voces de hombres con acentos extraños, una carcajada como un ladrido y el siseo del aire a través del hocico de un caballo. El camino colina abajo estaba enterrado bajo la nieve, pero el paso estaba libre entre los árboles, como una cinta blanca desplegada por las laderas del bosque.

Estaban cerca. Podían oler el sudor de los caballos.

El faisán volvió a graznar, como si contara los momentos. Detrás de su árbol, Rictus respiraba de manera profunda y regular, como le había enseñado su padre de pequeño, y como él había enseñado a su vez a los hombres que habían combatido bajo sus órdenes.

La lanza en su mano le resultaba más familiar que el tacto del pecho de su esposa. La coraza negra era ligera como una pluma en su espalda. El mundo era una ranura de luz brillante. Había vivido aquellas sensaciones toda su vida. Eran su vida. Eran lo que le hacía sentirse vivo.

Salió de detrás del árbol.

El primer momento, contar los cuerpos. Qué actitud tenían, qué llevaban en las manos, cómo iban vestidos; sus puntos débiles. ¿Quién era el líder? Había que encargarse de él primero.

Eran soldados, todos ellos. Rictus lo vio de inmediato, pese a las capas de color pardo y a las ropas de invierno. Llevaban espadas, las pesadas drepanas curvas de las ciudades bajas, colgadas de las caderas, y del arzón del caballo más cercano pendían tres yelmos de bronce, como cebollas gigantescas. Pero ninguna capa escarlata a la vista; no eran mercenarios.

Los hombres se detuvieron en seco cuando Rictus y Fornyx se materializaron ante ellos, como relucientes estatuas de ébano y escarlata, con sus lanzas apoyadas en el hombro. Los ojos de Rictus se movían en todas direcciones en el interior del yelmo. Respiró un poco, algo más relajado, observando los hechos e intenciones reflejadas en

sus ojos. No sería necesario matar, al menos por el momento.

—Buenos días, muchachos —gritó, y el bronce privó a su voz de tono y calidez—. ¿Qué buscáis en estas colinas nevadas en esta época del año?

Uno de los hombres se movió hacia el caballo de delante, donde había unas cuantas jabalinas. Rictus se adelantó dos pasos y apuntó a la garganta del hombre con el aichme de su lanza.

—No te van a hacer falta, amigo mío. Hoy no.

Un hombre de barba negra levantó los brazos. Tenía un rostro amplio y agradable, que parecía al mismo tiempo simpático y siniestro. Podía haber sido el hermano menor de Fornyx.

—¡La Maldición de Dios, aquí, en mitad de ninguna parte! ¡Eso sí que es un prodigio! Baja la lanza, hermano. No queremos haceros ningún daño. Somos simples viajeros, de camino a una vida mejor.

Rictus inclinó la cabeza, con la lanza firme como una piedra en su puño. Era consciente de la presencia de Fornyx a su izquierda, enviando silenciosas nubes de aliento al tranquilo aire. Nadie más se movía; por lo menos, demostraban sentido común. Un movimiento brusco podía hacer que la mañana terminara en una carnicería, y lo sabían.

—¿Quiénes sois? —preguntó Rictus al hombre barbudo.

El hombre inclinó la cabeza, sonriendo.

—Yo soy Druze, y éstos son mis amigos, mis camaradas Grakos, Gabinius y un par de bribones más. Buscábamos la ruta más rápida hacia Hal Goshen, y parece que nos hemos desviado durante la noche. Nuestras disculpas si hemos entrado en tu territorio. No queremos hacer ningún daño. Es posible que nos llevemos uno o dos conejos de tus bosques, pero eso será todo.

Estaba mintiendo. La carretera de Hal Goshen pasaba por la cresta de la montaña, y era imposible no verla. Sólo un imbécil podía desviarse, y aquel hombre no lo era. Rictus lo supo sólo por el destello negro azabache de sus ojos. Tampoco estaba asustado, ni siquiera intranquilo. Aquello era preocupante.

Uno de sus compañeros descendió por la pendiente desde la retaguardia del grupo, también mostrando sus palmas vacías. Era un tipo más pequeño y esbelto. Llevaba la clámide corta de lana de los habitantes de la montaña, con la capucha levantada, de modo que su rostro era difícil de distinguir, a excepción del resplandor de sus ojos cuando el sol se reflejó en ellos al pasar.

—Tal vez preferiríais que diéramos la vuelta —dijo, apoyando una mano en el hombro de Druze. Sus uñas habían estado pintadas de escarlata algún tiempo atrás, pero el esmalte se había desgastado y agrietado. Parecía haber estado escarbando en sangre—. Si es así, creo que no vamos a discutir con dos hombres como vosotros. Incluso siendo cinco, no seríamos rival para dos portadores de la Maldición. De modo que consideraos vencedores. —Sonrió bajo la capucha—. No es necesario derramar sangre en una mañana tan hermosa.

—Cierto. Salid de este valle, y nos separaremos como amigos —dijo Rictus. Bajó la lanza, pero mantuvo el hombro izquierdo hacia los forasteros, cubriéndose con el escudo.

—De acuerdo —dijo el hombre más bajo—. Aunque, si pudiera, me gustaría saber los nombres de los que nos obligan a retroceder.

—¿Me tomas por un imbécil? —preguntó Rictus en tono ligero.

Los cinco hombres eran jóvenes, y el que hablaba tal vez el más joven de todos, pero su equipamiento había visto mucho servicio, y tenían la actitud relajada pero alerta de los soldados bien entrenados. Había algo extraño en todo aquello.

—He oído decir que Rictus de Isca vive en este valle —dijo el joven encapuchado—. Se cuentan muchas historias sobre él, y además lleva la Maldición. Si me lo encontrara,

me gustaría saberlo, sólo para poderlo contar más tarde.

—Los portadores de la Maldición no brotan del suelo, especialmente en un lugar tan alto y alejado de la vida civilizada —añadió Druze, extendiendo los brazos en actitud razonable—. No puedes culparnos por sentir curiosidad.

—Tal vez Rictus prefiera no ser molestado —dijo Fornyx.

—Tiene todo el derecho a hacerlo —replicó el encapuchado—. Créenos cuando decimos que no le deseamos ningún mal. He leído historias sobre los Diez Mil desde que era niño. Si llegara a conocer a su líder en persona, sería un día muy especial para mí.

Levantó la cabeza, y por primera vez miró a Rictus a los ojos.

—Tienes mi palabra.

Su rostro era pálido, y en sus ojos había algo extraño. Pero antes de que Rictus pudiera ver qué era, el joven había vuelto a bajar la mirada.

—Phobos —blasfemó Fornyx.

—Ve hacia tu izquierda —murmuró Rictus entre dientes. Aquellos jóvenes no iban a retroceder. La mañana terminaría en sangre, después de todo. En voz más alta, dijo—: Marchaos ahora. No quiero más preguntas, ni más conversación. Marchaos, o moriréis aquí. —Él y Fornyx levantaron las puntas de las lanzas hasta la altura de las gargantas y adoptaron posiciones de ataque.

Ninguno de los hombres se movió. El joven encapuchado suspiró, se metió una mano en la manga y extrajo una flauta de madera barata, del tipo que los soldados se fabricaban en los campamentos.

—No lucharé contigo, Rictus —dijo con calma. Estaba demasiado tranquilo. Mientras Rictus y Fornyx avanzaban, ni él ni ninguno de sus hombres se movieron, pero el joven se llevó la flauta a los labios (rojos como los de una muchacha) y tocó una melodía aguda, un fragmento de himno de marcha que Rictus había oído centenares de veces. E, instantáneamente, el bosque cobró vida a su alrededor.

Surgieron hombres de entre la nieve, de detrás de los árboles, de los arbustos. Habían estado tendidos bajo capas blancas, ocultos entre la maleza. Su aparición llenó los bosques de pájaros asustados.

En un momento, Rictus y Fornyx se vieron rodeados por docenas de soldados armados, con los rostros azulados por el frío. Algunos llevaban arcos, otros jabalinas, y otros desenvainaron sus drepanas, de modo que el hierro frío centelleó entre el resplandor de la nieve.

Se mantuvieron observando en silencio, como guerreros de leyenda surgidos mágicamente de la misma tierra.

—Maldita sea —dijo Fornyx—. Pequeño cabrón.

Rictus sintió un sobresalto devastador, el conocimiento de que todo había terminado, de que toda su vida había llegado a su fin.

«De modo que así es cómo todo termina», pensó Rictus. «Para mí, para Fornyx, para todos nosotros». Pensó en Aise y en las niñas, en lo que les ocurriría a partir de entonces, y resistió al impulso automático de atacar, de ensartar a aquel muchacho de la flauta y ahogarle en su propia sangre. Tenía que ganar tiempo.

—Suelta el arma —dijo a Fornyx.

—Mi trasero —espetó su amigo, con los ojos muy abiertos de furia detrás del yelmo.

—Hazlo, Fornyx.

Los dos hombres clavaron la parte inferior de las lanzas en el suelo, de modo que los regatones quedaron enterrados. Con la mano derecha libre, Rictus se despojó del yelmo, y el aire frío le mordió la cara.

—Estamos en desventaja —dijo al flautista—. Y tienes razón. Mi nombre es Rictus, y éste es mi segundo, Fornyx. —Miró a su alrededor, con el corazón martilleándole y el rostro tenso por el esfuerzo de mantenerlo impasible. Pero consiguió hacer una especie

de reverencia despectiva—. ¿Crees que has traído suficientes hombres?

El joven levantó una mano y se apartó la capucha. Sonreía. Descendió por la ladera como si fueran los escalones de un palacio, hasta que estuvo tan cerca que Rictus hubiera podido alargar los brazos y rodearle la garganta con las manos.

Sus ojos eran extrañamente claros, de un tono violeta que no parecía del todo natural. Llevaba el cabello hasta los hombros, de un negro resplandeciente como el ala de un cuervo, y en su piel blanca había cierto resplandor dorado.

Era hermoso como una doncella, pero tenía la cicatriz de una antigua herida de espada en la esquina de su ojo izquierdo.

—Hace mucho tiempo que deseo conocerte, Rictus de Isca —dijo—. Me llaman Corvus.

## *Hombres de Phobos*

«A veces hay una línea muy fina entre ser un invitado y un rehén», pensó Rictus. La clave era no hablar de ello, enterrar el tema en cortesías. Un puño dentro de un guante. Los escoltaron hacia el valle de Andunnon como si los hombres que les rodeaban estuvieran allí para protegerlos, y el extraño joven que se hacía llamar Corvus marchó todo el tiempo junto a ellos, como si fuera su amigo. Algunos de sus compañeros aliviaron a Rictus y Fornyx del peso de sus escudos, yelmos y lanzas, pero les permitieron conservar las espadas. Cortesía.

—Un lugar muy hermoso —dijo Corvus, cuando los bosques se abrieron y la columna salió al aire libre del fondo del valle—. Un hombre podría ser feliz aquí. No me extraña que quisieras mantener tu paradero en secreto, Rictus.

—Siento curiosidad por saber por qué he fracasado en mi empeño —dijo Rictus agriamente.

El joven asintió.

—Tenemos mucho de qué hablar. Espero que me consideres un invitado y no un intruso. No es mi intención haceros daño, ni a ti ni a tu familia.

—Si las palabras fueran comercio, todos los hombres serían ricos —dijo Fornyx, y escupió sobre la nieve—. Un invitado no se presenta con un centón de guerreros para poner a prueba la hospitalidad de su anfitrión.

—Si hubiera traído menos hombres, habríais luchado conmigo —dijo Corvus, levantando una mano de largos dedos, como si quisiera atrapar algo—. Tenía que arrebatáros toda esperanza de ganar para que escucharais lo que tengo que decir.

—Son hombres muy pacientes —dijo Rictus, señalando las hileras de soldados que marchaban a su lado—. ¿Cuánto tiempo llevaban enterrados en los bosques?

—Son mis igranianos —dijo Corvus—. De Igranon, al este de las Harukush. Allí hace tanto frío que creen que esto es una primavera suave en comparación. Son mis tropas ligeras, mi infantería de ataque. Druze es su jefe, y uno de mis comandantes.

—Espero que hayan traído su propio pan —dijo lentamente Fornyx.

Su tono era burlón e insolente, pero su rostro estaba pálido y demacrado como el de una víctima de la fiebre, y tenía el puño apretado en torno a la empuñadura de su espada.

—En este valle, mantendré a mis perros atados —dijo gravemente Corvus.

Avanzaron a buen ritmo. Cuando la columna estuvo cerca de la granja, vieron que Aise y Eunión aún no se habían marchado. Garin y Styra estaban en el patio delantero, enrollando edredones. Los dos se encogieron cuando la larga hilera de hombres armados aparecieron ante su vista y empezaron a chapotear en el vado del río. Luego echaron a correr como liebres, dirigiéndose al norte. Corvus movió un brazo hacia delante, y de inmediato el sonriente Druze echó a correr con dos docenas de sus hombres. Se dividieron en dos filas que flanquearon la granja y la rodearon. Los dos esclavos fugitivos fueron detenidos, inmovilizados y empujados de nuevo cañada abajo hacia la casa. Rictus y Fornyx se miraron. La disciplina de aquellos igranianos era casi tan buena como la de los Cabezas de Perro. Podían ser hombres de las tribus de las montañas, pero habían sido bien entrenados.

El cuerpo principal del centón se detuvo frente a la granja y se quedó inmóvil en filas improvisadas. Corvus se volvió hacia Rictus.

—Llama a tu familia. Diles que no hay necesidad de asustarse. Llevamos buena comida y vino en los caballos. Si me lo permites, Rictus, me gustaría comer contigo esta mañana. —El sol brilló de lleno en su rostro; su piel parecía más incolora que nunca, y sus ojos eran pálidos como el cristal tintado.

La casa estaba en desorden, con mantas, vasijas y lámparas por todas partes, y

objetos esparcidos por el suelo en el pánico de la huida.

El interior estaba oscuro cuando entraron (el fuego se había apagado) y Aise, Eunion y las niñas estaban encogidos en la pared opuesta.

Eunion tenía en ristre su antigua lanza de cazar jabalíes, y Aise aferraba un hacha pequeña.

—Esposa —dijo Rictus con voz áspera—, haz que enciendan el fuego y recojan todo esto. Tenemos invitados. —Una copa se rompió bajo su pie cuando avanzó hacia ellos. Apoyó una mano en la cabeza de Ona y tocó el hombro de Aise. Suavemente, dijo—: Esto no es lo que creéis. —Limpió una lágrima de la mejilla de Rian, cuyo rostro estaba blanco y desafiante en la penumbra.

—Padre, ¿han venido a matarte?

—Han venido a hablar, cariño. Y tenemos que ser listos. Poned la mesa y encended las lámparas. —No dijo nada a Aise, pero se apretaron fuertemente las manos durante un largo momento.

—Haced lo que dice vuestro padre —dijo Aise al fin, con la voz áspera como la de un cuervo. Su mirada no se apartó del rostro de Rictus—. Él sabe lo que nos conviene. Estamos en sus manos.

De nuevo en el exterior, Rictus se dirigió a Corvus y los hombres que esperaban.

—Tal vez queráis darles un momento. Han tenido una mañana muy angustiada.

—Mis disculpas —dijo Corvus, haciendo una mueca—. Grakos, descarga a los caballos. Druze, los hombres pueden descansar y comer. Luego me acompañarás dentro, cuando Rictus esté dispuesto a invitarnos. —Se inclinó levemente ante Rictus.

Tenía unos modales anticuados, la clase de cortesía que Rictus no había visto en mucho tiempo, como si hubiera salido de una época antigua. Su acento también era extraño. Rictus había oído hablar macht a hombres de todos los rincones de las Harukush, y a unos cuantos de más allá, pero no podía situar al tal Corvus.

—¿Qué es esto, una especie de juego? —quiso saber Fornyx—. Somos tus prisioneros. ¿Por qué hablas de invitaciones?

—Digo en serio todo lo que digo —repuso suavemente Corvus—. Si Rictus no desea que entremos en su casa, nos quedaremos fuera. Pasaremos más frío, eso sí.

Fornyx sacudió la cabeza, dividido entre la furia y el simple desconcierto.

—Yo estoy dispuesto a dejaros entrar —dijo Rictus, con el fantasma de una sonrisa—. Pero mi esposa puede tener otras ideas. —A pesar de todo, empezaba a creer que aquel extraño joven hablaba en serio.

—Hemos traído buen vino, minerio de la costa oeste —dijo Druze—. Dentro o fuera, su sabor es mejor del que se puede beber en cien pasangs a la redonda.

—¿Minerio? ¿Has oído eso, Rictus? —dijo Fornyx—. Si hemos de morir, al menos nuestras barrigas nos lo agradecerán.

—No hablemos de muerte hoy —dijo Corvus, y un destello frío apareció en sus ojos pálidos. Por un momento, pareció un hombre mucho más anciano.

Aise estuvo a la altura. Siempre se le había dado bien poner orden en el caos, y había sabido mantener la calma incluso en los momentos más violentos de su vida en común. Cuando finalmente Rictus invitó formalmente a Corvus y su compañero Druze a entrar en la casa, el lugar estaba tan limpio y ordenado como en cualquier otra mañana del año. El fuego era un resplandor amarillo en el hogar, y las lámparas buenas ardían dulcemente, de nuevo colgadas de las vigas del techo. Había comida y bebida sobre la mesa, y Eunion retenía a los dos perros en un rincón. Sus gruñidos bajos eran la única nota discordante en los preparativos.

Aise se adelantó con un plato de sal. Se había recogido el cabello sobre la cabeza, y llevaba el quitón escarlata sin mangas que Rictus le había comprado en una noche de borrachera mucho tiempo atrás, cuando ambos eran jóvenes y llenos de fuego. Llevaba los ojos pintados con kohl y estibio; había en ella cierto vestigio de su antigua belleza

deslumbrante, y Corvus y Druze se detuvieron en seco. Corvus se inclinó ante ella como ante una reina, se llevó una pizca de sal a los labios y dijo:

—Las bendiciones de Antimone sobre ti y tu hogar, señora.

—Sed bienvenidos —dijo Aise, y Rictus la amó en aquel momento por el orgullo y coraje que había en lo que había hecho. Si todos tenían que morir aquel día, se alegraba de haberla visto de aquel modo una última vez.

—Sentaos; tengo... —pero Aise se interrumpió. Corvus se había dirigido directamente al rincón y se había arrodillado ante los perros.

—Son muy hermosos. Suéltalos, amigo mío. No tienen nada contra mí.

—Sobresaltado, Eunion soltó los collares de los perros, y ellos se adelantaron, husmeando, gruñendo, enseñando los dientes y lamiendo el rostro de Corvus. Él se echó a reír, adquiriendo un aspecto infantil mientras jugaba con las orejas y rascaba los flancos de los animales. El viejo Mij se revolcaba como un cachorro, con la lengua fuera.

Rictus miró a Druze, y el hombre de la barba negra se encogió de hombros con una sonrisa irónica.

—Los perros y los caballos se le dan muy bien.

—¿Y los hombres? —preguntó Fornyx.

—Ya lo descubriréis. Por eso estamos aquí.

Corvus se levantó, con los perros danzando a su alrededor como si fuera un amo perdido largo tiempo atrás.

—Perdóname, Rictus. Aún no he conocido al resto de tu familia.

Ona le observó en silencio, chupándose el pulgar, como no había hecho en muchos años. Rian, en su orgullo pálido y desafiante, parecía una versión joven de su madre, una mujer, ya no una chiquilla, y Rictus sintió una sacudida de puro miedo cuando Corvus le tomó una mano y se la besó.

—Tu casa está llena de belleza —dijo a Rictus, con la mirada aún fija en Rian—. Eres un hombre afortunado. Druze, los regalos.

Druze puso un odre de vino sobre la mesa, y luego una bolsa de red llena de naranjas y gruesos limones de la lejana costa este.

—Vamos a comer —dijo bruscamente Corvus.

Tal vez fue la comida más extraña en que Rictus hubiera tomado parte. Se sentaron en torno a la larga mesa de pino y se pasaron los platos unos a otros en perfecta armonía, como si no hubiera habido cien soldados acampados fuera, como si Corvus fuera un amigo de la familia que hubiera llegado por casualidad.

Rictus y Fornyx se sentaron aún con sus corazas negras, lo que prestaba cierta belleza sombría a la situación, y Druze les sirvió a todos copas del vino minerio, como un maestro de ceremonias. Se habló muy poco, hasta que Rian, tras despedazar el pan sobre su plato, dijo:

—¿De verdad eres él? ¿El Corvus del que habla todo el mundo, el hombre del este?

—Lo soy —dijo Corvus, tomando un sorbo de vino.

—¿Cómo lo sabemos? No te pareces a él. Podrías ser un bandido que se aprovechara de su nombre.

Corvus la miró. Su sonrisa roja era como una cicatriz sobre su rostro.

—¿Y qué aspecto tiene ese Corvus del que has oído hablar?

—Es... es alto, para empezar. Y monta a caballo, según dicen, y dirige un ejército de miles de hombres, no una banda de bandidos de las montañas.

Corvus apoyó una mano en el hombro de Druze.

—Yo no llamaría bandidos a mis igranianos, señora. Al menos, ya no. —Los dos hombres se sonrieron. Druze se inclinó sobre la mesa, con los negros ojos centelleando. En un susurro burlón, dijo:

—Una vez lo fuimos, es cierto; lo llevamos en la sangre. Pero ahora las cosas son

distintas. Ya no se gana dinero haciendo de bandido. —Y se echó a reír, como ante una broma privada.

—Eres demasiado joven para ser el hombre de las historias —insistió Rian.

Corvus se encogió de hombros.

—Pregunta a tu padre sobre la verdad de las historias. Cuanto más lejos viaja la verdad, menos se parece a la verdad. Así es el mundo. Yo crecí oyendo historias sobre los Diez Mil y sobre Rictus de Isca, que los condujo a casa desde el continente al otro lado del mar. Para mí era un héroe, un gigante mítico... cuando era niño. Pero tu padre es una persona real, un hombre solitario que está aquí sentado, bebiendo con nosotros. Todas las leyendas empiezan en lo ordinario y lo cotidiano, igual que de una bellota surge un roble.

—¡Eres demasiado bajo! —exclamó Rian, y su rostro se llenó de color. Aise le apoyó una mano en el brazo.

—Basta, hija. A partir de ahora, comerás en silencio.

Corvus no parecía haberse ofendido.

—Mi madre era una mujer muy sabia, como la tuya —dijo—. Siempre me decía que un hombre es tan alto como cree ser. —Saludó con la copa a Rian—. Y además, señora, en las historias soy alto, ¿verdad?

La tensa comida terminó, y Aise se llevó a las niñas de la habitación, Rian todavía furiosa. Eunion se dirigió a un rincón, donde fingió leer un pergamino, aunque sin engañar a nadie; tenía las orejas tan erizadas por la curiosidad como un gato pelado. Rictus, Fornyx, Corvus y Druze se quedaron en torno a la mesa, mirándose unos a otros, hasta que Fornyx, que había bebido copiosamente del excelente vino, se levantó con un siseo irritado y se volvió hacia Rictus.

—Quítame esta maldita cosa, ¿quieres? —Y se palmeó la coraza negra sobre sus hombros.

—Permíteme —dijo Corvus, levantándose con la rapidez de un bailarín. Y antes de que Fornyx pudiera protestar, estaba manipulando los cierres de la armadura y abriéndolos con bruscos chasquidos. Levantó la coraza de los hombros de Fornyx y la sostuvo un instante entre sus manos.

—Me sorprende cada vez que toco una —dijo—. La ligereza, la fuerza interior. ¿De qué está hecho el Don de Antimone? ¿Te lo has preguntado alguna vez, Rictus?

—Dicen que Gaenion fabricó el material —añadió Druze—. A partir de la misma esencia de la oscuridad. Y como Antimone lo usó para fabricar corazas para nosotros, la exiliaron del cielo, para que nos vigilara y se compadeciera de nosotros, y para que nos llevara tras su velo a la hora de la muerte. He oído decir que la vida y el destino de los macht están tejidos en ellas, en dibujos que no podemos ver. —Druze tenía un rostro amplio y de nariz grande, un rostro de granjero, y poseía la tez olivácea de las tribus del este. Pero sus ojos no dejaban escapar nada, y la empuñadura de la drepana que colgaba de su hombro había visto mucho uso.

Corvus movía la coraza de un lado a otro para captar el resplandor del fuego, mientras Fornyx le observaba con expresión estúpida.

—Mirad cómo refleja la luz en ocasiones; un destello aquí y allá. Pero otras veces no refleja nada, sino que es tan negra como un agujero en la misma tierra.

Fornyx recuperó su coraza, tambaleándose un poco.

—Con todas las conquistas que has hecho, sería normal que ya tuvieras la tuya propia —dijo a Corvus.

El rostro del extraño joven se endureció y se convirtió en una máscara pálida.

—Tengo una —dijo suavemente—. Prefiero no llevarla.

—¿Por qué?

—Un hombre debe ganarse el derecho a la Maldición de Dios, Fornyx.

Fornyx resopló, y se abrió camino hacia el extremo de la pared, donde situó la coraza

sobre su soporte. Apoyó una mano sobre ella.

—No les importa quién las lleve —dijo, por encima del hombro—. Se adaptan a los huesos de uno como una segunda piel, no importa si es gordo o flaco, alto... —se volvió con una mueca burlona—, o bajo.

Corvus pareció quedarse inmóvil de repente. Los únicos sonidos de la habitación eran el crepitar del fuego y la respiración lenta que salía de la boca de Druze.

—Rictus, tu amigo ha bebido demasiado vino —dijo Corvus en voz baja—. No sabe lo que hace.

—¿No sé lo que hago? —gruñó Fornyx—. Maldito enano cabrón, ¿y si te tumbo sobre mis rodillas y te parto en dos?

Rictus se levantó.

—Basta. —Una sola mirada detuvo en seco a Fornyx—. Ya hemos jugado a tu juego —dijo a Corvus—. Ahora quiero saber cuáles son tus intenciones. ¿Has venido a matarnos, a hacernos alguna especie de oferta? Somos mercenarios, no videntes. Ve directo al grano, y acabemos con esto.

Corvus asintió, y la máscara de su rostro adoptó algo de vida. Realmente, tenía los huesos finos como una muchacha, pensó Rictus. No parecía posible que aquél fuera el hombre que llevaba tres años conquistando ciudades en el este, el general imparable de los rumores. Un líder de ejércitos.

Y, sin embargo, cuando uno le miraba a los ojos... Había en ellos cierta expresión fría e implacable.

Corvus se dirigió a la chimenea y extendió sus dedos largos y pálidos hacia las llamas. El esmalte de sus uñas parecía gris a la luz del fuego. Apenas era mediodía en el exterior, pero en la granja podía haber sido medianoche. Se oía el murmullo bajo de las conversaciones de los hombres al otro lado de las paredes, pero no había viento en el valle. El río Andunnon era una simple insinuación de ruido.

Corvus se volvió. Sonreía.

—Es muy sencillo —dijo—. Estoy aquí para contratarte a ti, a tu amigo Fornyx y a tus hombres. Quiero que sirváis en las filas de mi ejército.

Rictus tomó asiento, se sirvió más vino en una copa de arcilla, y metódicamente llenó las copas de todos. Druze levantó la suya en brindis antes de beber, con los ojos negros vigilantes como los de un armiño. Fornyx se sentó a su lado, y los dos hombres morenos parecieron más que nunca hijos del mismo padre, aunque uno tenía grandes músculos y huesos amplios y el otro era delgado como un pincho de zarza.

—Los mercenarios elegimos a nuestros patrones —dijo Rictus—. Elegimos nuestros contratos, y los votamos. Tal vez desees contratarnos, Corvus, pero eso no significa que puedas hacerlo.

Corvus se acercó a la mesa, levantó una copa y estudió la temblorosa superficie del vino en su interior.

—Oh, yo creo que sí —dijo suavemente—. Druze, cuéntaselo.

—Tus centuriones en jefe, Valerian y Kesiro, son invitados de nuestro ejército en este mismo momento —dijo Druze, agitando una mano con gesto de disculpa—. Tus centones han sido rodeados y están en nuestro campamento, frente a Hal Goshen.

—Prisioneros —siseó Fornyx.

—Invitados —le corrigió Corvus—. Ya les he explicado los términos de mi contrato, y los encuentran convenientes. Pero quieren saber tu opinión, Rictus de Isca.

Allí estaba. El guante retirado y el puño a la vista al fin. Aquel muchacho delgado de ojos fríos tenía a Rictus y su familia en la palma de su mano.

—¿Y si rehúso? —preguntó Rictus.

Corvus volvió a mirar su copa.

—Es un mundo duro. Un hombre tiene que hacer lo que pueda para proteger a sus seres queridos. Y lo que deba para conseguir la vida que ha elegido para sí. Sé que

Karnos de Machran ha hablado contigo y tus centones para ofrecer trabajo, trabajo contra mí. Los Cabezas de Perro son famosos en nuestro mundo: ¿cuántos son ahora mismo, Druze?

—Cuatrocientos sesenta y dos —dijo Druze al instante—. Sin contar a los aquí presentes.

—Sólo cuatrocientos sesenta y dos hombres... pero esos hombres han sido entrenados por Rictus de Isca. Sus hazañas, su mero nombre... tu nombre... valen diez veces más que el mismo número de lanceros ordinarios. Y si Karnos muestra algo de sentido común, y te ofrece a ti, Rictus, el mando general del ejército de la Liga, mi trabajo se doblaría. El líder de los Diez Mil, al frente del ejército de la Liga Avenia... ¡Piénsalo! Encenderías una hoguera en las Harukush, una hoguera que podría consumir mis ambiciones para siempre.

Corvus sonreía, con los labios apretados, y a la luz del fuego su rostro de pómulos altos no parecía enteramente humano. Sus ojos reflejaban las llamas como los de un zorro.

—De modo que ya ves por qué estoy aquí.

La voz de Rictus rechinó como grava al salir de su boca.

—¿Y si no acepto el contrato de ninguno? ¿Y si deseo quedarme aquí, cultivar mis tierras y seguir viviendo en paz en este valle?

Corvus asintió.

—Tus centuriones me dijeron que habías dicho cosas parecidas. Piensas en colgar la lanza, en caminar detrás de un arado, en apacentar las cabras, en olvidarte de la capa escarlata. —Hizo una pausa—. Tus amigos son muy leales, Rictus. Casi me convencieron.

Lentamente, inclinó la copa y derramó un hilillo de vino color rubí sobre la mesa. Se esparció y formó charcos como sangre recién derramada.

—Para Phobos —dijo—. Una libación. —Puso la mano sobre el vino y luego la levantó, con la palma hacia arriba—. Tú y yo somos hombres de sangre, Rictus. Hijos del mismo Phobos. No puedes renunciar a tu naturaleza, ni yo tampoco. En los tiempos que se avecinan, volverás a vestir esa capa, empuñarás una lanza y seguirás tu vocación. No intentes convencerme de lo contrario. Veo en ti la inquietud que he sentido en mi mismo toda mi vida. Si te unes a mí, formarás parte de grandes cosas; vivirás tu vida como merece ser vivida. Formarás parte de los cambios en el mundo. Y yo te seré fiel para siempre. Lo juro ante el mismo Phobos. —Luego miró a Rictus directamente a los ojos—. Si no te unes a mí, haré lo que debo. Morirás aquí hoy mismo. Pero te prometo que serás el único. Fornyx se salvará, igual que tu familia, y tus hombres servirán bajo mis órdenes. Tu nombre tendrá su lugar en la historia, pero tu parte en ella habrá terminado. Hoy. —Sonrió un poco, y en su rostro había algo genuino, un dolor verdadero.

Luego se volvió, y de repente sus ojos centellearon como los de un animal hambriento.

—Te dejaré que lo pienses. Y te veré fuera cuando te hayas decidido. Druze, vámonos.

Druze se levantó y abrió la puerta, dejando pasar un resplandor de luz blanca y el aire gélido del mundo exterior. Él y Corvus salieron, cerrando la puerta tras ellos. Por un instante, Rictus se encontró cegado en la penumbra de la granja, con la visión llena de imágenes. Parecía que no sólo sus ojos sino toda su mente se negaban a aceptar lo que estaba ocurriendo. Mientras recuperaba la vista, bebió un largo trago de vino.

—Un cabrón modesto, ¿verdad? —dijo Fornyx, sentándose pesadamente.

—Un fenómeno —dijo una voz, y Rictus y Fornyx se sobresaltaron. Era Eunion, olvidado en su rincón. Se levantó lentamente y se acercó a la mesa, con el pergamino aún en la mano. Los perros gimieron al captar el ambiente de la habitación.

—Es el don de un esclavo —dijo, con una sonrisa tensa—. Pasar desapercibido.

—Un don que me gustaría tener —asintió Rictus.

—¿Crees que habla en serio? —preguntó Fornyx.

Fue Eunion quien respondió.

—Habla en serio, amo, habla muy en serio. Es un hombre que tiene una imagen concreta de sí mismo en su cabeza, y hará lo necesario para que esa imagen sea real. Son los hombres más peligrosos de conocer. No son pragmáticos, sino soñadores.

—Sus sueños le han llevado muy lejos —dijo amargamente Fornyx, pasándose los dedos por la barba—. Rictus, estamos acorralados. Tenemos que obedecer al pequeño cabrón, al menos por el momento. Rictus permaneció saboreando el vino. Se sentía curiosamente distanciado. Le parecía que en su vida había saboreado una copa de un modo tan completo, disfrutando de cada matiz de su sabor. Había complejidades en él que nunca había imaginado, muy lejos de lo habitual en los vinos de montaña.

Había algo más; Corvus le conocía, le conocía lo suficiente para atacar las debilidades de su coraza. No se trataba sólo de las amenazas veladas a su familia y sus hombres, no era un burdo chantaje. Uno podía conseguir la obediencia de un hombre de aquel modo, pero no su lealtad.

Corvus había levantado un telón y prometido que había algo grande al otro lado, y Rictus sabía, sin lugar a dudas, que si aquel muchacho esbelto y terrible daba su palabra, la cumpliría. Porque, como había dicho Eunion, era un soñador, y faltar a su palabra destruiría la imagen que tenía en su mente de sí mismo.

Rictus miró a sus amigos.

—Podemos confiar en él —dijo—. Lo sé.

Fornyx emitió un silbido bajo.

—Vas a hacerlo.

—Es eso o la muerte; ¿por qué no? —replicó Rictus. Se levantó, sintiendo que el vino le aflojaba la mente. Al pasar la vista por la sencilla habitación, comprendió que aquel lugar siempre había sido un refugio para él, y esperaba que lo fuera siempre. Pero Corvus tenía razón, y también Fornyx.

Viviría y moriría con una capa escarlata a la espalda.

## 5

### *El ejército*

Hal Goshen. En macht antiguo, su nombre se refería a una puerta, y en los siglos transcurridos desde que los hombres se establecieron allí, había sido precisamente eso, el paso entre la piedra y el agua.

Las montañas de Gosthere, una hilera de colinas altas o montañas bajas irregulares, rocosas y desnudas, arrojaban allí una larga estribación, de unos doscientos pasangs de nordeste a suroeste. En su extremo, sobre una amplia elevación de terreno, se había construido la ciudad. Dominaba la antigua carretera que comunicaba la parte oriental de las Harukush con la occidental, y estaba apenas a quince pasangs del mar.

El terreno bajo entre la costa y la montaña había sido objeto de disputas durante generaciones, y era la raíz de la prosperidad de Hal Goshen. La tierra allí era negra y profunda, capaz de dar dos buenas cosechas al año si el clima acompañaba, y en la costa del sur había docenas de pueblos pesqueros y pequeñas comunidades cuyos hombres se consideraban ciudadanos de Hal Goshen y votaban en sus asambleas. El propio puerto de Goshen era el mayor de ellos, comunicado con la ciudad de la colina por una buena carretera. Tenía uno de los mejores puertos naturales de la costa sur, base de una próspera flota pesquera.

Un ejército que viajara al oeste a través de las Harukush se encontraría con que la tierra se estrechaba entre las montañas y el mar, hasta que las murallas grises de toba de Hal Goshen surgían ante ellos, como el tapón de corcho de una botella. Para beber el vino del oeste, era necesario abrir aquel tapón.

Había una compañía de hombres sobre las colinas del nordeste de la ciudad. Se habían detenido allí para observar la amplia extensión de mundo que se abría ante ellos. El frío era intenso, y la nieve flotaba por las estribaciones en nubes tan duras y pesadas como la arena, surgidas de los picos de las montañas detrás de ellos en largos estandartes contra un cielo pálido, azul como un huevo de petirrojo.

Corvus parecía notar el frío más que la mayoría. Estaba envuelto en una gruesa capa de fieltro de las tierras altas, y mantenía la capucha cerrada en torno a su boca.

—Allí está, la puerta del oeste. Espero que no tengamos que llamar demasiado fuerte —dijo.

Rictus estudió el terreno abierto al sur de la ciudad y las granjas desperdigadas, mucho más juntas que en las tierras altas. Un taenón de tierra allí exigiría sólo una décima parte de los esfuerzos que un hombre necesitaba hacer para mantener a su familia en las tierras altas. Incluso bien entrado el otoño, el lugar tenía un aspecto próspero y confortable, rodeado de viñas y olivos bien espaciados, con los bosques cortados, los pantanos desecados y pulcras paredes de toba por todas partes; mil años de esfuerzos o más. Era un paisaje domesticado, un grueso pichón a la espera del halcón.

—No me parece que los hombres de Hal Goshen estén muy asustados de tu ejército —dijo Fornyx. La nieve le había teñido de gris la barba y las cejas. Parecía cansado, y casi tan canoso como Rictus.

—Nuestro campamento está a ocho pasangs al este —dijo Corvus, con su mirada hambrienta fija en la ciudad—. Pero saben que estamos aquí. Cerraron las puertas hace ocho días, y entraron en la ciudad todas las provisiones que pudieron. La carretera del puerto ha sido cortada por mi caballería.

—No veo granjas quemadas ni viñas arrancadas —dijo Rictus.

—Ese no es mi modo de hacer la guerra —le dijo Corvus—. Tengo intención de apoderarme de esta ciudad y de las tierras que la rodean. No pretendo capturar un desierto.

—Entonces, ¿cómo alimentas a tus hombres? —preguntó Fornyx, con auténtica sorpresa en la voz.

—Recibo caravanas de provisiones de mis posesiones en el este —dijo Corvus—. Por eso puedo continuar la campaña pese a la llegada del invierno. Hacemos algo de recolección mientras marchamos, pero en general he descubierto que es mejor no saquear una tierra a cuyos habitantes deseas ganarte.

—Alguien podría opinar que un hombre cuya granja está en llamas tiene más posibilidades de ceder ante tus argumentos —dijo Fornyx.

Corvus volvió hacia él sus extraños ojos pálidos.

—He descubierto que hay dos modos de tratar con los hombres: o les ofreces respeto, o los matas. Cualquier cosa intermedia simplemente crea resentimiento y deseo de venganza.

—Tu mundo es un lugar duro y simple —dijo Fornyx.

—Duermo bien por las noches —repuso Corvus con una sonrisa.

Rictus escuchó el intercambio sin decir nada. Pensaba en Hal Goshen. Durante veinte años, había vivido cerca de la ciudad; Andunnon estaba apenas a sesenta pasangs, en las colinas de Gosthere. Conocía a los hombres del interior de aquellas murallas de toba, se había sentado a sus mesas y bebido su vino. Phaestus, el portavoz de su Kerusia, le había contratado más de una vez, había comido en Andunnon y cazado con él. Aise y él habían estado en el teatro en Hal Goshen, para ver la representación de Ondimion. Su vestido escarlata había sido adquirido en el agora de la ciudad.

Era en el puerto de Goshen donde Rictus había embarcado hacia el Imperio, tanto tiempo atrás. El mar se había teñido de negro entonces con los barcos de los Diez Mil. No tenía ningún deseo de ver aquella ciudad sitiada o asaltada, ni de ver a su gente derrotada y esclavizada. Estaba demasiado cerca de su hogar, de los recuerdos que formaban la telaraña de su vida.

—Tu razonamiento es correcto —dijo a Corvus—. Hal Goshen y sus alrededores pueden reunir a unos cuatro mil guerreros, y sólo dos tercios de ellos serían lanceros. No tendrían ninguna posibilidad. Si les informamos de este hecho, no creo que sea difícil convencer a la Kerusia de abrirnos las puertas.

Corvus asintió, observando atentamente el rostro de Rictus.

—Ésa es también mi opinión. Por supuesto, sería mucho mejor si se lo explicara alguien a quien conocen. Alguien en quien confían.

Rictus bajó la vista hacia el joven encapuchado, frunciendo el ceño.

—Cierto.

Fornyx intervino.

—Bueno, ¿qué os parece si antes vamos a echar un vistazo a ese ejército tuyo? Quiero ver a qué se deben tantas alabanzas.

El campamento de un ejército normalmente se anunciaba en el viento, con el hedor de los excrementos humanos. Y del humo de leña. Mientras descendían de las tierras altas hacia la llanura, pudieron captar el olor en la brisa, y enseguida Rictus se vio asaltado por un aluvión de recuerdos.

En todas las batallas que había librado desde su regreso con los Diez Mil más de dos décadas atrás, nunca había formado parte de una fuerza mayor de dos o tres mil hombres. Los conflictos entre las ciudades de los macht eran asuntos de pequeño tamaño, que se solucionaban casi con una especie de ceremonia. Los asedios como el de su última campaña eran poco habituales.

Los guerreros de dos ciudades se congregaban en verano, mucho antes de la cosecha, y chocaban unos contra otros con todo el refinamiento táctico de dos ciervos en celo. A menudo los campos de batalla sobre los que luchaban habían sido empleados por sus padres y abuelos, sedes de guerras desde tiempo inmemorial. Un bando ganaba, el otro perdía, y el vencedor dictaba los términos. Era raro que tales encuentros acabaran con la destrucción de una ciudad como entidad política: los macht consideraban vagamente impío destruir por completo una ciudad estado.

Había casos especiales, sin embargo. La propia ciudad de Rictus, Isca, había sido destruida por una alianza de sus vecinos, porque Isca había adiestrado a sus ciudadanos como mercenarios y guerrero contra las otras ciudades con la intención de subyugarlas por completo a su voluntad, convirtiéndolas en sus vasallas. Para los *macht*, aquello era algo intolerable, *contra natura*. La guerra en las Harukush era un ritual sangriento, un modo de convertir a los niños en hombres y de aumentar las riquezas y prestigio de una ciudad. No se hacía con el objetivo de conquistar.

Y Corvus había cambiado todo aquello.

¿Cómo diablos lo hacía?, se preguntó Rictus. ¿Quién era aquel muchacho y de dónde venía? Tenía muchas preguntas, y sin embargo no había reconocido ni siquiera ante sí mismo que una parte de la razón de su presencia allí era la simple y ávida curiosidad. Quería saber cómo lo había hecho.

El campamento del ejército de Corvus era enorme, como una gran cicatriz sobre el rostro del campo. Vagamente cuadrado, consistía tal vez en veinte *taenones* de tiendas, hileras de caballos y carretas, el mayor campamento que Rictus hubiera visto en las Harukush. Fornyx se detuvo en seco al verlo y se pasó los dedos por la barba.

—¡Phobos! De modo que las historias eran ciertas, después de todo. ¡Realmente has conquistado el este, y te has traído a la mitad contigo!

Corvus les indicó ciertos segmentos del campamento.

—Las líneas más cercanas son los lanceros reclutados, ciudadanos del este que estarán aquí mientras dure la campaña. Detrás están mis propios lanceros, que me han seguido desde la caída de Idrios, hace dos años. Los *igranianos* de Druze están acampados en el lado norte, y en la retaguardia están mis Compañeros, la caballería del ejército.

Rictus había visto antes ejércitos grandes. Había habido más de treinta mil hombres en las fuerzas de Arkamenes, el pretendiente *kufr* al trono del Gran Rey, y Ashurnan había puesto varias veces aquella cantidad de soldados en el campo en Kunaksa. Aquél era un campamento de muchos miles de hombres, pero no era el ejército del que había oído hablar en las historias; era demasiado pequeño.

—¿Cuántos hombres tienes aquí? —preguntó abiertamente a Corvus.

—Los suficientes para lo que nos proponemos. He tenido que dejar varias guarniciones detrás de mí. —Corvus inclinó la cabeza en aquel gesto suyo que recordaba a un pájaro—. El ejército que veis aquí cuenta con poco menos de catorce mil hombres.

—¡Phobos! —exclamó Fornyx, pero Rictus no se impresionaba tan fácilmente.

—Será mejor que Karnos no se te enfrente con todas las fuerzas de la Liga Avenia.

—El número no lo es todo —dijo Corvus—. Precisamente tú deberías saberlo mejor que nadie, Rictus.

Descendieron por las laderas de las colinas hasta el mismo campamento. Había retenes de dos o tres hombres sin armadura pero con jabalinas, montados sobre los resistentes ponis de las montañas del este. Cerca de la masa de tiendas de cuero, la infantería montaba guardia con sus lanzas. Las ciudades *macht* adornaban los escudos de sus guerreros con emblemas alusivos al nombre de la ciudad, pero todos los soldados de Corvus llevaban el símbolo de un pájaro negro pintado en los suyos, la única concesión a la uniformidad.

Los más cercanos levantaron las lanzas y gritaron el nombre de Corvus cuando lo reconocieron, y ello pareció provocar un movimiento en todo el campamento, como el viento levantando olas a través de un campo de trigo maduro. El muchacho encapuchado que caminaba junto a Rictus se apartó los pliegues de su *clámide* de las tierras altas y levantó una mano al entrar en el campamento de su ejército, para ser recibido por un grito áspero de las multitudes de hombres que le vieron llegar.

—Quieren de veras al pequeño cabrón —dijo Fornyx, sorprendido.

Una ciudad de tiendas de campaña, con las calles pulcras y los caminos marcados con

troncos donde el terreno era blando. Había letrinas excavadas en cada encrucijada, trincheras profundas con hombres agazapados sobre ellas. Se estaban excavando otras nuevas mientras Rictus observaba. Había disciplina, más de la habitual en los ejércitos de las ciudades.

Llegaron a un espacio abierto frente a la mayor tienda que habían visto hasta el momento. Una hilera de altos postes de madera con amplios brazos había sido clavada en el suelo a un lado, como una serie de patíbulos.

—¿Qué es esto? —preguntó Fornyx.

—La zona de ejecuciones —le dijo Corvus—. Y aquí está mi tienda. Rictus, quisiera que fueras mi invitado.

—¿Dónde están mis hombres? —quiso saber Rictus—. Me gustaría verlos.

Corvus dirigió una inclinación de cabeza a Druze, que se alejó a toda prisa. Había empezado a llover, una llovizna fría que descendía en nubes desde las montañas.

—Venid adentro. Llegarán enseguida.

La tienda era alta, como una casa de pieles sobre la que la lluvia había empezado a tamborilear de modo más insistente, con una pared entera levantada sobre postes. Había braseros en el interior, brillantes y con el carbón caliente, una mesa ancha llena de mapas y un soporte para armaduras cubierto de armas y una coraza negra. Dos centinelas permanecían firmes como el mármol junto a la amplia entrada, ignorando la lluvia que les corría por el rostro.

—Éste es mi hogar —dijo Corvus, despojándose de la empapada clámide y extendiendo los dedos hacia el calor de un brasero. Un par de chiquillos, de no más de quince años, tomaron la capa y trajeron vino a la mesa en una jarra de auténtico cristal.

—Hice que la construyeran después de tomar Idrios. Se necesitaron las pieles de ochenta reses. En los últimos dos años, no he dormido bajo un verdadero techo más de media docena de veces. —Levantó la cabeza, sonriendo—. Me gusta oír la lluvia sobre ella. —Pareció salir de una ensoñación—. Bebed; no es minero, pero es casi igual de bueno. Comeremos al ponerse el sol. Entonces conoceréis a los demás comandantes del ejército. Tenemos mucho de que hablar.

Rictus bebió, admirando la jarra de cristal y estudiando discretamente los mapas sobre la mesa. En su mayor parte, representaban las Harukush orientales: sus ríos, sus carreteras, sus ciudades y pueblos. Pero había uno que representaba toda la tierra desde Machran y sus amplios alrededores, el anillo de ciudades que la rodeaban y que formaban parte de la confederación conocida como la Liga Avenia, así llamada en honor a la ciudad de Avennos, donde se había formado más de veinte años atrás.

El chico que estaba junto al brasero había conquistado en dos años unos ochocientos pasangs de las Harukush, y a juzgar por aquellos mapas, controlaba ya al menos una docena de ciudades importantes, además de incontables pueblos y aldeas. ¿De dónde había salido?

—Debí saber que os encontraría con copas en las manos —dijo una voz. Era Kesiro, con una sonrisa tan amplia que mostraba todos los hilos de plata que rodeaban sus dientes. Y tras él estaba Valerian, con la belleza arruinada de su rostro torcido iluminada por algo parecido al alivio.

—Rictus... ¿Cómo fue en la granja? ¿Está todo el mundo...? ¿Rian...?

—Mi familia está bien —dijo Rictus formalmente, sin sonreír—. Informad, centuriones. ¿Cómo están mis hombres?

Se tensaron, con las gotas de lluvia corriendo sobre su rostro. Fornyx permaneció en silencio junto a Rictus. Los dos hombres mayores llevaban la armadura negra y los quitones y la capa escarlata de su profesión. El resto de su equipo había sido transportado por los hombres de Druze, pero llevaban las espadas, y tenían el aspecto de auténticos centuriones duros y veteranos. Valerian y Kesiro, en contraste, vestían unos quitones grises de civil que no habían sido lavados en bastante tiempo.

—Los Cabezas de Perro están acampados a medio pasang de aquí, en el lado sur del campamento —dijo Valerian—. Están todos presentes con las armas en la mano, a la espera de tus órdenes.

—Lo sometimos a votación —dijo Kesiro, con su cabeza afeitada reluciendo por la lluvia—. Harán lo que tú digas, Rictus. No han firmado ningún contrato, ni lo firmarán sin tu aprobación.

Rictus miró a Corvus.

—Creo que hemos salido del territorio de los contratos. El juego ha cambiado.

—Otra cosa que tenemos que comentar —dijo Corvus—. Pero más tarde. —Druze y un par de asistentes habían entrado en la tienda detrás de Valerian y Kesiro, y esperaban pacientemente. El igraniano estaba tan encendido de curiosidad como un gatito observando una madeja de lana—. Debo irme. Rictus, tú y tus oficiales quedaos aquí. Los pajes vendrán a arreglar todo esto para la comida de la noche dentro de poco. Hasta entonces, tenéis la tienda para vosotros solos. —Su mirada pasó por encima de los cuatro mercenarios. Pareció vacilar un segundo, luego sacudió la cabeza y, con un gesto brusco de la mano, indicó a Druze y a los asistentes que salieran con él a la lluvia.

—El héroe conquistador nos abandona —dijo secamente Fornyx—. Tomad algo de su vino, hermanos; ese chico sólo tiene lo mejor, al parecer.

Pero Valerian y Kesiro continuaron inmóviles, clavados en su sitio por la mirada de Rictus.

—Contadme qué pasó —dijo éste, con una voz fría como la lluvia.

—Estábamos en una taberna de Grescir cuando nos capturaron —dijo Valerian—. Bastante ebrios.

—Era un pequeño Cuchitril de camino hacia Hal Goshen —dijo Kesiro—. Detuvimos la marcha para que los hombres pudieran llenar sus odres. Debían estar vigilando la carretera. Ese cabrón de ojos negros, Druze, rodeó el lugar con lo que parecían mil hombres, y luego nos dijo que os habían capturado a ti y a Fornyx y estaban negociando un contrato con vosotros.

—Nos dieron un salvoconducto si les seguíamos hasta su campamento —dijo Valerian—. Cuando hubimos formado, ya tenían a mil hombres más en las colinas en torno a la ciudad, y también caballería. ¿Qué más podíamos hacer, Rictus?

—Podíais vigilar mejor —dijo Rictus en voz baja.

—Ese tal Corvus lo sabe todo sobre ti —rezongó Kesiro—. Tu historia, tu familia, la granja. Debe de haber tenido espías en todas las carreteras de Idrios a Machran esperando a los Cabezas de Perro durante estos últimos meses.

—¿Y los hombres? ¿Cómo están de provisiones?

—Les alimentan los intendentes de Corvus. Les han asignado tiendas y un lugar en el tren de intendencia. —Valerian sacudió la cabeza—. Todo está organizado, como hicieron con nosotros hace varias semanas.

—Lo creo —dijo Rictus—. A Corvus no le gusta dejar nada al azar. Ahora lo sé.

—¿Cuál es el juego, entonces? —preguntó Kesiro—. ¿Quieres intentar algo, o hemos de bajar la cabeza ante ese muchacho y dejar que nos dé por culo?

Rictus miró los mapas sobre la mesa. Comprendió que todo aquello era deliberado. Corvus los había dejado allí para que Rictus viera lo que había hecho, lo que había conseguido y lo que se proponía hacer.

¿Cómo sería aquel fenómeno en una batalla, con sus extrañas ideas, con sus hombres a caballo? Una vez más, le invadió la curiosidad.

—Sería una estupidez dejar que el orgullo se interpusiera —murmuró, tocando la mesa de los mapas y observando todos los territorios macht extendidos ante él como el dibujo de una historia ya terminada. Pensó en la campaña mezquina y brutal del verano y el invierno anteriores. La total incompetencia de los hombres que le habían

contratado. Y antes, las incontables escaramuzas en las que había luchado durante los últimos veinte años, guerras sin propósito, pequeñas batallas escuálidas sin ningún resultado, aparte del número de muertos, mutilados y esclavizados.

Qué aburrido había sido todo.

Y recordó Kunaksa, la terrible gloria de aquellos días en las colinas de la Cabra, luchando por el destino de un imperio. Creando una leyenda.

—Podríamos hacer cosas peores —dijo, pensando en voz alta. Observó a los dos jóvenes centuriones con una ceja levantada—. Tenéis un aspecto terrible. ¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

—Cinco días —dijo Valerian, con una sonrisa nerviosa—. Hemos tratado de pasar desapercibidos.

—Id a limpiaros. Os quiero vestidos de escarlata cuando nos sentemos con los oficiales de ese tipo. No vamos a quedar como bandidos vagabundos delante de él.

—Y lo mismo se aplica a los hombres —dijo Fornyx con severidad, pero había cierta luz en sus ojos—. Somos profesionales... y el tal Corvus no es más que un aficionado con talento.

Los oficiales del ejército del aficionado entraron en tropel más tarde, cuando las hogueras del campamento anfitrión empezaban a relucir en el crepúsculo azul adornado por la lluvia. Se habían instalado mesas plegables, con bancos estrechos a los lados.

Un grupo de chicos imberbes atendía a los comensales. No eran esclavos, y de hecho tenían una actitud de particular altanería. Observaban a Rictus y a sus centuriones con abierta curiosidad.

Los otros eran más reservados. Sobre todo eran hombres jóvenes, de la edad de Valerian. Corvus los presentó mientras la comida era repartida sobre la mesa sin ceremonia. Comida sencilla del ejército: pan negro, carne de cabra salada, queso amarillo y aceite y vinagre para suavizarlo. El vino era local, y Rictus lo había bebido miles de veces antes. Al parecer, las mejores variedades se reservaban para las ocasiones y los invitados especiales.

Druze estaba allí, como jefe de los igranianos, y un cabeza de paja de anchos hombros llamado Teresian fue identificado como el general de los lanceros de Corvus. Mirando su rostro, Rictus se vio a sí mismo veinte años atrás: huesudo, con los ojos grises y la expresión reservada.

Un hombre algo mayor, tal vez en la treintena, fue presentado como Demetrius. Tenía un solo ojo, y en el otro un orificio de tejido cicatrizado. Era el general de los reclutas, los hombres que Corvus había traído desde el este, de cada una de las doce ciudades que había conquistado. Rictus se preguntó cómo se sentirían aquellos hombres (había unos seis mil, según todos los informes) luchando lejos de sus hogares para un hombre que había destruido su independencia. Probablemente, su papel allí era más bien el de rehenes del buen comportamiento de sus ciudades.

Pero la verdadera sorpresa fue el líder de la caballería de los Compañeros de Corvus. El nombre del tipo era Ardashir, y era una cabeza más alto que todos los demás hombres de la habitación, con los ojos de un verde violento y la piel de un dorado pálido. Su rostro era tan alargado que resultaba casi equino, y se había recogido el largo cabello negro en una cola.

Ardashir no era macht. Era kufr.

Había pasado mucho tiempo desde que Rictus pusiera la vista sobre un kufr. Sabía, por experiencia propia, que los demás pueblos del mundo tenían otras formas y tamaños. Había conocido a muchos durante sus viajes, y aunque los macht los consideraban a todos con el mismo desprecio, Rictus sabía que las cosas eran más complejas.

Había muchas castas en el Imperio, pero las más altas estaban formadas por los que

procedían de la patria original en Asuria, que hablaban el idioma de la corte del Gran Rey y eran sus guardaespaldas y administradores. A juzgar por su apariencia, Ardashir era uno de ellos, un kefren de casta alta de la nobleza imperial. Y estaba allí, sentado a una mesa macht, dirigiendo tropas en un ejército macht.

Rictus descubrió que el alto kefren le estudiaba con la misma intensidad con que era estudiado. Ardashir sonrió.

—No ocurre a menudo que uno tenga la oportunidad de compartir la mesa con una leyenda. Rictus de Isca, he oído tu nombre en las historias durante toda mi vida, igual que todos los que estamos aquí. Me alegra el corazón saber que lucharemos hombro a hombro a partir de ahora. —Su voz era profunda y melodiosa, y su macht casi perfecto—. Vamos, bebe conmigo.

Rictus sintió que se le oprimía la garganta. El rostro del kefren había sacudido sus recuerdos. Recordó caras como aquélla mirándolo desde una hilera de miles de hombres, peleando tan cerca de él que su saliva le salpicaba la cara y su sangre le empapaba la piel. Había pisoteado rostros como aquél en el barro de Kunaksa. No había imaginado que los recuerdos pudieran regresar de un modo tan vívido e intenso mientras estaba totalmente despierto y con los ojos abiertos, y tuvo que luchar contra un fuerte impulso momentáneo de levantarse de un salto. Bajó la cabeza y se atragantó con una copa de vino amarillo.

Toda la mesa le observaba: Rictus, el líder de los Diez Mil, sucumbiendo al pánico al ver a un solo kufr. Luchó contra la sensación, rechinando los dientes en el vino. Cuando volvió a levantar la cabeza, su rostro era inexpresivo como el pedernal.

—Estás muy lejos de casa —consiguió decir.

Ardashir inclinó la cabeza para darle la razón.

—Un amigo viajó hasta aquí, y yo le seguí.

—La gente de Ardashir forma la mayor parte de la caballería de los Compañeros —dijo el hombre tuerto, Demetrius—. Estuvieron entre los primeros que combatieron por Corvus, y han venido hasta aquí...

—Son mis amigos, todos ellos. —La voz alta y clara de Corvus interrumpió al veterano—. Han luchado a mi lado en una docena de batallas. Los macht nunca han sabido apreciar el potencial de la caballería, y un hombre no se convierte en jinete de la noche al día.

Para crear mi brazo montado, tuve que buscar al otro lado del mar.

Rictus, en tu juventud te abriste paso luchando a través de medio Imperio. Precisamente tú deberías ser capaz de apreciar el valor de sus gentes.

Corvus le observaba con expresión tensa. Rictus comprendió que aquello era una prueba.

—Luché contra los honai del Gran Rey en Kunaksa, y contra la caballería asuria en Irunshahr. No necesito que nadie me convenza de la habilidad de tu gente.

Druze se inclinó hacia Ardashir, y alargó una mano para sacudir al kefren por el hombro.

—Hábiles o no, Rictus os derrotó, montón de mierda amarilla.

La mesa estalló en carcajadas, y Ardashir rio tan fuerte como el resto. Hizo chocar su copa con la de Druze. Los dos mostraban tanta familiaridad como dos camaradas de armas cualesquiera. Rictus se limpió el sudor frío de la frente. Vio que Corvus todavía le estudiaba, sonriendo sin humor. Entonces el pálido muchacho levantó su propia copa en dirección a Rictus y la vació. Al parecer, había pasado la prueba.

—Rictus ha entrenado a sus Cabezas de Perro hasta un nivel no igualado por ningún ejército que yo haya visto —dijo Corvus, levantando la voz. La larga mesa quedó en silencio al instante—. Sólo son media mora de lanceros, pero tengo intención de que su ejemplo cunda por todo el ejército. Aquí y ahora, nombro a Rictus de Isca uno de mis mariscales, de rango igual a todos los que estáis aquí. Demetrius, Teresian,

consultaréis con Rictus sobre el adiestramiento de vuestros propios hombres. Si podemos poner en el campo una falange que luche tan bien como lo hicieron los Diez Mil, no habrá nada en las Harukush que pueda resistirnos.

Hubo un murmullo de asentimiento general, y Fornyx palmeó la espalda de Rictus, inclinándose para hablarle al oído.

—Felicidades, mariscal. Antes de que me permitas besar tu excelso trasero, mira a tus colegas. Creo que acabas de mear en su vino.

El tuerto Demetrius y el flaco Teresian. Bebieron en silencio, observando a Rictus por encima del borde de sus copas, y Rictus comprendió que acababa de ganarse sus primeros enemigos en el ejército de Corvus.

## *El hombre de la puerta*

La rama verde permitió que Rictus llegara a las murallas de la ciudad. Estaba nevando, una nieve húmeda y oscura, hija del final de la estación. Por muy impenetrable que fuera la Maldición de Dios, no daba calor, y Rictus tiritaba bajo su capa escarlata mientras permanecía en pie, con la rama de olivo en una mano, y la piedra inexpresiva y abollada de las murallas se erguía sobre él. Había actividad sobre la muralla: podía ver el destello cónico de los yelmos al moverse, pero hasta el momento las enormes puertas seguían cerradas.

Había transcurrido un año y medio desde su última visita a la ciudad, a finales de verano, justo antes de partir para cumplir el contrato de Nemasis.

Entonces, las puertas habían estado abiertas, el sol era cálido y la tierra rica y fértil como un pomelo maduro.

Las carreteras habían estado llenas de gente, carretillas y animales de camino hacia el mercado del fin del verano. Para la mayor parte de los habitantes del campo de los alrededores, aquél era un viaje que se hacía una vez al año, para vender lo que habían cultivado, criado y tejido, y comprar a su vez lo que no podían fabricar por sí mismos en sus granjas. Regresaban a casa con la cerámica roja única de la ciudad, o tal vez con un hacha nueva, o un esclavo, o incluso con un pergamino de poesía para leer en voz alta durante las oscuras horas del invierno.

Hal Goshen era el centro de las vidas de los hombres en sesenta pasangs a la redonda, y formaba parte del paisaje, igual que las montañas blancas y remotas que se elevaban en el horizonte del norte. No parecía posible que algo tan estable pudiera ser arrebatado o borrado del mundo a causa de la voluntad de un solo hombre.

Pero aquello podía ocurrir, si Rictus no conseguía una respuesta de aquellas murallas. Lo intentó de nuevo.

—Soy Rictus de Isca, bien conocido por vosotros y vuestra Kerusia. Estoy aquí para hablar en nombre del general del este, Corvus, cuyo ejército está detrás de mí. —Nada. Su malhumor se disparó—. Abrid la jodida puerta, ¿queréis? Soy un hombre solo, y me estoy helando aquí fuera.

Una oleada de carcajadas arriba. Finalmente, se oyó el chasquido reticente de un pestillo, y se abrió una poterna de la puerta, dejando paso a una figura pesadamente abrigada. La poterna se cerró de golpe tras el recién llegado.

—Espero que Aise haya bajado a las cabras de los pastos altos —dijo la figura—. Las nevadas que habrá ahora allá arriba enterrarían a un buey. —El hombre era flaco como un látigo, con el cabello largo, gris y lacio, y un adorno de oro en la nariz. Cuando sonreía, tenía los dientes blancos de un hombre mucho más joven; Rictus recordó que siempre había estado orgulloso de sus dientes, y del efecto de su sonrisa sobre las mujeres.

—Phaestus —dijo—. Gracias a la diosa. Pensaba que estaba a punto de recibir una flecha en el cuello.

—Tengo arcos apuntándote —dijo Phaestus—, aunque tampoco serviría de mucho contra la Maldición de Dios. De modo que es cierto: tú y los Cabezas de Perro os habéis unido al conquistador del este.

—Es cierto, aunque tampoco tuvimos muchas alternativas.

Los dos hombres se miraron sin hablar durante un largo minuto. Rictus era un huésped y un amigo: había comido en casa de Phaestus, comprado regalos para sus hijas, y contado historias de sus campañas a su hijo. Los dos hombres habían cazado jabalíes juntos en las colinas, y habían compartido vino en torno a una hoguera, mientras Fornyx les hacía reír a carcajadas con sus chistes sucios.

—Ah, bien, parece que se le da bien obligar a los hombres a escoger —dijo Phaestus

al fin—. Incluso a ti. ¿Qué opinas de él, Rictus? ¿Es el campeón todopoderoso del que todo el mundo habla?

Rictus pensó en Corvus, el joven bajo y delgado con las uñas pintadas, y dijo con toda sinceridad:

—Bueno, me asusta como ningún otro hombre que haya conocido.

Phaestus pareció realmente sobresaltado al oír aquello.

—¡Phobos!

Rictus apretó suavemente el hombro del otro y lo apartó de la muralla.

—He venido a traeros sus términos.

—Tiene a Aise y las niñas. ¿Es eso?

Rictus negó con la cabeza.

—Escúchame, Phaestus. Y mira al sur. Observa lo que hay y sé honesto contigo mismo.

La blanca nieve había cubierto las tierras de labor al sur de la ciudad, convirtiéndolas en un campo uniforme interrumpido sólo por las siluetas de las vallas y demarcaciones, apenas distinguibles, de los viñedos y olivares. Pero a unos cuatro pasangs de donde estaban los dos hombres había una mancha negra sobre el mundo, un sarpullido de hileras ordenadas que apenas podían identificarse como filas de hombres y caballos. Una hueste enorme cuyas líneas ocupaban cinco pasangs de extremo a extremo, una distancia mayor que la amplitud de la ciudad a la que se enfrentaban.

—Tiene veinticinco mil hombres, Phaestus, todos ellos veteranos acostumbrados a la victoria. No intentes decirme que tus ciudadanos soldados pueden luchar contra eso. Sé cuál es la fuerza de Hal Goshen. Conozco a tus centuriones y sus ejercicios.

—No lo dudo. Pero Hal Goshen no está sola en esto, Rictus. ¿Qué me dices de Machran y la Liga? El propio Karnos estuvo a punto de contratarte al final del verano, pero te marchaste. La Liga acudirá en nuestra ayuda.

—La Liga se ha demorado demasiado. Se han pasado los dos últimos años debatiendo que hacer con respecto a Corvus, y han acabado persiguiendo su propio rabo. Ningún ejército acudirá en vuestro rescate, Phaestus, así que olvídate de ello. Corvus se ha movido demasiado aprisa. Es un consejo de amigo: aceptad sus términos.

El rostro de Phaestus estaba tan pálido como su cabello.

—¿Cuáles son sus términos? —dijo.

—Los mismos que ha ofrecido a una docena de ciudades en el este. Debéis renunciar a vuestra independencia y uniros a él, aceptarle como gobernante absoluto. Debéis pagar una décima parte de vuestras riquezas y rentas a su tesoro, y debéis enviarle quinientos lanceros cada año para luchar en sus guerras. Si lo hacéis, Hal Goshen no sufrirá ningún daño: él ni siquiera entrará en la ciudad, sino que nombrará a un gobernador. —Rictus volvió a apretar el brazo de Phaestus, estrujando la carne sobre el hueso—. He hablado con él sobre esto. Tú serás el gobernador, Phaestus. Te doy mi palabra. Y si demuestras ser leal, tu hijo Philemos te sucederá.

—De modo que ahora está creando dinastías, ¿no? —espetó Phaestus—. Reyzeuelos títeres, que servirán a las órdenes del gran rey de todos. ¿Qué somos ahora, Rictus? ¿Igual que los kufr? Un hombre libre empuña su lanza y tiene derecho a que su voz se oiga entre sus pares; así es como los macht hemos vivido siempre.

—Los tiempos están cambiando —dijo Rictus furioso, aunque no con Phaestus—. Te lo advierto como amigo, si no os sometéis a él, tomará Hal Goshen y la destruirá para dar ejemplo. Tú y tu hijo moriréis, y vuestras mujeres serán esclavizadas. Hal Goshen desaparecerá, igual que Isca. Lo hará, Phaestus, créeme.

Phaestus le miró con una mezcla de desconcierto y desprecio.

—El gran líder de los Diez Mil, a quien consideraba mi amigo. Rictus de Isca, reducido a recadero de un bárbaro. Regresa a su lado, Rictus, y dile que...

—¡Por el amor de Antimone, Phaestus, no te pongas solemne ahora! Éste es un mundo

frío y duro, y el honor es algo que dejarnos para las historias. Se os está ofreciendo algo que no tiene precio. Es posible que haya honor en lo que aceptáis, y podréis salvar a vuestra ciudad de una pesadilla.

Phaestus parecía dudar si ponerse a gritar o a llorar. Sacudió la cabeza.

—Nunca he comprendido del todo la naturaleza de un mercenario. Los capas rojas sois una especie en extinción, y os hemos convertido casi en una leyenda. Pero al final, lo único que importa es el peso del monedero que os ofrecen. Escupo sobre lo que tú llamas honor, Rictus.

Rictus le agarró por la garganta, con los ojos grises centelleando.

—Cuidado con lo que dices, viejo. No sabes de qué hablas. ¿Has visto alguna vez arder una ciudad? Yo sí. He visto a mi gente arrastrada hacia el mercado de esclavos, a mi familia masacrada. Si tu orgullo exige que condenes a los tuyos al mismo destino, te juro que haré un esfuerzo especial cuando rompamos vuestras murallas. Te buscaré y te mataré yo mismo, y a tu precioso hijo. Y lo último que verás en esta tierra será a mis hombres violando a tu esposa e hijas. —Arrojó a Phaestus a un lado como un perro con una rata muerta—. He venido en son de paz. Propuse tu nombre a Corvus porque sabía que eres un hombre justo y honorable, capaz de gobernar con prudencia. Tú amas esta ciudad, igual que yo. Su destino está ahora en tus manos.

Phaestus se frotó la garganta, con los ojos pálidos y febriles.

—¿Crees que deseo convertirme en un tirano, esclavo de un tirano mayor? No me conoces tan bien como creías, Rictus. Y me parece que yo no te conozco en absoluto.

—Presenta sus términos ante la Kerusia, entonces. Escucha lo que tienen que decir los otros ancianos, y sometedlo a la asamblea.

Phaestus frunció el labio inferior.

—¿Cómo te compró? ¿Te quedarás con los despojos de sus conquistas? Antimone nos observa, Rictus. Sus alas negras baten sobre nuestra cabeza durante toda nuestra vida. Tú y Corvus responderéis por lo que estáis haciendo.

—Correré el riesgo con los dioses. Tú piensa en la oferta que te he hecho, y pregúntate si tus ideales valen la muerte de una ciudad. Corvus espera respuesta antes del anochecer. Si no la hay, el ejército atacará vuestras murallas al amanecer.

Rictus se volvió sobre sus talones y se alejó. Ni Phaestus ni los hombres de la muralla pudieron ver la agonía reflejada en su rostro.

Hal Goshen capituló aquella noche. Uno de los ancianos de la Kerusia, Sarmenio, fue proclamado gobernador por Corvus. La ciudad aceptó a un pequeño grupo de funcionarios del séquito del conquistador, y accedió a suministrarle provisiones para el resto de la campaña. Quinientos jóvenes de rostro deprimido vestidos con la armadura de sus padres marcharon para unirse al ejército en la llanura, y se les situó bajo el mando de Demetrius.

No vieron ningún rastro de Phaestus. Había trasladado los tenninos de la rendición de la ciudad a la Kerusia, y luego había desaparecido, huyendo de la ciudad con su familia en dirección a las colinas. En su ausencia, y a petición de Corvus, fue declarado ostrakr por la Kerusia, antes de que la asamblea fuera desbandada. Igual que Rictus, ya no tenía ninguna ciudad.

Tal vez fue el ejemplo de conquista más eficiente que Rictus hubiera visto. No se derramó una sola gota de sangre, pero una gran ciudad había caído. Y con la caída de Hal Goshen, el camino hacia las tierras occidentales de las Harukush quedaba expedito. El tapón había sido retirado de la botella.

El ejército de Corvus formó una columna de marcha a la mañana siguiente, un río de hombres que ennegrecía la faz de las tierras bajas. El gran campamento en el que habían pasado los días anteriores fue desmantelado y abandonado; las tiendas de cuero, las forjas de campo y las provisiones envasadas, empaquetadas y cargadas en las carretas del tren de intendencia. Y empezaron a moverse. Las nubes se abrieron, y

la luz amarilla del sol convirtió su paso en una serpiente inmensa y erizada que se arrastraba hacia el oeste, mientras las interminables compañías pasaban junto a las murallas que no habían tenido que derribar.

Entre ellos, Rictus avanzaba en silencio al frente de sus hombres. Su armadura negra no reflejaba ni un solo destello del sol otoñal. No miró atrás.

# ***Segunda parte***

*Moliendo el grano*

## *El portavoz de Machran*

Karnos deslizó su dedo por la columna vertebral de la muchacha, desde la nuca a la sedosa cavidad de sus nalgas. Estaba húmeda, y se movió levemente bajo su tacto, arqueando el pálido cuerpo como un gato acariciado. Karnos volvió a mover el dedo hacia arriba, recorriendo la geometría de sus costillas, y rozando la hinchazón de un pecho. Le acarició el lóbulo de la oreja, donde lo cubrían las oscuras trenzas de cabello brillante.

—No me importa lo que dijera Polio, valías hasta el último óbolo —murmuró.

Una llamada a la puerta.

La muchacha sonrió cuando Karnos le besó la delicada oreja. Su mano recorrió de nuevo el cuerpo de la esclava, en aquella ocasión con más urgencia. Sintió un destello de deleite cuando ella levantó la grupa en un gesto de invitación.

De nuevo la llamada, ya no tan discreta. Un fuerte golpe con los nudillos.

—¡Que te jodan, Polio! —gritó Karnos—. ¡He ordenado que no me molestaran!

La muchacha se tensó a su lado, y sus ojos adoptaron el aire inexpresivo de los esclavos. El deber había sustituido a la excitación en un momento, aunque continuó inmóvil, con sus blancas nalgas levantadas en el aire.

—Amo, mis más sinceras disculpas, pero hay noticias que no pueden esperar. Ha llegado el propio Kassander, y te espera en el patio.

—¿Kassander? Ah, mierda —dijo Karnos. Se arrodilló en la cama, empujó— a la esbelta y pálida muchacha hacia un lado y alargó la mano hacia su quitón.

—Llévale algo de vino. Que se lo sirva Grania.

—Ya lo he hecho, amo. Quiere verte de inmediato.

—Claro —gruñó Karnos, pasándose el quitón por la cabeza. Dijo a la muchacha—: Vete y límpiate. —La chica bajó desnuda de la cama y salió por una puerta lateral. La colgadura que la disimulaba todavía se movía cuando Karnos se levantó descalzo y dijo—: Dile que estoy de camino. Y más vale que sea importante. Por el trasero de Phobos, ¡estamos en mitad de la noche!

Polio entró con una lámpara de bronce, protegiendo el pabito con sus largos dedos.

—¿Llamo al cocinero?

—No, veamos primero qué ocurre. Ilumina el camino, Polio. Kassander es un hijo de perra impaciente, pero ni siquiera él se presentaría a esta hora por capricho.

Los dos hombres recorrieron el pasillo en un tembloroso globo de luz amarillenta, mientras sus sombras se agitaban a su alrededor. Polio era un anciano flaco, con una ancha barba gris. Llevaba un collar de esclavo, pero adornado de oro, y de sus hombros colgaba un himation de fino lino blanco.

Karnos llevaba un quitón manchado de comida, de lana sencilla y sin teñir. Era un hombre corpulento de barriga redonda y barba corta y negra. Su cabello, largo, estaba untado de aceite, y llevaba varios anillos en cada mano. Sus pies desnudos golpeaban el suelo de piedra.

—¿Está solo?

—Ha venido con una escolta de lanceros, amo, pero se han quedado fuera.

—Mierda. Entonces es oficial. Despierta a todo el mundo y prepara mi ropa del consejo y una buena capa.

—Algo de comida, tal vez.

—Vino; mucho. Del bueno. Tienen que ser malas noticias; nadie trae buenas noticias en la oscuridad. Lo tomaremos en el estudio. Y que sirvan también a la escolta.

Un amplio espacio rodeado de columnas pálidas, abierto al cielo. Karnos apretó los dientes a causa del frío. Captó el rumor del agua de la fuente del patio, el resplandor de la lámpara solitaria encendida junto al santuario, y el del brasero del portero, con los

carbones mortecinos y casi apagados. Junto a él había una larga sombra, iluminada en rojo por el carbón, y a un lado la esbelta silueta de una esclava temblorosa que llevaba una jarra de cristal en las manos.

—Déjanos, Grania —dijo bruscamente Karnos. La muchacha huyó, con los pies golpeando la gélida piedra.

—¿Kassander?

La sombra se convirtió en una enorme figura embozada, tan ancha como Karnos pero más alta.

—No paras de comprar chicas guapas, Karnos. ¿Cuántas tienes ahora mismo?

—Si quieres alguna, te la presto. ¿Cuál es la noticia que me obliga a estar aquí, tiritando como un caballo agotado en la noche, mientras Phobos se burla de mí?

Kassander vació su copa.

—Noticias del este. Hal Goshen se ha rendido.

Karnos se apoyó en un pilar de mármol. Los últimos restos del calor del dormitorio habían desaparecido.

—Ah, diablos. —Se pasó una mano de nudillos velludos sobre el rostro, y le pareció sentir el peso de sus años y el del frío del invierno en los mismos huesos—. Se lo advertí, ¿no?

—Si, lo hiciste —dijo Kassander—. Has tenido razón en todos los casos. Eso es bueno; significa que tal vez te escucharán ahora.

Karnos levantó bruscamente la cabeza, con una mueca burlona en mitad de la barba.

—¿Eso crees? Hermano, tienes una confianza en la racionalidad de los hombres que me hace dudar si reír o llorar.

—Si esto no sirve para unir a la Liga, nada lo hará. Podría ser una buena noticia, Karnos; tal vez estemos en el punto de inflexión.

—Siempre tan optimista, ¿eh? ¿Quién más lo sabe?

—La noticia habría corrido por toda la ciudad al amanecer. Ya he enviado mensajeros al interior, y están despertando a la Kerusia mientras hablamos.

—Ven adentro conmigo. La polla se me ha encogido como una pasa con este frío... o tal vez por culpa de tus noticias. —Kassander le siguió como un oso obediente, arrojando la copa al estanque del patio con un chapoteo plateado.

—¡Luz, luz! —rugió Karnos—. ¿Es que tengo que avanzar a tientas en la oscuridad en mi propia casa? ¡Traed una lámpara!

Volvió a aparecer Polio. Se inclinó ante Kassander, que hizo un breve movimiento de cabeza en respuesta.

—Amo, el fuego de tu estudio esta encendido, y...

—Que preparen allí mis ropas, Polio, y despierta a los mozos de establo. Quiero al castrado negro caliente y reluciente, con el mejor arnés. Iré al Empirion al amanecer.

Polio volvió a inclinarse, entregó su lámpara a Karnos y se alejó.

La casa estaba cobrando vida. Los esclavos corrían en todas direcciones con lámparas en las manos, entre gritos ininteligibles procedentes de las cocinas, en la parte trasera de la casa. Karnos y Kassander avanzaban por los corredores, ajenos a todo ello, hasta que se abrió una pesada puerta para revelar una habitación iluminada por el fuego, cubierta de pergaminos y rollos, con un esclavo de ojos muy abiertos que se inclinó profundamente, depositó un montón de ropa sobre el escritorio y huyó, murmurando naderías.

—Tienes demasiados esclavos —dijo Kassander, retirando el extremo de su capa enrollada a su brazo—. Están por todas partes, como malditas cucarachas. ¿No puedes contratar hombres libres para que te enciendan el fuego y cuiden de tus caballos?

—Los hombres libres tienen sus propias lealtades, familias y preocupaciones —dijo Karnos, apartando los papeles amontonados sobre dos sillas de armazón de hierro—.

Los esclavos sólo tienen que preocuparse por su trabajo. Si lo hacen bien, nada más puede inquietarles en el mundo.

Se despojó del quitón de lana y permaneció desnudo a la luz del fuego. Luego empezó a vestirse con la ropa traída por el esclavo.

—Hubieras llegado a portavoz mucho antes si el mundo no te mirara mal por el harén que tienes aquí. Hay chistes sobre ti y tu insaciable polla pintados en las paredes de todas las tabernas del Mithannon.

—Insaciable, ¿eh? —dijo Karnos con una sonrisa. Sacó la cabeza del cuello de un quitón de lino negro—. Eso me gusta. El pueblo ama a los políticos cuyos vicios están expuestos a la luz, Kassander; saben que tienes menos cosas que ocultar. Yo amo a las mujeres...

—Pues cástate con una.

—¿Estás loco? No, no. Flirteo con el poder y me tiro a las esclavas. Las mujeres buenas y decentes son demasiado peligrosas para un hombre como yo. Y me acerco a los cuarenta; demasiado viejo para acostumbrarme a las manías de una esposa. Toma asiento. No, se me hieló la sangre sólo de pensarlo... y sabes el respeto que siento por tu hermana.

—Cree que el sol sale y se pone a tu alrededor. Haukos sabrá por qué.

—Es la viva imagen de una dama virtuosa, un adorno para tu familia. Si me casara con ella, se... Bueno, ya sabes lo que ocurriría.

No, pronto verá la luz y se casará con otro tipo que valga la pena, que llegue a casa sobrio todas las noches y que le haga muchos hijos. Basta. —Palmeó su elegante quitón y se puso un par de sandalias—. ¿Dónde está el jodido vino? ¡Polio!

Llegó el vino, traído por una muchacha absurdamente hermosa cuya túnica apenas le llegaba a los muslos. Polio se quedó a su lado como un padre severo.

—¿Eso es todo, amo?

—Por el momento. Comeremos más tarde. Que el cocinero prepare ese caldo tan bueno que tomamos ayer. Y asegúrate de que nadie se acerca a esta puerta, Polio.

Polio se inclinó y salió, majestuoso como un rey de barba gris.

Karnos se sentó y llenó de vino dos copas de arcilla. Metió los dedos en su propia copa y salpicó el fuego con unas cuantas gotas.

—Para Phobos, el maldito cabrón. Una libación.

Kassander le imitó con la lenta sonrisa de los hombres grandes.

—Para Haukos, que aún no ha apartado el rostro de nosotros.

—Tu buen humor me da ganas de vomitar —dijo Karnos—. ¿Cuáles son los detalles de lo sucedido, o aún no los sabemos?

Kassander se reclinó en la silla con un suspiro, haciendo crujir el armazón bajo su peso.

—La misma historia que hemos visto otras veces. Asusta a la gente humilde con el tamaño de su ejército, les ofrece términos aceptables y se va.

—Acababa de llegar a las murallas —dijo Karnos, dándose un puñetazo en la rodilla—. Creí que teníamos tiempo. Phaestus nos aseguró que resistiría.

—El consejo de Phaestus fue ignorado, y le declararon ostrakr. Sarmenio fue nombrado gobernador.

—¡Sarmenio! Ese cabrón de cara de rata... Le invité a comer el mes pasado y no paró de hablar de cómo Hal Goshen detendría al invasor. Cabrón. Y tiene la polla pequeña. Me lo dijo Grania.

—Sea cual sea el tamaño de su instrumento, ahora gobierna Hal Goshen como un tirano, a las órdenes de Corvus. Pero hay algo más, Karnos.

—Lo veo en tu cara. Te estás guardando lo mejor para el final, viejo cabrón. Bueno, suéltalo ya, si no hay más remedio.

—Rictus de Isca estuvo en Hal Goshen. Se ha unido al invasor.

Karnos se puso en pie. Dejó la copa de vino en el escritorio, derramando parte del líquido color baya sobre los papeles. Se situó frente al fuego y contempló las llamas sin verlas, mientras Kassander limpiaba el vino derramado con el borde de su capa.

—Rictus —dijo en tono apagado—. No lo hubiera creído de él.

—¿Quién es ahora el optimista? Rictus es un mercenario —dijo Kassander, irritado—. Va donde está el dinero, y el tal Corvus debe tener ya una fortuna en su tesoro.

—No. —Karnos se volvió—. Rictus es un macht anticuado. Tiene fe en algunas cosas. Creí que le tenía, Kassander. Este verano hablamos, y creí que le tenía. ¡Imagina si hubiéramos conseguido traerlo hasta aquí para que dirigiera al ejército!

—Mi imaginación se dispara —dijo Kassander—. Por desgracia, tendrás que conformarte con Kassander de Arienus en lugar de Rictus.

Karnos agitó una mano.

—No te portes como una niña. Sabes perfectamente lo que hubiera significado tener al líder de los Diez Mil en estas murallas. ¡Phobos! Nunca lo hubiera creído de él.

—Te estás repitiendo.

—Una costumbre propia de los políticos; te mantiene la boca en movimiento hasta que tienes algo nuevo que decir. Kassander, debemos abordar este tema ahora, mientras la sorpresa de la noticia está aún sacudiendo las calles. Si lo debatimos en la Kerusia, Corvus estará ante nuestras murallas incluso antes de que logremos reunir a la asamblea.

—Algo me dice que tendré un papel en esto.

—Eres el polemarcha del ejército. Por el amor de Dios, ¡Corvus está a diez días de marcha de estas murallas! ¡No tenemos tiempo para tonterías!

Kassander suspiró pesadamente.

—Quieres que llame al ejército por mi propia iniciativa.

—Al amanecer. Debemos tener las calles llenas de hombres. Hay que hacer que el pueblo se dé cuenta del peligro, para forzar a la Kerusia.

—Puedo hacerlo. Puedo llamar a las huestes, pero eso significará el fin de tu carrera política, y lo sabes. Si pasas por encima de la Kerusia, votarán tu destitución. Ya te odian, de todos modos.

Karnos sacudió una mano en un gesto despectivo.

—Llegué a ser miembro de la Kerusia por aclamación popular. Si me echan, tendrán que responder ante el pueblo.

Kassander contempló su vino. Se hizo el silencio en la habitación, interrumpido sólo por el crepitar del fuego, donde ardía madera de olivo. Su sutil fragancia azul les envolvía en la quietud.

—Tú me conseguiste este puesto —dijo Kassander—. Tú me nombraste polemarcha, de modo que estoy atado a ti. Estoy en deuda contigo.

—Aquí no se trata de cobrar favores —gritó Karnos. Kassander levantó la cabeza, sonriendo. La sonrisa lenta y amplia de un hombre honesto.

—Lo sé. Hace mucho tiempo que somos amigos, Karnos. Si hago esto, será por dos motivos. Porque es la decisión correcta para preservar esta ciudad, y porque eres mi amigo.

—El único amigo verdadero que tengo —dijo Karnos con vehemencia—. Después de esto, los demás me abandonarán como ratas huyendo de una casa en llamas.

—Mira el lado bueno; seguirás teniendo esclavas para follar.

Machran ocupaba seis pasangs de oeste a este, y sus dos terceras partes dormían. Incluso en el barrio del Mithannon, las tabernas y burdeles cerraban sus puertas unas horas durante la noche. Por ello fue especialmente remarcable la rapidez con que la noticia recorrió las estrechas calles, encendiendo ventana tras ventana.

Kassander lo empezó, entrando en tromba en el dormitorio de los pregoneros con el sello de Karnos pegado a un edicto de la Kerusia y gritando para despertarlos.

Hombres de voz bronceada y pies rápidos, los pregoneros estuvieron en la calle en cuestión de minutos, gritando la noticia en cada encrucijada a la que llegaban. Hal Goshen había caído. Estaban llamando al ejército. Todos los hombres capaces de la primera y segunda clase de propietarios tenían que armarse y dirigirse a los campos marciales junto al río Mithos.

Cuando Karnos estuvo montado y de camino al Empirion, las calles habían despertado por completo y bullían como en un día de festival. Los hombres le llamaban mientras abarrotaban la ancha avenida en dirección al barrio del Amphion, muchos de ellos cargados con escudos y lanzas. Karnos se envolvió en su capa negra y siguió cabalgando con su expresión de autoridad remota en el rostro, sintiéndose como si acabara de abrir la puerta a un toro bravo.

El Empirion era un enorme anfiteatro cubierto con una cúpula, que podía albergar fácilmente a cinco mil personas. Nominalmente, era un teatro, pero también se usaba para reuniones públicas cuando hacía mal tiempo. Karnos lo había elegido deliberadamente. Siempre hablaba mejor cuando se dirigía a una multitud. Así era como había conseguido convertirse en portavoz de Machran, aunque su padre no había sido nada más que un artesano de tercera clase, incapaz de costear siquiera la panoplia de un lancero.

Los demás miembros de la Kerusia, todos ellos vástagos de las familias más antiguas de Machran, miraban a Karnos con cierta indulgencia paternal en el mejor de los casos, y con abierto disgusto en el peor. Era un hombre que conseguía resultados, que se encargaba de los trabajos sucios y los hacía no sólo con alegría sino con cierta elegancia vulgar.

Era tosco, malhablado y ostentoso, pero cuando hablaba los hombres le escuchaban. Podía convencer a una multitud, flirtear con ella, hacer reír a la gente o inflamarla de ira. Los que le consideraban maleducado e inculto no habían visto nunca su biblioteca personal, ni le habían oído hablar de teatro o filosofía después de cenar. Karnos cuidaba de mantener su imagen. Era un hombre del pueblo, y allí estaba su encanto.

Kassander había hecho bien su trabajo. Pese a lo abarrotadas que estaban las calles, había una corriente de movimiento bien definida en dirección al norte y la puerta del Mithannon. Los reclutas se estaban reuniendo, confiados en que la maquinaria de la ciudad funcionaba con la debida legalidad. Centenares de hombres avanzaban encorvados bajo el peso de su equipamiento, y todas las calles estaban erizadas de lanzas.

Karnos desmontó frente al Empirion. Una de las maravillas del mundo macht, la cúpula tenía la altura de cincuenta hombres, toda de resplandeciente mármol blanco, a la sazón teñido de rosa por la luz del alba, cortada bloque a bloque de las enormes canteras de piedra en torno a Gan Cras, y trasladada al sur en carretas de ruedas de hierro tiradas por bueyes. Era tan antigua como la propia ciudad, aunque no lo parecía. El mármol blanco seguía inviolado, austero y digno. Todo lo que no era Karnos.

Habían encendido las grandes antorchas del interior, y el lugar era un escenario sombrío lleno de voces resonantes, hilera tras hilera de personas que ocupaban los bancos escalonados de piedra, los de detrás a unos ochenta pies por encima del círculo del orador de abajo. Cuando entró Karnos, se elevó un rugido, un coro sin palabras de preguntas, saludos e improperios.

Las clases medias de la ciudad estaban de camino hacia el Mithannon. Los allí presentes comprendían los dos extremos de la sociedad de Machran. Pequeños comerciantes, esclavos liberados y fracasados en general. Y también las familias más nobles de la ciudad: los Alcmoi, los Terentian, los Goscrin y media docena más. Los hombres de aquellas familias no estaban sujetos a la leva. Se vestirían de armadura cuando les pareciera bien, y serían los oficiales de la falange. Aquél era su privilegio. Que tuvieran o no la capacidad de dirigir a hombres en una batalla era irrelevante.

Y, esperando a Karnos en el círculo, estaban tres de los miembros más peligrosos de la Kerusia. Katullos, Dion y Eurymedon. Los tres hubieran podido ser hermanos de Polio, todos ellos severos y con barbas grises, con los pliegues de los himationes recogidos sobre el antebrazo al estilo clásico. Rezumaban enfado; se les veía en el rostro.

Karnos sonrió. Abrió los brazos, se detuvo frente a los otros miembros de la Kerusia y respiró profundamente la energía de la multitud.

Gestrakos había hablado en aquel mismo lugar, postulando la existencia de otros mundos. Ondimion había puesto en escena sus tragedias sobre aquellas piedras. Y el mismísimo Naevius había tocado allí su arpa, cantando las canciones que estaban profundamente grabadas en las almas de los machi, incluso el Peán, que entonaban en el momento de la misma muerte.

Algunos hombres hacían música, otros construían en piedra. Otros dirigían ejércitos.

Karnos sabía manejar una multitud. Era el motivo de su presencia en el mundo. Aquél era su momento.

—Hermanos —dijo. Y la acústica del Empirion era tan soberbia que su voz alcanzó las filas más alejadas de la multitud sin que apenas tuviera que levantarla.

Pero la levantó, junto con los brazos, extendidos como si les hubiera abrazado a todos de haber podido.

—¡Hermanos! Todos me conocéis, conocéis mi nombre. Soy Karnos de Machran, portavoz de la Kerusia. Vosotros me pusisteis aquí, votando abiertamente en la asamblea de hombres libres en el Amphion de Machran, la primera vez en toda una generación en que se escogía así a un portavoz. Hermanos míos, me habéis hecho un honor mucho mayor del que merezco...

Observaba minuciosamente a la multitud, alerta a sus posturas, con las orejas preparadas para oír el principio de conversaciones susurradas.

Era como tirar de un pez demasiado pesado para la caña. Había que captar la atmósfera, masajearla, guiarla y acariciarla hacia donde quería que fuera. Un hombre no podía tomar por asalto a una multitud; Katullos, el último portavoz, lo había intentado y había fracasado miserablemente.

—Mi familia no es importante —continuó Karnos—. Mi padre forjaba metal en un puesto del Mithannon; yo nací allí, y conozco esos callejones como si fueran las venas de mi brazo. Me puso a trabajar sentado en el suelo de la calle, arreglando las abolladuras en las cacerolas de la gente por un óbolo al día antes de los diez años...

Se oyó un gruñido apreciativo entre la multitud. Les encantaba oír hablar de los orígenes humildes. ¿Quién necesitaba la retórica cuando se podía contar con el sentimentalismo, con la solidaridad de los pobres urbanos?

—Pero vio lo que había en mí, y contrató a un esclavo durante una hora cada noche para que me enseñara a leer y escribir, porque no deseaba verme encorvado y tosiendo hollín durante el resto de mi vida.

Aquel esclavo era Polio, un joven delgado y de cabello oscuro, que había descubierto que instruir al inteligente y entusiasta hijo del herrero era un modo de ahogar el dolor de su propia esclavitud.

—Cuando murió mi padre, vendí su puesto y sus herramientas, y compré a un chico analfabeto de las tierras altas. Lo eduqué a mi vez, lo vendí con beneficios y no miré atrás.

Aquello había sido por la época en que los Diez Mil habían regresado de su fallida expedición al Imperio. Karnos lo recordaba bien. Unos cuantos centones habían desfilado por Machran, invitados por Dominio, el portavoz de aquel entonces. El famoso Rictus no había estado allí, pero de todos modos, las calles se habían llenado de multitudes ansiosas de ver a los héroes del este con sus capas escarlatas.

Karnos aún recordaba la expresión hambrienta y demacrada de sus rostros, sus ojos aún fijos en un horizonte invisible.

Era la primera vez que veía a las multitudes de Machran en toda su potencia en las calles, y nunca lo había olvidado. ¿Cómo sería sentir que toda aquella adulación se dirigía a él, o que miles de personas estaban pendientes de sus palabras? Aquél había sido el inicio de la lenta hoguera de ambición que le había ardido en las entrañas desde entonces.

—Pero no os aburriré con la historia de mi vida, ya la habéis oído antes. Hermanos, baste decir que vengo del mismo lugar que vosotros.

Su mirada recorrió las hileras curvas del anfiteatro. Dejó que la frase flotara en el aire un momento, vio algún signo de inquietud, y continuó.

—Soy un hombre ambicioso, es cierto. Si no lo fuera, aún estaría arreglando cacerolas en el Mithannon. Pero soy un hombre de Machran. Ésta es mi ciudad. Mi vida ha estado y estará siempre dentro de sus murallas. No haría nunca, nunca, nada que pudiera dañar a este lugar. Antes moriría.

Los hombres más ricamente vestidos en la parte inferior del círculo se removieron. Vio alguna mueca burlona.

—Y, hermanos, sabed esto: nunca os he mentado. Sabéis que no soy un hipócrita. Me gusta el vino, las mujeres, y toda la diversión que quepa en mi vida, y nunca he tratado de ocultarlo.

Las clases más bajas empezaron a hacer muecas, y algunos hombres rieron en voz alta.

—¡Sí, eso lo sabemos! —rio alguien, y hubo un murmullo de carcajadas. Tenía que controlarlos rápidamente.

—De modo que hoy estoy aquí sin pretensiones ni mentiras. Acudo a vosotros con la verdad en las manos, para entregárosla. Es vuestro privilegio hacer con ella lo que queráis.

Casi podía sentir en su espalda las miradas rencorosas de los otros miembros de la Kerusia presentes. Una parte irracional de él se encogió al pensar en un cuchillo invisible e inesperado hundiéndose en su espalda. El Empirion había visto sucesos parecidos.

Se adelantó unos pasos, acercándose al pie de los bancos, hasta que pudo oler los perfumes y jabones olorosos de los hombres más cercanos al suelo, y la suciedad de los de más arriba.

—Por tanto, he convocado esta asamblea de emergencia, reunida en tiempos de guerra, para votar las medidas extraordinarias adoptadas en este día por mí mismo y el polemarca del ejército, Kassander de Arienus.

Phobos... Había captado su atención, desde luego. En los próximos minutos habría salvado su carrera o estaría sintiendo de veras aquel cuchillo en la espalda.

—Todos sabéis ya de la capitulación de Hal Goshen, tras una defensa de ocho días por su gente y el líder de la Kerusia, Phaestus. Nuestro enemigo, Corvus el belicoso, está en marcha mientras hablo, apenas a dos semanas de nuestras propias murallas.

»Hermanos, bajo mi propia autoridad, he llamado a las levadas esta mañana; se están concentrando ahora en el río Mithos. Lo he hecho con el pleno apoyo de nuestro polemarca, pero sin consultar a los demás miembros de la Kerusia. En eso he actuado ilegalmente.

Allí estaba. Lo había admitido públicamente.

—Y ahora os pido que votéis sobre mis actos. He hecho lo que he hecho por el bien de la ciudad y de todos nosotros, sin pensar en mi posición ni en mis ambiciones; os lo juro por el velo de Antimone. Ahora os pido que legalicéis retrospectivamente la llamada a los soldados, para que podamos continuar organizando una defensa efectiva de la ciudad contra el que quiere privarnos para siempre de nuestras libertades.

»Según la constitución de Tynon, en tiempos de guerra es posible convocar asambleas extraordinarias para votar leyes por aclamación popular. Hermanos, ahora necesito oír

vuestras voces. Perdonadme por haber infringido nuestros códigos, y que quede constancia de que lo he hecho sólo en interés de la ciudad, en vuestro interés.

»Hermanos, ¿legalizaréis ahora formalmente mis acciones de esta noche, la llamada al ejército y la convocatoria de esta asamblea? Oigamos lo que decís. Los que estéis a favor, decid sí.

La cúpula rugió.

Karnos luchó por hacerse oír.

—Los que estéis en contra...

Pudo ver moverse las bocas de los hombres bien vestidos sentados al pie del círculo, pero el ruido que pudieran hacer fue ahogado por la atronadora oleada de síes que todavía sacudía el Empirion. Levantó los brazos.

—¡Declaro aprobada la moción!

La multitud siguió rugiendo. Desde los círculos más altos del anfiteatro empezaron a arrojar trozos de comida que aterrizaron en los bancos inferiores.

Los hombres se levantaron. Oyó su nombre coreado por miles, vio los brazos alzados hacia él. Levantó su propio brazo en señal de saludo.

«Os tengo», pensó. «Os tengo».

Uno de los otros miembros de la Kerusia cruzó el escenario para situarse a su lado. Era Katullos, el corpulento y canoso patriarca de la familia Alcmoi, que también había sido portavoz en otro tiempo. Se inclinó hacia él para hacerse oír y dijo a Karnos:

—Lo has hecho muy bien.

—Gracias.

—De momento estás a salvo, amigo mío, con la multitud gritando tu nombre. Veamos cuánto dura. —Apoyó una enorme mano en el hombro de Karnos en lo que pareció un gesto amistoso. Pero Karnos pudo sentir la furia en el apretón del anciano—. Algún día vitorearán la noticia de tu caída, Karnos. Y te juro que estaré allí para verlo.

Karnos le sonrió con perfecta amabilidad.

—Debes contar con que vivirás mucho tiempo, Katullos.

## *La lección*

Druze se detuvo jadeante y levantó una mano. Convirtió la mano en un puño. De inmediato, la columna que le seguía se bifurcó, dividiéndose a derecha e izquierda de la carretera en un movimiento que recordaba al de un banco de peces. Los hombres formaron una línea, contuvieron la respiración, y empezaron a sopesar las jabalinas en las manos.

—Algún cabrón testarudo ha decidido resistirse.

El hombre de su derecha, un joven delgaducho con el cabello pajizo y ojos color telaraña, arrojó su jabalina al aire y la volvió a atrapar, al parecer por pura alegría.

—Eso espero, jefe. Por las tetas de Antimone, eso espero. La última buena pelea que tuve fue con una puta en Maronen.

Druze sonrió. Palmeó al joven en el hombro.

—Es cierto, hermano. Y oí que ganó ella.

Una carcajada recorrió las filas. Los igranianos estaban relajados, ajustándose los cinturones, atándose bien las sandalias, palpando las afiladas puntas de hierro de sus jabalinas. Cada hombre llevaba un puñado, y las desataron, buscando torceduras en las astas y clavándolas en el suelo para limpiar las hojas. En su mayor parte, vestían las túnicas de fieltro de las montañas del interior, y clámides de lana cuyos pliegues ataban bajo las axilas izquierdas para dejar libres los brazos de lanzar.

A un pasang de distancia en la carretera, su camino estaba bloqueado por un grupo de lanceros. Habían formado en cuatro filas y abarcaban cuatrocientos o quinientos pasos. Al menos mil seiscientos hombres, pensó Druze, mientras los estudiaba con sus brillantes ojos negros.

—Deben ser de Goron, la ciudad del valle del oeste —dijo. Todo rastro de humor abandonó su rostro. Observó de cerca la falange enemiga, estudiando sus intervalos, sus posturas, cómo sostenían las lanzas. Aquellos pequeños detalles eran significativos. Si los lanceros tenían los escudos sobre los hombros mucho antes de que se entablara la batalla, significaba que estaban nerviosos. Si abandonaban las filas para orinar o defecar en lugar de hacerlo en sus puestos, significaba que no estaban bien entrenados.

—Estos chicos no son malos —dijo, observando la quietud de la formación enemiga, y el hecho de que los esclavos de la retaguardia pasaban odres de agua por las filas.

Los flancos de la falange estaban protegidos por los bosques, a medio tiro de flecha a cada lado de la carretera. Bosques de castaños, desnudos por el invierno, pero con bastante maleza para ocultarlos. Podía haber más hombres en aquellos árboles, agazapados en el frío suelo con la nieve enfriándoles el vientre.

—Avisad a Corvus —dijo Druze—. De momento, nos pararemos aquí. Gabinus, llévate a un par de grupos a los árboles y asegúrate de si hay algo más que conejos allí. No quiero sorpresas.

—Entendido, jefe. —El joven de cabello pajizo se alejó a la carrera, llamando a los hombres más cercanos. Ocho de ellos se separaron de la fila y le siguieron carretera abajo, siluetas negras contra el suelo cubierto de nieve. Druze se sopló en las manos.

—Un día frío para morir —dijo.

Más atrás en la enorme columna, Rictus avanzaba con el paso infatigable del soldado veterano. Hasta donde podía ver, la carretera estaba llena de hombres marchando, y del esfuerzo de sus cuerpos se elevaba un vapor en el aire gélido, de modo que se movían en una niebla de su propia creación. Había poco que ver, excepto las espaldas de los hombres de delante.

Estaban a dos días de marcha de Hal Goshen, y Corvus había marcado un ritmo duro. La armadura de los hombres estaba amontonada en las carretas de intendencia, y los

soldados marchaban sólo con lo puesto, usando las lanzas como bastones. Los Cabezas de Perro eran una inconfundible vértebra escarlata en la espina dorsal del ejército.

Había caballos trotando a cada lado de la infantería, como fantasmas de un mundo más veloz. Unos cuantos se detuvieron cerca de él, con la nieve volando de sus yelmos, los animales resoplando y cubiertos de manchas blancas de sudor. Caballos enormes, mayores que ninguna raza de las criadas en las tierras macht. Uno de los jinetes, una figura cubierta con una capa muy llamativa, levantó una mano. El kufr, Ardashir.

—¡Rictus! Corvus os quiere a ti y a los Cabezas de Perro al frente de la columna ahora mismo. Tomad vuestro equipo de las carretas y armaos. ¡Hay trabajo que hacer!

El rostro alargado y reluciente del kufr se abrió en una sonrisa y, cuando se alejó, su cabello largo y negro flotó detrás de él como la crin de su caballo.

Fornyx hizo una mueca.

—Estaba a punto de mear.

—Mea en su momento —le dijo Rictus—. Valerian, Kesiro... Romped filas y salid de la carretera. Es hora de ganarnos el sueldo, hermanos.

La línea de marcha del ejército se había abierto. Las formaciones se desviaron a derecha e izquierda de la carretera, tomando posiciones en hileras extendidas hasta los árboles. Aquella era la antigua carretera imperial de Machran, que procedía de Idrios, y las ciudades que la bordeaban la mantenían y cortaban la maleza y los arbustos a ambos lados, para frustrar los designios de los bandidos y hombres cabra. Rictus condujo a sus centones fuera de la carretera y los hizo marchar rápidamente junto a las demás filas del ejército, consciente de los centenares de ojos que observaban a sus hombres vestidos de rojo.

—En formación, malditos inútiles —bromeó Fornyx en voz baja—. Hay que quedar bien ante el público.

Había una abertura donde se había detenido la vanguardia, y más allá estaban los igranianos de Druze y un cuerpo de caballería de los Compañeros. La bandera con el cuervo, el distintivo personal de Corvus, se agitaba bruscamente al viento.

—Ahí lo tienes —dijo Corvus, desmontando y reuniéndose con Rictus mientras sus hombres volvían a formar una línea—. Los ciudadanos de Goron han decidido presentar resistencia. Dos morai de lanceros y unos cuantos soldados de infantería ligera ocultos entre los árboles. Druze ha explorado la posición; no podemos rodearles sin una larga marcha por encima de las colinas, de modo que atacaremos directamente. Tú dirigirás el asalto con tus Cabezas de Perro, Rictus, y una de las morai de Teresian te seguirá. Druze hará salir a los soldados del bosque con sus igranianos y, cuando su línea se haya roto, yo dirigiré a la caballería. ¿Alguna pregunta?

Rictus parpadeó rápidamente, mirando el muro de lanceros que tenían delante. Sus escudos estaban marcados con el signo de gabios, por su ciudad, y su línea tenía el aspecto no del todo recto de los ciudadanos soldados. Era un buen plan. El chico de las uñas pintadas sabía lo que hacía.

—Yo atacaré su izquierda —dijo a Corvus—. Di a Teresian que lleve su mora a la derecha, pero despacio, para que yo golpee primero. Eso los desperdigará para él.

—Me reuniré contigo por la izquierda cuando entres, y te cubriré el flanco —dijo Druze. No había ni rastro de su humor burlón en aquel momento; parecía terriblemente serio. Por primera vez, Rictus sintió algo de aprecio por él.

—Muy bien, pues. Empecemos la danza —dijo Rictus, el antiguo aforismo de los macht al entrar en batalla.

—Ahora veremos cómo lucha Rictus de Isca —dijo Corvus. Y en su rostro había una expresión de felicidad tan brillante e intensa que no parecía del todo cuerdo.

Los Cabezas de Perro adoptaron su posición en cuestión de minutos. A su derecha, los hombres de Teresian tardaron bastante más en formar sus líneas. Eran soldados regulares de Corvus, y el propio Teresian iba a atacar con su mora. Había que decir algo sobre los oficiales de Corvus: a todos les gustaba dirigir desde primera línea.

Los dos grupos de lanceros intercambiaron unas cuantas observaciones, con reflexiones sobre la castidad de las respectivas madres y otras muestras de ingenio, hasta que Fornyx les interrumpió.

—Guardad todo eso para los cabrones de ahí delante, cabrones bocazas —les gritó.

Rictus se adelantó a la línea. Durante un momento permaneció allí, una estatua cubierta con una armadura negra y una capa roja, con el rostro oculto por el yelmo cerrado, y el penacho transversal erizado al viento. Luego levantó la lanza, y cuando los macht de detrás se adelantaron, se unió a la primera fila. Los cinco centones incompletos de los Cabezas de Perro emprendieron el avance.

Empezó como un murmullo, un zumbido en la respiración. Pero entonces Valerian empezó a entonar el Peán, una voz solitaria y sonora en mitad de la falange. Otros se unieron a él hasta que toda la formación lo estuvo cantando, y el ritmo lento y plañidero de la antigua melodía hacía que sus pies marcharan al mismo ritmo. A su derecha, la mora de Teresian se les unió.

Y delante, los hombres de Goron empezaron a cantar también, de modo que todo el campo de batalla cantaba, como si los dos bandos fueran a reunirse en armonía y no en el asesinato mutuo. La batalla que se avecinaba quedó convertida en un ritual, un acontecimiento ceremonial.

Para Rictus, el Peán era algo distinto. Ya no se unía a la canción, y no lo había hecho desde su regreso del Imperio, tantos años atrás. Nunca había olvidado el segundo día de Kunaksa, cuando los Diez Mil habían entonado aquella canción, creyendo que marchaban hacia su muerte pero avanzando de todos modos, para ser dignos de quedar en el recuerdo de los hombres. Aquel día el Pean les había mantenido en marcha, les había recordado quiénes eran.

Ya no le gustaba cantarlo cuando luchaba contra su propia gente.

La línea enemiga bajó las lanzas y empezó a avanzar al encuentro de los Cabezas de Perro.

—¡Hombro! —gritó Rictus, y sus hombres levantaron las largas lanzas de tal modo que las crueles puntas de los aichmes sobresalían por delante. Las filas eran de seis hombres; normalmente luchaban con ocho, pero Rictus había preferido alargar un poco las líneas, y su formación todavía era más profunda que la del enemigo, más numeroso.

Los hombres de Goron habían cometido un error al tratar de ocupar todo el terreno entre los bosques. Habían enflaquecido sus centones, el error clásico de los aficionados que intentaban cubrir sus flancos.

Rictus movió la cabeza de un lado a otro, observando las posiciones. En pocos minutos estaría en mitad del othismos, y ciego para todo, excepto el hombre de delante que trataba de matarle. Vio a los hombres de Druze entrar en los bosques de su izquierda, chillando como una multitud de diablos, y vio que los soldados enemigos ocultos surgían de la maleza para enfrentarse a ellos. Su flanco estaba cubierto.

—¡A la carga! —gritó. Y los Cabezas de Perro echaron a correr.

Mantuvieron la formación; habían ejercitado y ejercitado aquella maniobra miles de veces durante los años. Ningún ejército de ciudadanos podía mantener la formación a la carrera; las filas se mezclaban y alteraban, y perdían la inercia compacta que era la clave de la lucha en falanges. Pero los hombres de Rictus eran profesionales, los mejores de su oficio. Devoraron el suelo rápidamente, sin dejar de cantar, y se estrellaron contra la formación enemiga con un increíble estrépito de bronce.

Escudos chocando contra escudos. Un aichme pasó junto a los ojos de Rictus. Otro

atravesó el penacho de crin de su yelmo.

Emitió un gruñido al sentir sobre él el peso de los hombres de detrás, levantándole los pies del suelo por un instante. Pinchó con su lanza, ignorando los gritos del lancero enemigo apretado contra su cara, atacando las filas tercera y cuarta.

Mató al cerrador de filas con una estocada en los ojos, metiendo la punta de su lanza en el yelmo del otro hombre. La hoja rechinó sobre el bronce y el hueso cuando volvió a sacarla. La sangre caliente se derramó sobre su antebrazo. El hedor a excrementos se elevó a medida que los hombres perdían el control de sus intestinos.

Los Cabezas de Perro empujaron hacia atrás a un enorme segmento de la línea enemiga. Los hombres caían, se tambaleaban y desaparecían en la melé.

Las hileras enemigas se convirtieron en una multitud informe de figuras que gritaban, pintadas de sangre, agitando salvajemente las lanzas. El sonido era como el de cien herreros trabajando. Una lanza rota voló por los aires, con el asta convertida en una flor astillada.

Los Cabezas de Perro trabajaban mecánicamente, acuchillando las ranuras de los yelmos, las gargantas desnudas, los brazos levantados, escogiendo cuidadosamente la carne que deseaban arruinar. Aquello era como esquilar ovejas. Un hombre tenía que mantenerse en las filas y aguantar. Era imposible escapar para los que estaban en primera línea. Los hombres bajaron las cabezas tras los escudos y clavaron los talones al suelo.

Rictus oyó gritar a sus centuriones por encima del clamor de la batalla.

—¡Empujad, cabrones, empujad! —gritó Fornyx, y los hombres de las últimas hileras apoyaron los escudos en las espaldas de los de delante y le obedecieron.

Otro empujón hacia delante, el peso aplastante de los hombres de detrás y los de delante.

Sin la protección de su coraza negra, Rictus no hubiera sido capaz de respirar en aquella terrible prensa mortal. Los hombres se desmayaban y quedaban en pie en mitad de todo ello. Había cadáveres bajo sus pies, escudos abandonados, y el suelo se estaba convirtiendo en barro debajo de ellos, empantanado de sangre y otros fluidos menos nobles.

—¡Uno más! —gritó Rictus con el escaso aliento que le quedaba en los magullados pulmones—. ¡Cabezas de Perro, adelante!

Pudo sentirlo, como un repentino cambio de tiempo. Los hombres de Goron flaqueaban; la presión en su primera línea se reducía. Miró a los ojos del hombre aplastado contra él, y vio en ellos la duda y la derrota. Sonrió.

—Eres hombre muerto —dijo, y se echó a reír.

La línea enemiga se rompió cuando los Cabezas de Perro empujaron por tercera vez. Primero los hombres de detrás soltaron los escudos y echaron a correr, y luego cundió el pánico. En segundos, la batalla se abrió. La formación enemiga perdió todo el orden, y se convirtió en una turba en la que cada hombre pensaba sólo en si mismo. La presión aflojó. El hombre apretado contra Rictus retrocedió un paso, dos, todavía mirándole a los ojos. Era un buen soldado; por eso era jefe de filas. No quería huir, soltar vergonzosamente el escudo y presentar la espalda a los aichmes de sus enemigos. Estaba llorando.

Finalmente, cuando todos los de detrás le hubieron abandonado, se volvió para seguirles, para huir hacia la seguridad de las murallas de la ciudad. Cuando se volvió, Rictus le acuchilló en la nuca, sintiendo el crujido de la punta de lanza a través de la espina dorsal del hombre. Cayó sin ningún ruido.

Rictus pasó por encima de él. Toda la línea enemiga estaba en desbandada. A la derecha, los hombres de Teresian les seguían entre un coro de gritos y carcajadas salvajes; un ruido sin palabras y sin consciencia, fruto de la euforia y el alivio. Rictus levantó la lanza, respirando rápidamente como un atleta.

—¡Alto! —gritó—. ¡Reformad!

Los Cabezas de Perro se reunieron, apretaron las filas y permanecieron inmóviles entre una extensión de cadáveres y escudos abandonados. Los hombres que huían de ellos ya no eran soldados, ni merecía la pena matarlos. En cualquier caso, el único modo de alcanzarlos hubiera sido soltar también los escudos. Habían hecho suficiente.

Rictus se adelantó a la primera fila, clavó el regatón de su lanza en el suelo y se quitó el yelmo, sintiendo que el bendito frío del día invernal le aliviaba el torturado cráneo. Fornyx se unió a él. Su barba negra estaba apelmazada de sangre.

—Siempre es el tercer empujón el que lo consigue —dijo, y tocó un cadáver con el pie. Era el hombre a quien Rictus había acuchillado en la nuca. Llevaba un brazalete de hierba seca en la muñeca, como el que una hija podría fabricar para su padre en una tarde de verano. Rictus apartó la vista de él.

Hubo un trueno en el aire, un temblor percibido a través de las plantas de los pies. Los hombres de Teresian separaron sus filas por la derecha, y por la abertura entró un torrente de caballería. Corvus la dirigía, con su estandarte personal flotando sobre su cabeza. Los lanceros rugieron al paso de los Compañeros, altos kufr montados en grandes caballos, con sus capas de colores brillantes abiertas sobre los hombros como banderas.

Empezaron a perseguir a los hombres de Goron, una cabalgata de muerte, y los alancearon por detrás mientras huían. Pronto el terreno abierto que conducía a la ciudad en la distancia se hubo cubierto de negro con los cadáveres esparcidos, y los Compañeros seguían persiguiéndolos, matando a decenas, a centenares, derribándolos como galgos masacrando liebres.

—Eso es asesinar —dijo Fornyx, enseñando los dientes con repugnancia.

Druze se unió a ellos. Sus igranianos corrían detrás de la caballería, saqueando a los muertos, matando a los heridos y limpiando como chacales en la estela de una manada de leones. Ofreció a Rictus y Fornyx un odre de vino. Vino amargo de las tierras altas, como el que Rictus fabricaba en Andunnon. Druze se limpió la boca. Su rostro oscuro relucía de sudor.

—Sé lo que estáis pensando —dijo—, pero si luchas contra Corvus, esto es lo que ocurre. Estos hombres sólo tenían que haberse quedado en el interior de sus murallas y aceptar nuestros términos, y hoy estarían vivos y con sus familias.

—La guerra tiene sus convenciones —dijo Rictus—. Uno no persigue hasta la muerte cuando el enemigo ha sido derrotado.

—Él es diferente —repuso Druze—. Sus guerras son diferentes. Por eso las gana.

Fornyx tomó un largo trago de vino y devolvió el odre a Druze, sin apartar la mirada de la masacre cada vez más lejana.

—Sí, es todo un general, nuestro pequeño Corvus. Pero una cosa es derrotar a una banda de ciudadanos en inferioridad numérica, y otra enfrentarse al ejército de la Liga. Druze asintió.

—Lo sé. Y, ¿sabes una cosa, Fornyx? Lo está deseando. Lo desea con todo su corazón. Y cuantos más hombres reúna la Liga contra nosotros, más feliz será. A veces creo que su padre fue el mismo Phobos. No tiene miedo.

—Todos los hombres temen algo —dijo Rictus—. Aunque no sea a la muerte.

—Entonces teme al fracaso —admitió Druze—. Más que a ninguna otra cosa. Más que a la muerte.

La caballería frenó a unos dos pasangs de distancia. Unos cuantos puntos aislados en movimiento eran todo lo que quedaba de los mil seiscientos hombres que habían formado una línea para enfrentarse a Rictus en lo que parecía sólo unos minutos atrás. La ciudad de Goron acababa de perder a sus hombres. A todos ellos.

—¿Qué va a hacer ahora? ¿Saquear la ciudad? —preguntó Fornyx.

Druze sacudió la cabeza.

—Ése no es su estilo. No puede tolerar que se ejerza violencia contra mujeres o niños. Creo que tal vez en su niñez le ocurrió algo, o a su propio pueblo. Es lo que más odia. Rictus sintió un extraño alivio. Había visto suficientes ciudades saqueadas antes, y no sólo la suya. Detestaba la vileza que afloraba incluso en los mejores hombres cuando desaparecían todas las reglas, cuando se daba rienda suelta a los más bajos instintos. —¿Cómo entraste a su servicio? —preguntó a Druze, extrañado.

El moreno igraniano no parecía un hombre que conociera la derrota. Poseía la seguridad de quien siempre se encuentra en el bando ganador.

—Corvus mató a mi padre —dijo simplemente Druze—. Un buen día, derrotó a mi pueblo en una batalla abierta al oeste de Idrios. Sus Compañeros nos persiguieron como han hecho hoy con esos hombres.

—¡Phobos! —exclamó Fornyx.

Druze esbozó su sonrisa oscura.

—Mi padre era un buen guerrero, pero también un fanfarrón y un bandido. Yo le quería, pero no estaba ciego a sus defectos. Luchó contra Corvus espada contra espada, y cayó. Y después Corvus le dio un funeral digno de un rey. Mi pueblo no vive en ciudades. Vosotros no los consideraríais civilizados, y con razón; pero son capaces de apreciar la grandeza en un hombre, igual que vosotros. Corvus la tiene. Y yo quiero estar presente cuando esa grandeza dé sus frutos. Sólo por la aventura. Quiero formar parte de la historia.

Rictus y Fornyx se miraron, y la boca de Fornyx se curvó en una sonrisa irónica.

Aquella noche el ejército acampó frente a las murallas de Goron; las hileras de sus tiendas ocupaban más extensión que la propia ciudad. Por la tarde, Corvus había ordenado que sus hombres recogieran a todos los muertos de la carretera y los amontonaran en una pira, para quemarlos al día siguiente. Durante toda la noche, las mujeres de la ciudad descendieron hasta el montón de cadáveres para gritar, lamentarse y llorar a sus esposos, padres e hijos, y sus gritos sobrevolaban el campamento como una acusación, como si la misma Antimone estuviera encima de ellos, moviendo sus alas negras en la oscuridad mientras sus lágrimas invisibles caían sobre la nieve.

Rictus fue convocado a la tienda de Corvus poco antes de la guardia media de la noche, y entró en ella para encontrar a la mayor parte del alto mando reunido, sentado en torno a la mesa de los mapas con copas de arcilla en las manos, mientras los braseros ardían intensamente a su alrededor. Corvus caminaba arriba y abajo, con su largo cabello negro suelto. A la incierta luz de las lámparas colgantes, parecía una muchacha hermosa y exótica vestida con un quitón de hombre. Las cicatrices plateadas de sus antebrazos estropeaban la imagen.

Saludó a Rictus con aquella sonrisa peculiar y encantadora, como la de un hijo que cree haber complacido a su padre.

—Tus hombres han demostrado hoy ser dignos de su reputación. Es la primera vez que veo a una falange de lanzas mantener la formación a la carrera. Has dado a los lanceros de Teresian algo en que pensar.

El propio Teresian, una versión más joven de Rictus, no parecía particularmente pensativo. Miró a Rictus con hostilidad velada, pero levantó una copa de vino hacia él en un reticente gesto de respeto.

—No hubiéramos debido tener que luchar hoy —dijo Corvus, continuando sus paseos por la tienda—. Ha sido una estupidez por su parte. ¿Qué esperaban conseguir?

La rabia le hizo elevar el tono. Su voz sonaba casi aguda.

—He convertido a los hombres de Goron en una lección; su ejemplo viajará por delante de nosotros. Soy optimista; creo que no encontraremos más resistencias inútiles antes de llegar a los alrededores de la propia Machran. Es allí donde la campaña tendrá su clímax. He tenido noticias de que la Liga Avenia se está reuniendo al fin, y de que

Karnos ha convencido a todas las ciudades de enviar hombres. La batalla decisiva se librará pronto, antes de la mitad del invierno.

—Karnos lo ha hecho bien —dijo Demetrius, el mariscal tuerto de los lanceros de leva, inclinando la cabeza para ver mejor con su único ojo.

—Parece que es un buen orador, y el polemarcha de Machran, Kassander, es un viejo amigo suyo; trabajan juntos como la mano y el guante. Todo eso es una ventaja para nosotros.

—No veo cómo —dijo Rictus—. La Liga puede reunir a treinta o cuarenta mil hombres si tiene tiempo de hacerlo. No tenemos ni la mitad de soldados.

Corvus sonrió.

—Pero si esos treinta o cuarenta mil hombres son derrotados en una batalla abierta, todo habrá terminado de un solo golpe, y todas las ciudades del interior habrán sido derrotadas al mismo tiempo.

—Si son derrotadas. —Rictus estaba más desconcertado que alarmado. ¿Acaso aquel muchacho quería luchar en condiciones imposibles?

Corvus pareció leerle el pensamiento.

—¿Dónde está la gloria, Rictus, en derrotar a ejércitos de ciudadanos uno tras otro en una serie interminable de batallas insignificantes? No, dejaremos que se reúnan. Dejaremos que confíen en su número. Cuando estén reunidos, encontrarán el valor suficiente para salir a nuestro encuentro, lanza contra lanza.

—Gloria —repitió Rictus. Miró a los demás hombres de la tienda, pensando en la matanza de aquella mañana. Había sido una batalla insignificante, desde luego, pero las mujeres que lloraban junto a la pira funeraria no estarían de acuerdo.

Sacudió la cabeza. «Tal vez soy demasiado viejo», pensó. «He olvidado lo que es tener ambición. Lo que puede hacerle a un hombre».

Druze le guiñó un ojo. Teresian estaba perdido en su vino. Demetrius, el más anciano, parecía impasible como una roca. Rictus había oído su nombre antes; había dirigido un centón mercenario varios años atrás, perdido el ojo luchando para Giron, en la costa de Kupria, y viajado al este. Para acabar sirviendo a las órdenes de Corvus.

Y Ardashir, el mariscal kufr. Miró a Rictus a los ojos, y había algo sorprendente en su rostro. Una especie de solidaridad o comprensión. Luego el kufr apartó la vista, y Rictus quedó imaginándolo.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó en voz alta—. ¿Para qué todo esto?

Corvus se detuvo en sus paseos, levantando el rostro pálido con expresión de sorpresa.

—Una pregunta curiosa para que la haga un mercenario —se burló Teresian.

«Sí», pensó Rictus. «Un día tú y yo nos veremos las caras, amigo mío».

—No tan curiosa —dijo Corvus—. Y Rictus es más que un mercenario. Mucho más.

—Paseó la mirada por la tienda, y se hizo un silencio en el que los gritos de las mujeres junto a la pira podían oírse como un rumor en el viento—. Una vez estuvo al mando de un ejército, el ejército más celebrado que los macht hayan tenido nunca, fuera de las leyendas.

«Lo dirigí por casualidad», pensó Rictus. «Porque los mejores hombres habían muerto. Fue un capricho de Phobos, nada más».

Pero no dijo nada.

—Yo nací en las afueras de Sinon, en la tierra del otro lado del mar —continuó Corvus—. La mayoría de vosotros ya lo sabéis. He visto el Imperio por el que marchó Rictus, o un rincón de él, igual que Ardashir. Él y yo crecimos juntos, y tanto si es kufr como si no, es mi hermano en todo excepto en la sangre. —Miró lentamente a todos los hombres de la tienda, encontrando sus ojos uno tras otro—. Sinon es el lugar donde acabó la marcha de los Diez Mil, donde su épica llegó a su fin. —Miró a Rictus—. Y no acabó en gloria, sino en miseria. Cuando los últimos centones de aquellos héroes

llegaron finalmente a las orillas del mar, ¿qué es lo que hicieron? Enfrentarse unos a otros como perros callejeros. Se mataron unos a otros por oro, por los insultos proferidos o recibidos durante la larga marcha hacia el oeste. Estaban divididos incluso antes de ver el mar. Eran macht, y habían derrotado a los ejércitos del Gran Rey una y otra vez en batalla abierta. Habían humillado a un imperio, pero eran incapaces de gobernarse a sí mismos.

Un destello cruzó el rostro de Corvus, una mezcla de desprecio e ira. A Rictus se le heló la espina dorsal al verlo. Aquel muchacho era...

—Ése es el error fatal de los macht —continuó Corvus. Su rostro era una máscara incolora, y sus extraños ojos violeta relucían como los de un animal salvaje—. A menos que se enfrenten a una muerte exterior, se pasan la vida luchando unos contra otros, como gallos de granja cacareando en sus gallineros aislados. Eso es lo que somos, aquí en las Harukush, las piedras más pobres del mundo.

»En el Imperio, los macht son objeto de leyenda y maravilla, una historia contada para asustar a los niños. Somos la temible bestia de la noche, los seres que cruzaron el mar para sembrar la destrucción y luego desaparecieron. Lo sé, he oído esas historias al otro lado del mar Sinonio. Pero aquí... —Una expresión de disgusto apareció en su rostro—. Aquí somos un millón de enanos peleones, todos quejándonos y preguntando dónde tendremos espacio para cagar.

Levantó la barbilla y se irguió. Era esbelto como una muchacha, pero en aquel momento Rictus no albergaba ninguna duda de que podía haber matado a cualquier hombre de la tienda que se hubiera enfrentado a él. Los hombres olían el miedo y la debilidad, igual que los perros. Y no había nada de eso en Corvus. Era una criatura de singular determinación.

—Estoy aquí para unir a los macht, para convertirlos en un solo pueblo, con un solo propósito. Vinimos a este mundo para gobernarlo, y eso es lo que haremos. Para que todos tengamos la misma voluntad, debo conquistarlos a todos. Tengo intención de unir a toda nuestra gente bajo un solo gobernante.

Sonrió un momento, desarmándolos con su ironía.

—Me pondré la Maldición de Dios, Rictus; el día en que sea nombrado rey de los macht.

## *El fantasma de la tienda*

—Phobos, que época tan estúpida para llevar armadura —dijo Fornyx, disgustado—. Mi segunda campaña invernal en dos años. Éste no es modo de hacer negocios.

Druze y él estaban rodeados de barro, con las capas sobre las cabezas, contemplando el mundo informe y gris de la lluvia. En el campo frente a ellos, el agua había formado amplios lagos, pálidos como espadas, donde la negra silueta de los árboles parecía solitaria y desnuda. Las montañas eran invisibles, la sombra huraña de las nubes cubría el norte y el oeste, y el cielo estaba bajo, casi tocando un paisaje incoloro. Y la lluvia hacía lo posible para unirlos a ambos en un nuevo elemento, compuesto a partes iguales de agua y barro.

—Seis días de marcha hasta Machran —dijo Druze con aquella extraña sonrisa suya, a la vez siniestra y cautivadora—. O tal vez no.

—Y tu amo y señor nos sigue empujando hacia delante —dijo Fornyx—. ¿Qué distancia hicimos anteayer? ¿Seis pasangs? La intendencia tardó todo el día sólo en recorrer la longitud de la columna... Y en cuanto a las líneas de aprovisionamiento, bueno...

—Ojalá fuera nieve —dijo Druze—. Estoy acostumbrado a la nieve. Pero este invierno vuestro de las tierras bajas se mete en los huesos de un hombre, y no es ni una cosa ni otra.

—Te acostumbrarás —dijo Fornyx con una sonrisa—. No tendrás más remedio, si no quieres volver a ser un bandido de las colinas.

—Hay oficios peores, amigo mío. Mi gente tiene fortalezas excavadas en las mismas rocas del mundo, en las montañas de Gerrera, por encima de Idrios. En invierno nos metemos en ellas, igual que los osos, comemos hasta ponernos gordos y grasientos y nos tiramos a nuestras mujeres hasta que no pueden ni andar.

Fornyx soltó una carcajada.

—No es un mal modo de pasar el invierno. A mi me gusta más la idea de un pueblo pesquero en la bahía de Goshen, donde el cielo es azul durante los meses más oscuros, y un hombre puede sentarse en una de esas tabernas junto al agua y contemplar el Sinonio mientras come pulpo fresco y arenque asado.

Contemplaron la lluvia en silencio durante largo rato, con los pies hundidos en barro hasta los tobillos.

—Tengo vino en mi tienda —dijo al fin Fornyx, de mala gana.

—Estamos aquí para vigilar al enemigo —dijo Druze.

—Míralos. No irán a ninguna parte. Los muy cabrones están tan enterrados en esta mierda como nosotros.

Fuera de los límites de la visibilidad, era posible distinguir una sombra sobre el mundo, oscura como un bosque. En el interior de aquella sombra se veían las luces de débiles hogueras de campamento.

Cubrían la tierra a lo largo de muchos pasangs. Mientras la cortina de lluvia se movía sin propósito alguno, a veces era posible ver las líneas de las tiendas enemigas, pero eso era todo. No había movimiento, ninguna serpiente ominosa de hombres en marcha. Todo el ejército estaba tan inmóvil como un árbol caído.

—Una o dos copas no nos harán ningún daño —admitió Druze—. Muy bien, pues.

—Y tal vez una partida de tabas. Kesiro había empezado una cuando he salido.

—No para mí. Tus cabrones escarlatas me desplumaron anoche.

Los dos hombres se volvieron y empezaron su lento y difícil descenso por la larga pendiente que habían subido por la mañana. Iban descalzos; el barro absorbía incluso las sandalias mejor atadas a los pies. Había unas dos docenas de macht en pie bajo la lluvia esperándoles; la mitad eran igranianos de Druze, y el resto Cabezas de Perro del

centón de Fornyx, con sus capas escarlatas. Uno de ellos les dirigió la palabra.

—Un poco más de lluvia y podremos cruzar por encima de las murallas de Machran en jodidos botes.

—Ése es el plan —dijo Fornyx—. ¿No lo sabías? De vuelta al campamento, chicos. Aquí no hay nada que vigilar.

El pequeño grupo de hombres siguió a sus líderes por la inundada carretera imperial, vadeando por el agua fría con el estoicismo propio de quienes ya habían pasado por todo aquello. Al este, el gran campamento del ejército conquistador de Corvus permanecía inmóvil bajo el interminable diluvio.

Rictus también observaba la lluvia. Estaba en el umbral de la tienda de Corvus, contemplando los hilos de agua parda que se curvaban y crecían en torno a las calles del campamento. Hasta donde alcanzaba la vista, el horizonte era una masa interminable de tiendas pardas. Las letrinas se habían inundado, y el hedor a excrementos flotaba sobre ellas. Aquel no era un lugar donde quedarse mucho tiempo. Los hombres enfermaban cuando se concentraban en grandes números. Era como si generaran un aire insano para su propia existencia.

Pensó en Aise y las niñas. En las tierras altas, la nieve se habría amontonado, y el mundo estaría cerrado en el invierno de la montaña. Estaban a salvo; nada ni nadie podría cruzar la nieve ni llegar a Andunnon antes del deshielo de primavera. Al menos podía dar las gracias por ello.

—Una copa de calor —dijo una voz.

Era Ardashir, el alto kufr. Ofreció una copa rebosante a Rictus con una sonrisa.

—Corvus está cavando canales con los Compañeros, para dar ejemplo. Tardará un rato. —El propio mariscal kefren estaba manchado de barro—. Yo he cavado esta mañana —explicó.

Rictus tomó el vino. Era flojo y aguado, pero le sentó bien de todos modos. Las carreteras estaban inundadas, y las caravanas de aprovisionamiento no conseguían pasar. Todo el ejército estaba a media ración. Otro motivo por el que no podían quedarse allí.

—Parece que Antimone está de parte de Karnos por el momento —dijo, sorbiendo el execrable vino.

—Vuestra Antimone, una diosa de guerra y misericordia. Una deidad extraña. Yo creo que Mot, el azote del mundo, pasa por encima de nosotros.

—Dioses distintos, la misma lluvia —gruñó Rictus. Se alejó del lado levantado de la tienda para dirigirse a la mesa de los mapas.

Estaban tan cerca...

Unos doscientos treinta pasangs les separaban de las murallas de Machran.

Aquella distancia, y el ejército que Karnos había logrado reunir a velocidad increíble para interponerse en su camino. Aún no era toda la leva de la Liga, pero no dejaba de ser un número respetable. Unos veinte mil hombres estaban acampados al otro lado de la colina, soportando la misma lluvia que sus enemigos, y Rictus no dudaba de que muchos más llegarían en los próximos días, con o sin barro.

—Deberíamos atacar ahora, antes de que las otras ciudades del interior envíen a sus contingentes —dijo—. Esta espera es... imprudente.

Ardashir se acercó a la mesa, irguiéndose por encima de Rictus como un tótem.

—¿Con este tiempo?

—Los hombres han luchado en condiciones peores.

—Lo sé, Rictus. Pero no hablamos sólo de hombres. ¿Y los caballos? La caballería no puede funcionar en este pantano. Hemos de esperar hasta que las llanuras se sequen. Corvus previó que esto podía ocurrir. Habla de gloria, y habla en serio, pero siempre hay un razonamiento frío y lógico detrás de lo que hace. Hasta que tengamos un terreno firme sobre el que luchar, el ejército no puede pasar a la ofensiva. Si lo hace,

todo se reducirá a dos grupos de lanceros, uno contra otro, y en ese contexto, los números serán más significativos.

—No había pensado en vuestros caballos —concedió Rictus, terminándose el vino—. No es algo que un macht suela tener en cuenta.

Miró al alto kefren de arriba abajo.

—Dime, Ardashir, y contéstame con sinceridad; ¿qué diablos estás haciendo aquí?

Ardashir sonrió. Tenía un rostro amable, pero de un aspecto tan alargado y extraño que era difícil ver la humanidad en sus ojos.

—Corvus es mi amigo, el mejor que tengo. Le seguiría a cualquier parte.

—Eso no es respuesta.

—Es una respuesta. —Ardashir inclinó la cabeza—. Muy bien. Entonces, quiero que sepas esto: mi padre era el sátrapa de la provincia de Askanon, unos diez años después de que tú y tus Diez Mil la atravesarais. Era un buen hombre, un hombre honorable, pero incluso los hombres buenos pueden tener hermanos desalmados. —El rostro del kefren cambió. Fue como si sus huesos se volvieran más pronunciados, una máscara realmente extraña, como las de los honai con los que Rictus había luchado en Kunaksa—. Mató a mi padre, obligó a mi hermana, su sobrina, a casarse con él contra su voluntad, y se proclamó sátrapa. Yo era un niño, y el mayordomo de nuestra familia me sacó a escondidas del palacio de mi padre en Ashdod. Me llevó a Sinon, donde mi tío no podía tocarme por ser una ciudad macht. Y allí pasé gran parte de mi niñez, en la pobreza. Cuando murió Kurush, nuestro mayordomo, me quedé solo. Todo lo que me quedaba de mi vida anterior era esto. —Desenvainó la espada curva que colgaba a su lado. Era una cimitarra kefren sencilla, con empuñadura en forma de reloj de arena, y en ella había incrustado un pequeño rubí. Lo acarició con un pulgar—. El sello de mi familia. Ésta era la espada de mi padre. Todo lo que tengo de él.

Su rostro se animó.

—Y conocí a Corvus, jugando en la orilla a las afueras de Sinon, un hermoso día, hace unos doce años. Era un niño menudo, de la mitad de mi estatura, pero también era el líder de los niños de la ciudad, y me convirtió a mí, un kufr, en parte de sus amigos. Nunca lo he olvidado. —Bajó la vista para mirar a Rictus—. A Corvus no le importa que uno sea macht o kufr. Le importa la amistad. Cuando se la da a alguien, nunca lo traicionará.

Rictus observó a la alta criatura que se erguía ante él. Había aprendido a juzgar bien a los hombres a lo largo de los años. Sabía que Ardashir no mentía. Más aún, se descubrió sintiendo aprecio por aquel tranquilo kufr, aquel príncipe destronado que había seguido a un amigo loco hacia el oeste, en persecución de una idea absurda.

Volvió a mirar la mesa de los mapas, y vio escrita en ella el destino de su mundo, de su gente.

—Corvus tiene sangre kufr, ¿no es así? —dijo.

Ardashir asintió.

—Su madre era hufsa, de una de las tribus de las montañas. Pero era una mujer culta y refinada. Tú y yo podemos verlo en él, igual que todos los que conocen un poco de ambos mundos; pero la mayoría de los macht nunca han conocido a un kufr y creen que todos somos demonios con cara de caballo y ojos relucientes. —Sonrió.

—¿Y quién era su padre?

—Nunca le conocí, ni tampoco Corvus. Se había marchado o había muerto antes de que él naciera.

Rictus miró al interior de la tienda, donde la Maldición de Dios, la armadura que Corvus no quería ponerse, permanecía sobre su soporte como una estatua amputada. Una repentina revelación le recorrió la columna vertebral como un escalofrío.

El padre de Corvus había sido un portador de la Maldición.

Tal vez hubiera dicho algo al respecto, pero, como si la conversación le hubiera

llamado, el propio Corvus entró en la tienda, sacudiéndose la lluvia de la capa y bromeando con Teresian, que le acompañaba. El líder del ejército estaba tan cubierto de barro como si se hubiera revolcado en él; sus dientes y ojos resplandecían en un rostro marrón. Su sonrisa se ensanchó al ver a Rictus y Ardashir junto a la mesa.

—¡Ja! Así que huyendo del barro, ¿no? ¡Y con copas de vino en las manos! Ven, Ardashir, esto es una desgracia. Dame un trago, ¿quieres? —Bebió largamente de la copa del kufr—. No es minerio, Rictus, lamento decirlo. Pero sea cual sea la variedad, todo el vino se va del mismo modo. Teresian, sírvenos más. Juro que tengo barro hasta en la garganta.

El humor de Corvus parecía inmune a la lluvia y al pantano en que se encontraba su ejército. Se quitó la capa y uno de los pajes se adelantó de entre las sombras para recogerla. Rictus ni siquiera había reparado en su presencia.

—Gracias, Sasca —murmuró Corvus, y cuando apoyó una mano en el hombro del paje, el rostro del muchacho se iluminó.

—¿Cómo están los Cabezas de Perro? —preguntó Corvus a Rictus, dirigiéndose a los carbones enrojecidos del brasero y situándose tan cerca de él que pronto pudieron oler la lana chamuscada de su quitón.

—Fornyx y Druze informan que el campamento enemigo está tan animado como el nuestro; nada de idas y venidas. Nadie puede moverse con este tiempo.

Corvus pareció profundamente satisfecho con la noticia.

—Excelente. Ardashir, ¿el tren de intendencia?

—Progresa lentamente, a unos veinte pasangs por la carretera. Las carretas están hundidas hasta los ejes, y los bueyes están muriendo de pie. Pasarán al menos dos días antes de que puedan alcanzarnos.

—Ah. —Ni siquiera aquello estropeó su buen humor—. Hermanos, no debemos permitir que un poco de lluvia nos afecte al ánimo. Tal vez haya un modo de divertirnos un poco en este diluvio. Teresian, tienes el vino a tu lado; pásalo, hombre.

«¿Divertirnos?», pensó Rictus. Miró a Ardashir, y el kufr se encogió de hombros.

—Siento el deseo de conocer mejor a mis enemigos —continuó Corvus—. Allí están, acampados por millares al otro lado de la colina, y ni siquiera nos hemos saludado. Ese Karnos es un hombre fascinante, según dice todo el mundo. Igual que tú, Rictus, un hombre de cierta edad que se ha hecho a si mismo. Estoy pensando que debería saber algo más de él.

—Conozco a Karnos; he hablado con él muchas veces —dijo Rictus—. Es un fanfarrón y un tratante de esclavos enriquecido con el pico de oro.

—Ese pico de oro realmente le sirve para conseguir cosas —replicó Corvus, todavía de buen humor—. Mira a tu alrededor y nombra a otro miembro de la Kerusia de Machran capaz de poner al ejército en marcha con la rapidez con que lo ha hecho Karnos. No, hay algo de sustancia en ese hombre, no es sólo un demagogo. —Hizo una pausa—. Creo que me gustaría echarle un vistazo.

—¿Qué prepararemos? ¿Una especie de embajada? —preguntó Teresian, entrecerrando los ojos.

—Podríamos plantar una tienda entre los dos ejércitos —sugirió Ardashir.

Corvus levantó una mano.

—Estaba pensando en algo un poco más personal. Quiero verle esta noche.

Todos parecían hipnotizados por sus palabras. Entonces Rictus lo comprendió.

—Quieres entrar en el campamento enemigo.

Corvus inclinó la cabeza a un lado, y de su rostro cayeron varios copos de barro. Se quitó unos cuantos más, y los sostuvo en una mano.

—¿Por qué no? Cubiertos con esto, todos los hombres se parecen.

—Corvus, hermano mío... —empezó a decir Ardashir.

—Tú no, Ardashir. Ni todo el barro del mundo podría disimular tu origen. —Corvus

sonreía, pero el humor se había apagado en él. Hablaba en serio—. Tú, Rictus, ¿quieres acompañarme?

Un momento de silencio, mientras la lluvia tamborileaba sobre el tejado de la gran tienda.

—¿Lo crees prudente? —preguntó francamente Rictus.

—No he dicho que fuera prudente. He dicho que es lo que quiero hacer. Y, como uno de mis mariscales, me gustaría que me acompañaras.

Otra prueba. Rictus sostuvo la mirada del joven. Algo parecido a una comunicación perfecta pasó entre ellos.

—Muy bien —dijo, con toda la despreocupación que pudo reunir—. ¿Nosotros dos solos, entonces?

—Cuantos menos mejor. Pero quiero que nos acompañe Druze. Se le dan bien estas aventuras.

—¿Y cuándo saldremos?

Corvus se desperezó frente al brasero, de modo que el resplandor rojizo le iluminó el rostro desde abajo, haciendo que se pareciera menos que nunca al de un hombre normal.

—Esperaremos a que oscurezca —dijo—. Y, Rictus...

—¿Si?

—Viajaremos ligeros. Tu coraza se quedará aquí, con esa capa escarlata.

Rictus asintió. Teresian y Ardashir protestaron, afirmando que era una aventura absurda, un riesgo innecesario. No usaron la palabra locura, pero estaba en sus pensamientos de todos modos. Tanto Corvus como Rictus los ignoraron. El líder del ejército y su nuevo mariscal necesitaban aprender a confiar el uno en el otro, y ambos lo sabían.

«Su vida estará en mis manos», pensó Rictus, «como la mía ha estado en las tuyas. Sólo tengo que alzar la voz en el campamento enemigo para que lo capturen, y este ejército suyo se descompondrá en pedazos. Y él lo sabe».

Tuvo que maravillarse ante la audacia de Corvus. Aquel muchacho...

No, no era un muchacho. Aquel modo de verlo ya no era sostenible. De hecho, no era más joven de lo que había sido el propio Rictus cuando le nombraron líder de los Diez Mil. A veces, con la memoria selectiva de los hombres maduros, Rictus olvidaba que también él había sido algo parecido a un prodigio.

Se despojó de la capa y empezó a desabrochar los cierres de su coraza negra. Contempló la otra Maldición de Dios de la tienda, colocada sobre su soporte como un fantasma silencioso. «¿Quién te llevó?», se preguntó. «¿Fuiste uno de los nuestros, uno de los que hicieron la marcha junto a mí?»

Colocó la coraza junto a su compañera, y por un momento todos los ocupantes de la tienda quedaron en silencio, mirándolas.

Allí estaba la piedra de toque de la herencia de los macht. Ningún kufr había poseído ni vestido ninguna en toda la historia conocida. El Don de Antimone era como un misterio negro en el núcleo del mundo macht. En ocasiones, Rictus pensaba que si alguien lograba averiguar el origen de aquellos artefactos, llegaría a descifrar el enigma de los propios macht. Durante la larga marcha de tantos años atrás, Rictus había llegado a pensar que los macht no formaban parte por completo del mundo que habitaban. Por lo menos, no habían estado allí en un principio.

Y comprendía por qué Corvus vacilaba antes de ponerse la armadura negra. Era medio kufr, e incluso su indudable coraje debía flaquear ante la idea de una criatura de sangre kufr vistiendo la Maldición de Dios.

«¿Quién sabe?», pensó Rictus. «Tal vez la armadura no permitirá que se la ponga. ¿Cómo quedaría entonces? De modo que la deja ahí, como una mezcla de tentación y reproche».

Y de repente tuvo un destello de comprensión de la maquinaria que empujaba a Corvus.

«Quiere gobernar a los macht, porque quiere sentir que de veras es uno de ellos. Si las Harukush le aclaman como a su líder, ¿cómo no va a ser uno de nosotros? Eunion tenía razón», pensó Rictus. «Es un soñador. Pero hay algo más. Esto es lo que le empuja, esto es lo que le corroe las entrañas. Se ha rodeado de chicos sin padre y los ha convertido en una familia. Quiere formar parte de algo. Tal vez éste sea su otro secreto: ser capaz de tomar a los huérfanos y hacerles sentir de nuevo que pertenecen a algo».

Salieron del campamento al oscurecer, tres hombres manchados de barro, vestidos con sencillas clámides de lana, descalzos sobre el frío lodo, con las capuchas levantadas sobre los rostros como los komis de los kufr. Llevaban las drepanas de las tierras bajas propias de las tropas de Karnos, y Druze se había pintado sobre el escudo de cuero el símbolo de machios, el de la ciudad de Machran.

La inundada llanura entre los ejércitos había sido una buena tierra de cultivo, y todavía podían verse los negros bosquecillos de olivares, pero la lluvia que descendía de las colinas la había anegado de tal manera que parecía un pantano salvaje, una ciénaga gris de barro moteado y agua ocre.

Karnos había acampado su enorme ejército sobre una elevación baja al otro lado de la carretera imperial, y el agua había formado un círculo en torno a su base, de modo que parecía una isla, o un enorme fuerte rodeado por un foso, de varios pasangs de anchura; y las nubes eran tan bajas que casi llegaban hasta la cumbre del campamento.

A ocho pasangs en la retaguardia del ejército enemigo estaba la ciudad de Afteni, renombrada por sus trabajos de herrería. Y tras ella estaba Arkadios, y más al oeste y al sur una de las grandes ciudades del interior, Avennos de las Leyes, donde el propio Tynon había vivido y enseñado durante un tiempo, en una época perdida entre las nieblas del pasado. Había sido el autor de los códigos que a la sazón gobernaban casi todas las ciudades macht. El origen de la Kerusia (la asamblea que poseía cada ciudad estado macht) se encontraba allí.

Avennos no era la ciudad que había sido; tanto Avennis, en el sur, que había sido su colonia durante un tiempo, como Arienus, al suroeste, se habían hecho más grandes con el paso de los años. Pero Avennos formaba parte de la identidad macht, igual que la propia Machran. Aquél era el motivo, según Rictus, de que Karnos hubiera adelantado al ejército hasta tal punto, extendiendo sus líneas de aprovisionamiento y quedando atrapado en el mismo barro que Corvus. Para preservar aquel núcleo de tradición. Era una idea militarmente defectuosa, pero irreprochable desde el punto de vista político.

La oscuridad se cerró sobre la llanura, una negrura sin luz, sin estrellas ni lunas. Los tres hombres se tambaleaban al andar, con el barro hasta las pantorrillas. En una ocasión, Druze cayó de bruces, y los demás tuvieron que detenerse, liberarle del barro y ponerle de nuevo en pie. Corvus sufrió un ataque de risa, y después de meditar sobre lo absurdo de su situación, la hilaridad se extendió a los otros, de modo que pasaron unos minutos tapándose la boca, apoyados unos en otros como borrachos.

—Yo iré delante —dijo Corvus al fin—. Soy más ligero y menos torpe que vosotros, y veo mejor en la oscuridad. Agarraos a mi capa y tratad de no hacerme caer de culo.

Siguieron adelante. Su único punto de referencia en la oscuridad sin estrellas era el resplandor apagado de las hogueras enemigas. Sólo ardían unas cuantas, librando una batalla sin esperanza contra la interminable lluvia. Normalmente, un ejército del tamaño del de Karnos hubiera iluminado el cielo nocturno con sus hogueras como una ciudad en época de festival.

Corvus se detuvo, y Rictus sintió el fuerte apretón del hombre sobre su brazo.

—Centinelas —murmuró, su aliento cálido en el oído de Rictus—. Iremos por la derecha y les rodearemos.

Dieron un laborioso rodeo en torno a los centinelas que sólo Corvus había visto. Se alegraron de la lluvia, porque su siseo disimulaba su lento avance. Rictus descubrió que le dolían las articulaciones como no le había ocurrido desde el invierno anterior, en el sitio de Nemasis, y volvió a sentir el dolor de la herida de flecha en su muslo. El frío y la humedad siempre estaban dispuestos a recordarle sus antiguas cicatrices, como si se hubieran puesto de acuerdo con su cuerpo envejecido para hacerle pensar en su mortalidad.

Vadearon tan silenciosamente como pudieron a través de un agua gélida que les llegaba a las rodillas, apretando los dientes para no tiritar, y empezaron a oír nuevos sonidos, además del de la lluvia. Voces de hombres, un breve rumor de conversaciones, y el resplandor de las luces que asomaban por las aberturas de las tiendas de cuero. El suelo se elevó bajo sus pies, y se volvió algo más seco; el barro sólo les llegaba a los tobillos.

—Aquí estamos —dijo Corvus, en un tono tan despreocupado como si los hubiera guiado a su propio patio trasero—. A partir de aquí, hemos de arreglarnos y parecer ciudadanos. Tal vez deberíamos tener nombres distintos. Druze, tú me pareces un Timus.

—Jefe —dijo Druze—, yo te seguiría hasta el otro lado del velo si me lo pidieras, pero no trates de hacerme reír. No es uno de tus puntos fuertes.

—Tengo carencias en ese aspecto —admitió Corvus, y le vieron sonreír bajo la capucha. Parecía tan animado como un chiquillo que hubiera descubierto un agujero en la pared de una casa de baños—. Me pregunto si la tienda de Karnos es tan grande como la mía. ¿Qué opinas tú, Rictus? Le conoces mejor que yo.

—Creo que el acento de Druze y tu cara nos delatarán en un momento. Déjame guiar, en nombre de Phobos, y cerrad los dos la boca.

Corvus asintió, y añadió en una voz clínica, totalmente diferente:

—Contad los signos que veáis. Quiero saber qué ciudades han traído a sus ejércitos.

Caminaron por el campamento tan descaradamente como si aquél fuera su sitio. Druze limpió el barro de su escudo, de modo que el signo de Machran resplandeció en blanco en la oscuridad iluminada por hogueras. El campamento del ejército de Karnos olía peor que el suyo, y Rictus apartó de su mente cualquier reflexión sobre lo que podían estar pisando sus pies desnudos.

Los hombres estaban arrebuajados en sus tiendas, encogidos en torno a temblorosas lámparas de arcilla y malolientes velas de sebo. Algunos espíritus resueltos mantenían hogueras encendidas. Sobre cada una de ellas se veía la familiar silueta negra del centos, la gran caldera de hierro en que los soldados habían comido desde tiempo inmemorial. Había un olor apetitoso en el aire entre los miasmas: los hombres de Karnos comían cabra estofada, con montones de lentejas y cebollas para dar sabor a la carne. Comida de las tierras bajas; su olor trajo a Rictus recuerdos de una docena de campañas antiguas.

Tuvo que esforzarse para recuperar la concentración: las escenas ante él eran tan familiares que la sensación de peligro quedaba amortiguada.

Se detuvo en seco al ver el signo de namis pintado en azul sobre algunos escudos. Eran hombres de Nemasis, con los que había combatido el verano anterior. El hombre de dientes mellados con la cabeza afeitada era Isaeos, el idiota cuyas vacilaciones habían costado vidas y hecho perder meses en el último contrato de Rictus. Se cubrió la cabeza con la capucha al pasar junto a él.

El desigual trío de sucios forasteros recorrió el campamento sin problemas, otros tres macht anónimos en un mar de ellos. Rictus dejó de contar signos al llegar a los veinte. Todas las ciudades del interior estaban allí, pero el campamento no era lo bastante

grande para albergar a todos sus hombres. Algunas ciudades debían de haber enviado solamente contingentes simbólicos, nada más. Incluso entre los miembros de la Liga Avenia había hostilidades y rivalidades. Karnos había hecho una buena labor al conseguir llegar tan lejos con tantos hombres.

Nadie les dijo nada. Rictus no se sorprendió. Había conocido ejércitos de ciudadanos durante toda su vida. Lucharían como leones cuando llegara el momento, pero la idea de disciplina en el campamento no les entraba en la cabeza; era como intentar formar un rebaño de gatos.

Tras unas pocas semanas con Corvus, había empezado a dar por descontada la eficiencia del ejército al otro lado de la llanura, a observarla incluso con un toque de indulgencia. Casi había olvidado que sus Cabezas de Perro eran la excepción, no la regla, y que Corvus había conseguido algo sorprendente y distinto con su propio ejército.

Una vez más, se encontró considerando a aquel kufr mestizo desde un nuevo ángulo revelador.

Kufr. Aquello era algo a tener en cuenta.

Los tres intrusos ganaron confianza, envalentonados por la negra noche, la lluvia y las manchas de barro que les hacían casi indistinguibles de cualquier otro hombre del campamento. Rictus aceptó un trago de vino de un simpático borracho con el signo de machios tatuado en el brazo, y llegó al extremo de preguntarle dónde estaba la tienda de Karnos.

—¿Ese gordo cabrón? —gritó el hombre—. Todavía está en Machran, con la polla metida en el trasero de alguna esclava. Es Kassander a quien buscas, amigo. Él está al mando aquí. ¿Qué eres, una especie de mensajero? Maldita lluvia; es insoportable, ¿verdad? —Se alejó tambaleándose, abriéndose paso a través del barro con la obstinada determinación del borracho que sabe adónde quiere ir.

—Cuanto más oigo hablar de ese tal Karnos, mejor me cae —dijo Druze, con sus cejas negras y gruesas arqueadas sobre la frente—. Si yo tuviera elección...

Le interrumpió un grito de mujer agudo y aterrado.

—He dicho —continuó Druze— que si yo tuviera elección, preferiría con mucho...

—Cállate —espetó Corvus—. Rictus, ¿dónde ha sido eso?

Rictus señaló a un punto entre la irregular hilera de tiendas.

—No es asunto nuestro, Corvus. No hay nada más que ver aquí.

Fue ignorado. Corvus echó a andar en dirección al grito.

—Oh, mierda —murmuró Druze, y agarró a Rictus de un brazo, empezando a seguir a su líder—. Rictus, en nombre de Phobos, párale.

Corvus se movía como un depredador negro y silencioso entre las hileras de tiendas, seguido por Rictus y Druze.

Se había quitado la capucha, y sus ojos reflejaban la luz de las hogueras y la devolvían con un verde violento.

Apartó la entrada de una tienda, y de su interior surgió el resplandor de una lámpara, el olor a sudor de hombre y a algo más, algo fuerte, intenso y amargo en la noche.

Miedo.

## *Sangre y mentiras*

Karnos despertó con un sobresalto. Tampoco dormía profundamente, en cualquier caso. Recordaba un sueño absurdo en el que arengaba a una multitud, mientras los hombres a los que hablaba le vitoreaban, gritando su nombre y afilando cuchillos.

Muy sutil, pensó con un gruñido mental. Phobos, ¿cómo podía vivir un hombre de aquel modo durante semanas enteras? «Soy el portavoz de Machran, he construido este ejército; lo he creado de la nada. Está aquí por mi voluntad».

Se revolvió sobre la paja, gruñendo y arrebujándose en la capa. Al menos, podían haberle fabricado algún tipo de cama; había garrapatas entre la paja.

Se rascó violentamente la entrepierna y maldijo en voz alta. Estaba totalmente despierto.

Hablando en serio, ¿cómo se podía vivir de aquel modo? Pensó en su mullido colchón de Machran, y en la pequeña Grania sobre él, con su piel blanca y su suave boca. O aquella chica nueva, la del bonito trasero.

Allí estaba, sólo con una capa, tumbado sobre un jergón de paja infestado de garrapatas, sintiendo la humedad del suelo.

Abrió por completo los ojos.

La lámpara estaba casi completamente vacía de aceite, y su llama temblorosa latía en torno al pabilo. La oscuridad era casi total en la tienda.

¿Qué diablos había sido aquello?

Volvió a oírlo, un rugido distante, gritos de hombres. Estaba ya acostumbrado al sonido de las interminables discusiones, a las peleas que estallaban de la nada; eran ruidos habituales en el campamento. Pero aquello parecía distinto, más urgente.

Se incorporó, ajustó la lámpara para que el extremo del pabilo tuviera al menos una última gota de aceite que absorber y, cuando la luz aumentó, rebuscó entre la paja que cubría el suelo de la tienda, tratando de encontrar sus sandalias o su espada, cualquier cosa que pudiera orientarlo en aquel lugar nuevo y extraño donde le había sorprendido la noche.

La entrada de la tienda se abrió y vio una silueta negra recortada a la luz de las hogueras.

—Hay algún problema en el extremo este. Tal vez no sea nada, pero tiene mala pinta.

¿Quieres venir?

Era la voz de Kassander.

—Joder, sí. Ya estoy despierto, de todos modos. ¿Qué hora es?

—Una mala hora, en la que los hombres están cansados pero aún no duermen. Tal vez sea sólo una riña sin importancia.

—He dicho que te acompañaba —espetó Karnos, poniéndose las sandalias y colgándose la espada al hombro—. Ayúdame con la capa, ¿quieres? Phobos, menuda vida.

En un campamento de aquel tamaño, Karnos se sentía como una garrapata sobre la piel de alguna bestia enorme y desconocida. Nunca había tratado de imaginar realmente cómo podía ser una hueste de veinte mil hombres; simplemente había sumado las cifras cuando le llegaban. Formados en una línea de batalla de ocho hombres de profundidad, la línea mediría más de tres pasangs.

Era como si una ciudad nueva y olorosa de cuero, mierda y humo hubiera sido plantada en el mundo, y él estuviera en el medio, un rostro más en un mar lleno de ellos.

Aquello no se parecía a hablar en el Empirion; las reglas eran distintas allí. Cuando recorría el campamento, recibía cierto respeto afectuoso de los hombres de Machran, algo de curiosidad de los hombres de las otras ciudades, pero si el portador de una Maldición pasaba por allí, todos los ojos eran atraídos al instante por la armadura

negra, con un grado de admiración casi religiosa.

«Tengo que conseguirme una de éstas algún día», pensó Karnos. Perfeccionaría su imagen. O tal vez la redimiría.

Era un hombre rico; en el pasado, había tratado de comprar un Don de Antimone a algún portador de la Maldición venido a menos, pero sus ofertas habían sido rechazadas con tanto desprecio que había renunciado a insistir. Cuando un hombre se ponía una de aquellas cosas a la espalda, parecían afectarle a un espacio del alma. La muerte era lo único que podía obligarle a separarse de ella. Era uno de los indicadores de la grandeza de una ciudad; cuántos portadores de la Maldición había entre sus ciudadanos.

«Habrás unas cuantas en el suelo antes de que esto termine», pensó Karnos. «Hablaré de ello con Kassander».

Los dos se abrieron paso entre las líneas del campamento. Los hombres ya se habían refugiado en sus tiendas, buscando el sueño entre gruñidos, compartiendo un odre de vino o empezando una partida de tabas. Pero el lugar había vuelto a cobrar vida, y los caminos entre las hileras de tiendas se estaban llenando de grupos de hombres malhumorados que bostezaban y se preguntaban a qué se debía la conmoción.

—Me apuesto algo a que son los aftenai otra vez —dijo Kassander—. Nunca he visto un grupo de cabrones más díscolos y sanguinarios.

El ruido aumentó. Había hombres luchando, estaba claro. Oyeron el estrépito del hierro, y alguien chilló, un grito de agonía.

—¡Phobos! —maldijo Kassander, y echó a correr.

Rictus sintió que la cálida sangre del hombre le salpicaba el rostro cuando la drepana le penetró en el brazo por encima del codo. No estaba acostumbrado a la pesada arma de las tierras bajas; le parecía un cuchillo de carnicero, fabricado para golpear y cortar. Tenía el extremo de la capa envuelto en torno al brazo izquierdo, y lo arrojó al rostro del siguiente hombre, haciéndole encogerse el tiempo suficiente para poder blandir la drepana de nuevo y abrirle el vientre. Rictus sintió el hedor a mierda y carne caliente cuando las entrañas del otro hombre le resbalaron por las piernas hasta enredarse en sus pies sobre el barro. El soldado tropezó y emitió un chillido agudo, revolcándose en las cuerdas de sus propios intestinos.

—Ahora regresemos —espetó Corvus.

Rictus se volvió en el espacio que había creado y echó a correr entre Corvus y Druze. El escudo del igraniano estaba partido en dos y colgaba ensangrentado de su brazo. En el otro, su espada describió un círculo vertical elegante como el movimiento de un juglar, y otro enemigo cayó de rodillas, con la boca abierta de incredulidad, y luego se desplomó en el suelo, cortado de la clavícula al esternón.

Corvus saltó de repente y derribó a un tercero.

—¡Machran! —gritó—. ¡Machran, a mí!

Se abrió un espacio en el anillo de hombres que les rodeaban, y lo cruzaron en un instante, lanzando estocadas a derecha e izquierda, abandonando el círculo iluminado por la hoguera para entrar en la oscuridad azotada por la lluvia. Rictus tropezó con un cable y cayó sobre los codos, sólo para ser levantado por la nuca y empujado hacia delante. Incluso en aquel instante, le sorprendió comprobar la fuerza bruta contenida en el diminuto cuerpo de Corvus.

Más hombres corrían hacia ellos, con armas en las manos. Estaban en el centro de una multitud enorme y creciente de figuras desconcertadas, gritando todas a la vez. Los heridos chillaban detrás de ellos, y los hombres empezaban a encender antorchas en las hogueras. La lluvia les golpeaba el rostro, y sus piernas estaban desprovistas de energía; lo único que tiraba de los huesos eran tendones sin voluntad.

Rictus pensó que el pecho le iba a estallar. No podía hablar. Corvus y Druze le agarraron y casi arrastraron su corpulenta silueta a través de las filas de tiendas. Un

gruñido animal surgió de su garganta; la ardiente ira le recorrió las extremidades y le devolvió algo de sentido común.

—Soltadme, joder. —Se sacudió las manos que le ayudaban.

Varios hombres inseguros hicieron preguntas al trío. Druze arrojó a un lado su escudo partido y se cubrió el brazo lesionado con la capa, enrollando el tejido en torno a una herida que se lo había abierto hasta el hueso.

—Una partida de tabas —dijo Corvus en voz alta, jadeante—. Esos cabrones tramposos han tratado de robarnos. Aún continúan, allí detrás.

—Deteneos e identifícaos —les gritó algún imbécil cumplidor de las normas.

—Bésame el trasero. Aquí hay un hombre herido, id a detener la pelea de allí detrás —gritó Rictus en respuesta.

—¡Alto ahí!

Había demasiados hombres a su alrededor, congregados como solían hacer los hombres cuando había malas noticias o una pelea. Rictus invirtió la drepana, golpeó al imbécil en la entrepierna con el extremo de madera del arma y le empujó hacia un lado. Cuando el siguiente hombre protestó indignado, Corvus le golpeó la sien con la espada, y el tipo cayó como un saco de arena.

—Salid de nuestro camino.

Y se encontraron fuera de nuevo, en la oscuridad, un grupo de hombres decididos, como una flecha abriéndose paso a través de las tripas de un buey.

Kassander se inclinó y sostuvo la lámpara en alto al entrar en la tienda. Karnos le siguió, dominando sus náuseas ante el hedor del interior.

—¿Qué demonios ha pasado aquí?

El hombre ensangrentado cubierto con un quitón desgarrado sostenía la carne de su antebrazo contra el hueso, mientras la sangre le goteaba en cordeles negros entre los dedos apretados.

—Ha entrado aquí como alguien enviado por Phobos. Tenía la cara blanca, y unos ojos... unos ojos como...

—¿Qué les ha ocurrido a esos hombres? —preguntó pacientemente Kassander. El interior de la tienda era un matadero, lleno de cadáveres que empezaban a soltar vapor a media que les abandonaba el calor. La parte trasera de la tienda estaba rasgada de arriba abajo.

—Teníamos una chica, una esclava que habíamos conseguido en las carretas. Nos estábamos turnando con ella, y ha salido de la nada. General, sus ojos... no eran los ojos de un hombre. Ha entrado como una tormenta, matando a derecha e izquierda. Había otros con él. Le han agarrado cuando estaba a punto de acabar conmigo, han cortado la parte trasera de la tienda y han salido por allí. Nos han despedazado como a conejos, general. No eran hombres.

El hombre tenía los labios azules, y estaba muy pálido.

—Ve a ver al carnifex —le dijo Kassander—. Hablaremos más tarde. ¿Cómo te llamas?

—Lomos de Afteni, excelencia.

—Muy bien, Lomos, vete.

—Espera. ¿Dónde está la chica? —quiso saber Karnos.

—Ha huido. Se encuentra bien. Sólo nos estábamos divirtiendo un poco, general, lo juro.

—Vamos, vete, que te miren esa herida.

Karnos y Kassander se agacharon entre la carnicería. La luz de la lámpara prestaba cierto movimiento burlón a los cadáveres. Karnos contó cinco hombres. Nunca había estado tan cerca de la muerte violenta en toda su vida y, mientras su estómago aún se revolvía, su mente estudiaba la escena con una mezcla de fascinación y repugnancia.

—Heridas de drepana —dijo Kassander, moviendo la lámpara de un lado a otro—. Los cabezas de paja usan espadas para acuchillar.

Hemos de encontrar a esa chica. Tal vez no era una esclava, y tenía parientes en el campamento. Ha sucedido otras veces. Vamos, Karnos.

El campamento bullía como un hormiguero pateado. Los dos hombres salieron a la lluvia para descubrir que aún ocurría algo, cerca de las líneas orientales. Un centurión completamente armado, con penacho transversal, se detuvo frente a Kassander.

—General, creemos que el enemigo está detrás de esto. Hay infiltrados en el campamento, y están creando disturbios. Hay hombres heridos y muertos por toda la parte este.

—¡Phobos! —siseó Kassander. Se pasó una mano por el cabello y se volvió hacia Karnos—. Esto no tiene sentido.

—¿Crees que son los preliminares de un ataque? —preguntó Karnos. El corazón le dio un vuelco en el pecho. Sólo unos días atrás, la noción de una batalla, de una verdadera guerra, con él en el centro, le había parecido propia de una conjetura distante y levemente absurda. Allí, en aquel caos de lluvia y luz de hogueras, con la sangre de otros hombres empapándole los pies, era algo real y aterrador.

—Hemos de preparar al ejército, por si acaso —decidió Kassander. Se volvió hacia el centurión y observó el signo de alfos en su escudo—. ¿Eres de Afteni?

—Sí, general. Los hombres masacrados son míos.

—Haz correr la voz entre las líneas. Los hombres deben armarse y prepararse. Quiero que formen en el lado este, por centones. —Se volvió hacia Karnos, y su rostro grande y afable se había transformado en algo totalmente distinto—. Hay que reunir a la Kerusia y convocar de inmediato a todos los contingentes. Quién sabe lo que esto presagia.

Karnos asintió.

—Tú eres el soldado, Kassander.

—Y tú eres el hombre que nos ha traído a todos aquí, hermano. Tu trabajo es hablar con los líderes de las otras ciudades. Hay que reunir al ejército de inmediato.

Rictus, Corvus y Druze se dejaron caer sobre el barro aproximadamente a medio pasang del campamento enemigo, y permanecieron tumbados sobre el agua gélida, totalmente exhaustos.

—Debe estar a punto de amanecer —dijo Rictus—. Hemos de continuar, o nos encontrarán aquí como cucarachas sobre una mesa cuando salga el sol.

Corvus se estaba limpiando la sangre del rostro con la punta de su empapada capa.

—Cierto. Míralos, Rictus. ¿Ves lo que hemos hecho?

Había antorchas encendidas por todo el campamento enemigo, recorriéndolo como luciérnagas. Incluso desde allí podían oír el rumor de la colina, voces de hombres elevadas en un clamor de indignación.

—Me recuerda a cuando apedreaba nidos de avispas de pequeño —dijo Druze.

—Ha sido una locura —dijo Rictus, volviéndose hacia Corvus—. En buena lógica, los tres tendríamos que estar muertos allí dentro, o prisioneros.

—He visto tu cara cuando has entrado en esa tienda —dijo Corvus, impasible—. Hubo una época en que tú hubieras hecho lo mismo. Y esta noche deseabas hacerlo.

—He aprendido a pensar en las consecuencias de mis acciones.

—Yo he aprendido a confiar en mi suerte en ocasiones, Rictus. Y ha funcionado. Phobos me protege. Nos ha sacado de allí.

—Ha sido una locura —insistió Rictus.

—Si una vida cuerda y sensata incluye pasar junto a una violación sin parpadear, prefiero estar muerto —dijo Corvus, y en sus palabras había una fría amenaza que hizo que Rictus y Druze se miraran. Se secó los ojos con el borde de la capa—. Búrlate si quieres, Rictus.

—No me estoy burlando. —Rictus pensó en el saqueo de Isca, el de Ab Mirza en el Imperio, en los excesos de los Diez Mil.

«Antes yo era igual», pensó.

—Puede resultar práctico tolerar algo que te repugna —dijo Corvus—, pero ¿en qué te convierte eso al final? Es mejor morir luchando por lo que tú sabes que está bien o mal.

—Blanco y negro —dijo Rictus.

Corvus sonrió.

—Desde luego. Druze, hermano mío, ¿cómo está ese brazo?

—Me escuece un poco. —El rostro de Druze estaba contraído por el dolor.

—Vamos a llevarte a casa, entonces. —Corvus rodeó los hombros de Druze con el brazo, lo atrajo hacia sí y le besó en la frente—. Has recibido esa estocada por mí —dijo.

Se tambalearon a través de los pantanos con la adrenalina de la pelea aún cantando en sus nervios. Les duró aproximadamente otro pasang, antes de secarse y dejarles agotados y aturcidos. Por lo menos, así se sentía Rictus. Corvus empezó a hablar de nuevo, con la tranquilidad de un hombre tomando una copa de vino.

—Veinte signos: todas las ciudades del interior y algunas más. He visto el signo de alfos con el martillo de Arienus, y también Gast y Ferai, incluso Decanth. Pero no han enviado a todos sus contingentes, o el ejército de Karnos sería el doble de grande. Druze, dame la mano. Eso es.

»Eso significa que se están conteniendo. Ni siquiera ahora se han concentrado por completo. Tal vez no dan a su propio peligro toda la importancia que deberían. Los quiero a todos delante de mí, los hombres de todas las grandes ciudades macht. Si queremos ayudar a nuestro amigo Karnos a reunirlos a todos en sus filas, hemos de pincharle un poco más, más de lo que hemos hecho esta noche.

—Jefe, creo que has entrado allí en busca de una pelea —dijo Druze.

—Tal vez sí. ¿Habéis visto sus líneas? Aficionados, hundidos hasta los tobillos en su propia mierda, medio borrachos la mayoría, con los centinelas en torno a las hogueras y ciegos a la oscuridad. Al menos les hemos sacado de las mantas por una noche.

Miró hacia atrás. Una luz gris crecía en el aire. Araian había empezado su lento ascenso tras las nubes del este.

—Se acerca el alba, y están formando junto a la colina. Mira, Rictus; les llevará toda la mañana.

Una línea negra crecía a través del horizonte, aumentando en longitud y grosor a cada minuto. Lanceros preparándose para la batalla.

—Sería descortés no responder —dijo Corvus, con su sonrisa pálida de nuevo en el rostro—. Cuando regresemos, creo que tendré que traer a los nuestros para saludar.

Rictus le miró bruscamente.

—¿Quieres provocar una batalla?

—¿Por qué no? La guerra es mitad sangre y mitad mentiras, Rictus. Karnos no sabe qué nos proponemos, de modo que está haciendo lo más sensato; tendrá a sus hombres bajo la lluvia mientras crea que vamos a atacar. Esta noche se ha alzado el telón. Ahora tengo intención de entretener un poco más al público.

Con la salida del sol, las nubes que habían cubierto el cielo durante tantos días empezaron finalmente a separarse y moverse, como si Araian se hubiera impacientado y quisiera apartarlas para ver qué había ocurrido en el mundo. La lluvia cesó, y cuando la luz apareció, amplia y amarilla a través de la llanura inundada entre los dos campamentos, fue reflejada por los charcos de agua estancada, que le devolvieron destellos deslumbrantes.

«Se alza el telón», pensó Karnos. «Cualquiera diría que lo ha planeado así».

Estaba incómodo y se sentía ridículo cubierto con su panoplia, consciente de que no había una sola abolladura en su escudo, ni una sola raspadura en las grebas de bronce fijadas a sus pantorrillas.

Había comprado una coraza de lino en Afteni años atrás, la mejor de su clase, con el

vientre reforzado con escamas de hierro y los laterales pintados de escarlata y con incrustaciones de niel negro. Entonces le había parecido espléndida y marcial; en aquel campamento, resultaba chillona y ostentosa, entre miles de piezas pasadas de padres a hijos, abolladas, remendadas y reconstruidas tras numerosas campañas.

Los hombres recibían las panoplias de sus padres; algunas tenían décadas de antigüedad, y habían sido reconstruidas y reparadas una y otra vez. Las corazas de bronce podían ser aún más antiguas. Pero el padre de Karnos nunca había sido lo bastante próspero para pertenecer a los rangos de lanceros con armadura que formaban la espina dorsal de todos los ejércitos de ciudadanos.

«Soy Karnos de Machran», se dijo. «Es posible que no tenga mucho de soldado, pero soy yo quien ha creado este ejército, y yo lo mantendré unido. Me miran por encima del hombro, como a un traficante de esclavos del Mithannon, pero es a mí a quien vitorean las multitudes de Machran. He conseguido algo que ninguno de ellos ha podido hacer, pese a su pasado antiguo, su linaje intachable y las armas de sus familias».

Se volvió. Había unas dos docenas de hombres mirándole, todos vestidos con armaduras completas, seis de ellos con la Maldición de Dios. Era la Kerusia militar de la Liga Avenia, y formaba el alto mando militar de las principales ciudades macht. Estaban todas allí, en una u otra forma: Ferai, Avensis, Arienus, incluso la gran Pontis del sur, cuya participación se había considerado durante décadas puramente nominal. Todas habían traído a sus ciudadanos a aquella colina, tal vez no a todos los hombres que hubieran podido, pero estaban allí.

Kassander también estaba allí, y su sonrisa dio ánimos a Karnos y le hizo erguirse en su pesado arnés de guerra. Nunca hasta entonces había sido tan consciente de su volumen; entre aquellos aristócratas delgados y de aspecto ascético, parecía blando. Incluso Periklus de Pontis, veinte años mayor, parecía más atlético.

Pero él hablaba en nombre de Machran y los siete mil lanceros que la ciudad había enviado al campo de batalla. Su ciudad era más populosa que dos cualesquiera de las demás combinadas, y una vez había sido la sede de la antigua monarquía que había gobernado a todos los macht. Los nombres de aquellos reyes se habían perdido en la historia, pero su leyenda continuaba, como la preeminencia de la propia Machran.

—El enemigo se mueve —dijo Karnos, levantando la voz para ser oído por encima de las falanges en marcha en la pendiente. Las tiendas se estaban vaciando como una jarra volcada, derramando un mar de hombres sobre la llanura de Afteni—. Al parecer, anoche hicieron un reconocimiento de nuestro campamento. Hoy han puesto sus tropas en marcha. Parece que sus números se han exagerado; les superamos en una proporción de tres a dos y, lo que es más, el terreno es demasiado blando para su caballería. Las circunstancias nos favorecen, hermanos —aquella palabra estuvo a punto de atragantársele—, y, aunque no todos los hombres prometidos se han reunido aún con nosotros... —Hizo una pausa, mirando a su sombría audiencia de arriba abajo con un toque de acusación, una nota de decepción en la voz—, tenemos la fuerza suficiente para derrotar a ese Corvus aquí mismo. Ha cometido un error, que debemos procurar que sea fatal.

—¿Quieres luchar aquí? —preguntó Glauros de Ferai—. ¿Hoy?

—Hoy.

—El terreno puede ser malo para los caballos, pero también está demasiado mojado para las lanzas —dijo Ulfos de Avensis—. ¿Te imaginas a nuestras morai avanzando sobre ese barro?

Kassander tomó la palabra.

—Corvus es un soldado con mucho talento. Su fuerza está en la maniobra. Sus tropas están mejor entrenadas que las nuestras, y por tanto son más flexibles. Debemos inmovilizarlo y hacer valer nuestra superioridad numérica.

»En este lugar, en este momento, podemos eliminar a su caballería de la ecuación, y

eso es algo que no podemos estar seguros de conseguir en otra parte o momento. Tenemos una oportunidad única ante nosotros. Los soldados ciudadanos saben bajar la cabeza y empujar; es casi lo único que se les entrena para hacer. Si lo hacemos ahora, nuestros números acabarán con cualquier cosa que el enemigo pueda arrojarnos. Tenemos aquí a soldados de veinte ciudades diferentes, que nunca han luchado juntos antes. Hermanos, no podemos dejar que esto se complique.

»Avanzaremos en un frente largo, hacia la llanura, y allí lucharemos contra ese Corvus hasta inmovilizarle. No será bonito, y Phobos sabe que muchos de los que hoy están en esta colina yacerán en una pira al caer la noche, pero es la forma más segura de llevar nuestro estilo de lucha al enemigo.

Hubo un silencio mientras los demás digerían aquello. Respetaban a Kassander; había sido soldado toda su vida, un mercenario en su juventud, antes de que el viejo Banos lo reclutara para la guardia ciudadana de Machran. Pero su posición actual se la debía a Karnos, a quien despreciaban. Karnos casi podía ver las ruedecillas de sus cerebros mientras permanecían inmóviles, cultivando su altanería patricia, Katullos entre ellos.

—No dejéis que os influya la política —dijo—. Penséis lo que penséis de mí, considerad nuestra situación tal como es. Estamos aquí, hermanos —en aquella ocasión la palabra le salió más fácilmente, pues era sincera—, estamos aquí para preservar la libertad de nuestras ciudades e instituciones de un tirano. Todo lo demás es una indulgencia.

Captó la mirada de Katullos, y le pareció ver un destello de aprobación en sus ojos.

—Hay hombres de Hal Goshen en las filas de enfrente, y de Maronen, Gerra y Kaurios. Han sido reclutados por el ejército de ese Corvus contra su voluntad, sus ciudades esclavizadas y sus tesoros saqueados. ¿Creéis que lucharán con mucho convencimiento por el invasor?

»Sólo hemos de mantenernos firmes, y verán dónde están sus libertades. Sin su caballería, ese Corvus no es más que un amo de esclavos. —Hubo unas cuantas miradas irónicas de los que le conocían. Karnos, cuya riqueza se había construido sobre las espaldas de los esclavos. No importaba; les tenía. Kassander y él les habían convencido. Gracias a la diosa.

Habría una batalla aquel día, la mayor batalla librada en las Harukush desde hacia generaciones.

Y él, Karnos, tendría que estar en el medio.

Su propia retórica le había llevado a pasar por alto aquel detalle.

Como solía decir su padre, con el fatalismo de los pobres: si uno quería comer pan, tenía que moler el grano.

## *La llanura inundada*

Rictus estaba al frente de sus hombres con el yelmo bajo el brazo. Su escudo estaba apoyado contra su lanza plantada en la primera fila. Todos los Cabezas de Perro estaban en formación con los escudos apoyados en las rodillas y los yelmos en los brazos, disfrutando del último soplo de aire en los rostros y de la última mirada al cielo. Se encontraban por detrás de la primera línea, y el suelo estaba algo más seco en la pendiente que ascendía hacia el este, por la carretera imperial que conducía al campamento. Ante ellos, las hileras de lanceros ya habían pisoteado la tierra empapada hasta convertirla en un pantano que les llegaba a los tobillos simplemente al ponerse en formación. La mayoría de los hombres iban descalzos pese al frío del día, porque la llanura que tenían delante absorbería el calzado mejor atado a los pies de los hombres a los pocos minutos de entablarse la batalla.

Junto a los mercenarios de las capas rojas, el ejército de Corvus había pasado a formación de batalla, una línea de infantería de unos dos pasangs de longitud.

No era lo bastante larga, pensó Rictus. Le rodearían el flanco por un lado, tal vez por los dos. ¿Qué diablos se proponía?

Los jinetes habían dejado a los caballos en el campamento y permanecían junto a los Cabezas de Perro. Había unos dos mil hombres al mando de Ardashir, el príncipe huérfano. Iban sin escudos, armados con lanzas y drepanas, vestidos con la coraza corta de los jinetes. No estaban equipados para el combate en falanges; serían masacrados contra una fila de lanceros pesadamente armados.

Aunque había que admitir que prestaban cierto colorido exótico a aquel ejército sombrío del color del barro. Parecían competir unos con otros en llevar las capas más llamativas y los penachos más chillones. Y casi todos eran kufr. Sus cabezas y hombros asomaban por encima de los machts, y su piel casi parecía relucir a la pálida luz del sol otoñal. Ardashir, su líder, estaba delante de ellos, apoyado en la larga y afilada lanza de los Compañeros, con la capa plegada en torno a él.

Corvus iba a caballo. Estaba frente a sus tropas, pronunciando un discurso que Rictus no podía oír. Los hombres golpearon sus escudos en respuesta, y un fuerte rugido recorrió toda la longitud de la línea.

Nueve mil lanceros pesados, más de la mitad de ellos reclutados en las ciudades conquistadas en la costa este, al mando del tuerto Demetrius, y el resto veteranos dignos de confianza bajo las órdenes del joven Teresian. A su izquierda, dos o tres mil igranianos al mando de Druze, que llevaba el brazo en cabestrillo pero que no se hubiera perdido aquello por nada del mundo.

Como si hubiera sentido la mirada de Rictus, Druze se volvió hacia la izquierda y levantó la jabalina en señal de saludo, con su oscura sonrisa visible incluso a aquella distancia. Rictus levantó una mano en respuesta.

A la derecha, nada. Corvus tenía el flanco derecho abierto, y aquél era el flanco defendido por Demetrius y sus lanceros de leva. Era como si les invitara a salir huyendo. Ciertamente, los Compañeros estaban detrás de ellos, sin sus monturas, pero no podrían detener una verdadera desbandada.

Al otro lado del brillo cegador de la llanura inundada, el ejército de la Liga Avenia había acabado de desplegar su línea. Llevaban horas haciéndolo; los hombres estarían ya cansados.

Una cosa era formar la línea cuando sólo se trataba de las tropas de una ciudad, donde los hombres se conocían unos a otros y a sus oficiales. Otra muy distinta era coordinar las falanges de veinte ciudades diferentes, con sus propias rivalidades, sus mezquinos politiqueos y sus luchas por conseguir ventajas o prestigio. Rictus lo había visto a pequeña escala durante toda una vida de guerra; podía imaginar la colosal pejiquera

que sería estar al mando de veinte mil ciudadanos soldados mal entrenados, cada uno con sus propias ideas sobre cómo debían ser desplegados. Incluso los reclutas de Demetrius estaban mejor entrenados que los lanceros que veía en aquellas líneas a medio formar al otro lado.

Pero los números les favorecían. Más aún, luchaban por algo en lo que creían. Aquello era muy importante en la guerra. Por eso los Diez Mil habían salido victoriosos en Kunaksa: se trataba de vencer o morir.

Fornyx se sonó con los dedos, y arrojó los mocos lejos. Aún estaba furioso por los acontecimientos de la noche anterior, por tener que luchar en aquel pantano y por estar en la retaguardia.

—Bueno —dijo—. Ya tienes tu guerra.

—Sí, ya la tengo —repuso Rictus.

—¿Qué crees que se propone hacer ese pequeño cabrón, Rictus? Ha estado encerrado con Demetrius y Teresian toda la mañana. ¿Crees que quiere presentar batalla?

—¿En serio? No lo sé. No la rechazará, no está en su naturaleza. Pero mira ese suelo, Fornyx. ¿Quieres avanzar por allí?

—No es terreno para hombres ni bestias —dijo Fornyx con una mueca.

—Bien, entonces supongo que Corvus tendrá un plan.

—Todo va bien, entonces.

Corvus había recorrido toda la longitud de la línea de norte a sur. Se detuvo frente a Druze, y se inclinó en su silla para hablar con el líder de los igranianos. Vieron que Druze asentía, y que Corvus le apoyaba una mano en el hombro para alejarse al medio galope a través del grupo de exploradores, levantando una mano en respuesta a sus vítores, señalando a uno o dos de ellos o frenando para intercambiar bromas que hacían rugir de hilaridad a muchos de los hombres.

—Reconozco que ese enano sabe manejar a los hombres —admitió Fornyx.

Seguido por una hilera de asistentes montados, como la cola de una cometa, Corvus galopó hacia los Cabezas de Perro y se detuvo. Igual que Rictus, no había dormido en toda la noche anterior, pero parecía fresco como una rosa.

—Por lo menos no llueve —dijo, desmontando y palmeando afectuosamente el cuello de su caballo.

—¿Crees que van a presentar batalla? —le preguntó directamente Fornyx.

Corvus sonrió.

—Hermano —dijo—, antes de que el sol llegue al mediodía, los tendremos sobre el regazo.

Los igranianos de Druze se adelantaron, una multitud desordenada de hombres abriéndose camino sobre el campo inundado como un gran rebaño de animales en migración. Faltaban aún dos horas para el mediodía, y tenían el sol a sus espaldas. No había urgencia en sus movimientos; eran como hombres dirigiéndose tranquilamente a sus casas tras una reunión de la asamblea.

Rictus podía verlos hablar entre sí mientras avanzaban. Con su equipamiento ligero, no se hundían en el suelo como le hubiera ocurrido a una formación de lanceros. Los veía como a una masa de manchas negras sobre la tierra, disimuladas aquí y allá por el resplandor del agua en el suelo.

—Quédate a mi lado —le dijo Corvus, con el rostro ya muy serio y los ojos fijos en la línea enemiga, sólo a dos pasangs y medio de distancia, y en las tiendas de campaña que se erguían detrás de ella, como una ciudad del color del barro—. Quiero que tus Cabezas de Perro estén preparados para intervenir en cualquier lugar de la línea.

—¿Qué va a hacer Druze? —le preguntó Fornyx.

—Va a buscar pelea.

Los igranianos aumentaron su velocidad, como una bandada de pájaros con un solo

propósito. Avanzaban hacia el sur, para amenazar el flanco derecho del enemigo, el que no estaba protegido por los escudos.

Hubo una oleada de movimiento correspondiente en las líneas de lanceros enemigos; una hilera de escudos de bronce reflejaron el sol uno tras otro en una serie de destellos brillantes. Entonces Druze situó a sus hombres al alcance de tiro de las jabalinas, unos cien pasos, y Rictus vio que echaban atrás los brazos derechos y que sus cuerpos se arqueaban para lanzar. Estaba demasiado lejos para ver el impacto de los proyectiles, pero el brillo de los escudos enemigos reflejando el sol iba y venía, como los relámpagos de una tormenta de verano sobre el mar.

—Eso va a cabrearles en serio —dijo Fornyx, con una sonrisa de auténtica diversión en la barba.

—Pensé que convenía pincharles un poco —dijo Corvus—. Estamos perdiendo la mañana.

Siempre había algo casi gozoso en observar una batalla desde la distancia, pensó Rictus. En primer lugar, uno se alegraba de no estar allí, en mitad de todo aquello, con el hierro tratando de desgarrarle la carne. Pero también podía ser casi un deporte. Uno podía estudiar los movimientos de los jugadores con distanciamiento, observar objetivamente las evoluciones de las falanges, elevarse por encima del terror asesino del othismos y juzgar las cosas con auténtica claridad.

Y, con un destello de epifanía, Rictus comprendió algo sobre Corvus.

Así lo veía él todo el tiempo. Con aquel distanciamiento, con aquella claridad.

Los lanceros enemigos estaban rompiendo filas por centones, enviando destacamentos para que trataran de enfrentarse a los hombres de Druze, pero los igranianos, con sus armas ligeras, les evadían como lobos escapando de los cuernos de un toro. Cuando los centones volvían a retirarse, los igranianos se acercaban de nuevo. Durante unos minutos, llegaron a estar mano a mano con el enemigo. Fornyx silbó suavemente al verlo.

—Esos cabrones tienen huevos.

—Un igraniano tiene que matar a un león de montaña antes de ser considerado un hombre —dijo Corvus—. Pertenecen a un tiempo más antiguo, en el que los macht no sentían la necesidad de congregarse en ciudades. La propia Igranon no tiene murallas; es poco más que un puesto comercial con pretensiones.

—Un pueblo difícil de domesticar —dijo Rictus, enarcando una ceja.

Corvus negó con la cabeza.

—No domesticué a los igranianos, Rictus. Simplemente, me gané su respeto. Su confianza. —Observó la distante pelea con sus curiosos ojos pálidos—. Una vez la consigues, te seguirán a cualquier parte.

Los igranianos abandonaron la batalla, separándose del ejército de la Liga. Habían destrozado varios centones; Rictus había podido distinguir hombres sin escudo regresando a sus líneas a la carrera.

En la retaguardia de la línea enemiga había una nutrida columna que marchaba de norte a sur.

—Va a reforzar su derecha —dijo Corvus—. Bien. —Se volvió hacia uno de sus asistentes, sentado sobre un caballo jadeante—. Marco, ve a decir a Teresian que es el momento.

—Sí, Corvus. —El hombre pateó a su caballo para ponerlo al medio galope y el barro de sus cascos les salpicó a todos al alejarse.

—Se alza el telón —dijo Corvus—. Mirad, hermanos. Al final, les hemos despertado.

El ejército enemigo estaba en movimiento, como una enorme serpiente de hombres ondulando hacia adelante sobre la llanura. Débil al principio y luego más fuerte, les llegó el sonido del Peán.

El avance fue vacilante e irregular. Algunos de los contingentes de la Liga estaban

mejor ordenados que otros y tenían que ganar tiempo mientras sus camaradas llegaban a su altura. En el centro, un gran grupo de lanceros permaneció en buen orden durante todo el proceso, muchos miles de hombres. Eran el núcleo. Los hombres de los flancos no estaban tan bien entrenados, pero ofrecían un aspecto temible a pesar de todo.

—Los del centro son los hombres de Machran —dijo Corvus—. ¿Veis los signos?

—Estaban demasiado lejos para que Rictus los distinguiera, pero asintió de todos modos—. Su polemarca es Kassander, ex mercenario y amigo íntimo del propio Karnos. Ha entrenado bien a los lanceros de Machran, para tratarse de un ejército de ciudadanos. Karnos tiene bastante sentido común para saber que es un orador y no un soldado, pero según dice todo el mundo, sabe juzgar a los hombres, y es capaz de encandilar a los pájaros para que bajen de los árboles si se lo propone. Quiero que muera hoy.

—Estoy seguro de que él siente lo mismo por ti —dijo lentamente Fornyx, y Corvus se echó a reír.

Su propio ejército también había empezado a moverse. A la izquierda, Teresian se estaba adelantando con los lanceros veteranos, cuatro mil hombres en ocho hileras. Su línea abarcaba aproximadamente medio pasang de hombres, que también empezaron a entonar el Peán mientras avanzaban. Rictus les observó con la minuciosa atención de un profesional, y tuvo que admitir que no eran del todo malos.

Los lanceros reclutados al mando de Demetrius permanecieron inmóviles, negándose obstinadamente a avanzar. Alarmado, Fornyx agarró a Corvus del brazo, con la barba negra erizada.

—La mitad de tu línea de lanceros sigue dormida, Corvus.

—No. Todo esto lo he preparado yo, Fornyx. Ten paciencia. Disfruta del espectáculo. ¿Cuándo fue la última vez que presenciaste cómo se hacía la historia?

Era un buen espectáculo, desde luego. Treinta mil hombres en movimiento a través de la llanura en diversas formaciones. Hacia el sur, los igranianos de Druze se retiraban, y el ala derecha reforzada de la Liga avanzaba a buen ritmo, aunque sus hileras no se movían con toda la eficacia posible: el terreno blando les dificultaba el avance. Los veteranos de Teresian marchaban a su encuentro, virando a la izquierda mientras avanzaban. Un ataque oblicuo. Sólo las tropas muy buenas y disciplinadas podían hacer semejante maniobra.

Finalmente, los reclutas de Demetrius empezaron a moverse. Su línea era tan desordenada como la del enemigo, y había una abertura cada vez mayor entre ellos y Teresian. Los dos cuerpos de lanceros avanzaban por separado hacia el enemigo. En el centro no había nada más que un agujero creciente.

—Phobos —susurró Fornyx.

Valerian se unió a ellos, sin aliento. Se quitó el yelmo, y su rostro torcido parecía arder de urgencia.

—¡Rictus... Corvus... por el amor de Dios, mirad la línea! ¡Estamos partidos en dos antes de empezar!

Corvus levantó una mano.

—No te preocupes, centurión. Vuelve con tus hombres, y espera. Os necesitaré dentro de poco.

Toda su atención estaba fija en los grupos de hombres en movimiento sobre la llanura. No había nada frívolo en él en aquel momento; estaba solemne como una estatua.

Pero sus ojos centelleaban, como los de un jugador pendiente de una tirada de dados.

—¡Rictus! —protestó Valerian.

—Haz lo que dice —dijo Rictus en voz baja—. Escudos arriba, Valerian.

El joven se alejó malhumorado, pero pocos momentos después sonó la orden y los Cabezas de Perro se llevaron los escudos a los hombros, se pusieron los yelmos y

movieron las lanzas de lado a lado para aflojar los regatones en el pegajoso suelo. El corazón de Rictus empezó a acelerarse en su pecho, presionando los confines del Don de Antimone. Él y Fornyx permanecieron en silencio, observando, mientras Corvus enviaba mensajeros a derecha e izquierda, jóvenes montados en altos caballos, que al galopar enviaban terrones de barro volando por los aires como pájaros.

—Rictus —dijo Corvus, volviéndose hacia los mercenarios—. ¿Qué es lo que pueden hacer los Cabezas de Perro que no pueden hacer los ciudadanos soldados?

—Podemos morir sin necesidad, eso desde luego —murmuró Fornyx.

—Podemos avanzar a la carrera —dijo Rictus.

Corvus asintió.

—Me gusta leer. ¿Has oído hablar de Mynon?

—Era un general de los Diez Mil. Consiguió volver a casa.

—Lo escribió todo, hace unos quince años, antes de morir en una guerra pequeña y estúpida cerca de Framnos. Leí su historia, Rictus; la tenían en la biblioteca de Sinon, copiada por un buen escribano. Hablaba de Kunaksa, de cómo ganasteis, de lo que hicisteis todos allí.

El Peán creció y creció, decenas de miles de voces entonándolo por toda la llanura. Druze había vuelto a acercarse a sus hombres al combate, hostigando de nuevo el flanco sur enemigo, y los lanceros de Teresian estaban a su lado. La línea enemiga se desvió y tuvo que inclinarse para hacer frente a la amenaza.

Un mensajero jadeante detuvo al caballo ante ellos.

—Ardashir está listo, Corvus.

Corvus inclinó la cabeza a un lado, como un cuervo estudiando un cadáver.

—Dile que adelante.

El mensajero se alejó al galope como un poseso, un joven repleto del entusiasmo de su edad.

—En Kunaksa, los kefren tenían miles de arqueros, que en buena lógica tenían que haber acabado con los Diez Mil antes de que pudieran acercarse, ¿tengo razón?

—¿Qué es esto? ¿Una jodida clase de historia? —preguntó Fornyx.

—Entramos a la carrera. Nos acertaron con la primera andanada de flechas, pero cuando hubieron preparado la segunda, ya estábamos encima de ellos —dijo Rictus. Aquel día no había actuado como lancero, pero recordaba haber observado el ataque de las morai.

—Los soldados ciudadanos no pueden avanzar a la carrera, o pierden la formación

—dijo Corvus, y se encogió de hombros—. Ahora, observad.

Hubo una larga línea de movimiento a su derecha, en las filas de los Compañeros sin montura. Ardashir condujo hacia adelante a una sólida masa de hombres a su mando, en pos del lento avance de los reclutas de Demetrius. Rictus observó que había algo extraño en ellos.

—Kufr —dijo Fornyx—. Va a hacer entrar a todos los kufr. Corvus, esto no...

—Cállate —dijo Corvus.

Unos mil seiscientos kufr, altos kefren de raza asuria que, como todos sus compatriotas, habían sido educados para hacer tres cosas. Habían aprendido a montar a caballo, a decir la verdad... y a disparar un arco.

Se despojaron de sus coloridas capas, las dejaron tiradas sobre el barro, y tomaron los arcos cortos, curvos y compuestos de Asuria que llevaban a las espaldas. Tenían carcajes llenos de flechas en las caderas y, a una orden de Ardashir, las acercaron a las cuerdas.

Ardashir levantó la cimitarra, un destello de acero dolorosamente brillante. La sostuvo en alto un instante, considerando la batalla que se avecinaba, los lanceros de la Liga que avanzaban hacia ellos sobre la llanura. Estaban a unos cuatrocientos pasos de distancia.

Delante de él sonó la ronca voz de Demetrius, y los reclutas se detuvieron.

Un grito en asurio, la lengua del Imperio, y un instante después sonó el silbido de las flechas, un millar y medio de proyectiles elevándose en el aire por encima de las lanzas de Teresian, para caer como un granizo negro sobre el avance enemigo.

«Ése es el sonido», pensó Rictus. «Eso es lo que oí aquel día».

Un martilleo rítmico cuando las cabezas de las flechas golpearon el bronce, y los impactos individuales se mezclaron para formar un estruendo infernal y explosivo de metal sobre metal.

Docenas de hombres cayeron. La línea de escudos que avanzaban flaqueó y vaciló. Las hileras se rompieron y mezclaron, y aparecieron huecos arriba y abajo. Los hombres tropezaban con los cuerpos, chillaban, maldecían o gritaban órdenes.

Y la segunda andanada les golpeó un instante después.

Era como contemplar a un enorme animal azotado por el viento. Algunos hombres seguían avanzando, otros se habían detenido y trataban de levantar los pesados escudos para contrarrestar aquel inesperado diluvio de muerte. Otros permanecían donde estaban con las flechas negras enterradas en las extremidades, tirando de ellas, mirando a derecha e izquierda y gritando de miedo y furia. Los centuriones agarraban a los indecisos, golpeando yelmos con los puños, saliendo de entre la masa de lanceros inmóviles, animándoles a avanzar.

Una tercera andanada.

El suelo estaba cubierto de muertos y moribundos. Aquellos soldados eran pequeños granjeros, mercaderes, hombres de familia. Había padres e hijos en el campo, hermanos, tíos. Algunos de los lanceros ilesos empezaron a soltar las armas para ayudar a parientes y vecinos. Cientos de hombres quedaron atrás, pero un grupo siguió avanzando a pesar de las bajas. Eran macht, después de todo.

Corvus lo observaba todo con una especie de satisfacción amarga, pero al menos no parecía disfrutar con la creciente masacre. Si lo hubiera hecho, si hubiera mostrado algún signo de placer al ver aquello, Rictus le habría matado allí mismo.

—Y ahora Demetrius —dijo en voz baja Corvus.

Rictus había perdido la cuenta de las andanadas, pero los demás no. Los lanceros de leva empezaron a avanzar de nuevo, cinco mil hombres en movimiento para enfrentarse a lo que había sido una línea de seis mil soldados de la Liga. Los números se habían igualado pero, lo que era más importante, las fuerzas de la Liga eran ya poco más que una turba, una confusión de hombres armados tratando de salir de un pantano que sus propios pies empeoraban a cada momento.

—Esto debería solucionar la derecha —dijo Conrus. Se volvió hacia el sur.

Teresian estaba a punto de entrar en contacto con la derecha enemiga, y Druze le apoyaba, hostigando el extremo de la línea, con su grupo de exploradores envolviéndola en parte. Empezaba a rodear el ejército de la Liga mientras éste avanzaba al encuentro de los lanceros de delante.

Mientras observaban, oyeron el rugido y el estrépito del choque de las dos tropas de lanceros pesados, bronce estrellándose contra bronce, puntas de lanza buscando carne desprotegida. Dos toros entrechocando las cabezas. Rictus sintió que el suelo temblaba bajo sus pies ante aquel impacto de armaduras.

En cuanto el enemigo estuvo inmerso en el ataque, Druze condujo a sus hombres tras las líneas. Los igranianos se dividieron en dos. La mitad atacó la retaguardia de la falange enemiga que se encontraba irrevocablemente enredada con los veteranos de Teresian. La otra mitad, casi mil quinientos hombres, siguió avanzando hacia el norte, en paralelo con la línea de batalla de la Liga, hacia la retaguardia del centro enemigo.

Aquel centro estaba ya casi sobre ellos. Eran los mejores hombres de la Liga, los soldados de Machran al mando de Kassander. Siete mil hombres bien ordenados. Se habían detenido cuando Corvus lanzó a su ejército contra los flancos, al parecer sin

poder creer que no hubiera ante ellos nada más que una llanura vacía. Y habían empezado a avanzar de nuevo. Podían sumarse a cualquiera de las dos batallas separadas que se libraban al norte y al sur.

Corvus se volvió hacia Rictus.

—Tengo una misión para ti y tus Cabezas de Perro, hermano. —Señaló a la larga hilera de escudos que llevaban el signo de machios—. Quiero que te lleves a tus Cabezas de Perro y golpees a esos tipos lo más fuerte que puedas.

—No hablarás en serio —jadeó Fornyx.

—Sólo tienes que conseguir que se detengan, contenerlos un rato y hacer que sangren un poco. Tienes que ganarme tiempo. —Hizo un gesto hacia el norte y el sur—. Les derrotaremos en los flancos, y luego vendremos a reunirnos contigo en el centro. Y Druze ya está en la retaguardia de las morai de Machran; en cuanto vea que avanzas, atacará. Y Ardashir también te apoyará.

—Puedo perder a la mitad de mis hombres —dijo Rictus, mirando directamente a Corvus.

—Lucha con astucia, Rictus. No dejes que te rodeen. Sólo tienes que meterles un dedo en el ojo.

El fragor de la batalla crecía y crecía. Se acercaba el punto crítico. Rictus podía sentirlo, como podía sentir el peso del invierno sobre sus ancianos huesos. ¿Acaso Corvus pretendía que le mataran? No lo creía. No; simplemente estaba desplegando sus fichas sobre el tablero, usando lo que tenía. Los sentimientos no tenían nada que ver con aquello.

Rictus se puso el yelmo con el penacho, reduciendo su mundo a una ranura de luz.

—Muy bien —dijo.

—Una cosa más —añadió Corvus, levantando una mano como si se le hubiera ocurrido en aquel momento.

—¿Qué?

—Iré con vosotros.

Para Karnos, el mundo se había convertido en un lugar extraño y temible. Era el quinto hombre en una fila de ocho, un engranaje de la gran maquinaria que era el ejército de Machran, que a su vez no era más que una parte de las fuerzas reunidas allí aquel día. Su humor pasaba de una euforia inexplicable a una aprensión que le paralizaba las tripas.

Aquella iba a ser su primera batalla, el mayor choque de ejércitos en una generación.

En años anteriores, se había entrenado en los campos bajo el río Mithos junto a los demás hombres de su clase, pero desde su elevación a la Kerusia, no había vuelto a empuñar una lanza. Era el portavoz de Machran; había llegado a lo más alto en la jerarquía de su ciudad, pero en el campo de batalla tenía el mismo rango que los demás lanceros sudorosos. Allí, Katullos, el portador de una Maldición, estaba al mando de una mora, y Kassander de todos los reclutas, pero él, Karnos, sólo estaba al mando de sí mismo. Le resultaba increíble haber pasado por alto algo tan básico, y encontrarse incluido en aquella horda anónima como cualquier otro ciudadano.

Gestrakos y Ondimion, que habían iluminado al mundo con su intelecto y su arte, también habían luchado como humildes soldados de a pie, de modo que estaba en buena compañía. Pero aquello no aliviaba el peso de su armadura, la carga del pesado escudo de bronce ni la docena de dolores e irritaciones que su poco desgastada coraza le infligía en el torso.

Estaba gordo, en mala forma física y era desesperadamente consciente de su propia ignorancia marcial. Su único consuelo en todo aquello era ser el quinto hombre desde delante. Nadie le había dicho nunca que los hombres del centro de las filas sufrieran muchas bajas, y por ello los más inexpertos eran colocados allí, entre los veteranos jefes de fila y los cerradores.

Y a su alrededor estaba el ejército, aquellos millares de hombres que con toda seguridad no...

—¡Adelante! Detrás de mí, uno, dos... ¡izquierda!

La voz de Kassander, en algún lugar de delante y a la derecha. Estaba sólo a unos pasos, pero entre las filas de la falange era como si estuviera al otro lado del mundo.

El hombre de detrás de Karnos le maldijo.

—Sigue el paso, maldito gordo. Y vigila con ese regatón; si vuelves a pincharme con él, te juro que lo romperé y te lo meteré por el culo.

Una carcajada recorrió las filas.

—Ostros, ¿es que no sabes con quién estás hablando?

—¡Es el portavoz, maldito estúpido!

—Karnos, dinos una cosa. ¿A cuantas esclavas te tiras cada noche, eh?

—Maldito viejo verde. ¡He oído decir que te pasas el día rodeado de coños desnudos!

Respirando pesadamente, Karnos encontró aire para gritar:

—¡Desde luego, huelen mejor que vosotros, malditos cabrones!

—Tomaré un baño, Karnos, y luego puedes chuparme la polla.

La anonimidad de la multitud, las cabezas sin rostro cubiertas por los yelmos; allí estaba la ciudadanía de Machran, donde todos los hombres eran iguales debajo del bronce. Hizo que Karnos recordara una época en que no era nada más que un astuto traficante de esclavos con la boca muy grande y buena memoria para las caras. Durante unos minutos casi disfrutó intercambiando insultos e improperios.

Un gran clamor se elevó entre las filas delanteras, como un gemido masivo. Los hombres de detrás empezaron a gritar.

—¿Qué coño está pasando? Muchachos, ¿qué es lo que veis?

—Tienen arqueros —gritó alguien en respuesta—. Están despedazando a los athenos y arkadianos.

—¡Phobos! ¡Les están jodiendo de veras! ¿Dónde diablos están los athenos? Esos cabrones deberían estar a nuestra derecha.

Seguían avanzando, pero más lentamente. Detenerse y avanzar. Finalmente, se llamó al alto. Karnos no podía ver nada más que los hombres que tenía delante y a los lados. Ni siquiera podía volver la cabeza, y el yelmo ceñido le llenaba los oídos con un rumor parecido al del mar. Sus pies se removían en el barro, hundiéndose en él. Estaban aturridos por el frío, pero a pesar de ello el quitón que llevaba bajo la coraza estaba empapado de sudor, tenía la garganta reseca... y la batalla aún no había empezado.

Si había empezado. Podía oírla. Una oleada de ruido se elevó a su alrededor. Era casi imposible adivinar de dónde procedía. Pudo oír con claridad gritos de hombres en situación extrema de dolor y miedo por encima del estruendo, y el martilleo del metal.

—¡Primera fila, bajad lanzas! —se oyó la orden. De nuevo Kassander—. Centuriones, todos juntos; preparaos para avanzar... ¡Adelante!

Y estuvieron en marcha de nuevo, pero en aquella ocasión más aprisa. Las filas emprendieron un avance rápido mientras los centuriones marcaban el ritmo:

—Uno, dos, uno, dos... ¡Mantened el paso!

—¡Son capas rojas! ¡Mercenarios! —gritó alguien de delante.

Moviendo la cabeza de lado a lado en el interior del yelmo de bronce, Karnos consiguió captar algunas imágenes del mundo más allá de la falange, y vio que algo venía hacia ellos, algo con dientes resplandecientes y que relucía de bronce y escarlata. Oyó cantar el Peán, pero no eran los de su propio bando. ¿Qué diablos estaba...?

Un tremendo impacto. Tuvo que detenerse en seco, chocando con el hombre de delante. Tras él, el peso de los tres hombres de su fila lo aplastó, aunque su coraza combatió la presión. Creyó que iba a desmayarse. Podía ver rostros: hombres con cascos mirando en la dirección equivocada... ¡Phobos! ¡Le estaban mirando a él! Y luego los ataques viperinos de las puntas de lanza. Vio que un aichme atravesaba las

filas frente a él para enterrarse en la cabeza de un hombre y luego partirse. El hombre se mantuvo erguido durante unos minutos a causa de la presión, luego resbaló y se perdió de vista. La fila cerró las aberturas, y la presión no cesó.

«Es esto», pensó Karnos. «Para esto sirven las historias, de esto habla la poesía. Por fin estoy en el centro de todo ello».

La presión y el miedo le vaciaron la vejiga, y la orina caliente le corrió por las piernas, pero apenas se dio cuenta.

—¡Baja la jodida lanza! —gritó el hombre de detrás, y Karnos puso el arma en posición horizontal sobre su hombro, sintiendo que el regatón desgarraba carne detrás de él al levantarlo. Apoyó la larga arma en la hombrera de la coraza del jefe de filas por un segundo, acostumbrándose a su peso, y luego lanzó una estocada hacia la masa de capas rojas que tenía delante. La punta de su lanza rechinó, y toda el asta le tembló en el puño cuando chocó contra un escudo.

Volvió a intentarlo, apuntando a la ranura de un yelmo, pero golpeó el vacío. Una lanza se acercó en dirección contraria, y las dos astas chocaron al encontrarse. El aichme le golpeó en la frente, le arañó el penacho y le obligó a echar bruscamente la cabeza hacia atrás. Hubiera caído de no haber sido por la presión de los hombres de detrás, apretados contra su espalda. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Había algo húmedo en el interior de su yelmo, y no sabía si era sangre o sudor.

Volvió a lanzar una estocada, furioso, y de su pecho surgió aquel áspero rugido animal que no tenía ninguna idea detrás, sino que era una respuesta instintiva, un grito de rabia desafiante. Miles de hombres lo estaban repitiendo, formaba parte de todos los campos de batalla. El grito se elevó y llenó el aire por encima de ellos, ensordecedor como el estrépito del hierro sobre bronce causado por un herrero. Era el othismos, las entrañas de la misma guerra.

Estaban avanzando, paso a paso, y entre los aullidos sin palabras había gritos de triunfo. Karnos pasó por encima de un cadáver, bajó rápidamente la vista y vio una capa roja en el suelo. Pisó el cuerpo del hombre, que se revolvió bajo sus pies, aún caliente.

Vomitó, sintiendo el calor de la presión y el sonido en su cabeza. El vómito se deslizó sobre su elegante y ornamentada coraza sin que le prestara atención, un hedor más entre muchos. Los fluidos de los interiores de los hombres se unían al barro de sus pies y lo convertían en una ciénaga terrible. Se abrieron paso con obstinación a través de ella, hundidos hasta las rodillas.

La sandalia derecha de Karnos fue absorbida por el barro, pero se la llevó a rastras, con la correa enredada en la greba, hasta que alguien de detrás la pisó y la liberó. Seguían avanzando. Delante, alguien gritó:

—¡Están retrocediendo!

Un gruñido de triunfo recorrió las filas. Pero segundos después, otro hombre gritó:

—¡Flechas! ¡Nos están disparando!

Las largas y negras flechas de los kefren empezaron a lloverles encima. Como en un sueño, Karnos vio que una flecha golpeaba el yelmo del hombre de delante y rebotaba en el aire, sacudiéndole la cabeza hacia un lado. Casi todos los hombres llevaban corazas de lino grueso de varias capas, y Karnos observó con horrorizada fascinación las flechas que caían como serpientes negras y se abrían paso por entre las aberturas de la armadura, enterrándose en los hombros de los soldados o destrozando clavículas.

Un nuevo grito, en aquella ocasión desde detrás. Una jabalina voló por encima de la cabeza de Karnos; vio el frío destello de la punta de hierro a menos de un pie de sus ojos. Los cerradores de filas gritaban:

—¡Media vuelta! ¡Esos cabrones están detrás nuestro, hermanos!

La falange estaba perdiendo cohesión. Los hombres se volvían a uno y otro lado,

desesperados por ver qué estaba ocurriendo. El avance se detuvo y las líneas se entremezclaron. Apelotonados por las amenazas de delante y detrás, los hombres de Machran estaban indecisos, asustados, furiosos. Los centuriones gritaban órdenes como posesos, pero los lanceros de las filas parecían tan incapaces de obedecerlas como un rebaño.

El sudor que corría por la espalda de Karnos se volvió gélido. Aquello no era lo que se suponía que tenía que pasar. No había ningún tipo de orden, e incluso los centuriones empezaban a mirar a su alrededor, presa de un creciente pánico. ¿Cómo había...?

Un estrépito delante. Los temibles mercenarios de las capas rojas habían chocado de nuevo contra ellos, aumentando la presión. El aire desapareció de los pulmones de Karnos cuando la multitud se apretó, plegándose sobre si misma. Algunos hombres tropezaron y cayeron sin ser heridos, y fueron pisoteados hasta morir asfixiados en el barro a sus pies.

Karnos miró al cielo, a las flechas negras dibujadas sobre él. La multitud de hombres se movía de un lado a otro, torturada desde todas las direcciones. Oyó el rugido y el estrépito de un nuevo ataque a su izquierda, y la falange entera se estremeció como si hubiera recibido un golpe. Alguien gritó que el ala izquierda se había desintegrado, y pocos momentos después algún otro idiota insistió en que había sido el ala derecha.

No importaba; estaban inmovilizados como una tortuga tumbada sobre su caparazón. La cohesión de la falange podía haberse perdido, pero el peso terrible de la carne y el metal continuaba allí. La multitud se replegaba cada vez más.

Los pies de Karnos fueron arrastrados del barro, mientras la multitud se movía y se lo llevaba consigo. Jadeó para respirar y luchó contra el impulso de gritar pidiendo aire, espacio para moverse y respirar. Por primera vez, la realidad de su propia muerte empezó a invadirle la mente.

Y la presión empezó a aflojar. El rugido del mar en el interior de su yelmo cambió, y aumentó una nota. Oh, gracias a Antimone, los soldados se estaban separando. Las cosas habían cambiado, al parecer; después de todo, aquello era lo que se suponía que tenía que pasar. La victoria seguía allí, en el aire. En su alivio, sintió que casi podía saborearla.

Los hombres empezaron a arrojar los escudos y arrancarse los yelmos, gritando algo sobre traición y derrota. La falange, que pocos momentos antes había parecido un ser vivo, sólido e inamovible, empezó a descomponerse. A medida que los hombres abandonaban sus cargas de bronce, adquirían más movilidad y, en algún lugar de los extremos de la formación, o lo que quedaba de ella, habían echado a correr.

Estaban huyendo. Karnos lo observó con una incredulidad tan total que anuló su miedo cervical.

—¡No! ¡No! —gritó. Toda Machran estaba allí, delante de él, siete mil hombres, el corazón de la mayor ciudad del mundo macht... y se estaban desangrando en el barro pisoteado, o huyendo ante sus horrorizados ojos.

Se encogió cuando los hombres de su alrededor se alejaron. Un escudo, soltado por su vecino, le golpeó el tobillo con un dolor terrible. Levantó la cabeza para gritar su dolor y su rabia al frío cielo, y la flecha que descendía le atravesó limpiamente la hombrera derecha de la coraza, hundiéndose en su hombro con un impacto que lo arrojó de espaldas sobre la ciénaga ensangrentada del suelo.

## *El largo viaje de una noche*

Rictus observaba la sangre que le goteaba de los dedos con una especie de fascinación morbosa. Apretaba un sucio trozo de tela en torno a su brazo por encima del codo, con toda la fuerza que podía, y la hemorragia había disminuido al fin. Así y todo, la luz de las antorchas en la tienda le parecía increíblemente brillante, astillándose en fragmentos y cuchillos, como cristal molido en sus ojos. Supuso que se debería al golpe que había recibido en la cabeza. Ya había vomitado una vez y, si le quedaba algo en el estómago, no dudaba de que volvería a hacerlo.

El rostro de Fornyx apareció ante su vista, como una sombra rodeada de luz. Sintió el peso de la mano de su amigo sobre la carne entumecida que era su antebrazo.

—He llamado al carnifex.

—Hay hombres con heridas más graves —dijo Rictus, con voz pastosa.

—Hay que coser esa arteria, o te desangrarás. Ahora cierra la boca antes de que te abofetee.

Rictus sonrió. Se echó hacia atrás, fue sostenido por Fornyx antes de poder resbalar de la mesa manchada de sangre, y se trasladó a un lugar más neblinoso de su mente. Aise estaba allí, de nuevo joven y sonriente, y Rian llevaba flores en el pelo, una corona matrimonial de prímulas y nomeolvides. Pero ¿quién era el hombre que permanecía junto a ella entre las sombras?

Sintió una oleada de fuerte dolor que le despertó de nuevo. Le estaban agarrando el brazo, y el viejo Severan, uno de los dos carnifex de los Cabezas de Perro, estaba manejando una aguja manchada de sangre a través de su carne. Otra cicatriz para que Aise la descubriera, pensó Rictus.

Su mirada viajaba sin rumbo fijo. La gran tienda estaba llena del hedor a muerte, el olor a matadero. Había hombres tumbados sobre paja empapada, o inmovilizados sobre resistentes mesas de madera mientras los médicos del ejército trabajaban sobre ellos. Una vocación extraña y horrible, pasarse los días hurgando en la carne viva de otros hombres.

Rictus se esforzó por volver al presente, tratando de ignorar los chasquidos de la aguja cuando le atravesaba piel y músculo para unir las dos partes de su brazo.

—¿Cuál es el recuento de bajas? —preguntó a Fornyx.

El moreno hombrecillo se inclinó hacia él y le miró a los ojos.

—Suerte que llevabas un buen yelmo, o esa lanza te hubiera perforado hasta el hueso.

—Fornyx...

—Cuarenta y seis muertos en el campo, nueve por nuestras propias jodidas flechas. Noventa y seis heridos, de los cuales... ¿Severan?

El hombre canoso que trabajaba en el brazo de Rictus emitió un gruñido.

—Unos treinta volverán a vestir la capa escarlata dentro de una o dos semanas, igual que el jefe, aquí presente. Pero el resto... Hay una docena que tardarán un poco más; huesos rotos y similares. Para los demás, la vida de soldado ha terminado del todo.

—Un día duro —dijo Fornyx—. Nos ha dado la peor misión del campo.

—Nos la ha dado porque sabía que podíamos llevarla a cabo —dijo Rictus.

—Eso es muy generoso por tu parte.

—Es la verdad, Fornyx. Tú también lo sabes. Nos ha dado el trabajo más difícil porque somos los mejores hombres que tiene.

Una sonrisa amarga cruzó el rostro de Fornyx.

—Un honor que podría costarnos la muerte a todos.

—Pero no hoy —repuso Rictus. Cerró los ojos. Las náuseas crecían como un calor en su garganta. Apretó los dientes hasta que le crujieron las mandíbulas y dejó que pasaran.

—He terminado —dijo Severan, incorporándose con un gemido y apretándose la parte inferior de la espalda con los puños igual que Rictus hacia a menudo al levantarse por las mañanas—. Mantén el brazo en cabestrillo durante una semana, y quédate despierto el resto de la noche. Fornyx, no le dejes dormir. He visto demasiados hombres con un golpe en la cabeza dormirse y despertar al otro lado del velo de Antimone. ¿Me has oído?

—Te he oído, viejo cabrón.

Severan le palmeó el hombro y regresó sin más palabras a la carnicería de la tienda.

—Sin dormir. Ah, que Phobos me lleve —gimió Rictus.

—Ya lo has oído. Deja que te acompañe a la tienda de Corvus. Quiere ver a todos sus oficiales esta noche, y es un modo tan bueno como cualquier otro de mantenerte despierto.

—Que te jodan, maldito cabrón flacucho y enano.

—Ten cuidado, Rictus; ya sabes que me encanta cuando una chica usa palabras sucias.

Antimone lloraba. Sucedió a menudo después de una batalla, especialmente una batalla grande. Se decía que, cuanto más sangre había en el suelo, más lágrimas derramaba la diosa. La lluvia caía como una suave mortaja fría para cubrir las huellas de vivos y muertos, para salpicar los ojos de los cadáveres que yacían en el campo. Por lo menos, en aquella época del año el proceso de putrefacción no empezaría tan pronto como durante las habituales campañas de verano.

Rictus se apoyó en el huesudo hombro de Fornyx mientras se tambaleaban a través del campamento. Podía recordar muy poco del final de la batalla. Los Cabezas de Perro habían cargado contra la masa de guerreros de Machran una vez, luego se habían retirado y vuelto a cargar. Lo siguiente que recordaba era tratar de mantener la cabeza fuera del barro mientras otros hombres le pisaban.

Bueno, al menos la cosa había terminado. El campamento estaba lleno de hombres ebrios reviviendo sus propias versiones de los acontecimientos de día, vertiendo libaciones de vino en el suelo para Phobos o Antimone, en agradecimiento por haber sobrevivido con los ojos, brazos y pelotas intactos.

Los Cabezas de Perro estaban más silenciosos. Habían encendido dos grandes hogueras con lanzas enemigas rotas, y estaban a su alrededor envueltos en sus capas rojas, pasándose odres de vino con el aire resuelto de los hombres decididos a beber mucho. Vitorearon al ver a Rictus, sin embargo, y el ánimo en torno a las hogueras mejoró.

Valerian y Kesiro estaban allí. Kesiro cojeaba, con un trapo de lino atado en torno a los grandes músculos de su muslo derecho. Valerian estaba ileso, y serio como siempre.

—Nos hemos preocupado cuando hemos visto que te llevaban a la tienda del carnicero —dijo a Rictus—. Durante un segundo, hemos pensado que podía ser grave.

—Nada grave —les tranquilizó Rictus—. El mordisco de amor de un aichme, eso es todo.

—Nuestro patrón tiene su victoria —dijo el calvo Kesiro—. Espero que eso le haga feliz.

—Machran está acabada —añadió uno de los otros hombres. Era Ramis de Karinth, el segundo de Kesiro, un cabeza de paja sofocado que ya estaba borracho—. Debemos haber matado o herido a la mitad de los hombres que tenían en el campo.

—Creo que sí —dijo Valerian con media sonrisa—. Ahora sé cómo es una gran batalla. Y sé por qué las historias las convierten en algo tan glorioso y terrible.

Su rostro mutilado dio a su sonrisa un toque agrídulce. Rictus le apoyó una mano en el hombro. «Si», pensó, «creo que Rian podría hacer elecciones peores».

—¿Qué vamos a hacer ahora, jefe? —intervino otra voz. Era Praesos de Pelion, un tipo digno de confianza con posibilidades de llegar a centurión en uno o dos años, si sobrevivía.

Rictus trató de poner orden en sus pensamientos.

—Ahora voy a ver a Corvus. Nos dirá lo que hay. Habrá mucha limpieza que hacer mañana, para empezar. Tendremos que recorrer el campo de batalla, quemar a los muertos, recoger las armas que todavía lleven y reorganizarnos.

—Muchos de nosotros apenas hemos podido llegar al campamento enemigo —dijo Praesos—. Todos los demás cabrones del ejército estaban allí antes que nosotros, dejando a sus heridos en el campo. Cuando hemos llegado, todo estaba limpio o bajo custodia.

—No luchamos por botín —espetó Valerian—. Nos ocupamos de nuestros heridos y muertos antes que nada. Así se hacen las cosas.

—Bien dicho, hermano —sonrió Kesiro—, pero no puedes culpar a los muchachos por sentirse algo fastidiados. Hemos hecho bien las cosas, y hemos terminado con los bolsillos vacíos, mientras los malditos reclutas de Demetrius saqueaban el lugar.

—Sí. ¿Y qué hay de nuestra paga? —gritó alguien, más allá de la luz de la hoguera y del resplandor dorado de las llamas reflejadas en la lluvia.

—Veré lo que puedo hacer —dijo Rictus.

—Nos ha metido en el montón de mierda más grande de la batalla —dijo Kesiro—, y hemos salido de allí sonriendo. Creo que nos debe algo extra.

Hubo un gruñido de asentimiento en torno a las hogueras.

—Ha venido con nosotros —dijo Valerian—. Recordadlo. Estaba en la primera línea, justo a mi lado. No lo ha hecho para fastidiarnos; por eso estaba allí.

—Somos mercenarios —dijo Rictus en voz baja—. Votamos este contrato. Nuestro trabajo es matar y que nos maten, y cuidar unos de otros cuando estamos vivos, heridos o muertos. Eso es lo primero de todo. Cualquier hombre que tenga problemas con eso puede quitarse la capa roja y marcharse cuando termine este contrato... pero no antes.

—¿Y cuándo habrá terminado este contrato, Rictus? ¿A la caída de Machran? —preguntó Kesiro.

—Eso es lo que acordé con él. —En aquel momento, Rictus no podía recordar exactamente los términos del acuerdo, pero su mente aturdida creyó que aquello era correcto.

Kesiro guiñó un ojo.

—Entonces seremos ricos muy pronto. —Y sonrió de tal modo que el hilo de plata de sus dientes resplandeció en su rostro.

La tensión en torno a las hogueras se convirtió en bromas y risas. Después de todo, estaban vivos e ilesos, y eran los vencedores de la mayor batalla jamás librada en las Harukush. En sus mentes, ya habían empezado a enterrar los peores recuerdos del día, dejando lo que más tarde podría pulirse y convertirse en una historia mejor.

Rictus lo sabía; él también lo había hecho. Pero también sabía que los malos recuerdos eran conservados por Phobos para que se pudrieran en las profundidades del corazón de un hombre, y que éste nunca podría librarse de ellos; se convertirían en parte de él.

—Vaciaremos las carretas de provisiones para trasladar a los heridos más graves a Hal Goshen —dijo Corvus, paseando arriba y abajo como era su costumbre—. El saqueo del campamento enemigo debe cesar.

Teresian, encárgate de ello. Asigna a más hombres, los más veteranos y dignos de confianza. Karnos ha acumulado raciones para varios días, y las usaremos nosotros mientras nuestro tren de aprovisionamiento esta fuera.

Hizo una pausa cuando Rictus y Fornyx surgieron de la oscuridad del otro lado de la tienda, y su rostro se abrió en una sonrisa de alegría.

—Sabía que una pequeñez como una herida en el brazo no detendría a mi viejo guerrero. Rictus, estás pálido como el rostro de Phobos. Teresian, déjale tu asiento. Hermanos, tenéis las copas demasiado llenas de vino; eso no puede ser.

Rictus se sentó pesadamente en la silla de campaña de cuero. El escriba de Corvus, un hombrecillo rechoncho llamado Parmenios, se adelantó con una pizarra encerada y el estilo preparado.

—Mariscal, ¿cuántos de tus hombres están aún en condiciones de luchar?

—Trescientos, más o menos.

Parmenios rascó la pizarra. Sus negras cejas se alzaron un poco sobre su frente.

—Un mal recuento —dijo.

—Los he tenido peores —espetó Rictus. Su mente era un dolor latiente. Más que ninguna otra cosa, deseaba apoyar la cabeza sobre los brazos encima de la mesa cubierta de mapas que tenía delante.

Teresian le ofreció una copa de vino.

—Bebe con nosotros, Rictus.

Todos sostenían sus copas en torno a la mesa, mirándole. Se dio cuenta de que esperaban un brindis. El tuerto Demetrius, el severo ex mercenario, habló en nombre de todos.

—Hoy hemos visto cómo luchan y mueren los hombres. —Levantó más la copa—. Por los Cabezas de Perro.

—Por los Cabezas de Perro —repitieron los demás. El inexpresivo Teresian, de cuyos ojos había desaparecido la desconfianza. El moreno y sonriente Druze, con el brazo en cabestrillo al igual que Rictus. Y Ardashir, con una expresión solemne en su extraño rostro alargado. Todos vaciaron sus copas y arrojaron las heces para Phobos, burlándose del mismo miedo.

Rictus captó la mirada de Corvus, y el extraño joven le sonrió.

Los Cabezas de Perro habían sido enviados a un ataque suicida por sólidos motivos militares; era algo duro, pero racional. Pero Corvus también había tenido en cuenta otras cosas. Su obediencia, su capacidad de sacrificio, habían convencido al fin a los escépticos entre sus oficiales. Rictus se había ganado al fin un lugar como uno de los mariscales de Corvus.

«Pequeño cabrón astuto», pensó Rictus, y levantó su copa vacía en dirección a Corvus en un breve saludo.

—Volvamos a los negocios —dijo bruscamente Corvus—. Las carreteras están convertidas en sopa por esta maldita lluvia, y los hombres que han abandonado su armadura pueden correr más que los que la han conservado. Los igranianos han hecho lo posible, pero no quiero desperdigar al ejército en una cacería salvaje por toda la carretera imperial. Estamos bastante seguros de que Karnos esperaba refuerzos antes de que comenzara la batalla. Queda por ver si se quedarán en el campo o regresarán a sus ciudades.

—¿Qué hay de Karnos? ¿Alguna noticia? —preguntó Rictus.

—Sus muertos están ahí amontonados —dijo Ardashir—. Si es uno de ellos, tardaremos en encontrarle.

Corvus agitó una mano.

—Vivo o muerto, ha llevado a la Liga a su destrucción. Al menos una tercera parte del ejército enemigo ha quedado en el campo, y Machran ha sufrido más bajas que ninguna otra ciudad de la Liga, como era mi intención. Si nos presentamos ante las murallas de la ciudad durante el próximo mes, me sorprenderá que no acepten nuestros términos.

—La propia Machran —dijo Demetrius, con una extraña expresión de admiración.

—Si Machran cae, las demás caerán con ella; no seguirán luchando cuando tengamos los pies plantados en el suelo del Empirion —dijo Corvus—. Estamos muy cerca, hermanos.

Incluso en la neblina de su agotamiento, Rictus se preguntó: «Muy cerca... ¿de qué?». *Karnos de Machran ha muerto.*

*Karnos ha caído en el campo de batalla.*

*Karnos murió heroicamente... No, no, maldita sea, no es eso.*

Yacía en la oscuridad húmeda y aplastante, escuchando el golpeteo de la lluvia sobre los cuerpos rígidos amontonados encima de él. Estaba más sediento de lo que había estado en toda su vida. De hecho, le parecía que hasta entonces no había entendido la verdadera naturaleza de la sed. Cuando llegó la lluvia, abrió la boca y dejó que goteara en su interior, con el sabor repugnante de los cadáveres de encima, pero húmeda.

Vida.

Karnos estaba vivo, rodeado de muertos.

Muchos hombres habían recorrido el campo después de la batalla, en busca de sus propios heridos, de heridos enemigos a los que matar, algún objeto de valor que diera sentido a sus esfuerzos, o tal vez un arma mejor... o, si los dioses les sonreían, uno de esos hallazgos milagrosos, una armadura negra.

Karnos sabía que la carísima armadura que tanto le había impresionado en el interior de su villa era chatarra sin valor, y aquellos hombres también lo habían visto. Aquello le había salvado la vida, pues no habían tratado de arrancársela de su cuerpo, todavía vivo y aterrorizado. De modo que seguía allí, protegido de la lluvia por sus conciudadanos.

Que también lo tenían inmovilizado contra el suelo.

Tenía un brazo insensible a partir del hombro, y no podía reunir el valor suficiente para mirar el asta de flecha negra que asomaba de su carne de un modo grotesco. Era una flecha kufr, lanzada desde un arco kufr, fabricada por algún flechero kufr en algún lugar alejado del mundo donde no sabían nada de él. Y, sin embargo, estaba en el interior de su carne, en una relación de profunda intimidad con su cuerpo. Creada en un lugar tan lejano, al otro lado del mar, transportada en el carcaj de una criatura extraña y aplicada a aquel arco, para atravesar el frío aire de las Harukush y acabar en su interior, en el interior de Karnos de Machran.

Volvió a dedicarse a su tarea, la que le había ocupado desde la caída de la oscuridad y la retirada de los saqueadores del campo de batalla. Trataba de apartar los cuerpos de los muertos de encima del suyo, en incrementos que un niño hubiera podido medir con sus dedos. Demostraba una paciencia que hasta aquel momento había ignorado que poseyera.

Mientras lo hacía, su mente vagaba. Recordó estar agachado entre el calor y el polvo del callejón de la Hojalata en el Mithannon, rascándose las quemaduras cicatrizadas de los pies desnudos, donde le habían salpicado las chispas de la forja portátil de su padre.

Tenía siete años, y un aristócrata que pasaba, vestido con un himatión blanco como la nieve, le había arrojado un óbolo de cobre. Contemplaba la pequeña moneda verde, que le permitiría comprar un trozo de carne asada en uno de los puestos, o una copa de vino del tamaño de una pera en una de las tiendas del fondo del callejón. Era la primera vez en su vida que recibía algo a cambio de nada, y le gustó la sensación.

Uno de los cadáveres cayó hacia un lado, rígido y tan distinto a un hombre vivo como un saco de harina demasiado lleno. Karnos sonrió, gruñendo de dolor pero tragándose, como se había tragado las palizas que había recibido de niño. Incluso entonces, había sabido que su padre le quería, pero también sabía que tenía que desahogarse de vez en cuando con quien tuviera más cerca.

Si no era Karnos, sería uno de los chiquillos hambrientos que llenaban los callejones de la ciudad, y Karnos los compadecía, incluso más que a sí mismo. Eran usados y desechados por los habitantes del barrio que los había engendrado, pequeñas bestias salvajes que apenas podían hablar, de sexo indeterminado y cuyos ojos no contenían nada más que miedo y avaricia. Si sobrevivían, se convertirían en prostitutas, ladrones y mendigos, y transmitirían la maldición de su existencia a otra generación. Así se

renovaban los barrios bajos de Machran.

Karnos empezó a respirar con más facilidad. Sentía frío, y una cálida lasitud empezó a trepar por su cuerpo.

«Creen que tengo tantos esclavos porque me gusta darles órdenes; yo, el niño del Mithannon, construyendo su pequeño reino. Kassander sabe la verdad. Tengo esclavos para protegerlos. Ningún hombre o mujer que lleve mi collar será maltratado en Machran. Polio lo sabe. Me conoce mejor que nadie».

Quiso gritar llamando a Polio, decirle que su cama estaba mojada, que necesitaba una manta extra. Levantó la mano para retirar el edredón húmedo que le impedía pensar, y su mano tropezó con el rostro frío y céreo del cadáver que yacía sobre su cuerpo. El sobresalto lo sacó de su ensoñación, y el dolor regresó, aclarándole la cabeza. Apretó las mandíbulas y empujó aquella carne helada para apartarla de su rostro. Descubrió que tenía una pierna libre, y se arrastró por el barro sobre la espalda.

Estaba helado de frío, pero libre, mirando hacia la lluvia invisible, la intensa oscuridad. ¿A qué distancia estaba Machran? Debían ser más de cien pasangs.

Machran, el sol de su vida. Amaba aquella ciudad más de lo que nunca amaría a ninguna esposa. Uno podía recorrerla y andar sobre piedras formadas en el amanecer de la existencia de su raza. Se rumoreaba que, bajo el círculo del Empirion, había cavernas donde habían vivido los primeros macht, cámaras selladas que albergaban el polvo y los sueños de milenios.

«Mi Ciudad».

La lluvia amainaba, y en la rasgada oscuridad del cielo pudo ver destellos de estrellas asomando por entre las nubes cuando el viento empezó a soplar y a desperdigarlas. Phobos se había puesto largo tiempo atrás, pero el resplandor rosado de Haukos podía distinguirse a duras penas y, a un lado, estaba el Puntero de Gaenion, mostrando el camino al norte. Lo fijó en su mente, y una parte de él casi inconsciente hizo que su puño cavara un agujero en el suelo señalando al norte.

«Creo que esto me lo enseñó mi padre. Pasó toda su vida en media docena de calles estrechas, y sin embargo sabía cosas sobre las estrellas. ¿Cómo es posible?»

Porque incluso los pobres podían mirar más allá de la siguiente comida. Incluso los borrachos se detenían de vez en cuando para levantar los ojos al cielo, con la mente llena de esperanzas y preguntas.

«Nos ha derrotado», pensó Karnos. «Nos ha derrotado del todo, en buena lid, en inferioridad numérica y entre el barro del invierno, donde sus caballos no podían correr».

«Debí ofrecer más dinero a Rictus. Sus hombres estaban ante mi hoy... o ayer. Sus Cabezas de Perro. Corvus lo hizo a propósito. Qué cabrón tan increíble tiene que ser. Me gustaría conocerle».

«Espero que Kassander haya escapado».

Y con aquella idea, los restos del presente regresaron a su mente. La Liga que había dedicado años a construir estaba hecha pedazos, y la flor de Machran había muerto allí, a su alrededor.

¿Cuántos hombres habían muerto aquel día?

Se incorporó, y el dolor se convirtió en algo novedoso en su intensidad. Había oído decir a algunos veteranos que, cuanto peor era la herida, menor era el dolor. Esperaba que fuera cierto.

«Polio, necesito un baño». ¿Quién hubiera dicho que la guerra olería tan mal?

Karnos de Machran se levantó, un hombre grueso cubierto con una coraza ostentosa, descalzo y empapado de barro y sangre, con una flecha negra clavada en el hombro derecho. Era lo único que se movía sobre la llanura inundada que había sido un campo de batalla.

«La llamarán la Llanura de Afteni», pensó, «porque Afteni está sólo a veinte pasangs

por la carretera. Allí es donde estarán los que sigan con vida. Allí es donde debo ir, si quiero vivir».

Echó a andar hacia el oeste.

## *Las nieves de las tierras altas*

Phaestus, antiguo portavoz de Hal Goshen hasta que Rictus apareció en sus puertas, siempre había sido un hombre orgulloso de su apariencia. Le gustaba la atención de las mujeres; su esposa, Thandea, había sido una celebrada belleza en su juventud, y aún era una atractiva matrona. Lo que era más importante, era un agradable adorno en su vida, capaz de manejar su hogar sin problemas con la ayuda de su mayordomo, dejando a Phaestus libre para dedicarse a las cosas más importantes de la vida, ya fueran el gobierno de una gran ciudad o la persecución de las esposas de otros hombres.

Todo aquello pertenecía al pasado.

Convertirse en ostrakr era una terrible distinción en el mundo macht. Significaba que un hombre no tenía ciudad, no era ciudadano de ninguna parte, y por lo tanto no podía buscar ayuda cuando se cometía alguna injusticia contra él.

Podía poseer varios taenones de buenas tierras, pero en el momento en que se convertía en ostrakr, su tierra podía pasar a ser de cualquier otro. Podía tratar de defenderla con la fuerza de su propio brazo, pero ¿qué iba a hacer un hombre cuando tres, cuatro o cincuenta personas se presentaban en su granja y declaraban su intención de apoderarse de ella? Tenía que morir luchando, o dejarlo todo atrás.

Lo mismo se aplicaba a su casa, a sus esclavos, a todas sus posesiones. Y si algún extraño se encaprichaba de su esposa o de su hija, sólo podía preservar su honor con la ayuda de su propia lanza. No había recurso a los tribunales, a la asamblea, ni siquiera a la ayuda de amigos o vecinos. Era un ostrakr. Había dejado de existir.

Los mercenarios también abandonaban sus ciudades al tomar la capa roja, aunque había muchos menos que antes; habían muerto tantos con los Diez Mil que se había perdido una especie de tradición y, en aquellos días, el verdadero combatiente a sueldo que luchaba según el código de su centón se había convertido en una rareza. Tales hombres también eran ostrakr, pero al menos podían recurrir a la solidaridad de sus compañeros. Cambiaban una institución por otra.

Un hombre que no tenía nada que sustentara la estructura de su mundo estaba desnudo en la oscuridad, y debía subsistir con la infatigable cautela del zorro hasta encontrar la forma de convertirse de nuevo en ciudadano y salir de la oscuridad.

Aquello era lo que Phaestus tenía intención de hacer.

Estaba envuelto en las pieles de oso que había comprado a un grupo de pastores de cabras ebrios en su campamento la noche anterior. Habían sido hombres buenos, toscos como todos los habitantes de las tierras altas, sin ninguna ciudad propia. Allí arriba imperaba aún el mundo del clan y la tribu; era un lugar más antiguo. Pero así y todo, aquellos hombres pertenecían a algún lugar. Cuidaban de los de su propia sangre.

El de las colinas era un mundo blanco y helado, y las montañas de Gosthere formaban una fila de gigantes de blancura cegadora marchando por el horizonte, con un cielo tan azul y claro como un huevo de petirrojo. Allí el invierno ya había llegado del todo, y los montones de nieve eran altos. Los oscuros bosques de pinos parecían en estado de suspensión helada, y los ríos se habían convertido en corrientes rápidas y negras entre bancos de hielo sólido cada vez más amplios. Las mismas rocas estaban adornadas de estalactitas de hielo de un pie de longitud.

Los pastores de cabras llevaban a sus rebaños y familias al valle para pasar el invierno, y se alegraron de poder comerciar: pieles y carne seca a cambio de vino y lingotes de hierro. Habían regateado mucho por el vino, que luego compartieron generosamente, pues tal era su naturaleza.

Aquéllos eran los cabezas de paja originales de las tierras altas, de donde descendían

los ancestros del propio Phaestus. Los morenos habitantes de las tierras bajas podían burlarse de ellos, pero al menos no quemaban ciudades ni esclavizaban a sus poblaciones. Sólo querían pasto para sus animales, un lugar donde plantar sus tiendas redondeadas de cuero curtido, y espacio para moverse. Tal vez eran la imagen de cómo habían vivido los macht en un pasado lejano y borroso. Tal vez.

Phaestus les observó alejarse, y levantó la lanza para responder al gesto de despedida del líder. Diez familias, tal vez treinta guerreros y un centenar de mujeres, niños y ancianos. Una unidad más cohesionada que ninguna ciudad.

«Si la vida fuera así de simple», pensó Phaestus.

Se había dejado crecer la barba para proteger su rostro del viento, y le había brotado gris como la escarcha. Su rechoncha esposa había perdido algo de su volumen, y había dejado de quejarse por tener que dormir en el suelo. Y su hijo se había convertido en hombre frente a sus ojos, abandonando las pataletas de adolescente en cuestión de pocas semanas.

El exilio había sido bueno para el joven Philemos. De cabello oscuro como su madre, y con su misma tendencia a la corpulencia, se había convertido en un joven musculoso que se adaptó a la vida en el exilio como si hubiera estado esperando que llegara el momento. Por lo menos, podía estar agradecido por ello. Las dos chicas eran otra historia.

Phaestus se volvió para contemplar la vacilante columna en la pendiente por debajo de él. Una mula había muerto ya, y las demás iban demasiado cargadas. Tendrían que deshacerse de más de sus pertenencias, pese a lo lastimosamente escasas que ya eran. Su colección completa de Ondimion estaba perdida entre la nieve desde hacía dos días, un sacrificio que le había roto el corazón. Pero los dramas en un pergamino no eran necesarios cuando el drama formaba parte de sus vidas cotidianas.

La tragedia, la venganza; la vida giraba en torno a ellas. Los poetas tenían razón después de todo.

Miró hacia el norte, en dirección a los valles enterrados en las Gosthere, blancos en su mundo nevado y durmiente.

Aquella vieja palabra que solía emplearse, procedente del macht antiguo: némesis. «Eso es lo que soy», pensó Phaestus.

Su hijo se reunió con él, rascándose y sonriendo.

—Estas pieles de oso tienen piojos, padre. ¿Hemos de convertirnos en bárbaros para sobrevivir?

—Si —dijo Phaestus—. Eso es exactamente lo que hemos de hacer. Pero no para siempre, Philemos.

—Espero que no. No podré aguantar los lamentos de mis hermanas mucho tiempo más. Las quiero mucho, pero también me encantaría hacer chocar sus cabezas.

Phaestus se echó a reír, con sus dientes blancos reluciendo bajo su barba.

—Ahora sabes cómo me he sentido yo estos últimos años. Las mujeres se quejan, y con razón. Éste de aquí arriba no es su mundo. Todo lo que conocen les ha sido arrebatado; lo menos que podemos hacer es soportar sus lamentos sin decir nada. Eso es lo que hacen los hombres.

—Somos blandos. No lo había pensado hasta que estuvimos anoche con los pastores. Creo que sus mujeres son más duras que nosotros.

—Crecer aquí arriba obliga a ser duro —dijo Phaestus, y su sonrisa se desvaneció—. Tu madre y hermanas son de la ciudad, de las tierras bajas, pero mi gente procede de las tierras altas, y también están en tu sangre. Es bueno que lo recuerdes. Los clanes de las montañas no son salvajes, al contrario que los hombres cabra, que son peores que animales. Son como nosotros, en un estado más puro. Lo que nosotros escribimos, ellos lo conservan en su cabeza, y su sentido del honor es tan refinado como el nuestro. En cuanto se sentaron en torno al fuego con nosotros anoche, pasamos a

formar parte de su campamento y, si algo nos hubiera amenazado, lo habríamos combatido todos juntos.

—¿Y si les hubiéramos engañado en el trato?

—Se hubieran considerado a si mismos estúpidos por dejarse engañar; así son estos trueques. Pero si te enfrentas a ellos en un asunto de honor, Philemos, te matarán sin piedad, a ti y a tu familia. Debes recordarlo.

—Lo haré. —El muchacho se puso serio.

—Buen chico. Ahora vuelve abajo y ayuda a empaquetar y, en nombre de Phobos, no carguéis demasiado a las mulas. Todavía tienen que hacer un viaje muy largo. Envíame a Berimus.

—Sí, padre.

Phaestus le observó alejarse.

«Diecisiete años, y ostrakr. Todavía es una aventura para él; no se ha hecho a la idea de lo que esto significa».

Berimus permaneció en silencio durante un rato antes de que Phaestus le hablara, y cuando lo hizo su tono era enteramente distinto, áspero y frío como las piedras de la montaña bajo el hielo.

—¿Has hecho los preparativos?

—Sí, amo.

—Ya no soy tu amo, Berimus. Ya no eres un esclavo.

Se volvió. Berimus era un hombre menudo, de hombros anchos como una puerta de roble, con la cabeza morena en forma de nuez y brillantes ojos verdes. De la misma edad que Phaestus, aparentaba diez años menos, una versión más compacta y musculosa del alto patricio de barba gris que le miraba a los ojos.

Phaestus le entregó una bolsa tintineante de cuero suave.

—Esto es todo lo que nos queda, pero debería bastar. No lo necesitarás aquí en las colinas, y no lo enseñes. Sólo te crearía problemas.

—Lo sé.

—Cuando llegues a las tierras bajas, muestra esto a alguien con autoridad. —Phaestus extrajo un rollo de pergamino sellado. Frotó la cera roja con un dedo—. Es el sello del mismo Karnos. Cualquier funcionario de las ciudades del interior lo reconocerá y te ayudará.

Dirígete al oeste; hay cuatrocientos pasangs hasta Machran. No dejes que las señoras te convenzan de lo contrario. Mi esposa querrá darte órdenes; no se lo permitas. Ahora eres un hombre libre, pero sigues siendo mi mayordomo, y el hombre en quien más confío en el mundo.

—Amo, tu familia es la mía. Ya lo sabes.

—Lo sé. Berimus, saldremos de ésta. Cuando lleve a Karnos lo que busco, volveremos a ser ciudadanos, de la mayor ciudad de nuestro mundo. Te compensaré, lo juro.

Berimus inclinó la cabeza.

—¿Recuerdas cuando éramos niños y vinimos a cazar aquí con mi padre?

—El día que el jabalí lo derribó. Me acuerdo.

—Nos quedamos con él aquel día, hombro a hombro, como hermanos. Eso es lo que siempre has sido para mí. Ahora te confío a mi familia; protégela como protegiste a mi padre.

—Lo haré, amo.

—Mi nombre es Phaestus, amigo mío.

Berimus parecía solemne como un búho.

—Phaestus. Llevaré a tu familia a Machran, o moriré en el intento. Tienes mi palabra. Se estrecharon los antebrazos en el saludo de los hombres libres.

—Philemos y yo nos reuniremos contigo antes de que acabe el invierno. Karnos cuidará de vosotros hasta entonces. Dale esto. —Otro pergamino, otro sello de cera.

—Ten cuidado, Phaestus —dijo Berimus—. Estas colinas son un lugar extraño y peligroso.

—¿Peligroso? —Phaestus sonrió—. No te preocupes, Berimus. Sólo voy a visitar el hogar de un amigo.

Dos filas distintas de gente, una sola familia. Se separaron unos de otros, simples puntos sobre la blanca espina dorsal del mundo. Phaestus estaba apostando su vida a una tirada de tabas y, con ella, la de todos sus seres queridos.

«Deja que te enseñe qué se siente, Rictus», pensó.

Había cazado en aquellas colinas durante décadas; las conocía tan bien como cualquier habitante de la ciudad. En invierno había cazado lobos, en verano ciervos. Al norte de las Gosthere, en lo más profundo de las Harukush, había leopardos de montaña de ojos azules y enormes osos cavernarios blancos. O eso decían los rumores, aunque Phaestus nunca había visto ninguno, ni conocía a nadie que los hubiera visto.

Las montañas eran un lugar antiguo. Las leyendas decían que los propios macht se habían originado allí, emigrando al sur y al este para huir de las nieves y los picos salvajes, dejando atrás una ciudad perdida, la primera ciudad, cuyas murallas habían sido construidas con hierro.

Todos los primeros macht habían llevado la Maldición de Dios, según el mito, y habían conocido a la propia Antimone. La diosa había descendido a la superficie del mundo para cubrirlos con su Don, y luego había partido a su incesante vigilia entre las estrellas con la única compañía de sus dos hijos.

Y Dios había apartado el rostro de todos ellos, de la diosa de la misericordia y de la raza en cuyo beneficio ella había intervenido sobre la faz de la tierra.

Así decía la leyenda. Phaestus era un hombre racional, pero también era lo bastante inteligente para conocer el valor de los mitos. Las armaduras negras que moteaban el mundo macht eran una realidad innegable, y no habían sido fabricadas por ningún artesano existente. De modo que tenía que haber una semilla de verdad en la raíz de las leyendas. Si había una, podía haber otras.

Había hablado de ello con Rictus, en los días en que había sido un invitado recibido con honores en Andunnon, los dos sentados frente al fuego tras unos días de caza en las colinas. Juntos, habían hablado vagamente de hacer una expedición hacia el interior perdido de las montañas, en busca de aquella ciudad olvidada de murallas de hierro. Algo que les mantendría ocupados después de retirarse.

«Antimone, señora de la noche», pensó Phaestus. «¿Cómo hemos llegado a esto?»

Siguieron andando sobre las crestas más altas para esquivar los montones de nieve, y se encontraron en un mundo azul y blanco, donde el viento les cortaba la respiración y alzaba la nieve en ventiscas desde las rocas y piedras bajo sus pies. El cielo estaba vacío a excepción del disco pálido y rojo que era Haukos, siempre reacio a abandonar el cielo en invierno, pero al norte los grandes picos de las Hanlkush, legendarios incluso entre los kufr, barraban el horizonte como una muralla blanca. El viento descendía, y su mordisco era intenso como un chapuzón en el mar en invierno.

Eran seis hombres: Phaestus, Philemos y otros cuatro que les habían acompañado desde Hal Goshen. Uno de ellos, Sertorius, había sido en sucesivas épocas de su vida mercenario, cazador, tratante de esclavos y proxeneta. Era aquella última profesión la que le había hecho entrar en contacto con Phaestus, en sus deberes como magistrado supremo de la ciudad.

Los dos se conocían desde hacía muchos años, y de sus confrontaciones había surgido cierto respeto mutuo. A su manera, Sertorius eran tan orgulloso y rígido como Phaestus, y se sentía igual de disgustado por la rendición de su ciudad. Fueron él y su silenciosa banda de matones quienes sacaron de la ciudad al portavoz de Hal Goshen, con su familia y algunos de sus esclavos, y todo con un sorprendente grado de

discreción.

Su sentencia había consistido en declararle ostrakr, pero Phaestus no albergaba dudas de que si se quedaba no sobreviviría. Su rival, Sarmenio, había anhelado la primera magistratura durante demasiado tiempo para mostrarse magnánimo en la victoria.

Sertorius había sido bien pagado por sus esfuerzos, pero había emprendido aquella misión a cambio de nada. Igual que Phaestus, era un hombre sin ciudad, y si cruzaba las puertas de Machran, deseaba hacerlo con algo bajo el brazo, algo que les facilitara la adaptación.

Era de las tierras bajas, un hombre de cabello negro y piel oscura, con ojos del color del plumaje de un tordo y marcas de grillete en las muñecas. Su rostro estaba arrugado y cubierto de cicatrices de peleas a cuchillo, y tenía una gran abertura entre los dientes delanteros. No era la compañía que Phaestus hubiera elegido para un viaje por las tierras altas en invierno, y todavía menos la de los corpulentos matones callejeros que lo acompañaban, pero tampoco había tenido muchas alternativas, y por lo menos Sertorius tenía un modo agradable y abierto de relacionarse con los demás que les había sido muy útil con la tribu de pastores la noche anterior.

Lo que les faltaba a Sertorius y sus hombres, sin embargo, era conocimiento de las montañas, y avanzaban tambaleándose tras Phaestus y su hijo, agarrados a las colas de las mulas y quejándose del frío sin cesar.

—Dos días de viaje —les dijo Phaestus, disimulando su desprecio con la práctica del político—. Eso es todo. Dos días, y luego tendremos un techo sobre nuestras cabezas, al menos durante un día o dos.

—Si el tiempo aguanta —dijo Sertorius, siseando las palabras entre sus dientes mellados—. Espero que lo que buscamos merezca la pena, Phaestus.

—Créeme, amigo mío, valdrá la pena. Pero tendremos que llegar a Machran lo antes posible. Lo último que oí fue que Corvus contaba con una veloz campaña invernal. Estarán peleando mientras hablamos.

—Entonces es una suerte que no estemos allí —murmuró Adurnos, uno de los matones de Sertorius.

—Si sirve para perjudicar al pequeño cabrón que tomó nuestra ciudad, me parece bien —dijo Sertorius—. Pero recuerda, Phaestus, que me pagaste sólo por sacarte de Hal Goshen. Este viaje lo hago por caridad.

—Y por tu propio interés —le dijo Phaestus—. De este modo, podrás llegar a Machran con algo que Karnos quiere. Si llegas allí con las manos vacías, tendrás que empezar de nuevo desde abajo.

—Abajo es donde me siento más cómodo —dijo Sertorius con una carcajada.

Más tarde, mientras avanzaban por la afilada cresta, con el sol poniéndose sobre sus hombros izquierdos y el viento disimulando todas las conversaciones, Philemos se acercó a su padre.

—No confío en ellos.

—Yo tampoco. Pero mientras sus intereses y los nuestros coincidan, nos servirán con fidelidad. Sertorius es un bribón, pero sabe muy bien lo que le conviene.

—Son animales, padre. Escoria de las alcantarillas. ¿Qué les impide volverse contra nosotros?

—Philemos —dijo Phaestus, sonriendo—. Soy su tarjeta de presentación ante Karnos y los hombres más importantes de Machran. Y algo más que eso. Mirales. Son criminales de las tierras bajas. Si tú y yo les abandonáramos ahora, morirían aquí arriba. Nos necesitan, como nosotros a ellos. Están fuera de su mundo.

—Nosotros también —dijo su hijo—. Padre, preferiría que hubiéramos ido a Machran para unirnos al ejército de la Liga y luchar en una batalla abierta. Lo que estamos haciendo aquí...

—Lo que estamos haciendo aquí vale por mil hombres en el campo de batalla —espetó

Phaestus—. No todo se consigue en las filas de lanceros, muchacho. Y tendrás tu oportunidad antes de que esto termine. —Su expresión se suavizó al ver la de su hijo—. Philemos, tú naciste para ser algo más que carne de falange, igual que yo. Si quieres ser un hombre, debes aprender de mí. Un hombre no puede seguir siempre los dictados de lo que considera su honor; a veces, eso le llevará a la ruina.

—Padre, podías haber sido gobernador de Hal Goshen bajo las órdenes de Corvus. Ha sido tu honor el que nos ha traído hasta aquí.

Phaestus sonrió.

—Bien dicho. Todavía te convertirás en un orador.

Se volvió, y la sonrisa se agrió en su rostro.

No era honor. Era ambición, indignación y odio. Haber recibido un ofrecimiento semejante, como una moneda dejada caer en el plato de un mendigo... y por parte de Rictus, que a pesar de todo no era más que un mercenario embrutecido.

No podía tolerarse. Era por el modo con que se le había presentado la oferta, tanto como por la oferta en sí.

«Soy un mejor hombre que Rictus», pensó. «Y lo demostraré».

*Prueba de vida*

Había algo en Aise que respondía al invierno. Lo respetaba, con el buen criterio de una mujer que había pasado su vida en el mundo azul y blanco de las colinas. Pero había algo más.

No era sólo que disfrutara del paisaje propio de la estación, aunque le gustaba. Era más bien que el trabajo ingente de todo el año había terminado, por fin, dándole la oportunidad de mirar a su alrededor y levantarse de la tierra sobre la que arrojaba toda la vida que tenía en su interior, año tras año.

No es que le gustara el invierno; a ningún estúpido podía gustarle. Pero había cierta satisfacción en él, en ver que llegaba el momento de la verdad para todo lo que se había puesto en marcha durante el año. Así era el invierno en las tierras altas: la propia vida puesta a prueba.

La cebada había sido segada, trillada y aventada, y el grano almacenado en el depósito de madera de tres patas al extremo del patio. Cuando Aise tenía frío, o se sentía baja de ánimo, abría el granero y sacaba un cubo, para molerlo y convertirlo en harina sobre la gran piedra hueca que Rictus y Fornyx habían sacado del río años atrás. Habían tardado dos días en llevarla desde el agua a la posición que ocupaba, y cada vez que la golpeaba con el tronco duro como el hierro pensaba en ellos aquel verano, sentados y sonriéndose, cubiertos con el barro del río y con aquella gran piedra entre ellos. Estaba en el patio, y parecía llevar allí desde tiempo inmemorial, como un tótem de su permanencia.

Un tintineo de cencerros de bronce, y el balido de las cabras. Rian cruzaba lentamente el patio con un cubo de cuero lleno de leche de cabra, humeante en el frío de la mañana. Ona parloteaba junto a ella, alegre como un estornino, y en torno a las dos chicas los perros saltaban como cachorros, seguros de recibir su porción de leche.

En la casa, Styra atendía el fuego. En aquella época del año, nunca dejaban que se apagara. Garin había estado cortando leña desde el amanecer, y se había sentado ante la chimenea para hablar con ella. La conversación cesó al entrar Aise, y Garin se levantó con expresión huraña. Él y Styra se habían emparejado rápidamente; los esclavos solían obrar así, buscando todo el consuelo posible en sus vidas. Pero nunca había perdonado a Aise la venta de Veria, y su trabajo perdía calidad. Pasaba más tiempo en los bosques, poniendo trampas, talando árboles y cazando, a veces con Eunion y a veces solo.

«Se queda por Rictus», pensó Aise. «Mi esposo tiene el don de ganarse las lealtades, incluso cuando no se lo propone».

Eunion se acercó a la mesa envuelto en una capa, con unos cuantos mechones de cabello blanco surgiendo de su cabeza como las semillas de un diente de león. Bostezaba, y a la luz de la mañana su rostro parecía arrugado como una nuez.

—No deberías quedarte despierto hasta tan tarde —dijo Aise, amasando la pasta de cebada en forma de tortas planas para la plancha—. Lees demasiado, Eunion.

—Detestaba pensar que Eunion se estaba haciendo viejo. No podía imaginarse la vida allí sin él. Se encontraría perdida, y aquello la ponía aún más nerviosa.

—Estaba leyendo. Uno de estos meses iré a Hal Goshen, a buscar una lámpara mejor, una de tres llamas y más capacidad. Me duelen los ojos como si tuviera ampollas.

—Más bien parecen cerezas. Toma algo de leche. Pronto tendré listo el pan de cebada. ¡Rian!

La hija de Rictus asomó la cabeza por la puerta principal.

—¿Sí, madre?

—Saca un odre de aceite de la tinaja y prepara los platos. ¿Dónde está Ona?

—Jugando con los perros.

—Dile que entre.

La familia se reunió en torno a la mesa. Cuando no estaban Rictus y Fornyx, comían todos juntos, esclavos o no. Aise se levantó, sofocada, del lado del fuego, con el pan de cebada caliente, y vertió el aceite sobre las tortas pálidas y planas. Había queso blando para acompañarlas, y leche de cabra que todavía contenía el calor de los animales.

Eunion masticó una cebolla, e hizo una mueca cuando sus ancianos dientes se encontraron con el obstáculo de su corazón púrpura.

—Estaba leyendo sobre el interior de las montañas —dijo a la mesa en general.

—¿Qué historia? ¿La de la ciudad de hierro? —preguntó ávidamente Rian.

«Tendré que cepillarle el cabello esta noche», pensó Aise. «Está enmarañado como la crin de un caballo... y creo que su cara no ha entrado en contacto con el agua esta mañana».

—Sí —continuó Eunion, haciendo un gesto con la cebolla—. Me parece que hay algo de cierto en la teoría de que los primeros macht deseaban mantenerse ocultos, de ahí la situación remota de la legendaria ciudad de hierro.

»Pero hay algo más. Cuando leo los mitos, siempre encuentro que Antimone está allí con ellos desde el principio, no sólo como la diosa a la que conocemos y rezamos, sino como una criatura que vivía entre ellos sobre la faz de Kuf. ¿Quién sabe? Tal vez fuera una de nosotros, una mujer macht de gran talento y sabiduría a la que las generaciones siguientes han convertido en diosa. Y por lo que respecta a las armaduras negras...

—Eunion, deduces demasiadas cosas que no están ahí —dijo Aise, levantando la vista de su cuenco—. Una cosa es que te pases toda la noche arruinándote la vista delante de un montón de pergaminos viejos, pero llenar las cabezas de las niñas de... de...

—¿Blasfemias? —dijo Eunion.

—Bueno, sí. Antimone vela eternamente por nosotros. Nunca fue una mujer mortal. Eso es absurdo. Sólo estás jugando con las ideas, y Rian ya tiene bastantes en la cabeza.

Eunion sonrió.

—Aise, sólo ejercito mi mente. Es un músculo, como los del brazo. Si no lo ejercitáramos, se atrofiaría, y nos volveríamos como los hombres cabra.

—Bébetela leche, anciano. Hablas demasiado. —Pero Aise sonrió.

—¡Los hombres cabra! Dinos, Eunion. —Rian se revolvió en su silla—. ¿De dónde vinieron?

—Gestrakos dice que...

Los perros emitieron un gruñido bajo y gutural, y se alejaron de la mesa en dirección a la puerta abierta de la granja. Eunion quedó en silencio.

—Tal vez huelen lobos en el viento —dijo Garin.

La familia permaneció inmóvil, escuchando. Los dos perros tenían el pelo del cuello erizado y los dientes desnudos.

Salieron fuera con las patas rígidas y empezaron a ladrar furiosamente.

—Tenemos visitantes —dijo Eunion, y se levantó de la mesa con una ligereza que desmentía sus años. Garin se levantó con él, limpiándose la boca.

—¿Lanzas?

—Sí. Ve a buscarlas.

—El paso está cerrado —dijo Aise. Pudo sentir que la sangre le abandonaba el rostro.

—¡Tal vez ha vuelto papá! —dijo Rian.

—Los perros le conocen —dijo Aise—. Quedaos aquí.

Eunion y Garin tomaron las lanzas de detrás de la puerta, armas cortas de caza, con hojas amplias, fabricadas para cazar jabalíes y lobos.

—Aise... —dijo Eunion, pero ella sacudió la cabeza.

—Soy la señora de esta casa.

Salió fuera, al intenso brillo de la nieve bajo la mañana azul.

Justo a tiempo de ver la muerte de sus perros.

Los ladridos cesaron en seco. Media docena de hombres se recortaban en negro sobre la nieve, junto a la orilla más cercana. Mientras Aise observaba, vio que uno volvía a levantar el brazo para acuchillar de nuevo a uno de los animales. Sangre en la nieve, un color casi demasiado vivido para pertenecer al mundo real. Aise quedó inmóvil. Eunion y Garin aparecieron en la puerta detrás de ella, vieron las siluetas negras de los hombres a pocas yardas de distancia y los cadáveres de los dos perros. Garin emitió un grito sordo de dolor y rabia. Los hombres levantaron la cabeza. Envueltos en pieles invernales, eran irreconocibles. Una voz dijo:

—Es ella. —Los hombres se acercaron a la carrera.

Eunion y Garin apartaron a Aise, levantaron las lanzas y se prepararon a enfrentarse a los recién llegados. Dos de los forasteros se quedaron atrás, y el más alto gritó:

—¡Vivos! ¡No hay necesidad de matar a nadie!

Garin atacó como un toro, apartó un aichme con la destreza de un hombre habituado a cazar jabalíes, y hundió su propia lanza en el vientre del hombre de delante. Hubo un grito agudo y un gorgoteo, y el hombre cayó de rodillas. La lanza cayó con él, atrapada en sus intestinos. Los demás hombres rugieron de furia. La estocada de otra lanza alcanzó a Garin en un ojo. Cayó de espaldas y se deslizó de la lanza. Un brillante arco de sangre en el aire siguió a su cadáver hasta el suelo.

Aise trató de agarrar su arma, pero fue pateada en las costillas, una vez, dos...

—Maldita puta —gruñó su atacante.

Eunion se abalanzó sobre él, estrellando el asta de la lanza en el rostro del hombre y golpeando el torso de otro atacante. El tercero le acuchilló en la base de la espina dorsal, gruñendo por el esfuerzo.

Eunion cayó de rodillas, sobresaltado. Bajó la vista hacia Aise, que yacía sobre la nieve tratando de respirar.

—Esto no es...

Otras dos lanzas se clavaron en su cuerpo. Una llevaba tanta fuerza que le salió por el pecho, como un pincho grotesco bajo el quitón.

Eunion la miró, totalmente desconcertado. Entonces el hombre de detrás apoyó un pie en la espalda de Eunion y lo separó de la lanza de un puntapié. Eunion cayó sobre Aise, cálido, retorciéndose, con su sangre caliente y metálica derramándose sobre ella. Oyó chillar a Rian y trató de levantarse, empujando a Eunion a un lado. Los ojos del anciano aún se movían, y abrió la boca, pero de ella no salió nada más que el olor a la cebolla que había comido para desayunar. Su rostro quedó inmóvil.

Alguien volvió a patear a Aise en la espalda con fuerza.

—Quédate en el suelo, perra.

Ella trató de incorporarse de todos modos. Rian chillaba, y podía oír sollozar a Ona. El hombre le apoyó una bota en los pechos y se inclinó sobre ella. Miró hacia abajo, una sombra negra contra el cielo azul.

—Una puta muy guapa, Sertorius. Las cosas se animan.

—Mantenedla ahí. Adurnos, registra la casa. ¿Cómo está Fars?

—Está muerto. Ese jodido esclavo lo ha matado, y ese cabrón calvo me ha roto la nariz.

—Estás mucho más guapo. Ahora, haz lo que te digo. Deja a la potrilla; no se irá sin su madre.

Aise trató de respirar, pero el pie del hombre se lo impedía.

—Ha sido culpa suya, Phaestus, no me mires así. Nos atacaron primero, de modo que es justo. En cualquier caso, ya tenemos lo que hemos venido a buscar.

¿Phaestus? Aise trató de reaccionar a través del terror blanco de su mente.

—¿Phaestus? —graznó en voz alta.

—Aparta el pie, Sertorius. Yo me encargo de ella. —La voz de un hombre más mayor, familiar.

—¡Deja en paz a la chica! —les llegó una voz, el grito de indignación de un muchacho.

—Philemos, ve a buscar a las hijas y tráemelas.

Hubo un grito en el interior de la casa, y Aise oyó chillar a Styra. Los hombres rieron y vitorearon.

Cerró los ojos. Alargando la mano, tocó la cabeza de Eunion, los mechones suaves como plumas del cabello blanco que tenía en tomo a las orejas. Le ardían los ojos. Pero no lloraría.

Una sombra sobre ella, una nueva que no olía tan mal como la anterior.

—Aise, deja que te ayude a levantarte.

Luchó por ponerse en pie, y Rian la abrazó, con su cara pálida manchada de lágrimas.

Ona se aferró a sus faldas, silenciosa, con la expresión vacía y el pulgar en la boca.

Conocía al hombre que tenía delante: un amigo de Rictus, un personaje importante en Hal Goshen. Sabía que era un hombre presumido, orgulloso y pagado de sí mismo, pero también que era honrado e inteligente. Un amigo invitado. Había comido en su mesa. Había bebido vino con Eunion, cuyo cadáver yacía sobre la nieve entre ellos.

Eunion...

Su rostro se endureció.

—Phaestus —dijo, y su voz sonó firme, fría como las piedras en el río helado—. ¿A qué viene esto que nos haces?

Había habido algo parecido al remordimiento en el rostro del hombre, o al menos desaliento. Pero aquella mirada desapareció. Su rostro adquirió la misma expresión que el de ella, piedra contra piedra.

—Devuelvo a la familia de Rictus el mal que él hizo a la mía —dijo.

—¿Qué te ha hecho mi esposo a ti, su amigo invitado? —preguntó Aise, y su voz se quebró en las últimas palabras.

—Nos ha convertido en ostrakr, nos ha robado todo lo que teníamos y nos ha dejado en la carretera como vagabundos. Ha reducido mi ciudad a la servidumbre y la vergüenza. Y todo a cambio de su paga de mercenario.

—¿Hal Goshen? —preguntó Aise, sacudiendo la cabeza.

—Corvus controla ahora mi ciudad, como a una puta pagada.

Aise bajó la vista hacia el cadáver de Eunion. Deseó tomar al anciano entre sus brazos, besarle los ojos antes de cerrárselos. Durante veinte años había sido como un padre para ella, un compañero más constante que el esposo que los había llevado hasta allí. Y yacía como carne masacrada en la nieve. Su cebolla a medio comer estaba aún sobre la mesa en el interior.

Las lágrimas acudieron a sus ojos, y parecieron quemarle como ácido.

—¿Rictus también te hizo esto? —preguntó simplemente, y abrió los brazos hacia el hombre muerto.

—Eso ha sido un imprevisto, un accidente —dijo Phaestus—. No pretendía que las cosas salieran así.

Un grito en el interior de la casa. La voz de Styra.

El joven que estaba junto a Phaestus parecía consternado.

—Padre, debemos detenerlos.

—Es sólo una esclava —dijo Phaestus.

—Pero...

—¡No! —rugió Phaestus, con el rostro sofocado—. Cállate, Philemos. El mundo funciona así; es mejor que lo veas por ti mismo. Si no puedes tener la lengua quieta, ve a buscar a las mulas. ¡Ni una palabra más!

Rian había dejado de sollozar. Se arrodilló en la nieve ensangrentada y cerró los ojos de Eunion, luego se inclinó y lo besó como Aise había deseado hacer. Se incorporó.

—Te conozco —dijo a Phaestus—. Y mi padre también. Cuando sepa lo que has hecho aquí, te encontrará y te matará. Eso te lo prometo.

Tenía los ojos grises, como los de Rictus, y en ellos había algo de su misma furia salvaje. Phaestus la miró un momento. Abrió la boca. Luego echó el brazo hacia atrás y le cruzó el rostro de un bofetón. Rian cayó sobre la nieve. Aise se arrodilló al instante y la tomó en brazos. Ona soltó un chillido agudo.

—¡Sertorius! ¡Ven aquí! ¡Sertorius!

El ladrón de los dientes mellados salió de la granja con un odre de vino en una mano, sonriendo.

—¿Tienes todo lo que querías, Phaestus? ¿Quién habría pensado que hubiera mujeres tan bonitas aquí arriba, en el culo del mundo?

—Toma a esas tres y átalas, con las manos delante. Pero antes déjales sacar algunas cosas de la casa: ropa de viaje. Y tomad toda la comida que podamos llevarnos.

—Eh, amigo mío. ¿No vamos a quedarnos aquí un día o dos? Ése era el plan. Estaríamos muy cómodos aquí; tienen almacenadas provisiones para todo el invierno.

—Coged lo que necesitéis, pero nada que nos retrase. Nos vamos de inmediato.

—Escucha, jefe...

—Haz lo que te digo, Sertorius, si quieres un buen recibimiento en Machran.

—¿Y qué hacemos con los muertos? —preguntó Sertorius, enfurruñado.

—Arrojadlos a la casa y prendedle fuego.

Aise recorrió las familiares estancias como si anduviera entre la niebla. En tono normal y cotidiano, ordenó a Rian que se pusiera su mejor ropa de lana, y la capa forrada de piel que su padre le había traído de Machran.

En el interior de la casa, todo había sido volcado y revuelto, los objetos destrozados sin motivo. El pequeño jarrón aguamarina de la habitación de Aise yacía hecho pedazos azules en el suelo. Las viejas y desgastadas sandalias que Rictus usaba en la granja estaban a su lado.

«Ojalá estuvieras aquí, esposo», pensó. «Aunque has sido tú el que ha provocado esto».

En la habitación trasera, Styra yacía desnuda y despatarrada como una muñeca rota. Los golpes habían reducido su rostro a una fruta hinchada, una pulpa de hueso y sangre. La habían acuchillado bajo el pecho izquierdo.

Aise la contempló durante largo rato, parada en mitad de la entrada para que Rian no lo viera.

«Esto es lo que nos espera a todas», pensó.

Uno de los hombres de Sertorius se le acercó por detrás, con la boca llena del pan de cebada que Aise había hecho aquella mañana.

—La perra tenía un cuchillo, y me ha herido. ¿Ves lo que me ha hecho?

Aise se volvió. Era un hombre corpulento, y el vello de su pecho ascendía para unirse con el de su barba. Tenía una herida reciente al lado de un ojo, un corte largo como un dedo con la sangre ya seca sobre él.

—Sólo queríamos divertirnos un poco —dijo, sacudiendo la cabeza—. Maldito desperdicio. —Sonrió a Aise—. Haces un pan muy bueno. Muy sabroso. —Su sonrisa se ensanchó, y palmeó a Aise en el trasero—. ¿Así que tenemos aires de superioridad? La esposa del gran Rictus. —Tomó otro mordisco de pan de cebada y la señaló con él—. Espero que sepas chupar pollas tan bien como cocinas.

Cuando estuvieron fuera, con una lastimosa colección de pertenencias a sus espaldas, Sertorius les tomó las manos y se las ató con tiras de cuero cortadas de los cubos de ordeñar.

Se inclinó junto a Rian y le olfateó el cuello. Ella sacudió la cabeza como si una mosca se le hubiera posado encima, y él se echó a reír.

Luego se irguió al acercarse Phaestus y su hijo.

—Quiero los cadáveres en la casa —dijo Phaestus.

—En el nombre de Phobos, ¿qué importa que ardan o que se los coman los lobos?

—protestó Sertorius.

—¿No querrías que alguien lo hiciera por ti? —le preguntó Aise.

Sertorius la miró.

—No me dirijas la palabra, puta.

—Hazlo —dijo rápidamente Phaestus—. Uno de los nuestros está ahí.

—Fars siempre fue un cabrón perezoso... Oh, de acuerdo. Adurnos, Bosca, ya lo habéis oído. Meted esa basura en la casa antes de prenderle fuego.

Aise levantó los ojos al cielo. Había sido una mañana muy hermosa, un día de invierno azul y tranquilo. Deseó que no hubiera sido tan hermoso; a partir de aquel momento, en los días igual de bellos, recordaría los acontecimientos de aquella mañana, que mancharían para siempre los cielos azules de invierno.

Si vivía lo suficiente para tener recuerdos.

«Me porté mal con Garin», pensó. «No debí vender a Veria, porque era su esposa en todo menos en nombre. Me libré de ella porque me recordaba demasiado a mi propio dolor, al niño que perdimos. Al menos por eso, estoy pagando ahora. Dios, en tu bondad y tu gloria, deja que lo que se avecina caiga sólo sobre mí. Que el sufrimiento y el dolor sean sólo míos. Protege a mis hijas, y que el dolor sea sólo mío».

Olió humo, oyó un crepitar y se volvió para ver el tejado de la casa en llamas. El hijo de Phaestus, Philemos, empujaba a las cabras fuera del establo mientras el techo se incendiaba sobre él.

—¿Qué haces? ¿Eres pastor de cabras? —preguntó Sertorius.

—No hay necesidad de que se quemen —dijo Philemos. Estaba sofocado, y en sus ojos había un brillo oscuro—. Ya ha habido bastante muerte por un día. —Miró a Aise y Rian y luego apartó la vista rápidamente.

Se concentraron frente a la casa, mientras las dos mulas bramaban de miedo por el olor a humo y la enorme oleada de calor. Todos los edificios anexos estaban también en llamas, y las cabras se alejaban aterrorizadas del incendio. Sertorius llevaba la capa de repuesto de Rictus, del color escarlata de los mercenarios, y sus cómplices empezaron a cargar a las mulas con jamones, harina de cebada, tinajas de aceite y odres de vino.

—Ni un óbolo por ninguna parte —dijo Sertorius, contemplando la casa incendiada—. Me gustaría saber dónde guarda el famoso Rictus su dinero. El cabrón vive con sencillez; apenas hay nada que valga la pena robar.

—Lo tienen los banqueros de Hal Goshen —dijo Aise—. Está a salvo en una de sus cajas. No es tan estúpido como para tener el dinero aquí. —Sertorius la miró con una ceja enarcada.

—Tenemos lo que hemos venido a buscar —dijo Phaestus—. Hay casi trescientos pasangs hasta Machran, y el invierno se nos echa encima. Cuando entreguemos a estas tres a Karnos, no te faltará el dinero, Sertorius. Yo me encargaré de ello.

—Asegúrate de hacerlo —dijo Sertorius—. Soy un hombre de muchos vicios y virtudes, Phaestus, y se podría decir que unos equilibran a las otras. No intentes desequilibrar la balanza. —Luego sonrió—. ¡Ah, el calor! ¡Esperemos que la hoguera de nuestro campamento de esta noche nos mantenga igual de calientes! Pero vamos a la logística de hoy. Adurnos, tú llevarás a la fierecilla. Yo llevaré a la mujer...

—No —dijo Phaestus. Se adelantó y agarró la larga correa de cuero que colgaba de las muñecas de Aise—. La llevaré yo. Philemos, tú llevarás a la muchacha, y tú, Sertorius, a la niña.

—Nada de eso —dijo Sertorius—. Adurnos, la mocosa es tuya. Al menos no pesará mucho. ¿Nos vamos ya, hermanos y hermanas? El día avanza y me gustaría dejar atrás las nieves de este valle de mierda antes de que oscurezca.

Se pusieron en camino. Sertorius abría la marcha, y Aise tuvo que echar a andar detrás de Phaestus cuando el hombre tiró de sus ataduras. Philemos iba a continuación, con Rian andando a su lado como si él fuera su escolta para un paseo por el bosque. A continuación caminaba el hombretón de la nariz rota, Adurnos. Sentó a Ona sobre una mula con una blasfemia, mientras que Bosca, a quien Styra había marcado con su cuchillo, marchaba en la retaguardia, guiando otra mula pesadamente cargada.

Cruzaron el río, y sus pies rompieron el hielo cubierto de nieve que se había formado sobre la superficie del agua. El frío de la corriente despejó un poco la cabeza de Aise. Oyó un gran estrépito detrás de ella y volvió la vista para ver que el tejado de la granja se desplomaba entre una oleada de humo negro y chispas. A la brillante luz del día, las llamas parecían de color azafrán, y sólidas como espadas empapadas en luz.

Una alta columna de humo del color de una tormenta otoñal se elevó en el aire por encima del valle. Se cernió sobre todos ellos, arrojando su propia sombra encima de la nieve, y los tizones del incendio flotaron sobre los árboles como aves de carroña etéreas.

«Al menos has tenido una pira digna de ti, Eunion», pensó Aise.

«Ahora tus cenizas estarán en el aire y el agua de este lugar, como las de mi hijo».

«Y Rictus, tu precioso oro está bajo la chimenea, donde lo pusimos».

Aise inclinó la cabeza y siguió a sus captores a través de la nieve, en dirección a los bosques que colgaban, oscuros y profundos, en las laderas de la cañada.

Detrás, la casa que había construido con Rictus, Fornyx y Eunion ardió hasta su destrucción. Las paredes de piedra se derrumbaron cuando el calor las agrietó, y el grano acumulado, el aceite, las olivas y el vino (las sustancias de la propia vida) se incendiaron y consumieron en una torre hirviente de humo negro que desfiguró la mañana.

Y entre las llamas de la base los cuerpos de los muertos se oscurecieron, convirtiéndose en ceniza y polvo; un sabor gris en el viento, nada más.

*Barro y agua*

La ciudad de Afteni, famosa por sus herrerías, era una isla en un mar poco profundo. Construida, como la mayor parte de las ciudades macht, sobre terreno elevado, y rodeada por una muralla de veinte pies, se encontraba rodeada también de agua, un lago cuya profundidad alcanzaba la rodilla de un hombre y que abarcaba dos terceras partes de la circunferencia de la ciudad.

Desde la batalla de la llanura de Afteni, que había presenciado la desbandada (por no decir la destrucción) del ejército de la Liga Avenia, las nubes se habían concentrado, negras sobre las tierras bajas al pie de las Gosthere, y habían soltado su carga sobre unas tierras de labor ya saturadas. La carretera imperial había desaparecido, sumergida en agua marrón, y toda la llanura se había borrado con ella. Sólo existía la interminable extensión de agua salpicada por la lluvia, con olivares, viñas torturadas y árboles empapados que trataban de continuar erguidos, y parecían encogerse bajo el incesante diluvio.

Y aquello había resultado providencial.

Karnos estaba en las murallas de la ciudadela cubierto con una capa impermeable de soldado, su propia pequeña tienda para protegerse de la humedad. Miró al este, tratando de perforar la cortina de lluvia. De modo inconsciente, su brazo se levantó y empezó a masajear cuidadosamente la carne vendada de su hombro.

—Me escuece, Kassander. Eso es bueno, ¿verdad?

—Y no huele, lo que es aún mejor. Te recuperas rápido, Karnos. Te curas igual de bien que un perro joven, como solía decir mi madre.

—¿Y los demás? ¿Cómo se están curando?

—La última carreta ha partido hacia Machran esta misma mañana, aunque necesitarán los caballos del mismo Phobos para recorrer más de unos pocos pasangs al día en este pantano. Les compadezco.

—Son hombres de Machran. Ahí es donde deben estar.

—Volverán con una historia de derrota. Deberías llegar antes que ellos.

—Lo haré, en cuanto haya terminado aquí. Un hombre a caballo viajará más aprisa. Quiero hablar antes con Katullos.

—Es posible que Antimone hable con él antes que tú.

—¡Tonterías! ¿Ese viejo cabrón? Si verme convertido en portavoz no le mató, no lo conseguirá un lanzazo en la garganta.

—Quiere verte, en cualquier caso. Debemos decidir qué hacer con lo que queda del ejército.

—No pude mantener aquí a los hombres de Pontis. Lo intenté; me pasé toda la noche hablando con ese perro sin agallas, Zennos, pero no hubo manera. De modo que perdemos mil hombres.

—No es el único.

—Vamos, salgamos de esta maldita lluvia. Sé que en este momento es nuestra amiga, pero es como un amigo al que uno debe dinero: compañía no deseada.

—Una sinceridad admirable viniendo de alguien que me ha pedido dinero más veces de las que quiero recordar.

—Ah, no te portes como una niñita. Ven, toma algo de vino.

Se retiraron a un pórtico alto que recorría la base de una torre. Allí había un brasero encendido, una mesa cubierta de papeles, y hombres que iban y venían, añadiendo más papeles al montón.

—Te has aficionado mucho al aire libre —dijo Kassander, quitándose la capucha de su capa.

—Me gusta el paisaje. Puedo ver hasta media docena de pasangs de carretera cuando

la lluvia escampa un poco; eso quiere decir que veré llegar a ese cabrón.

—Según todos los informes, no se ha puesto aún en camino. La carretera está anegada en media docena de sitios, cuando no está del todo sumergida, y se rumorea que hay enfermedades en su campamento. Está flotando en un mar de su propia mierda a unos diez pasangs por la carretera, y ojalá se quede allí mucho tiempo.

Karnos se sirvió vino con la mano buena.

—Entre tanto, nosotros estamos aquí, en relativa comodidad. Me anima pensarlo.

—Hizo lo correcto con los muertos. Envió el cadáver de Greynos de Afteni bajo una rama verde, y quemó a los demás con los ritos apropiados.

—Sí, es un auténtico y jodido caballero. Entre tanto, estamos aquí, en nuestro castillo de arena, perdiendo centones día a día. Kassander, tenemos que pensar en Machran. La Liga se nos ha quebrado entre las manos como el hueso de los deseos.

—¿Crees que estamos solos?

—Para y escucha.

Kassander suspiró y asintió. Por debajo del continuo martilleo y los siseos de la lluvia se oía otro ruido, un gran zumbido, como una colmena de abejas irritadas.

—Es la asamblea de Afteni en sesión, diez mil hombres furiosos y asustados bajo la lluvia al pie de esta piedra, debatiendo sobre algo que ya han decidido. Perdieron a seiscientos de sus mejores hombres en la llanura, y también a Greynos, el único de la Kerusia con pelotas. Están acabados, y lo saben, pero tienen que discutir mientras Machran y los demás contingentes siguen en el interior de sus murallas, observándolos. Es como observar los ritos en una pira funeraria. Las ciudades del este del interior están perdidas, Kassander. Las demás esperan a ver qué puede hacer Machran.

—Machran nunca capitulará —dijo Kassander, y su rostro grande y afable se oscureció—. No mientras yo viva.

Karnos le tocó un brazo.

—Bien dicho, hermano.

Dejó la copa. Un joven que vestía el quitón bordado con el signo negro de los funcionarios de Machran tosió educadamente tras él.

—¿Sí, Gersic?

—Señor, el consejero Katullos solicita que te reúnas con él en cuanto puedas. Está...

—Sé dónde está, Gersic. Dile que estoy en camino. Y, Gersic...

—¿Señor?

—¿Cómo está su voz?

El joven, moreno y serio, con la cicatriz de una herida recién cosida en el brazo, pensó un momento.

—Puede susurrar, señor.

—Está bien. —Karnos se volvió de nuevo hacia Kassander—. Tiene que haber ocurrido algo muy grave para que llegue a considerar a Katullos como un aliado, alguien con la misma opinión que yo.

Kassander levantó su copa.

—Ser herido y dado por muerto ha hecho maravillas por tu reputación.

—Debí hacerlo años atrás —dijo Karnos.

Una habitación pequeña y desnuda, lo bastante austera para satisfacer incluso a un asceta como Katullos. No había ventanas, y sólo una lámpara ardía junto a la cama. En un rincón, la coraza negra descansaba sobre su soporte como un espíritu silencioso, sin una sola marca sobre ella, aunque Katullos había estado en el mismo corazón de la batalla.

El viejo había recibido un aichme en la garganta. Le habían cerrado la hemorragia con un hierro candente, y la marca bajo su barbilla era como una segunda boca de labios púrpuras. Su magnífica barba había sido afeitada por el carnifex, y su rostro parecía

absurdamente pequeño sin ella. Su piel estaba sofocada por la liebre, pero tenía la mirada clara. Sus manos grandes y manchadas apretaban la manta sin cesar mientras Karnos tomaba asiento en un taburete a su lado.

—Acércate —dijo Katullos, como un céfiro casi ahogado por el sonido de la lluvia en el exterior y el rumor de la asamblea—. Toma. —Era una carta, plegada y sellada. Había tenido que hacer tres intentos antes de conseguir poner el sello; lo había hecho él mismo—. Para la Kerusia. Puede ayudar.

—¿Qué dice?

Katullos sonrió.

—Que confíen en ti.

Karnos volvió a reclinarsse, frunciendo el ceño, sosteniendo la carta como un pájaro atrapado en su mano.

—¿Cómo puedo saberlo? Nunca has sido amigo mío, Katullos. Podría romper el sello y leerla.

—Entonces sería inútil.

—Mejor eso que...

—Confía en mí. —De una esquina de la boca del viejo caía saliva.

Pocos días atrás, había conducido a una mora a la batalla vestido con la Maldición de Dios. Y se veía reducido a aquel estado. Karnos sintió un pinchazo de compasión.

—Hemos sido adversarios durante toda nuestra vida pública. ¿Qué ha cambiado?

De nuevo, aquella sonrisa de calavera.

—Una vez te dije que estaría allí para vitorear el día de tu caída. Ahora veo que hacerlo sería vitorear la caída de mi propia ciudad. Hiciste lo correcto, luchando en aquel momento. Has derramado tu sangre por Machran. Amas la ciudad igual que yo. No lo había visto hasta ahora. Pensaba que sólo amabas tu propia ambición.

—Un hombre puede amar ambas cosas.

—No, Karnos, ahora no. —Tosió, con un largo y húmedo silbido en su pecho. Karnos podía sentir el calor que irradiaba de él, como si toda su vida se consumiera en una última hoguera vacilante—. Sigue luchando —jadeó—. Machran nunca debe rendirse. Ese hombre pretende convertirse en rey de todos nosotros. Si Machran cae, tendrá su pie sobre nuestros cuellos durante una generación. —Se encogió—. Tú lo ves, pero no todos se dan cuenta.

—Lo veo. Lo he sabido desde hace mucho tiempo.

—Me enfrenté a ti, y estaba equivocado. Eres el portavoz de Machran; hablas por todos nosotros. Haz que el invasor se estrelle ante nuestras murallas. Ninguna otra ciudad puede conseguirlo.

—No podemos volver a enfrentarnos a él en una batalla abierta, Katullos. La Liga se está descomponiendo.

—Las murallas, Karnos. Defiende las murallas. Haz que se desangre. Nadie puede ocupar Machran si hay hombres en sus murallas, ni siquiera Corvus.

Karnos tomó entre las suyas una de aquellas manos grandes e inquietas. Un pinchazo de dolor le atravesó el hombro al inclinarse sobre la cama del moribundo.

—Katullos, tienes mi palabra.

Katullos volvió a sonreír.

—Eso tiene mucho valor, ahora lo sé.

—Te pondré en la próxima carreta que salga hacia el oeste. Volverás a ver la ciudad, te lo prometo.

—Moriré antes de llegar. Pero llévame a casa, Karnos. Haz que me quemem junto al río Mithos, y esparce mis cenizas en el agua. Graba mi nombre en catafalco de los Alcmoi.

—Así se hará.

—Mi armadura... Ocúpate de que llegue a mi familia.

—Lo haré.

Katullos le miró de cerca.

—Eres una desgracia para la Kerusia, un demagogo, un bribón y un mujeriego. Pero eres todo lo que tenemos. Los demás son ovejas.

Karnos soltó una risita.

—Me adulas, Katullos... ¿Katullos?

El anciano continuaba con los ojos abiertos, pero el aliento le abandonaba en un suspiro largo y áspero. Quedó inmóvil, y el apretón de su mano manchada se relajó.

Karnos sacudió la cabeza.

—Viejo cabrón testarudo. —Cerró aquellos ojos aún brillantes con los dedos, e inclinó un momento la cabeza. Luego levantó la vista, y miró pensativamente al otro lado de la habitación, donde la Maldición de Dios reposaba en silencio en su rincón.

Los hombres de Machran partieron al día siguiente, cargados con todo su equipo. Las carreteras estaban tan mal que ninguna carreta podía viajar, de modo que las maltrechas morai tuvieron que chapotear por el barro llevando las panoplias y las escasas raciones de comida que Afteni pudo proporcionarles. Había casi doscientos pasangs hasta Machran, y empezarían a pasar hambre mucho antes de llegar a casa.

Otros contingentes de la Liga también se estaban marchando. Los hombres de las ciudades del interior habían convocado a sus propias asambleas en Afteni, y votado sobre qué hacer a continuación. Los arkadianos y avenios, que habían sido defensores de la Liga y aliados de Machran desde tiempo inmemorial, votaron quedarse con Karnos y Kassander.

Murchos, polemarca de los arkadianos, era un hombre corpulento con el rostro rosado de un cerdito sobresaltado, pero era amigo de Kassander y estaba dispuesto a seguirle adonde fuera, igual que sus propios hombres le seguirían a él, especialmente dado que era un portador de la Maldición.

Los arkadianos siempre habían sido francos e impulsivos. Hacían apuestas altas cuando jugaban a tabas, y también estaban jugando en aquel momento. Los tres mil hombres se mantendrían leales.

Los avenios eran muy parecidos, aunque les gustaba considerar a su ciudad como el verdadero corazón de los macht civilizados, el lugar donde se hicieron las leyes. La idea de verla gobernada por un guerrero advenedizo sin familia conocida, que empleaba kufr como soldados, era anatema para ellos. También marcharían con Machran. Dos mil hombres al mando de Tyrias, al que le gustaba hacerse llamar el Justo, pero que era más comúnmente conocido como Gusano de Pergamino, porque se encontraba más cómodo en una biblioteca que en un campo de batalla, pese a su yelmo de polemarca.

En total, unos nueve mil hombres partieron de Afteni hacia el oeste, al mando de Kassander. Nueve mil hombres dispuestos a defender las murallas de Machran hasta el final. Bastaría. Tenía que bastar.

Los demás habían tomado rutas separadas. Los castigados contingentes de las otras ciudades abandonaron Afteni de un modo menos marcial, pues muchos de los hombres habían arrojado las armas en el campo de batalla para facilitarse la huida. Y se daba por descontado que la propia Afteni capitularía ante el invasor cuando finalmente éste consiguiera volver a poner el ejército en marcha a través del barro.

Aún faltaba un mes para el pleno invierno.

Karnos se inclinó en la silla, siseando ante aquel maldito dolor. Soltó las riendas y estrechó la mano de Kassander.

—Hazlos marchar a buen paso, hermano. Cuanto más tiempo tengamos para preparar la ciudad, más fácil será todo.

—Deberías llevar una escolta, Karnos. Aún no estás curado, y si caes de ese caballo hará falta toda una fila de soldados para volverte a montar.

—Te comunico que estoy más delgado que antes. —Karnos se arrebuja en su capa

impermeable de soldado—. Con Gersic es suficiente. Es un buen chico, deseoso de complacer, sincero y no muy listo; justo el tipo de persona que me gusta tener alrededor. Tengo intención de llegar en cuatro días, como mucho.

—Llevas mis cartas.

—Junto al corazón, Kassander. Sean cuales sean los rumores que se me hayan adelantado, yo llevo las primeras noticias oficiales. Y las explicaré a mi manera.

—Si tienes tiempo, visita a mi esposa y a mi hermana, y hazles saber que no soy ceniza en el viento.

—Lo haré, hermano. —Karnos se incorporó, lanzó una terrible blasfemia por el dolor que le atravesaba el hombro, y luego puso al medio galope a su montura de las tierras bajas. Avanzó a través del agua, como un bote abriéndose camino entre un fuerte oleaje.

Levantó la mano buena en un gesto de despedida y, al frente de la larga columna, fue vitoreado por media docena de centones que le reconocieron. Luego desapareció entre la lluvia.

Karnos no era un hombre que tuviera conexión con el mundo natural. Prefería el pavimento a los pastos y, aunque le encantaba comer carne roja, no veía ningún mérito en matarla él mismo. La sala de debates, el dormitorio, el mercado... Aquéllos eran los lugares donde se sentía cómodo. Supuso que aún llevaba en su interior a su padre; en los tres lugares, lo más importante era saber negociar. A medida que el terreno ascendía bajo su caballo y las aguas empezaban a retroceder, forzó al animal a avanzar rápido, galopando por un lado de la carretera pavimentada de piedra que conducía hasta Machran, con el joven Gersic siguiéndole en un animal más ligero y animoso. El caballo de Karnos era un bayo testarudo, con un paso tranquilo menos molesto para el dolor de su herida. Le gustaba aquel animal; tenía un corazón obstinado, y avanzaba por el barro de la cuneta como si nunca fuera a detenerse.

El mundo natural. Era un mundo conformado por los *macht*, domesticado por milenios de ocupación, arado, plantado y podado para responder a las necesidades y modas de los hombres. Aquélla era la mejor tierra de labor de todo el mundo *macht*; a veces se podían recolectar dos cosechas al año en torno a Machran. Era posible alimentar a un ejército, si se calculaba bien el momento de la siembra. E incluso en invierno, las granjas que moteaban aquella zona tendrían almacenes, establos y ahumaderos llenos de grano, aceite y ganado.

Aquéel era el problema.

Fueran cuales fueran las preocupaciones logísticas de Corvus en aquel momento, se desvanecerían en cuanto su ejército llegara hasta allí. Podría vivir de la tierra durante semanas, tal vez meses, sin preocuparse por sus líneas de aprovisionamiento en el este.

Todo se reduciría a un ejercicio de resistencia. Karnos no creía que fuera posible asaltar las murallas de la poderosa Machran mientras estuvieran defendidas, pero Machran era una ciudad grande, con más de cien mil bocas que alimentar. El problema llegaría cuando los ciudadanos empezaran a pasar hambre antes que el ejército de Corvus.

Habría que hacer algo al respecto, y a nadie le gustaría.

Se detuvieron para pasar la noche en un pueblo junto a la carretera, un lugar sin nombre con una apestosa taberna donde el menú estaba pintado en las paredes. Karnos gastó generosamente sus óbolos de plata grabados con el signo de machios, y habló con los habitantes en un rincón junto al fuego, mientras Gersic cepillaba a los caballos y hacía lo que fuera que hicieran los jinetes para mantener a los animales sobre sus cuatro patas.

La población local se reunió en la niebla humeante de la taberna y escuchó a Karnos contar la historia de la batalla que se había librado, según él una batalla dura y

encarnizada, en la que ambos bandos habían sufrido terriblemente, y en la que era dudoso quién había sido el vencedor.

Les dijo que los hombres de Machran, Arkadios y Avennos pasarían pronto por allí, que la guerra no había terminado, que tenían que mantenerse fieles a las costumbres de sus padres y no preocuparse por el usurpador Corvus; era una catástrofe pasajera, como un terremoto o una tormenta de verano.

No les convenció: pudo verlo en sus rostros. Ni siquiera su versión fuertemente censurada de la verdad podía disimular el hecho de que las fuerzas de la Liga estaban en retirada. Aquella noche durmió junto a su petate en el suelo de la mejor habitación, infestada de piojos, mientras se rascaba el empapado vendaje del hombro.

Gersic y él estuvieron en la carretera antes del amanecer, con el vino de la noche martilleando en las sienas de Karnos, y el pueblo bullendo de aprensión detrás de ellos. Por una vez en su vida, Karnos se encontró deseando haber mantenido la boca cerrada.

Más días, grises por la lluvia y la fatiga. El caballo bajo su cuerpo era la única cosa cálida en el mundo. Se detuvieron en Arkadios, ya a mitad de camino de Machran, y allí Karnos fue recibido por la Kerusia, que le permitió hablar ante la asamblea. Midió las palabras más cuidadosamente, y no trató de disfrazar la derrota.

Habló abiertamente de la carnicería en la llanura de Afteni, del hecho de que sus hombres se retiraban hacia el oeste no para defender la propia Arkadios, sino para sumarse a la defensa de Machran.

Le gustaban los arkadianos. Eran un pueblo animado y sofisticado, muy parecido al suyo, y si uno pudiera asignar un personaje concreto a toda una ciudad, Arkadios sería un hijo menor díscolo. La asamblea arkadiana tenía fama de ser ruidosa y voluble, y Karnos recibió insultos y alabanzas mientras permanecía en el anfiteatro de mármol junto al ágora. Pero también lanzó puyas, disfrutando de la oportunidad de lucir su ingenio, jugando la carta de su herida y de la violencia de la batalla, que se iba convirtiendo en una serie de imágenes fijas en su mente.

No les convenció, pero se ganó su respeto. Tuvo que hacer una concesión, sin embargo: si los arkadianos defendían Machran, Machran tenía que acoger a los arkadianos que decidieran huir de su ciudad y confiar en las murallas de Machran. Accedió, sabiendo que hacía un movimiento imprudente. Lo había intentado con demasiada intensidad en la última jugada, y había derribado del tablero unas cuantas de sus propias piezas.

«En fin», pensó. «Para comer huevos, hay que romper las cáscaras».

De nuevo la carretera, conversando con su resistente caballo. El hombro le dolía menos. Bajo los vendajes, su herida se había cerrado, y ya no estaba caliente.

La lluvia cesó al fin. Por toda la inmensa depresión de tierra que le rodeaba, el sol se reflejó en miles de salpicaduras blancas de luz acuosa, y el verde volvió a aparecer en el mundo. Gersic y él cruzaron las ciudades del interior: Lomnos, Verionin, Mas Gethir, Gan Brakon. Aquella era la zona más poblada del mundo que Karnos conocía. Sus habitantes se consideraban ciudadanos de Machran, y tenían voto en sus asambleas. Estaba prácticamente de nuevo en casa, y la idea de un baño caliente, con su cama y Polio para cuidar de sus necesidades actuó como un potente estímulo sobre su agotado cuerpo. Obligó al caballo a avanzar más aprisa, pensando en los hombres que venían tras él por la carretera, en todo lo que sería necesario hacer a su llegada.

Así y todo, frenó su agotada montura cuando la propia Machran apareció finalmente ante su vista, al otro lado de las tierras de cultivo al oeste, con las Harukush irguiéndose en el reluciente cielo de detrás. Al borde de la carretera había un antiguo hito de piedra, grabado con una escritura tan antigua que los hombres ya no la entendían. La vista de la ciudad desde aquel punto era famosa, y se sabía que los paletos del este se quedaban allí a contemplarla con la boca abierta.

La ciudad había recibido el sobrenombre de Machran de las Blancas Murallas, aunque la mayor parte del mármol que les daba aquel color había sido retirado con el paso de los siglos. Las murallas tenían la altura de cinco hombres, y las torres el doble. Median dieciséis pasangs de longitud, rodeando un espacio abigarrado en forma de huevo alargado. Había dos colinas en el interior, enormes montículos sobre los que se había construido una y otra vez desde tiempos inmemoriales. Al oeste, la Colina Redonda, una elevación cónica donde se concentraban los barrios más ricos de la ciudad con sus espaciosas calles. Al este, la colina de la Kerusia, en cuyas laderas tenía su hogar el propio Karnos.

La leyenda decía que las dos colinas habían sido dos pueblos separados que se enfrentaban continuamente, hasta que algún espíritu brillante les había sugerido que se encontraran en el valle que las separaba para solucionar sus diferencias. Aquella hondonada pantanosa se había convertido en el lugar de encuentro de las dos comunidades, hasta que crecieron y se mezclaron.

Había habido un río antaño, que desembocaba en el Mithos, pero había sido cubierto largo tiempo atrás, y se había convertido en la principal alcantarilla de la ciudad. Y, en respeto a la antigua tradición, el Empirion estaba en aquella hondonada. Karnos podía distinguir su cúpula reluciendo bajo el sol invernal. Un lugar de cultura y entretenimiento y, más prosaicamente, un lugar donde la asamblea podía reunirse cuando el tiempo era especialmente malo.

No lejos de allí estaba el Amphion, la sede del portavoz, donde la asamblea se reunía en sesión ordinaria para oír a sus líderes debatir los asuntos del día. El fondo pantanoso del río se había convertido en el núcleo de poder y gobierno de la más grande de las ciudades macht. Y la única, según decía la leyenda, que nunca había sido conquistada, ni por asedio ni por asalto.

La ciudad tenía cinco puertas, y Karnos estaba frente a la principal del sur, también conocida como Puerta de Avennon, por el distrito en el que se encontraba. Las puertas eran antiguas, construidas de roble reforzado con bronce. Tal era el prestigio de Machran que Karnos no podía recordar haber visto aquellas puertas cerradas en toda su vida. Incluso de noche, los carros y carretas de los campesinos entraban y salían, cargadas de mercancías, muebles, calabazas, esclavos, perros de caza... y también de avaricia y de sueños, en dirección a los mercados más ricos del interior: el Mithannon, el Goshen y el de la Colina Redonda. Eran lugares donde todo se podía conseguir por un precio, desde una cuchara de hojalata a la virtud de una mujer.

Y en aquella gran ciudad, aquella colmena hirviente y amurallada de comercio y actividad, había algo tan escaso que ya casi no tenía precio. El coraje de los hombres dispuestos a luchar.

Habían dejado atrás a mil lanceros al marchar para enfrentarse a Corvus al oeste de Hal Goshen, y Karnos había confiado a los otros miembros de la Kerusia, Dion y Eurymedon, la tarea de reclutar a más. Pero el verdadero mercenario de capa escarlata era una criatura escasa aquellos días. Era posible contratar a supuestos guerreros entre la escoria y los vagabundos que circulaban por la ciudad como el grano por los intestinos de un hombre, pero no eran los centones bien entrenados y disciplinados de la generación anterior. Los verdaderos mercenarios eran ya imposibles de encontrar, al menos en un número significativo.

«Pero yo tengo a mis Diez Mil, igual que Rictus», pensó Karnos. «Tienen que ser suficientes. Serán suficientes».

Pateó a su caballo y galopó por la larga pendiente en dirección a su ciudad, olvidando la fatiga de la carretera.

## *Los asuntos de los hombres*

De nuevo en marcha, el ejército de Corvus no ofrecía un aspecto muy marcial. Excepto por la ausencia de mujeres, se parecía más a una migración masiva que a una formación militar. Los hombres estaban arrebujados en sus capas, la mayoría descalzos a pesar del frío, y docenas de ellos se apartaban de la columna para aliviarse, agazapados entre el barro y el agua salpicada por la lluvia de la llanura. Incluso los jinetes de los Compañeros iban a pie, tirando de sus cabizbajas monturas junto al flanco de la columna principal. Las llamativas capas de los kefren estaban empapadas y manchadas de barro, con lo que se mezclaban con el desolador paisaje. La columna principal avanzó a lo largo de la línea de la carretera imperial durante más de doce pasangs, dejando al tren de intendencia todavía más atrás. Sólo en la vanguardia había cuerpos compactos de tropas en formación, como un puño apretado al extremo de un brazo marchito. Eran los Cabezas de Perro de Rictus y los igranianos de Druze. Avanzaban junto a los exploradores, que viajaban en grupos dispersos. Los Cabezas de Perro llevaban las capas rojas dobladas sobre los hombros para mantener sus bordes fuera del agua, y los escudos colgados a las espaldas; sus superficies de bronce empezaban a verdear con la humedad.

—Considerándolo todo —dijo Fornyx—, prefiero el invierno en las tierras altas. —Se rascó la barba, haciendo caer gotas de lluvia.

—No servirá de nada empujar al ejército de este modo —dijo Rictus—. Si dependiera de mí, nos acuartelaríamos para el invierno en Afteni. La tierra es muy rica por aquí. Podríamos mejorar las carreteras hacia el este y consolidar la conquista en lugares como Hal Goshen. Hacer bien las cosas.

—Teresian ahorcó a tres desertores que capturó ayer —dijo Fornyx—. Reclutas de Goshen. Diez minutos en el ejército, y ya echaban de menos su casa. Es un cabrón sanguinario. Me recuerda a ti hace quince años.

—Las reglas son las reglas —dijo secamente Rictus, frotándose el brazo herido—. Corvus hace las suyas.

—Bueno, supongo que le han servido para llegar hasta aquí.

Druze se reunió con ellos, apoyado en su jabalina como si fuera un bastón. El dolor le había trazado unas arrugas en torno a los ojos que no habían estado allí antes.

—¿Habéis oído la noticia? Karnos está vivo, después de todo.

Rictus no se sorprendió.

—Ese tipo es un superviviente nato.

—Se dice que está en camino hacia Machran. Los aftenos pueden haberse rendido, pero algunas de las ciudades del interior se mantienen fieles a la Liga, y sus hombres marchan con él.

—¿Cuántos? —preguntó Rictus.

—Los suficientes para presentar batalla.

—Parece que nuestra entrada triunfal en Machran va a ser problemática —dijo Fornyx, y escupió en el barro.

—¿Qué se propone hacer, Druze? —preguntó Rictus.

—¿Tú qué crees? Es Corvus. Les perseguiría hasta el infierno si estuvieran allí burlándose de él. Recordad lo que os digo, hermanos, antes de que acabe el mes estaremos sentados delante de Machran, mirando esas grandes murallas blancas y preguntándonos cómo llegar arriba.

—No se puede asaltar Machran, nunca se ha hecho. Es la ciudad más fuerte del mundo —protestó Fornyx.

—Razón de más para que lo intente —sonrió Druze. Palmeó a Fornyx en el hombro—. ¡Anímate! Así es cómo se hace historia.

El ejército siguió adelante. Los hombres abandonaban mucho antes del amanecer las mantas empapadas y los campamentos donde no había descanso ni alegría, para emprender la marcha mientras masticaban cabra salada y galleta mohosa. Marchaban durante todo el día, aunque la palabra «marcha» era un término eufemístico para su avance agónico y entorpecido por el barro.

Más tarde, al caer la noche, acampaban; otro eufemismo para referirse a pasar la noche encogidos juntos sobre un barro que les llegaba a las rodillas, con las capas y mantas en torno a los hombros y los pies apuntando hacia el lastimoso fuego que lograban encender bajo la lluvia.

Corvus lo compartía todo con ellos. Las tiendas habían quedado atrás, con el tren de intendencia, pero una pareja de mulas llevaba la suya junto al cuerpo principal del ejército. La levantaba cada tarde con braseros brillantes y cálidos en su interior, y dedicaba una parte de cada noche a visitar a los que parecían pasarlo peor a causa de las enfermedades, el frío o las heridas. Los llevaba a su tienda y los acostaba sobre paja limpia, compartía con ellos su propio vino y una serie de anécdotas que nadie sabía que poseyera. No parecía dormir en absoluto.

Los hombres que pasaban la noche en su tienda eran pocos en número, considerando el tamaño del ejército, pero regresaban junto a sus camaradas renovados, contando cómo el general se había sentado junto a ellos para servirles vino, llenarles los platos de carne y pan frescos y dedicar tiempo a escuchar la historia de su vida.

Las buenas y malas noticias se transmitían a través de un ejército más rápido de lo que podía correr un hombre, y los esfuerzos de Corvus animaron a los hombres. Fue una maniobra hábil, y Rictus se maravillaba no sólo ante la facilidad de Corvus para manejar a tantos miles de soldados, sino ante la resistencia de aquel hombre, que nunca se rendía al cansancio ni perdía los estribos.

Los jóvenes de Hal Goshen, Goron y Afteni, reclutados por un ejército que había acabado con la independencia de sus ciudades, levantaban la vista para encontrar al hombre que había hecho todo aquello preguntándoles por el estado de sus pies y sus estómagos. Tras media hora de bromas, Corvus les palmeaba el hombro como si fueran antiguos camaradas con quienes hubiera compartido miles de hogueras de campamento, y desaparecía.

Eran envidiados por sus compañeros, y todo el mundo les pedía detalles del encuentro. Empezaban a sentirse parte de aquella masa enorme y brutal que era el ejército que les rodeaba.

El ejército necesitaba reforzar su cohesión. Cada vez había más lanceros reclutados. Algunos incluso habían combatido contra Corvus en la última batalla. Su trato de las ciudades conquistadas podía ser misericordioso según los valores macht, pero las órdenes de reclutamiento eran rígidamente impuestas. Demetrius, mariscal de la falange de reclutas, no era un hombre que admitiera una negativa por respuesta. Cuando imponía un reclutamiento forzoso, separaba a los centones de ciudadanos reclutados, repartiéndolos entre sus morai, rompiendo las identidades de las ciudades en las filas y creando nuevas lealtades en las formaciones resultantes.

Era un proceso eficiente pero duro, y casi cada mañana, cuando el ejército se ponía en marcha, dejaba atrás un cadalso con cadáveres colgando. Ser abandonado como carroña era el peor destino que un macht podía imaginar después de la muerte. La lección era deliberada, y había sido sancionada por Corvus, el mismo tipo sonriente que recorría las hogueras por la noche, preguntando por el estado de los pies de los nuevos reclutas. Se presentó en la hoguera de Rictus una noche, surgiendo en silencio de la oscuridad como una aparición.

En torno a las débiles llamas estaban los compañeros más habituales de Rictus, y algunos más.

Valerian estaba allí, y también Kesiro, como siempre; Fornyx, y Druze, que les visitaba

a menudo con noticias y chismes cuando el ejército se acostaba para pasar la noche. Rictus había llegado a apreciar al moreno igraniano, y Fornyx y él se habían convertido en una especie de rivales en broma, incapaces de decirse nada uno al otro que no contuviera alguna puya. Ambos lo sabían, y ambos lo disfrutaban. Todos escuchaban atentamente una historia particularmente sucia narrada por Fornyx, interrumpida de vez en cuando por las carcajadas de Druze, cuando se dieron cuenta de que Corvus estaba justo al borde de la luz, observándoles, su rostro convertido en una máscara blanca con una sonrisa pintada encima.

—Fornyx, no me mires así. No soy tu madre.

—No con esas caderas —replicó Fornyx—. Alto y poderoso señor, ¿por qué no te sientas y tomas algo de vino? He encontrado un odre en la carretera. Sabe a orines, pero también el agua que hemos estado bebiendo esta última semana.

Corvus vertió algo de vino en su boca y tragó.

—Es una variedad de Afteni, si no me equivoco.

—Creo que siguió al ejército durante un tiempo antes de tumbarse a morir —dijo Fornyx guiñando el ojo.

Corvus le devolvió el odre.

—Aquí y allá, si un odre de vino se va de paseo, no hay ningún problema, supongo. Mientras no se convierta en un hábito. Este ejército está formado por soldados, no por ladrones. —Sonrió.

La expresión ebria y perezosa abandonó al instante los ojos de Fornyx. Se sentó, hundiendo en el barro los dedos separados al incorporarse.

—Ladrón es una palabra muy fea, y que no debe emplearse a la ligera.

Los hombres en torno al fuego permanecieron en silencio, observando. La lluvia siseaba sobre los troncos más alejados de las llamas, y más allá se oía el zumbido de otras conversaciones en torno a otras hogueras, un murmullo de fondo. Pero allí parecía que hubiera sonado una campana llamando al silencio, y que todos estuvieran escuchando sus ecos.

—Creo que antes he meado en ese odre de vino —intervino Druze—. Tengo la polla tan encogida estos días que me ha entrado dentro. ¿Alguna vez has intentado follar con un odre de vino, Rictus?

Rictus sonrió, todavía pendiente de Fornyx y Corvus.

—Yo no. Estoy tan bien dotado como un asno. Prueba con Fornyx. ¿Alguna vez te has preguntado por qué ese cabrón tiene las piernas tan arqueadas?

Los hombres en torno a la hoguera estallaron en carcajadas, e incluso Fornyx echó atrás la cabeza con los demás. Rictus y Corvus se miraron, y ambos sonrieron falsamente, sólo con la boca.

—Jefe —dijo Rictus, levantándose con un fuerte gemido—, deja que te aleje de estos degenerados. Son animales maleducados. La mejor parte de ellos resbaló por la pierna de su madre.

Otro coro de risas e indignación fingida. El odre pasó de mano en mano en torno a la hoguera. Rictus tomó del brazo a Corvus; su bíceps era delgado como el de una muchacha, pero hecho de cable de acero.

—Vamos a dar un paseo por el campamento.

Corvus le acompañó. La lluvia caía sobre ellos en la oscuridad. Rictus estaba tan borracho como era posible a base de vino barato y raciones cortas. Rodeó los hombros del joven con el brazo bueno y, por algún motivo inexplicable, pensó en aquel momento en Rian, y en cómo le había besado el cabello en los pastos, sentados con Eunion mientras conversaban sobre el delgado joven que ahora caminaba junto a él.

«Me estoy haciendo viejo», pensó. «Los que ya son lo bastante altos para empuñar una lanza tienen edad de ser mis hijos. Este muchacho es un verdadero genio, y se tambalea al borde del desastre. Ahora lo veo».

Phobos, cómo las echaba de menos.

La bebida hacia que su mente emprendiera rutas que no deseaba explorar. Apretó a Corvus con más fuerza.

«Una vez tuve un hijo, muerto y quemado. No sería mucho más joven que este muchacho, si hubiera vivido. ¿Es eso lo que estoy haciendo aquí?»

—Esta noche he ahorcado a dos hombres —dijo Corvus—. Por saquear y violar. La hija de un granjero que han arrastrado hasta el campamento. —Su voz sonaba como un graznido tenso—. Se acerca el momento en que este ejército tendrá que vivir de la tierra, como una plaga de langostas. Soy consciente de ello, pero hay algunas cosas que nunca toleraré. Los hombres deben aprender esa disciplina ahora, si quiero que se mantenga más adelante, cuando las cosas se pongan más duras.

—Necesitas dormir —le dijo Rictus.

Corvus sonrió.

—A veces temo que, si me acuesto, cuando despierte el ejército habrá desaparecido, disperso a los cuatro vientos. Las cosas son más difíciles a medida que avanzamos hacia el oeste. En el este estábamos más cohesionados. Me gustaría que nos hubieras visto.

—A mí también —dijo Rictus con sinceridad—. Dime una cosa, Corvus; ¿cómo empezó todo? ¿Qué fue lo que te llevó a esto?

El otro hombre se detuvo y se volvió a mirarlo, con aquellos ojos que tenían una extraña luz en la noche.

—Nací para esto. Fui concebido en una guerra, y soy hijo de mi padre.

—¿Y quién fue tu padre?

—¿No lo sabes? ¿No lo has adivinado? Rictus, te creía más perspicaz.

—Estoy cansado y más que un poco borracho, Corvus. Hazme el favor.

Echaron a andar de nuevo, en torno al perímetro del gran campamento. Corvus dirigió una inclinación de cabeza a un centinela, habló con él y le llamó por su nombre.

—Mi padre perteneció a los Diez Mil, Rictus. Según dice mi madre, fue un gran líder, un buen hombre que murió sin necesidad. Su nombre era Jason de Ferai.

El brazo de Rictus resbaló de los hombros del joven. Se detuvo en seco.

—Tiryn —dijo—. Por la misericordia de Antimone, fue tu madre.

Lo recordaba. Lo recordaba. Casi había transcurrido un cuarto de siglo, y aún podía recordar los sucesos de aquellos días con imágenes brillantes como una piedra preciosa. La madre de aquel muchacho había sido una hermosa mujer kufr, concubina de Arkamene, abandonada y violada después de Kunaksa. Jason se había enamorado de ella, y ella de él; una de las parejas más improbables jamás vistas en historia alguna. Jason había decidido retirarse, abandonar la capa escarlata y la Maldición de Dios, y adquirir una granja en algún lugar al este del mar, para pasar el resto de sus días en paz, en algún oscuro rincón del Imperio.

Rictus sacudió la cabeza, desconcertado por la intensidad de los recuerdos.

—Tu padre —dijo con voz pastosa—. Fue como un hermano para mí.

—Y murió por causa tuya.

—Cierto. Yo era un muchacho estúpido sin autocontrol.

—Me lo dijo mi madre. Nunca te perdonó, Rictus.

—No la culpo por ello. ¿Es ése el motivo de que vinieras a buscarme, Corvus? ¿Es esto una especie de...?

—¿Venganza? —Corvus se echó a reír—. Amigo mío, he estado oyendo historias sobre ti desde que tuve edad para hablar. No guardo rencor por la muerte de un padre al que nunca conocí. Pero siempre deseé conocer al famoso Rictus, estar frente a frente con la leyenda y ver la verdad que había detrás de las historias.

Rictus sacudió la cabeza.

—Tú deberías saber mejor que nadie que las historias nunca son nada más que un eco

de la verdad.

—Le he conocido, y está a la altura de las historias, Rictus. Si no fuera así, ya estaría muerto. —Corvus se alejó un poco, hasta que la oscuridad pareció a punto de tragárselo—. Eres un hombre de honor, y conoces los excesos que puede cometer un ejército, en la victoria y en la derrota. Piensas como yo, Rictus, y odias lo que yo odio. Necesito hombres como tú ahora mismo. En los tiempos que se avecinan, te necesitaré todavía más.

Se frotó los ojos con el antebrazo, y de repente pareció un muchacho perdido en la oscuridad.

—He nacido entre dos mundos. Aún tengo que encontrar mi lugar entre los macht, mi propio pueblo. Y sin embargo, Ardashir y los Compañeros me consideran uno de los suyos.

—Eres afortunado en tus amigos, Corvus. Tanto como lo fui yo una vez.

—Es posible. Pero no tengo ningún lugar en el mundo tal como lo he encontrado, de modo que he decidido reformarlo. Los macht son... somos... bárbaros ignorantes, en comparación con la civilización que existe al otro lado del mar. Y el Imperio está cansado y en decadencia, pese a toda su riqueza, la antigüedad de su cultura y su diversidad. Creo que en ambos lugares se podría hacer algo mejor.

Rictus parpadeó, y los últimos restos del vino abandonaron su mente.

—¿Qué estás diciendo?

Corvus se dio la vuelta y sonrió. Volvió a adquirir de inmediato aquel extraño aspecto suyo, y el muchacho torturado se desvaneció por completo.

—Estoy pensando en voz alta, soñando despierto en la noche. No me hagas caso, Rictus. —Avanzó hacia el otro hombre—. Si estuvieras al mando del ejército, ¿qué harías ahora? ¿Cómo procederías contra Machran?

Rictus se frotó la barbilla, reuniendo sus pensamientos. Los ojos de Corvus fijos en él le resultaban inquietantes.

—Primero tomaría las ciudades del interior. Están deshechas en este momento, desmoralizadas. Deberían caer como fruta madura. Luego pasaría allí el invierno, dividiría el ejército en guarniciones acuarteladas en las ciudades principales, y me prepararía para atacar Machran en primavera. Para entonces, los nuevos reclutas se habrán adaptado, y los hombres estarán descansados y listos para otra batalla. Machran será una nuez dura de abrir. Debemos prepararnos para ello.

—Estoy de acuerdo. Pero si esperáramos a la primavera, las ciudades de la Liga que no hemos capturado y la propia Machran tendrían tiempo para recuperarse del golpe de la derrota. Lo más probable es que tuviéramos que hacer de nuevo todo el trabajo. Si tiene tiempo, Karnos reconstruirá la Liga; es un hombre de recursos.

—Entonces, ¿qué harías tú?

Corvus sonrió.

—Si yo fuera Rictus, haría lo que sugieres. Es lo más sensato. Pero soy Corvus. Avanzaremos hacia Machran con todo lo que tenemos, de inmediato, y sitiaremos la ciudad durante todo el invierno si es necesario. Quiero que todo esto haya terminado en primavera. Ahora los tenemos en retirada: quiero mantenerlos así.

Rictus sacudió la cabeza.

—No tenemos suficientes hombres.

—Los números no lo son todo, si un ejército está motivado por un solo espíritu, una sola idea. Hay algo que he descubierto sobre los macht desde que empecé a dirigirles y a pelear contra ellos, algo que los diferencia de los pueblos del Imperio. Los macht son capaces de luchar por una idea, una abstracción, si esa idea es lo bastante poderosa. Eso es lo que les convierte en un gran pueblo.

—Hará falta algo más que una idea para escalar las murallas de Machran.

—Oh, ya lo sé. Parmenios está trabajando en ello. Para ser un hombrecillo gordo con

los dedos manchados de tinta, tiene algunas ideas que te sorprenderían. —Corvus se volvió para alejarse—. Será mejor que continúe con mi ronda. Aún no he hablado con Ardashir esta noche... —Hizo una pausa y se volvió—. Rictus, ¿sabes por qué me odia Fornyx?

La pregunta pilló a Rictus desprevenido.

—Yo...

—Porque te quiere, y piensa que te he metido en esto bajo amenaza. Tú y yo sabemos que no es así. No hay ningún lugar en el mundo donde preferirías estar en este momento más que con este ejército.

Corvus levantó una mano, casi como un saludo, y se perdió en la oscuridad.

En los días que siguieron, la tierra se elevó bajo sus pies y la lluvia empezó a aflojar. Encontraron signos del ejército de la Liga en retirada: carretas rotas, mulas muertas y artículos personales abandonados cubrían las cunetas.

Con el cambio de tiempo, el humor de los hombres mejoró, y avanzaron a mejor ritmo. Para entonces, toda la comida saqueada en las reservas del campamento de la Liga había sido consumida, y estaban a media ración. Corvus autorizó finalmente una serie de expediciones en busca de provisiones a cargo de las tropas montadas de los Compañeros. Los dos mil jinetes se dividieron en media docena de columnas que peinarían el territorio a través de muchos pasangs a cada lado de la carretera imperial. Estarían fuera varios días, aunque Ardashir enviaría mensajeros al cuerpo principal para mantener informado a Corvus de los movimientos enemigos que pudiera observar. El ejército se había convertido en una inmensa horda, hambrienta y malhumorada, mantenida a raya por la personalidad de su líder y sus oficiales superiores. Los que habían participado en campañas anteriormente se tomaban las privaciones con filosofía, pero los nuevos reclutas estaban especialmente inquietos. Observando el trabajo de Demetrius en el campamento por las noches, siempre recorriendo sus filas como un maestro de escuela ciclópeo, Rictus recordó sus propios esfuerzos por mantener a los Diez Mil bajo control en su larga marcha al oeste. Era como agarrar a un lobo por las orejas.

El regreso de las columnas de Ardashir coincidió con la primera nevada en las tierras bajas de aquel invierno, unas leves salpicaduras de blanco que quedaron pronto hundidas en la tierra al paso de los miles de hombres.

Los jinetes llegaron al campamento a pie, tirando de sus monturas, pues los grandes animales iban cargados con lo recogido en las tierras de los alrededores. Con ellos trotaban rebaños de cabras, cerdos y vacuno, y aquella noche el ejército lo celebró como en un día de festival; los hombres construyeron asadores sobre las hogueras y se hartaron de carne fresca, pan recién hecho y el fragante aceite verde de los campos de Machran. La moral mejoró, y los centones reunidos en torno a las hogueras nocturnas empezaron a hablar de las riquezas de Machran y de cuál podría ser la parte que les correspondería.

Arkadios apareció en el horizonte, y el ejército formó para la batalla ante sus murallas. Los términos habituales fueron ofrecidos y aceptados con rígida formalidad por lo que quedaba de la Kerusia de la ciudad.

Pero fue una victoria pírrica. Los guerreros de la ciudad habían partido hacia Machran, junto con una gran parte de la población. Arkadios era una cáscara de sí misma, y la guarnición que dejó allí Corvus fue recibida con huraña hostilidad. Las mujeres de la ciudad escupían a los soldados de Corvus, y les aseguraban que su estancia sería corta.

El ejército siguió adelante, ya a buen paso, y los lanceros de leva empezaron al fin a integrarse en sus nuevas morai. Mantenían el paso de los veteranos, escuchaban sus historias, y empezaron a adquirir algo parecido al orgullo de sí mismos. Después de todo, formaban parte de algo trascendental e importante, testigos de uno de los

grandes momentos de la historia.

Más aún, pertenecían a un ejército con tradición de victoria. Los machi habían luchado entre ellos desde tiempo inmemorial; no les resultaba antinatural luchar contra los de su propio pueblo. Y al menos estaban en el bando vencedor.

Aún no habían considerado adónde podía llevarles la victoria, o los efectos que ésta podía tener sobre el mundo que conocían.

Corvus había arrojado a su ejército a las tierras del interior como una lanza. Por todos lados dejaban sin conquistar ciudades cuyos hombres habían sangrado en la batalla de Afteni, pero Corvus las ignoraba, incluso a la antigua Avennos en el sur. Llevaba una buena inercia, y las ciudades de la Liga estaban aprisionadas por el peso de su derrota. Las columnas de aprovisionamiento de Ardashir no informaron de ningún signo de resistencia organizada en las tierras de los alrededores. Las ciudades del interior habían cerrado sus puertas y esperaban acontecimientos. Aguardaban a ver qué ocurría ante las murallas de Machran.

Rictus y sus Cabezas de Perro iban en vanguardia con los igranianos como de costumbre, cuando una patrulla montada descendió al galope por la larga pendiente de delante y se detuvo justo frente a ellos. Corvus iba en ella, y también Ardashir, ambos con los ojos tan brillantes como si hubieran estado bebiendo.

Corvus levantó una mano.

—Rictus, adelántate. ¡Hay algo al otro lado de la colina que tienes que ver! Fornyx, haz correr la voz. Que todos los oficiales superiores acudan de inmediato al frente de la columna.

Fornyx levantó un brazo.

—Vete —dijo a Rictus—. No hagas esperar al enano.

—Vete a mear en una cuerda, Fornyx —dijo Rictus, y echó a correr colina arriba, con el pesado escudo golpeándole la espalda.

Se detuvo, jadeante, en la cresta de la colina. Allí se había reunido un grupo de jinetes, y Corvus había desmontado. Rictus conocía el lugar; había un hito de piedra a un lado de la carretera.

Machran se erguía en la distancia, como una gran mancha sobre la tierra. El humo de diez mil chimeneas ascendía para nublar el aire sobre la ciudad. Una vista famosa; en las obras de Ondimion había escenas situadas en aquel lugar, y Naevius había escrito una canción sobre él.

Corvus y Ardashir contemplaban el paisaje maravillados.

—Machran al fin —dijo Corvus—. Después de todo este tiempo.

Rictus lo comprendió de repente.

—Nunca la habías visto.

—Nunca; sólo había leído las obras, oído las canciones y escuchado a los hombres hablar de ella mientras bebían. Tengo mapas de esta ciudad; conozco su geografía como si estuviera escrita en mis sueños. Conozco a los hombres que la gobiernan, sus nombres y familias. Pero es la primera vez que la veo por mi mismo, y también Ardashir. He viajado durante años para llegar a este lugar, Rictus.

—Te deseo que lo disfrutes —dijo Rictus con una sonrisa. Allí estaba de nuevo el muchacho, con los ojos iluminados por las increíbles maravillas del mundo. Había algo... inmaculado en Corvus. Era más que el mero entusiasmo de la juventud; era una especie de apetito. Las nuevas experiencias de su vida siempre le resultarían vívidas, memorables y dignas del esfuerzo realizado, como un hombre con una sensibilidad especial para el vino, capaz de encontrar en él sutilezas y fragancias imperceptibles para los demás. ¿Cómo era el verso de Gestrakos? Eunion era muy aficionado a citarlo.

—Un hombre con pasión siempre encontrará la vida de su gusto —dijo Rictus en voz alta. Corvus se volvió hacia él de inmediato.

—Un hombre al que no le importa nada es un hombre que ya está muerto —dijo, terminando la cita—. Rictus, me sorprendes. No te creía un filósofo.

—Me lo recitó un amigo, hace mucho tiempo.

—Entonces era un hombre sabio. Para los soldados, las sentencias de Gestrakos son como una ventana a nuestras vidas.

La cabeza de la columna les alcanzó, y Fornyx levantó una mano para detener a los Cabezas de Perro. Tras ellos, la línea de hombres en marcha se extendía hasta donde alcanzaba la vista, y el débil sol invernal la recorría, levantando chispas y destellos en puntas de lanza, yelmos y escudos de bronce cargados sobre los hombros.

—¿A qué distancia estamos? ¿A cuatro pasangs de las murallas? —calculó Corvus—. Situaré la tienda del alto mando en la pendiente de delante. Rictus, tus hombres acamparán un pasang más adelante, con los igranianos de Druze. El resto se alineará detrás. Debo inspeccionar de cerca la línea de las murallas antes de decidir cómo situar al resto del ejército.

—Nos han visto —dijo Ardashir—. Mirad: están cerrando las puertas.

Rictus distinguió a duras penas la caída de las sombras en la muralla cuando la enorme puerta principal del sur se cerró lentamente en la distancia. Era algo que nunca había visto antes: Machran cerrando sus puertas. Contempló la interminable cadena de fortificaciones que recorrían la muralla a lo largo de tantos pasangs, y sacudió la cabeza ante la idea de asaltar semejante lugar.

—El campo está vacío —dijo Ardashir, cubriéndose los pálidos ojos con la mano—. No se ve ni un hombre ni un animal en varios pasangs.

Al parecer, Karnos ha preparado a la ciudad.

—No esperaba menos —dijo Corvus.

Montó en su caballo, y el animal (un castrado negro azabache que le hacía parecer un niño montado a su lomo) levantó la cabeza y resopló al captar su buen humor.

—Traed el tren de intendencia, y desplegad al ejército a lo largo de esta cresta, por si decide salir.

—No saldrá —dijo Rictus.

Corvus asintió.

—Lo sé; pero debemos demostrar que estamos listos para ello y además, ver a un ejército formar en línea de batalla es un espectáculo impresionante. Dará a los hombres de esas murallas algo en que pensar.

Se inclinó y palmeó el cuello de su inquieto castrado, murmurándole palabras en kefren. Luego se irguió y les dirigió a todos una amplia sonrisa.

—Hermanos —dijo—, hoy empieza el sitio de Machran.

## *Las puertas se cierran*

Karnos estaba sobre la muralla principal del sur, en cuyas entrañas se estaba cerrando la gran puerta, gimiendo y chillando como un ser vivo. Había dos docenas de hombres abajo empujando con los hombros, y media docena más vertiendo aceite de oliva sobre los anquilosados goznes.

A derecha e izquierda, las murallas de la ciudad estaban cubiertas de gente, miles de personas que habían subido a contemplar el ejército que se desplegaba en la distancia. Durante meses, había sido una simple idea para ellos, objeto de especulación, chismes y discusiones. Y ahora estaba allí, reunido al borde del gran valle en forma de cuenco sobre el que se encontraba Machran. Un hombre que caminara rápidamente podría llegar desde las murallas a las primeras líneas enemigas en media hora.

Al fin se había llegado a aquello, a aquella realidad brutal.

Dion y Eurymedon permanecían junto a Karnos en el puesto más alto de la torre. Dos ancianos que lo parecían aún más en aquel hermoso día de invierno, mientras el ejército victorioso de Corvus formaba en línea de batalla ante la ciudad, como para atormentarla.

Detrás del trío de miembros de la Kerusia estaban Murchos de Arkadios, cuya ciudad estaba ya perdida, y Tyrias de Avennos, o Gusano de Pergamino para sus amigos. Kassander estaba en las puertas, maldiciendo y animando a los hombres que trabajaban allí.

—No sé en qué está pensando —dijo Dion, y en su voz se percibía el temblor de la edad—. Ha formado como si fuéramos a presentar batalla.

—O a invitarle a entrar —gruñó Murchos, adelantándose para apoyarse en la piedra gris de las almenas. Irritado, apartó las capas de nieve de la piedra—. Cabrón arrogante. Se propone iniciar el sitio aquí y ahora, en mitad del invierno.

—Nunca le ha gustado perder el tiempo —dijo Karnos—. Ah, la impetuosidad de la juventud.

—Dejemos que se quede ahí mientras nieva, a ver qué le parece —dijo Tyrias—. Ha ido demasiado lejos. Podemos pasarnos aquí todo el invierno viendo cómo tiritan.

—¿Han salido los mensajeros? —preguntó Eurymedon. Era un hombre cadavérico, de barba gris y larga nariz roja. Parecía que estuviera resfriado, o que tratara de curarse con vino.

—Salieron anoche —dijo Karnos con un toque de impaciencia—. Está por ver si servirán de algo.

—Serán como un pedo al viento —dijo Murchos—. Los que están dispuestos a luchar se encuentran ya aquí, dentro de estas murallas. Los demás esperarán acontecimientos. No ocurrirá nada hasta la primavera, tal vez incluso después.

—Cierto —dijo Karnos—. Estamos solos, hermanos, al menos durante unos meses. Si hacemos un buen trabajo durante el invierno y conseguimos hacer sufrir un poco a ese muchacho, las ciudades del interior superarán su miedo y comprenderán que su destino está aquí con nosotros, exactamente igual que si se encontrarán sobre estas piedras.

—Hay muchas ciudades a las que les gustaría ver a Machran humillada —dijo Eurymedon con un resoplido.

—Ya lo veremos cuando las patrullas de aprovisionamiento de ese conquistador empiecen a recorrer los campos —le dijo Karnos—. Cuando les hayan saqueado los graneros unas cuantas veces, las cosas cambiarán, acordaos de lo que os digo.

Esperaba sonar más convincente para los demás que para sí mismo.

Durante toda la tarde, el ejército del conquistador se dedicó a hacer marchas y contramarchas. Cuando su desafío no fue aceptado, Corvus acampó sobre la carretera

imperial y, mientras la tarde invernal se convertía rápidamente en noche, la gente de la ciudad vio cómo una segunda ciudad cobraba vida en un millar de hogueras relucientes al sur y al este.

Los rezagados de las granjas adyacentes golpearon la puerta principal del este aquella noche y suplicaron ser admitidos en la ciudad, pero se les negó la entrada por temor a que estuvieran pagados por el enemigo. Se les ordenó probar suerte en la puerta del Mithannon, la más alejada del campamento de Corvus, y los granjeros maldijeron a los hombres de las murallas y levantaron a sus hijos para mostrárselos a los cautelosos centinelas. La carretera de Goshen estaba cerrada, con una mora de lanceros acampada sobre ella, y sus granjas eran saqueadas en busca de comida y ganado. Si se quedaban fuera, morirían de hambre, gritaron. Les ordenaron esperar a la luz del día y probar suerte en el Mithannon, y algún alma caritativa les arrojó unas cuantas tortas de pan y un odre de vino.

Karnos permaneció sobre las murallas hasta después de oscurecer, reacio a dejar que las multitudes le vieran marcharse. Finalmente, el número de personas disminuyó con la llegada de la noche y el creciente frío en el aire, y pronto no quedó nadie en las almenas, a excepción de los hombres armados cuya misión era recorrerlas.

Kassander se reunió con él. Su rostro estaba más delgado que antes, pero aún tenía la sonrisa lenta y fácil que parecía desmentir el rápido funcionamiento de su mente.

—Me habré muerto de aburrimiento antes de que esto acabe —dijo Karnos—. Especialmente si la Kerusia mantiene a esos dos viejos buitres pegados a mis talones.

—Cualquiera diría que no confían en ti —dijo Kassander.

—Tienen miedo. Los hombres asustados sienten la necesidad de intentar saberlo todo. Eran más felices en la ignorancia.

—A juzgar por el sonido de las calles, hay mucha gente ignorante ahí fuera esta noche. ¿Los oyes?

Karnos asintió.

—El Mithannon hierve como una charca llena de renacuajos. Los recién llegados de Arkadios y las demás ciudades quieren disfrutar de los placeres mientras haya placeres que disfrutar.

—Es lo propio de los hombres.

—¡Y es una gran idea! —exclamó Karnos. Palmeó a Kassander en un hombro—. Ven a cenar conmigo. Trae a tu hermana. Haré que Polio saque el vino bueno. Nos emborracharemos, y yo me pondré en ridículo; será como en los viejos tiempos.

Kassander sonrió.

—Acepto tu generosa invitación.

—¡Bien! Invitaré también a Murchos y Tyrias. Murchos sabe beber, y Gusano de Pergamino siempre tiene uno o dos poemas a mano para ayudar a preservar la civilización.

Kassander señaló con la barbilla hacia las distantes hogueras.

—¿No piensas que pueda intentar algo esta noche?

—¿Esta noche? Eso sería de mala educación; acaba de llegar. No, Kassander, nuestro amigo de ahí enfrente estará atareado haciendo planes esta noche. Han cortado dos carreteras de acceso a la ciudad, y les quedan otras tres. Esta noche Corvus hablará con sus amigos, igual que nosotros, planeando nuestra destrucción. Y, si tienen sentido común, también lo harán con una copa en las manos. Haré que Gersic se quede en las murallas y nos informe más tarde; de todas formas, está demasiado nervioso para dormir.

—¿No lo estamos todos? —dijo lentamente Kassander.

La villa de Karnos, en la ladera de la colina de la Kerusia, presentaba al mundo un aspecto de fortaleza. Construida en torno a un patio con una fuente, miraba más hacia su propio interior que hacia la ciudad, un detalle que Kassander había comentado más

de una vez.

En verano, Karnos ofrecía fiestas en torno a la fuente, y se sabía de invitados ebrios que habían acabado dentro de ella. Igual que su anfitrión. Pero con la llegada del invierno, las largas mesas se instalaban en el segundo salón, mucho más adentro, de modo que el sonido del agua se perdía, y en su lugar un fuego siseaba y crepitaba sobre una plataforma elevada de piedra a un extremo de la habitación. El humo salía por una serie de agujeros en el tejado. Los largos divanes sobre los que se sentaban o reclinaban los invitados, según sus preferencias, estaban situados unos frente a otros, y los esclavos llevaban comida a los comensales en bandejas de madera o platos de cerámica.

Así comían los ricos, y Karnos lo era. Nunca había olvidado los calderos comunitarios del Mithannon, donde una docena de personas metían las manos en la comida al mismo tiempo, y la sacaban a puñados en una especie de imitación del centos militar. Había jurado no volver a comer de aquel modo.

La comida era abundante pero sencilla. Karnos había adquirido gustos caros en muchas cosas, pero la comida no era una de ellas. Seguía confiando en las provisiones sencillas del campo: pan, vino, carne y queso de cabra. El vino, sin embargo, era minerio, una de las mejores variedades jamás elaboradas. Tyrias lanzó una exclamación al probarlo, y levantó la copa en señal de saludo.

—Acaban de sitiarnos, pero el principio es ciertamente prometedor —dijo.

—Pensé que era un vino adecuado para este día —le dijo Karnos.

Se incorporó sobre un codo y se volvió hacia la mujer sencillamente vestida sentada aparte de los hombres en una silla sin respaldo de cobre negro.

—Kassia, ¿estás segura de que te encuentras cómoda? Estos divanes fueron fabricados por Argon de Framnos; es como yacer sobre una nube.

La mujer, una hermosa dama de ojos oscuros con el amplio rostro de Kassander, le sonrió.

—No sería apropiado, Karnos. Además, he pasado suficientes veladas aquí para saber que probablemente acabarás tumbado.

Los hombres se echaron a reír, Kassander igual que todos.

—Mi hermana te conoce demasiado bien, Karnos —dijo.

—Es cierto. —Karnos la saludó con su copa—. Su sinceridad es tan refrescante como intoxicante su belleza.

—Tu adulación es como el vino —le repuso Kassia—. Necesita rebajarse un poco.

—Perdóname, Kassia. Cuando un hombre se ve deslumbrado por el exterior, a veces olvida los tesoros que relucen en el interior.

—Y ahora usas expresiones demasiado trilladas, Karnos. He oído frases mejores en obras de teatro callejeras.

—Es cierto que no he prestado a los clásicos toda la atención debida. Pero fue Eurotas quien dijo que el rostro de una mujer jamás da pistas sobre su corazón.

—Ondimion dijo una vez que citar obras de teatro era contaminar el aire con las ventosidades de otro.

—¿Eso dijo? Y yo que le consideraba un viejo pedante. Sin embargo, acabas de demostrar su afirmación.

—Existe un concepto llamado ironía; deja que te lo explique.

—¡Basta! —gritó Kassander—. Me gustaría que os casarais de una vez y acabarais con todo esto.

—Toda conversación inteligente acaba con el matrimonio, Kassander, y tú lo sabes —dijo Karnos, haciendo un gesto a un esclavo para pedir más vino—. En cuanto la mujer se ha metido en la casa, ya sólo se habla de dinero y niños.

Kassia miró de arriba abajo a la esclava que servía el vino de Karnos.

—Yo diría que ya tienes demasiadas esposas, Karnos.

—Tengo un gran corazón, señora —le dijo Karnos muy serio—. Necesita afecto, pero se marchita como una flor ante las brutalidades de la vida doméstica cotidiana. He construido un hogar donde puedo refugiarme de tales indelicadezas.

Los ojos de todos los hombres siguieron a la escultural muchacha de la jarra de vino mientras se perdía entre las sombras. Kassia suspiró.

—Eres un hombre grande, Karnos. La mujer que se casara contigo se engancharía a un proyecto de toda una vida.

—Y ésa —dijo Karnos triunfante— es la misma definición del matrimonio. Te doy las gracias, señora, por explicarlo de forma tan concisa.

Kassander se reclinó de nuevo en el diván.

—Si hubiera un incendio en el edificio, vosotros dos os quedaríais dentro discutiendo sobre quién lo provocó.

—Una discusión entre un hombre y una mujer es como hacer el amor sin orgasmo —dijo Tyrias con una ceja enarcada.

—Ahí lo tenemos; la ventosidad de otro —dijo Karnos—. ¿Es que la gente educada no puede conversar sin recurrir a los huesos de hombres muertos?

—Sois un hatajo de frívolos —gruñó el corpulento Murchos—. El mundo está en llamas a nuestro alrededor, Machran sitiada, nuestros destinos a merced del capricho de los dioses, y vosotros estáis aquí sentados, bebiendo vino y dedicándoos a los sofismas. Me alegro de que los hombres de las murallas no puedan oír lo que se dice en esta habitación.

—Si tuvieran la oportunidad, ellos harían lo mismo, aunque con un poco más de mal gusto —dijo Karnos despectivamente—. Mañana estaremos en las murallas y miraremos a Phobos a los ojos. Pero esta noche —vertió un riachuelo escarlata de vino sobre el exquisito mosaico del suelo—, ahí va una libación para el gentil Haukos del rostro rosado, dios de la esperanza y de los hombres que beben demasiado.

Su pálido hermano puede besar mi culo peludo... Disculpa, señora.

—Tu piedad es encantadora —dijo Kassia. Se levantó—. Caballeros, voy a dar una vuelta por el patio para aclararme la cabeza. —Se levantó el velo de los hombros y lo enrolló en torno al cabello.

—¡Ah, el sol se esconde! —gritó Tyrias—. Dulce Araian, ¿cómo puedes velar para mí tu reluciente rostro?

—Ponte la copa en la boca, Tyrias —dijo Karnos, y se levantó a su vez—. Señora, ¿quieres darme el brazo?

—¿Estará lo bastante firme para servirme de apoyo? —preguntó Kassia.

—Soy una roca —le dijo Karnos, balanceándose levemente—. Kassander, voy a pasear con tu hermana entre las sombras junto a mi fuente. Te aseguro que mis intenciones son inocentes.

Kassander agitó una mano.

—Llévatela, llévatela.

El aire frío golpeó a Karnos como un chorro de agua cuando la pareja abandonó la estancia iluminada por el fuego para pasar a la sombra azul del patio exterior. La fuente lanzaba salpicaduras de luna blanca al estanque y, al levantar la vista, Karnos se encontró mirando directamente a la pálida faz de Phobos, que observaba la ciudad como una calavera redondeada. Kassia se estremeció y se acercó más a él. Pudo sentir la calidez de su piel a través del fino peplos de seda.

—Phobos está llena —dijo—. Ésta es su estación.

Karnos la rodeó con un brazo y le acercó un poco la nariz a la sien para olerle el cabello, fragante y cubierto de seda.

—Kassia, estamos sanos y salvos, y hay diez mil hombres valientes entre tú y los bárbaros del otro lado de las puertas. —Inclinó la cabeza y la besó a través del velo.

Durante un segundo, la boca de ella cobró vida y le respondió, pero luego Kassia se

apartó, palmeándole un brazo.

—Siempre he oído decir que los hombres se toman libertades en tiempo de guerra —dijo. Y luego añadió—: Parece un mal augurio, con Phobos mirando.

—Cásate conmigo, Kassia —murmuró Karnos, mientras sus manos recorrían los brazos de la mujer, haciendo deslizar la seda sobre su piel. Sintió que se le ponía la carne de gallina.

—¿Otra vez con lo mismo? Has tenido a mi virtud sitiada durante años, Karnos. ¿Qué te hace pensar que mis murallas se rendirán ante ti ahora?

—Me amas, como yo te he amado todo este tiempo. ¿Qué mejor momento para admitirlo finalmente que ahora, cuando el mundo puede derrumbarse a nuestro alrededor?

Ella levantó la vista para contemplarlo, con aquella mandíbula fuerte que él amaba, con el coraje reflejado en su rostro amplio, y la luz de la luna que hacía que el velo que la cubría fuera tan traslúcido como la niebla.

—¿Va a derrumbarse el mundo a nuestro alrededor, Karnos?

Él vaciló un instante, con expresión sombría y los ojos fijos en los de ella. Luego esbozó su antigua sonrisa de bufón.

—¿Crees que esta ciudad puede caer mientras la defendamos tu hermano y yo? Somos los Phobos y Haukos de Machran.

Ella le cubrió la boca con una mano.

—No hables así.

—Los dioses también saben reír, Kassia —dijo él, besándole los dedos fríos—. Y Antimone ama a quienes lo arriesgan todo por amor a otro, ya sea un soldado protegiendo a su hermano en el campo de batalla, o un hombre que se pone el peligro por una buena mujer.

Ella levantó una mano y se la apoyó en el hombro, sobre el vendaje que aún cubría su herida.

—Habría muerto si no hubieras regresado a mí, Karnos. No harás que te ame más porque sangres en alguna batalla.

—Lo sé. Y por eso eres la única mujer para mí, Kassia. Sólo tú. Siempre lo has sido.

Ella se apartó de él, una sombra esbelta y erguida teñida de gris por la luz de la luna.

—Te haces el tonto para ganarte el corazón de la multitud, pero detesto verte hacerlo. Y te rodeas de esclavos para no sentirte solo; las únicas personas del mundo en quienes confías son el viejo Polio y mi hermano.

—Y tú.

—Si confiaras en mí, harías lo que te pido.

Él sacudió la cabeza en un gesto de impotencia.

—Se trata de quien soy. Mi manera de vivir...

—Es un escándalo que convierte tu nombre en el tema principal de conversación en todas las tabernas de la ciudad. Tú lo encuentras útil, yo lo detesto.

Karnos se encogió.

—No puedo abandonar a mi gente. Dependen de mí.

—Son tus esclavos, Karnos.

—Tú nunca has sido pobre, Kassia. No lo entiendes.

Ella se volvió bruscamente hacia él.

—Maldito idiota. Estás demasiado asustado para renegar de tu pasado por miedo al ridículo. ¡Cómo se extrañaría la multitud si Karnos de Machran se volviera respetable!

—Son sólo apariencias, nada más.

—No es cierto. Es algo que está en tu interior. Siempre serás el niño del Mithannon. Eres el portavoz de Machran, Karnos, el líder de la mayor ciudad al oeste del mar. No tienes nada que demostrar.

—Excepto a ti.

—Excepto a mí —dijo ella en voz baja. Volvió a acercarse a él—. Querido, eres mejor hombre de lo que todo el mundo piensa.

—Soy un cobarde y un bufón.

—Sentir miedo no es cobardía. No necesitas empuñar una lanza para demostrarme tu coraje. Sé lo que vales, Karnos; sólo quisiera que lo supiera más gente. —Se puso de puntillas y le besó—. Ahora vuelve con mi hermano. Pediré a Polio que me acompañe a casa.

Karnos regresó a la calidez del salón interior, donde los hombres estaban reclinados en los divanes con las copas a mano, y los esclavos permanecían junto a las paredes como estatuas atentas. Levantó su propia copa sin decir palabra, y Grania se adelantó a llenarla. La esclava le sonrió, pero el rostro de Karnos parecía de madera.

—Karnos —dijo Kassander—. Cuéntales lo de aquella vez que tú y yo ganamos el concurso de beber en el Mithannon. No me creen; tienen que oírlo de tus propios labios.

Karnos parpadeó. Su rostro cobró vida lentamente. La antigua sonrisa apareció sobre él.

—Fue el verano pasado, si mal no recuerdo... —dijo.

*El olivar*

El mundo blanco y limpio de las tierras altas había quedado atrás, y avanzaban colina abajo, siempre hacia abajo, entre las pequeñas granjas y los olivares de las afueras de Machran. Los olivos estaban negros bajo la luz invernal, y apenas parecían vivos; eran reliquias retorcidas de un verano olvidado.

Acampaban bajo ellos siempre que podían, para refugiarse de la lluvia, y Aise se llenaba las manos atadas con las hojas muertas del año anterior, restos quebradizos en forma de puntas de lanza. Las olfateaba, respirando el último aroma de la calidez del mundo.

El grupo se reunió en torno al fuego. Ona y Rian se apretaron contra ella como cachorros en busca de calor. Ona estaba pálida y su mirada parecía vacía, pero de vez en cuando su fuerte tos hacía que los hombres se sobresaltaran y maldijeran.

—Haz callar a esa maldita mocosa —espetó el llamado Bosca. Se frotó la cicatriz de su ojo, donde Styra había exigido el pago por su violación y asesinato—. Jefe, ¿de veras tenemos que cargar con esa mierdecilla? Ni siquiera tiene edad para follar.

Sertorius se estaba atando a los pies las correas de sus sandalias de suela gruesa. No levantó la vista.

—Háblalo con Phaestus, o cállate.

—Si tenemos que movernos en silencio, nos pondrá en peligro a todos.

Sertorius levantó la vista entonces. Miró a Aise y se encogió de hombros.

—Lo veremos cuando llegue el momento.

Phaestus llegó al campamento, al lado de su hijo. Su rostro se había petrificado, convertido en una calavera donde ardían sus ojos centelleantes. Estuvo a punto de caer delante del fuego, y Philemos le alcanzó un odre de vino flácido.

—No bebas mucho —dijo el corpulento Adurnos—. Es el último.

—Necesita algo de calor —protestó Philemos, y desenroscó el tapón, acercando el cuello a la boca de su padre. Phaestus se atragantó y tragó, y el líquido rojo le corrió por el cuello en hilillos.

—Está bien que hayas llegado hasta aquí —dijo Sertorius a Phaestus—. Durante un tiempo pensé que tendríamos que dejarte para los cernícalos y cuervos.

Phaestus controló su respiración jadeante.

—Todavía tengo fuerzas para terminar el trabajo.

—Debería ir sobre la mula —dijo Philemos, secando la boca de su padre.

—La mula apenas puede llevar a esa mocosa de la tos —gruñó Adurnos—. Unos días más, y morirá como la otra.

—Pero la carne estaba buena —dijo Bosca con una sonrisa. Adurnos y Sertorius rieron. Philemos miró al otro lado del fuego, en dirección a Aise y sus hijas. Eran espantapájaros de ojos huecos, con la carne pegada a los huesos y el cabello apelmazado de suciedad. El grupo llevaba diez días de camino, y los pasangs habían dejado su marca sobre todos, pero las tres cautivas habían llevado la peor parte.

Se abrió paso entre las hojas grises y se arrodilló frente a Aise, sosteniendo el odre.

—Tal vez la ayude.

Aise asintió, y sus ojos relampaguearon de gratitud. Levantó a Ona en sus brazos y acercó el cuello del odre a la boca de la niña.

Rian levantó el odre, ya casi vacío. Miró a Philemos.

—Gracias. —La palabra fue un susurro roto, nada más.

—Lo que le estás dando es tu parte, chico —dijo Bosca en voz alta—. Si quieres desperdiciarlo en ese coño de rata, es asunto tuyo, pero no esperes más.

—Muy bien —dijo Philemos, sin darse la vuelta. Sus rizos oscuros colgaban en cuerdas embarradas a cada lado de su cara. Miró a Aise, a Ona, que tragaba el vino y gemía, y

finalmente a Rian, que le devolvió la mirada directamente, con los ojos grises como una punta de lanza.

Philemos movió los labios, pero tomó el odre de manos de Aise sin decir nada.

El día cayó a su alrededor. La luz del fuego se volvió más intensa contra la oscuridad azulada del mundo.

—Hay granjeros que tienen sitios donde los cerdos duermen bajo techo, y nosotros llevamos no sé cuántas noches durmiendo en el suelo —dijo Bosca—. No veo el sentido de todo esto. Ya no estamos en las jodidas montañas.

—No sabemos lo que ha ocurrido desde que entramos en las colinas —dijo Phaestus—. Ni hasta dónde ha llegado el ejército de Corvus—. Emitía unos jadeos húmedos al respirar, y cuando Philemos le apoyó una mano en el brazo consiguió soltar una carcajada. —He pasado veinte años cazando en las tierras altas, y ahora una expedición de dos semanas me reduce a esto. Phobos debe tener sentido del humor.

—Phobos odia a todos los hombres —dijo Sertorius, masticando una tira de carne de mula asada con aire pensativo—. No sólo a ti. Eres viejo, Phaestus, y eso es todo. De joven, eras un cabrón duro de pelar, pero creo que las alas de Antimone están batiendo sobre ti.

—Mi padre os sobrevivirá a todos —dijo Philemos con fiereza, mientras el fuego se reflejaba en sus ojos.

—Es posible, pero lo dudo —dijo Sertorius, inclinando la cabeza a un lado—. Phaestus, ya estamos de nuevo en tierras civilizadas. ¿Qué distancia crees que hay hasta Machran?

Phaestus empujó a su hijo, se sentó ante el fuego, sacó el cuchillo y empezó a empujar los extremos no quemados de los troncos hacia el brillante núcleo de las llamas.

—Dos días. Tal vez menos, si vamos a buen paso.

—¡Bien, por las tetas de Antimone! Una buena noticia al fin. Retiro lo dicho, Phaestus. Aún te quedan años de vida en esos huesos. ¡Dos días! Basta para calentar el corazón de un hombre. —Sertorius sonrió. Se inclinó y palmeó el hombro de Phaestus—. ¿En qué dirección está Machran?

La mandíbula de Phaestus se movió. El aire entró y salió siseando de su boca.

—¿Ves ese árbol a mi derecha, Sertorius? En esa dirección está el norte, según el Puntero de Gaenion. —Sertorius continuó mirándolo—. Puedes orientarte en el mundo a través de esa estrella. Para nosotros, significa que el oeste está a mi izquierda. Donde esta sentada la mujer de Rictus; en esa dirección está Machran.

La cabeza de Sertorius se movió de un lado a otro, como la de un cuervo estudiando un gusano. Guiñó un ojo a Phaestus.

—Y es así de simple.

Phaestus asintió.

—Así de simple. —Parecía un hombre demasiado cansado para que le importara nada.

—Viejo amigo, esto exige algo fuera de lo ordinario. —Sertorius se levantó, se dirigió al borde de la hoguera y tomó la brida de la mula. El animal resopló por la nariz cuando lo acarició—. Mi pequeña guardadora de secretos. Dame un beso. —Acercó la nariz al hocico de la mula.

—Eres un cabrón extraño, jefe —dijo Adurnos.

Sertorius pasó las manos sobre la mula, con los ojos oscuros como endrinos a la luz del fuego. Luego se apoyó en ella, con un brazo en torno a su lomo. El demacrado animal aguardó pacientemente, con las orejas gachas.

—Confío en esta pobre bestia más que en cualquiera de vosotros.

¿Sabéis por qué? Porque la muy jodida no habla.

Se volvió, tomó un paquete del suelo y empezó a rebuscar en su interior.

—Ahí está la última comida que queda, jefe —dijo Bosca, frunciendo el ceño con aire

incierto.

—Por eso dije que no lo tocara nadie más que yo —replicó Sertorius—. Mirad lo que traje de la residencia campestre del gran Rictus, chicos. Lo he guardado para cuando estuviéramos fuera de esa maldita nieve.

Era un odre lleno de vino. Sertorius lo arrojó hacia el fuego.

—Vamos, muchachos. Creo que nos lo hemos ganado.

Bosca y Adurnos rieron como niñas enormes y forcejearon unos momentos por el odre hasta que Bosca cedió ante la corpulencia de Adurnos. La nariz rota del hombretón le hizo sorber y resoplar mientras se vertía el líquido en la boca, con los ojos cerrados.

—No bebas demasiado, amigo —jadeó Phaestus—. Hay suficiente para todos.

Adurnos se detuvo para respirar. El vino le manchaba de rojo los dientes.

—Que te jodan, viejo —dijo.

Aise estaba sentada con la espalda apoyada en el árbol. La luz del fuego aún le tocaba los pies, pero el resto de ella estaba sumido en la oscuridad. Ona dormía, resoplando y gimiendo contra ella, mientras que al otro lado Rian estaba rígida como un arco tensado.

Aise y Rian estaban atadas con cuerdas de cuero fijadas a largos postes de madera clavados en el suelo al lado de Sertorius. Sus muñecas estaban ensangrentadas e inflamadas, cubiertas de costras y magulladuras como carne cruda, pero ya apenas notaban el dolor.

Phaestus dormía, envuelto en sus mantas y en las de su hijo. Gemía y murmuraba en sueños, con los músculos moviéndose en su cara y cada tendón tenso contra la piel. Había enfermado poco después de su partida de Andunnon, y Aise sabía que llevaba varios días orinando sangre. Philemos montaba guardia sobre él como un perro protector, observando a los otros tres hombres junto al fuego.

Los tres estaban ya borrachos, y el odre casi vacío. El fuerte vino que Aise y Rian habían pisado en la gran tinaja el verano anterior, con las uvas estallando y rompiéndose bajo sus pies desnudos. El último resto de una vida destruida.

Sertorius, Bosca y Adurnos. Estaban sentados juntos, ya sin fanfarronear ni bromear, con el vino afectándoles la cabeza y enviando sus pensamientos en otras direcciones.

El silencio cubrió el pequeño campamento, interrumpido sólo por los chasquidos y siseos de la madera húmeda en el fuego, la respiración en estertores de Phaestus y los gemidos de la niña dormida junto a Aise.

—¿Qué tiene de especial ese tal Rictus para que sus zorras sean importantes en Machran? —preguntó Bosca. A la luz del fuego, su rostro barbudo parecía una máscara de pelo.

—¿Nunca has oído hablar del gran Rictus de Isca? —dijo Sertorius—. Jodido ignorante; dirigió a los Diez Mil. Es un héroe, un mercenario de capa roja duro como una piedra, que tiene su propio ejército.

—¿Y lo arriesgará todo por estas tres? —preguntó Bosca—. ¿Es estúpido, o algo así? Sertorius sonrió.

—Es algo que tú no puedes entender, Bosca. Un hombre de familia. Un hombre de honor. Phaestus cree que Rictus haría cualquier cosa por mantener a sus mujeres a salvo.

El corpulento Adurnos estaba recorriendo con la vista a Aise y Rian.

—No son tan guapas como antes, pero me gusta la joven. Me apuesto algo a que nunca se la han tirado. Esas chicas de las colinas empiezan tarde.

—¿Eso crees? —dijo Bosca con una sonrisa amarillenta—. ¡Phobos! No puedo recordar la última vez que la metí en el coño de una virgen. —Se volvió a Sertorius—. ¿Qué dices tú, jefe? Hemos sido buenos. ¿Y si nos dejas probarlas un poco antes de que tengamos que entregarlas?

Sertorius parpadeó lentamente. Miró a Aise y Rian a través del fuego, con los ojos

negros y fríos como piedras. Parecía dar vueltas a la idea en su mente.

—No veo qué daño podría hacer —dijo al fin.

Philemos sacudió violentamente a Phaestus.

—¡Padre! ¡Padre, despierta!

Rian se apretó más contra su madre. Su rostro estaba tenso y pálido bajo la suciedad que lo cubría.

—No —susurró.

Los tres hombres al otro lado de la hoguera se incorporaron.

—Tú puedes ser el primero, jefe —dijo Adurnos—. Es lo justo; guardaste ese vino para nosotros.

—Nos dedicaremos a la vieja mientras tú estás con la chica —dijo Bosca—. Aún tiene una cara bonita.

Aise y Rian trataron de levantarse, constreñidas por las correas de cuero que les inmovilizaban las muñecas. Ona despertó y emitió un débil grito, y luego se agarró a las rodillas de su madre.

—¡No! —gritó Philemos. Abofeteó a su padre en el rostro. Phaestus se movió lentamente.

El muchacho se levantó con un gruñido, sacando el cuchillo.

—¡No las toquéis, malditos animales!

Sertorius sonrió.

—Cuidado, hijo. Puedes cortarte con ese cuchillo.

—Sal de mi camino, mierdecilla —gruñó Bosca.

Phaestus estaba despierto. Se puso a cuatro patas con gran esfuerzo, vio lo que ocurría y se levantó apoyándose en la lanza. Luego sostuvo el aichme en posición horizontal.

—¿Qué es todo esto, Sertorius?

—Nada por lo que merezca la pena alterarse, amigo. Contén a tu hijo. Tiene buen corazón, pero no me gusta que nadie me amenace con un cuchillo, y si no lo guarda habrá sangre. Te lo advierto.

Un segundo de silencio. Las chispas crepitaban en el fuego.

—Phaestus —dijo Aise con calma—. ¿Vas a permitir esto?

Phaestus permaneció inmóvil. El peso de la lanza le hacía temblar los brazos, y el sudor le corría por los lados de la cara.

—Padre...

—Cállate, Philemos. Guarda el cuchillo. Si te enfrentas a Sertorius, estarás muerto antes de que puedas ni siquiera parpadear.

—Escucha al viejo, chico —dijo Sertorius—. Tienes un buen fondo, puedo verlo. No vale la pena luchar por esto.

—Padre —dijo de nuevo Philemos. Miró a Phaestus, y había lágrimas en sus ojos—. No puedes permitirlo.

—Estamos en tiempo de guerra, Philemos. Estas cosas ocurren. Así es el mundo.

Philemos se volvió y miró a Aise y a Rian. Estaban inmóviles, mudas.

—La chica no —dijo al fin, con la desesperación quebrándole la voz—. Dejadla en paz.

Bosca lanzó una carcajada.

—De modo que éste es su juego, ¿eh? Quiere la carne más tierna para él.

Philemos se dirigió a las mujeres agazapadas al otro lado de la hoguera. Se arrodilló a su lado.

—Lo siento —susurró a Aise. Luego sacó el cuchillo y cortó las ataduras que anclaban a Rian a los postes. Agarró el trozo de correa y la arrastró detrás de él, situándose junto a su padre. Levantando la voz, dijo—: Ésta es mía.

—Pequeño cabrón presumido, ¿crees que puedes quedarte la mejor parte para ti solo?

—dijo Adurnos. Se lanzó hacia delante, buscando su propio cuchillo.

La punta de lanza giró, haciendo que se detuviera de golpe. Phaestus la sostenía a la altura de la cintura.

—Mi hijo sabe lo que quiere. Dejad que lo tenga. —El rostro de Phaestus era firme y duro—. Tomad a la mujer, si es necesario. La chica es de Philemos.

Sertorius se golpeó el muslo.

—¡Bien hecho, chico! —rio—. ¡No creí que fueras capaz!

Pasó junto al fuego, levantó a Aise y cortó sus cuerdas. La miró a los ojos.

—Tendrás que dedicarte a todos nosotros.

—¡Madre! —gritó Rian, y Ona empezó a llorar.

Aise se inclinó y besó a su hija menor.

—Todo está bien, cariño. Ve con Rian. Yo estaré bien.

Rian trató de lanzarse contra Sertorius, pero Philemos la contuvo.

—No lo hagas, por los dioses.

Ona se acercó a su hermana, y Rian enterró el rostro en el hombro de la niña, sollozando.

—Vamos, cariño —dijo suavemente Sertorius—. Ven con nosotros a la oscuridad. No somos bárbaros: no queremos que tus hijas lo vean.

Los tres hombres se reunieron a torno a Aise. Bosca le agarró el vestido por el hombro y tiró de él. La tela se rasgó y se deslizó por su torso.

—Muy bonito —dijo Adurnos. Le agarró uno de los pechos y le clavó los dedos.

—Yo seré el primero —dijo Sertorius.

Los tres arrastraron a Aise más allá de la luz del fuego, hacia la húmeda oscuridad del olivar.

***Tercera parte***  
*El corazón de la guerra*

## *El último mercenario*

Rictus apoyó una rodilla en el frío barro. La madera bajo su mano crujió cuando descansó sobre ella todo su peso. Su aliento se helaba a la luz de la luna.

—Esperad —dijo en voz baja—. La nube está regresando.

Por encima de sus cabezas, el viento removió los jirones rotos de nube negra a lo largo del cielo. A través de las rendijas, el pálido Phobos miró hacia abajo, y Haukos resplandeció rojo y bajo en el horizonte, casi oculto.

Rictus oprimió la madera de la escala a su izquierda y movió la cabeza de un lado a otro, asintiendo al distinguir el resplandor animal de los ojos de Ardashir junto a él. El alto kufir sonrió, un destello de dientes a la temblorosa luz de la luna. La visión de Rictus estaba muy limitada por la cáscara de bronce de su yelmo. Deseaba quitárselo, pero sabía que lo necesitaría en la tarea que le esperaba.

A su derecha, Druze estaba agazapado con una hilera de hombres junto a otra escala. A lo largo de cientos de pasos, había una hueste de hombres arrodillados en el gélido barro, formados en torno a las escalas de asedio como las patas de un ciempiés. A medio pasang por delante, las murallas de Machran se erguían enormes y negras en la noche, sólidas como un acantilado.

Rictus abogó un estremecimiento.

—Esos cabrones perezosos deben de estar medio dormidos —dijo Druze—. Un solo destello de luna y seremos tan visibles como una mierda encima de una mesa.

—Vamos, Rictus —dijo Fornyx detrás de él—. Druze tiene razón. Despertaran en cualquier momento.

—Esperad a mi orden —dijo Rictus—. Recordad el plan.

Una oleada de gritos en la noche, a su izquierda.

—Ése es Corvus —dijo Ardashir—. Está empezando.

—Dadles un momento —siseó Rictus a los hombres que le rodeaban. Podía percibir su impaciencia, el ansia de todos los soldados de empezar de una vez y acabar con aquello.

El tumulto al sur y al oeste creció, levantándose para romper la quietud de la noche invernal. Pudieron verlas antorchas corriendo a lo largo de las murallas, y alguien empezó a golpear un gong de bronce.

—Ésa es su alarma —dijo Fornyx—. Rictus, ¿quieres que me mee encima? Vamos.

Rictus sonrió en el interior del yelmo. Se puso en pie, tirando de la pesada madera de la escala.

—Muy bien, señoritas, arriba. Moveos rápido y en silencio.

Las hileras de hombres cargados con escalas se levantaron y se las echaron a los hombros. Rictus iba al frente de la suya, y el resto lo seguía. Se dispersaron al acercarse a las murallas; una multitud de hombres cargados, con los centones entremezclados. Cabezas de Perro, igranianos y Compañeros, todos moviéndose juntos en la oscuridad.

Estaban a unos cien pasos de la base cuando fueron vistos. Alguien gritó y sostuvo una antorcha encendida sobre las almenas, mirando abajo y agitando el brazo.

—Joder —dijo Rictus—. Rápido, chicos. La fiesta ha empezado.

Ardashir se apartó de la línea de portadores de escalas. Levantó el arco de su hombro y tomó tranquilamente una flecha del carcaj en su cadera. Los demás pasaron junto a él a la carrera.

El hombre de la antorcha en la muralla gritó, la soltó y retrocedió tambaleándose. La antorcha cayó al suelo de abajo, y Rictus le clavó los ojos; era un punto de referencia en la noche, algo que le permitiría no desorientarse.

Estaban en la base de la muralla. Rictus soltó su extremo de la escala.

—¡Arriba! —gritó—. ¡Moveos mientras empujáis!

La pesada madera reforzada con hierro de la escala de asedio ascendió cuando una veintena de hombres la levantaron. Los hombres avanzaron mientras la escala se elevaba, hasta chocar contra la muralla por encima de ellos. Todos se concentraron junto a la base.

—¡Separaos un poco, en nombre de Phobos! —dijo Fornyx.

Rictus suspiró, sintiendo el siseo áspero y sonoro del aire en el interior del yelmo. Desenvainó la espada (llevaba una pesada drepana) y se arregló el escudo sobre la espalda. El peso del bronce le pareció casi imposible de manejar al apoyar un pie en el primer travesaño y empezar a subir. Se alegró de llevar su yelmo, y se encogió instintivamente mientras ascendía, esperando sentir en cualquier momento el impacto de una piedra o flecha.

La escala se doblaba y sacudía debajo de él al ir recibiendo el peso de un hombre tras otro. La quietud de la noche se había roto por completo, con voces de hombres gritando de miedo y furia a lo largo de las murallas. En una batalla, los hombres gritaban hasta quedar roncos y ni siquiera se daban cuenta de que estaban haciendo ruido.

Rictus también lo había hecho. Pero no aquella noche. Estaba demasiado concentrado en trepar con una sola mano cargado con toda la panoplia. Para los hombres de detrás sería aún más difícil, pues en los travesaños habría barro que haría resbalar sus pies.

Otras escalas en las murallas a derecha e izquierda. Habían construido cincuenta durante los dos últimos días, derribando un hermoso bosquecillo de plátanos para la madera, y martilleando el hierro que las reforzaría en las forjas de campaña, usando herraduras de repuesto.

Al otro lado de la elevación que descendía hasta las murallas de la ciudad, Corvus y Parmenios, su rechoncho secretario, habían construido una especie de cruce entre fábrica y aserradero, y los hombres trabajaban allí por turnos, día y noche. Habían talado taenones enteros de bosque y reunido todos los trozos de hierro que pudieron encontrar en las tierras de alrededor, desde cuchillos a arados. Nadie estaba del todo seguro de qué estaban haciendo: algo más grande que aquellas escalas, eso era seguro.

Pero las escalas eran el modo más económico de poner hombres sobre las murallas de la ciudad. Tenían que intentar un asalto rápido antes de empezar el asedio, había dicho Corvus. Aunque no tuviera éxito, el ataque pondría nerviosos a los defensores y daría experiencia a los atacantes.

Experiencia, pensó Rictus, mientras jadeaba y aferraba los travesaños de madera con tanta fuerza que le dolían los huesos. La experiencia estaba sobrevalorada. Si uno quería que los hombres hicieran algo como aquello de buena gana, era mejor mantenerlos en la ignorancia.

Levantó la cabeza y miró hacia arriba, todo un gesto de coraje. Había cabezas recortadas en las almenas encima de él. Vio un par de brazos levantados.

¡Phobos! Se apartó a un lado; la pesada piedra rozó el borde de su escudo y golpeó de lleno en la cara del hombre de detrás. El tipo ni siquiera consiguió articular un grito con su destrozada boca antes de echarse hacia atrás y desaparecer. En su caída, golpeó al hombre de debajo y le apartó los pies de los travesaños. El segundo hombre quedó colgando de una sola mano. Rictus vio el terror en sus ojos, relucientes en la ranura de su yelmo, y luego desapareció también, estrellándose contra la multitud de abajo.

Rictus se sentía pesado, agotado y débil. Un terror frío diluía la sangre que corría locamente junto a su corazón. Cuando empezó a ascender de nuevo, soltó un gruñido gutural, y mostró los dientes como un animal.

Una jabalina rebotó en su yelmo, golpeó el gran cuenco del escudo a su espalda y desapareció. Sus sandalias golpeaban la madera plana de los travesaños. Sostenía la

drepana sobre su cabeza como si fuera una especie de talismán.

Y allí estaba, al nivel de las almenas, mirando los rostros de los hombres que trataban de matarlo.

Uno empujaba la escala, tratando de apartarla de la muralla. Rictus movió la ancha punta de la drepana y lo hizo caer con la garganta destrozada. Ascendió más y apoyó una mano sobre la fría piedra. Le resultó tranquilizadora como una cuerda arrojada a un hombre a punto de ahogarse. Blandió la drepana en un arco amplio, fallando el golpe, pero obligando a retroceder a los hombres de delante.

Ya no estaba en la escala, sino posado sobre una almena, igual que un inmenso cuervo. Se lanzó hacia delante, consciente de la larga caída a su espalda, y del peso del escudo que aún podía desequilibrarle.

Estuvo a punto de caer, y sintió un golpe en el hombro que rebotó en su coraza negra. Una punta de lanza trató de clavarse en su pecho, con una fuerte estocada que le hubiera atravesado de no ser por la Maldición de Dios. Se irguió, aún gruñendo, con los pies bien plantados sobre la piedra de Machran, y movió la drepana como una serpiente, sin tratar de causar daño, sino de desequilibrar a sus atacantes y conseguir espacio. Con el brazo izquierdo, deslizó el codo en el cuenco del escudo y lo movió hacia delante; luego pasó el antebrazo por el asa del centro, y de inmediato se sintió más seguro.

—¡Cabezas de Perro! —vociferó—. ¡Cabezas de Perro, a mí! ¡A las murallas, muchachos!

Alguien se había dejado caer sobre las almenas junto a él. Un escudo se deslizó junto al suyo. Sintió una oleada de nueva energía, y el terror que le había helado las tripas se desvaneció.

Había más hombres suyos al borde de las murallas, y sus cabezas asomaban a lo largo de toda la línea. Los defensores se veían obligados a retroceder. La diversión de Corvus había funcionado; había pocos enemigos en aquella zona.

Rictus atacó hacia delante, estrellando el escudo en el rostro de un enemigo y acuchillándole con la drepana bajo las rodillas. Sintió que la hoja cortaba carne y el tendón de una articulación. El hombre gritó, con la boca convertida en un agujero húmedo bajo el yelmo. Rictus lo empujó y el soldado salió volando hacia atrás, cayendo de la murallas.

Había más hombres detrás de él. El asalto estaba triunfando; habían ganado un punto de apoyo.

—¿Quién lo hubiera dicho? —gritó Fornyx—. ¡Escalas!

—Que sigan viniendo —repuso Rictus. Vio a Kesiro bajo el estandarte, y a Valerian algo más abajo, de pie sobre una tronera y agarrado a una tambaleante escala. Los Cabezas de Perro luchaban codo con codo con los igranianos de Druze, más ligeramente armados.

Rictus miró al oeste, y el mundo se abrió bajo su mirada.

A su derecha se elevaba la enorme silueta oscura de la colina de la Kerusia. Debajo de él estaban las estrechas calles del barrio de Goshen. Toda Machran yacía frente a él, salpicada de luces, como un enorme animal que se extendiera hasta el horizonte a la débil luz de la luna. El ataque de Corvus estaba marcado por una larga hilera de antorchas encendidas en el barrio de Avennon, a unos dos pasangs.

«Phobos, espero que pueda mantener a esos cabrones lejos de nosotros un rato más».

Los Cabezas de Perro y los igranianos luchaban sobre las murallas. Los mercenarios, pesadamente armados, entrelazaron los escudos y avanzaron pie a pie. Los igranianos se adelantaban y retrocedían lanzando estocadas con sus jabalinas y drepanas. Rictus vio que uno de sus hombres tropezaba con un cadáver y salía volando por los aires. Cayó de la muralla y golpeó el tejado de una casa de debajo entre una explosión de tejas de arcilla; luego se deslizó por la pendiente, tratando de agarrarse, antes de caer

a la calle. El tremendo impacto de los adoquines le destrozó el cuerpo en el interior de la armadura.

La mirada de Rictus fue atraída por las calles de la izquierda. Vio una especie de procesión iluminada por las antorchas que avanzaba hacia ellos, como una enorme serpiente con una cresta de llamas.

—¡Han llamado a las reservas! —gritó—. Haced más espacio, chicos. ¡Necesitamos más hombres aquí arriba!

Una escala fue apartada de la pared cuando un soldado de Machran la empujó con los pies. Se tambaleó hacia atrás con una docena de hombres aún agarrados a ella, y cayó con un impacto estremecedor, aplastando a toda una fila de hombres abajo.

Las tropas al pie de las murallas estaban frenéticas por ascender por las escalas y ayudar a sus camaradas de arriba. Un grupo de ellos se congregó en torno a una, mientras otros la sostenían en la parte superior de la muralla, animándolos y ayudándolos a subir a las almenas cuando llegaban arriba.

Entonces se oyó un terrible estrépito, y la escala se partió por la mitad. Cayó hecha pedazos, con los hombres aún agarrados a ella.

Uno de los hombres en una tronera agarró a un amigo por el brazo mientras caía, lo sostuvo durante un instante y luego fue arrastrado por él. Los dos se perdieron en la abarrotada masacre de abajo con los puños aún unidos.

—¡Tranquilos, chicos! —gritó Rictus, desalentado—. ¡Diez en cada escala, no más!

La presión en las murallas volvía a aumentar. Una de las grandes torres de Machran se erguía sobre ellos al oeste; luchaban en dirección a ella bajo un diluvio de piedras y jabalinas. Los defensores incluso arrojaban escudos y cascos. Rictus sintió que sus pies resbalaban en sangre. Levantó instintivamente el escudo cuando algo se acercó a él, la sombra apenas entrevista de una estocada. Una hoja se estrelló contra la superficie de bronce, y Rictus deslizó la drepana bajo la guardia de su atacante. Se hundió bajo la coraza del otro hombre.

Al liberar su arma, Rictus sintió que la costura de su brazo se abría, y un cálido chorro de sangre le corrió por el puño, pegándole la espada a los dedos.

Hubo un zumbido de aire sobre su cabeza, y notó un tirón en el penacho de su yelmo. Algo voló en la noche por encima de él. Un estrépito, y los hombres de detrás cayeron como si los hubiera aplastado un puño gigantesco.

Observó sin comprender durante un largo momento, y la incredulidad le cortó la respiración en la garganta. Una lanza o proyectil enorme, grueso como la muñeca de un hombre, había atravesado a tres de sus hombres, reventando su armadura como si el bronce fuera papel dorado.

—¡Balistas! —le gritó Fornyx—. ¡Creí que esas hijas de puta ya no funcionaban!

Otro proyectil les pasó por encima, como un ave de presa disponiéndose a matar. No podía fallar sobre las abarrotadas almenas. Rictus vio a dos igranianos clavados a un lancero de Machran, los tres hombres unidos por la larga asta del proyectil.

No dejaban de salir hombres de la torre, y otros más empezaban a ascender hacia la muralla, toda una corriente de soldados iluminados por las antorchas y la luz de la luna, que se reflejaba en su armadura, levantado destellos y brillos. Había espacio abierto en torno a Rictus. Sus propios hombres estaban retrocediendo hacia las escalas restantes. El signo de la batalla había cambiado. Los proyectiles de las balistas golpeaban las filas y derribaban a los hombres como a bolos.

Fornyx estaba a su lado, sosteniendo a Druze. El moreno igraniano tenía el rostro convertido en una máscara cadavérica. Su brazo vendado relucía de sangre.

—Vamos a preguntarles si quieren rendirse —dijo Fornyx, con los dientes muy blancos en su barba.

—Volved a las escalas, Fornyx. Esto no funciona.

—Otra vez las jodidas escalas —gimió Druze.

—¿Dónde está Valerian?

—En la muralla, hacia la otra torre. La misma historia que aquí. —Fornyx escupió—. Esas torres nos están matando.

Rictus se irguió. Las murallas habían estado inundadas de hombres suyos y de Druze. Pero la marea se había retirado. Sólo quedaban restos del naufragio... y cadáveres, muchos cadáveres. Llenaban la muralla hasta tal punto que se enredaban en los pies de los vivos. Los soldados de Machran que habían defendido las murallas estaban casi todos muertos, pero había otros en camino, muchos más.

—El ataque ha fracasado —dijo. Miró a su alrededor.

Unas dos docenas de Cabezas de Perro resistían en una falange prieta. Sobre ellos llovían piedras y flechas, rebotando en sus yelmos y escudos. Todos los demás se dirigían a las escalas. Los Compañeros de la segunda oleada aún no habían ascendido en cantidades perceptibles. El tráfico iba en dirección opuesta.

—Esto es la retaguardia. Me quedaré aquí. Fornyx, lleva a los demás abajo. Pon a hombres buenos a cargo de las escalas. ¡En nombre de Phobos, no las sobrecarguéis, o moriremos todos aquí!

—No te hagas el héroe, Rictus... ¡Phobos! —Todos se agacharon cuando otro proyectil voló sobre ellos.

—Hemos de conseguimos alguna de éstas —dijo Druze.

—Ve, hermano —dijo Rictus—. Y trata de no caer de culo.

De nuevo a la tarea. La fuerza estaba abandonando el brazo derecho de Rictus, y la sangre le colgaba en hilos gruesos como mucosidades. Hizo retroceder a sus atacantes con el pesado escudo, y les lanzó estocadas rápidas y económicas, que herían en lugar de matar. Sintió un pinchazo de rabia al echar de menos la punta de su espada barata, todavía en el campamento.

Los hombres que le rodeaban se quedaron con él sin hacer preguntas. En la oscuridad y el caos de la batalla, ni siquiera podía estar seguro de sus nombres, aunque le salvaron la vida una y otra vez, igual que él salvó la de ellos.

Trabajaban juntos, luchando unos por otros contra la corriente de enemigos que se les echaba encima por la muralla. Retrocedieron de mala gana, paso a paso, retirándose sobre sus propios muertos, cerrando las aberturas dejadas por los caídos. Era un tipo de lucha que conocían bien, y también comprendían que tras ellos sus hermanos hacían cola junto a las escalas de las murallas.

Ceder en aquel momento hubiera significado el final de todos. Negociaban con sus vidas por el bien del ejército, de los Cabezas de Perro, de su centón.

Y por ninguna de aquellas cosas. Lo hacían por sus amigos.

Finalmente no pudieron retroceder más. De los hombres que habían subido por las escalas al ponerse la luna, tal vez la mitad consiguieron bajar de nuevo. La última escala se rompió, y cayó convertida en astillas ensangrentadas sobre la terrible carnicería al pie de la muralla.

En las almenas, Rictus resistía con un par de compañeros cubiertos de sangre, con los muertos amontonados en torno a sus pies. Había un gris en el aire que anunciaba el alba, y podía ver la gran ciudad que era el centro neurálgico del mundo macht levantándose frente a él en sus colinas, iluminándose momento a momento.

Arrojó su espada rota, con el brazo casi demasiado aturdido para sentir que dejaba su mano. La siguió el escudo, y finalmente se quitó el maltrecho y abollado yelmo, sintiendo que el frío aire le refrescaba el sudor del rostro.

Los soldados enemigos se detuvieron, jadeantes. Uno de ellos, un centurión a juzgar por su penacho, levantó una lanza rota.

—Bien luchado. Lánzanos esa bonita coraza negra y te dejaremos vivir.

Rictus miró a sus dos compañeros, que también se habían quitado los yelmos y respiraban el aire fresco como hombres sedientos tragando agua.

—Fromir. Y el pequeño Sycanus de Gost. Me pareció que eráis vosotros.  
—Creo que nos tienen, jefe —dijo Sycanus.  
—Esto no tiene buen aspecto —admitió Rictus—. Os doy las gracias, hermanos, por haberos quedado a mi lado.  
—Era lo que había que hacer —dijo Fromir, un hombre corpulento de cabello grueso y rizado.  
—Mencionadlo si salís de ésta; se os debe una paga extra.  
—¡Al diablo la paga extra! —dijo Sycanus con una sonrisa amarga.  
—¡Entregad la armadura! —gritó el centurión enemigo. Levantó una mano.  
Rictus alzó la vista y vio que los hombres de la torre echaban atrás los brazos armados de jabalinas. Incluso en aquel momento, los defensores tenían miedo de enfrentarse directamente a los tres hombres vestidos de escarlata.  
—Vivo o muerto, me quedará con tu armadura, viejo. Tú decides.  
«¿Yo decido? Supongo que sí», pensó Rictus.  
Miró al otro lado de la muralla, hacia los ejércitos de Corvus en retirada, los castigados centones que avanzaban por la llanura en dirección a su campamento; cientos, miles de hombres.  
Trepó a un merlón y se quedó allí en equilibrio, con un diluvio de recuerdos pasando por su mente. Aise, Rian y Ona, las alegrías más dulces que había conocido en su vida.  
Fornyx y Jason. Sus hermanos.  
Los Diez Mil cantando el Peán, marchando a un solo ritmo para enfrentarse a la muerte.  
Rictus miró al centurión y sonrió.  
—Conseguí esta armadura en un lugar llamado Kunaksa —dijo—. Si la quieres, puedes venir a buscarla.  
Dio un paso en el vacío, y cayó de la alta muralla de Machran.

*Despojos de guerra*

—¿Muerto? —repitió Corvus—. No puede estar muerto.

Fornyx estaba frente a él, con su yelmo lleno de arañazos bajo un brazo, la maltrecha capa escarlata plegada bajo el otro, y la Maldición de Dios salpicada de sangre sobre el pecho. Parecía una personificación de la guerra ideada por algún escultor.

—La última escala se rompió antes de que pudiera bajar de la muralla. Si le hubieran capturado, ya lo sabríamos. —Inclinó la cabeza un instante. Tenía la voz ronca—. Rictus nos ha dejado.

Corvus se encogió sobre la mesa de los mapas, con los ojos mirando al vacío. Llevaba un trapo de lino ensangrentado en torno a la parte superior del muslo y otro en el antebrazo.

—¿Qué dices tú, Druze? —preguntó.

Druze parecía un espectro de rostro gris, y llevaba el brazo en cabestrillo.

—Fornyx me ha llevado abajo, o yo también estaría muerto. Hemos sido casi los últimos. Cuando hemos llegado a las escalas, Rictus seguía luchando, tal vez con una docena de los suyos, cubriendo la retirada. Ninguno de ellos consiguió salir.

Corvus se frotó la frente. Fornyx le dirigió una mirada furiosa.

—Cuando los Cabezas de Perro aceptamos tu contrato, si quieres llamarlo así, éramos más de cuatrocientos sesenta, Corvus. Hoy quedamos en pie menos de cien. Y Rictus ha muerto. ¿Pretendías destruirnos, o ha sido algo que simplemente no habías tenido en cuenta en tus deliberaciones? Siento curiosidad. Dímelo.

Corvus levantó la vista. En la tienda estaban reunidos todos los oficiales superiores del ejército, sombríos como en un funeral. Miró a sus rostros uno tras otro.

—¿Dónde está Ardashir? —preguntó.

—No ha sido encontrado —dijo pesadamente Druze—. Pero había muchos cadáveres al pie de las murallas.

—Phobos —susurró Corvus. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Les dio la espalda y se apoyó en la mesa de los mapas. El vendaje de su antebrazo se oscureció al marcharse de sangre nueva.

El tuerto Demetrius se adelantó.

—Ha sido por poco, Corvus. La diversión ha funcionado. Cuando han visto tu estandarte en la puerta principal del sur han enviado allí a todos los hombres disponibles. Si hubiéramos tenido más escalas, creo que el asalto de Rictus habría triunfado.

—Tenía que haber triunfado —dijo Corvus, con un gemido ahogado—. A pesar de lo que piensas de mí, Fornyx, no envió a los hombres a morir por nada.

—Estas cosas ocurren en una guerra —intervino Teresian—. Ahora sabemos mejor a qué nos enfrentamos.

—Las torres —dijo Druze—. Y las máquinas que tienen en ellas. Nos han crucificado en esas murallas.

—Parmenios —dijo Conrus—. ¿Tienes ya los números?

El grueso y menudo secretario se adelantó con una pizarra encerada y un estilo. Pese a su panza, era de hombros poderosos, y tenía las manos de un hombre acostumbrado a construir cosas. Golpeó levemente la pizarra.

—Son números provisionales. Hay tanta confusión...

—¡Dime!

—Algo menos de mil hombres, muertos o tan gravemente heridos como para considerarlos definitivamente perdidos para el ejército. Los Cabezas de Perro y los igranianos son los que más han sufrido, aunque los reclutas de Demetrius también han tenido muchas bajas.

—Han luchado bien —dijo Corvus, recobrándose—. Demetrius, te felicito. Puedes estar orgulloso de tu mando.

Demetrius inclinó levemente la cabeza en agradecimiento, y su único ojo resplandeció. Corvus se acercó a Druze.

—Perdóname, hermano —dijo, con la voz quebrada.

Druze sonrió, aquella sonrisa rápida y oscura.

—No hay nada que perdonar. Ésta es la primera vez que conozco la derrota bajo tu mando. Esto es obra de Phobos; quiere enseñarnos un poco de humildad.

Corvus volvió a apoyarse en la mesa. Levantó un poco la voz.

—No puedo permitirme perder los servicios, ni el ejemplo, de los hombres como tú, Fornyx. Desde que tú y Rictus llegasteis a este ejército os he dado las misiones más duras de todas; pero eran las misiones de honor. Pensé que existía la posibilidad de acabar con esto con un solo asalto rápido. Tenía que intentarlo, y sabía que quería a los mejores como punta de lanza. He calculado mal, y lo habéis pagado con vuestra sangre.

Miró a su alrededor. Tenía los ojos brillantes y enrojecidos, y los huesos altos y angulosos de su rostro parecían más pronunciados que nunca en la sombría luz de la tienda.

—Todos habéis pagado por ello, y no lo olvidaré. Esta noche nos han vencido, pero no nos han derrotado. Venceremos a Machran. La ciudad ha demostrado ser un adversario digno de nosotros.

Apoyó una mano en el pecho de Fornyx, y limpió parte de la sangre reseca de la coraza negra.

—Te he hecho pagar un precio demasiado alto. Rictus era un hombre al que no podíamos permitirnos perder. —Sonrió, y se le humedecieron los ojos de nuevo—. Fornyx, yo también le quería, más de lo que puedes comprender.

El rostro de Fornyx permaneció duro como el pedernal, y cuando habló su voz sonó áspera como la de un cuervo.

—Desearía enviar una rama de olivo a Machran para pedir su cuerpo. Es lo que su esposa querría que hiciera.

—Haz lo que creas conveniente.

—Reclamar a los muertos es admitir la derrota —rezongó Demetrius.

—Entonces sólo estaremos admitiendo lo obvio —replicó Corvus—. Los hombres de Machran han luchado bien esta noche. Dejemos que tengan su triunfo. Si ahora se creen invencibles, por Phobos que seremos capaces de usarlo en su contra.

—Hoy tienen otra Maldición de Dios en las murallas de la ciudad —espetó Fornyx—. Piensa en eso, si te parece.

Un delgado velo de cellisca empezó a caer de un cielo inexpresivo mientras el invierno se instalaba cómodamente en torno a las tierras bajas que rodeaban Machran. En los horizontes, las montañas eran blancas, y sus cumbres se perdían entre las nubes. Era un día en que cualquier hombre hubiera preferido dar la espalda a la puerta y quedarse a contemplar un buen fuego.

Karnos estaba en la sombra del arco de la puerta principal del sur mientras las enormes puertas de roble y bronce eran abiertas por una docena de hombres armados. Tras él había formado todo un centón con la panoplia completa, la mayor parte de los hombres con el signo de Machran en los escudos, pero Avennos y Arkadios también estaban representadas. Murchos de Arkadios estaba junto a él, protegido del frío con una capa de piel de cabra moteada. Se limpió la nariz con la capa y pateó en el suelo para mantener la circulación de la sangre.

—Esto no me gusta. Corvus es un cabrón muy taimado.

—Son tres hombres, Murchos. ¿Qué pueden hacer tres hombres, aunque lleven la capa escarlata? Aquí tenemos a cien; y el resto del ejército de ese cabrón está en su

campamento, a casi dos pasangs de distancia. A menos que les crezcan alas y vuelen, no van a interferir. Además, quiero saber qué tiene que decir el gran Rictus.

—Nada bueno. Fue él quien llevó los términos de la rendición a Hal Goshen, no lo olvides.

—Después de lo de anoche, no creo que estén aquí para eso. Relájate, Murchos; eres peor que Kassander.

Las puertas estaban ya abiertas de par en par, y Karnos las cruzó, envuelto en su capa de lana. Murchos le siguió, un hombre con aire de oso al que la tosca capa de piel de cabra daba un aspecto aún más salvaje. Y tras ellos avanzó el centón de lanceros, unos noventa hombres armados y formados en filas apretadas.

Había tres hombres con capas rojas aguardando a la sombra de las murallas. Uno de ellos sostenía en alto una rama de olivo con algunas hojas, escasas y finas. A su alrededor, docenas de cadáveres seguían contorsionados sobre el frío suelo, el residuo de la diversión de Corvus de la noche anterior. Los tres parecían los supervivientes de algún desastre, en pie entre los maltrechos cuerpos de los caídos.

Decepcionado, Karnos observó enseguida que ninguno de ellos era Rictus. Sacó el brazo bueno de la capa y levantó la mano.

—Ya estás bastante cerca, amigo. ¿Qué habéis venido a decir?

El portador de la rama era un hombre delgado de barba negra. Se adelantó unos pasos, y sus pies rompieron el hielo que se había formado en el barro congelado de la carretera. También había charcos de sangre congelada, duros como piedras preciosas, pero el hombre evitó pisarlos. Se apartó la capa, y Karnos vio que llevaba una Maldición de Dios. Estudió el rostro del hombre con más atención.

—¿Fornyx?

El hombre sonrió.

—Tienes buena memoria para las caras, Karnos. Creo que sólo coincidimos una vez.

—Eres el segundo de Rictus, ¿verdad?

—Lo era. —Un espasmo de dolor cruzó los delgados rasgos del hombre—. He venido a pedirte un favor, de soldado a soldado.

Karnos enarcó las cejas.

—Después de lo de anoche, creo que éste es un momento extraño para...

—Rictus de Isca murió anoche en tus murallas. He venido a pedirte su cuerpo.

La boca de Karnos se abrió, pero de ella no salió nada. Parecía un pez en tierra. Murchos se adelantó de un salto.

—¿Qué has dicho?

El rostro de Fornyx era un estudio de huesos y cartílagos. Sus ojos relampaguearon.

—Ya me has oído. Pido tu permiso para buscar entre los cadáveres de las murallas.

—Su mandíbula se movía como si quisiera morder las palabras mientras las pronunciaba—. No pido su armadura. Sólo quiero poder enterrarlo decentemente, en consideración a su esposa.

La noticia había corrido por entre las filas de lanceros de la puerta. Sus voces eran un murmullo impresionado.

—¡Silencio! —gritó Murchos.

—Esto podría ser un truco —dijo Karnos, más por guardar las formas que por otra cosa; era capaz de leer la expresión de un hombre, y sabía que Fornyx decía la verdad.

—Entraré en la ciudad yo solo, si quieres. No soy un espía, y en cualquier caso, conozco bien Machran. Sólo quiero portarme decentemente con mi amigo.

Karnos asintió. Vio algo más en los ojos de Fornyx, una furia que ardía junto al dolor. Aquello era interesante. Se volvió y miró a Murchos. El gran arkadiano parecía dividido entre la estupefacción y la euforia. Fingió que consideraba el asunto durante un momento.

—Muy bien, entonces. Puedes entrar. Tú solo. Tus compañeros pueden esperar aquí.

Cerraremos la puerta, y yo mismo te acompañaré.

Fornyx se inclinó levemente. Hizo un gesto de cabeza a los otros dos mercenarios que le acompañaban, y tendió la rama de olivo a un hombre con una cicatriz que le deformaba la cara. Luego se adelantó hacia la sombra de la puerta principal del sur.

Los lanceros abrieron un pasillo para Karnos y Fornyx, mientras Murchos ordenaba con voz bronceada que se cerraran las puertas. Se cerraron con gran estrépito, y Fornyx se detuvo y las miró, maravillado.

—Es la primera vez que las veo cerradas de cerca —dijo—. Os debió costar aflojar esos viejos goznes.

—Hizo falta aceite como para ahogar a un buey —dijo Karnos—. Por otra parte, tenemos de sobra. ¿Te apetece algo de vino antes de empezar con tu triste tarea? Estoy seguro de que podré conseguir un odre.

La boca de Fornyx se torció en media sonrisa.

—Eres un cabrón astuto, Karnos. Pero para mi es cuestión de principios no rechazar nunca un odre de vino, especialmente en una mañana como ésta.

—Haré que lo lleven a la muralla. Ofreceremos una libación por los muertos.

Los muertos estaban aún amontonados. Muchos centenares habían caído en las murallas del barrio de Goshen, y el proceso de limpieza acababa de empezar. Los cadáveres enemigos eran en primer lugar registrados y despojados de sus armas, armaduras y cualquier objeto de valor. Luego los defensores arrojaban sus cuerpos rígidos y expoliados por encima del parapeto, y quedaban amontonados en la calle de abajo, como peces destripados. Allí aguardaban las carretas, y los esclavos del municipio, con el signo de machios pintado sobre las túnicas, apilaban los cadáveres en ellas como troncos de árbol.

Fornyx vació su copa de vino en pie junto a Karnos, sobre la muralla donde había luchado la noche anterior. El suelo estaba resbaladizo por la sangre congelada. Había salpicaduras rojas sobre la piedra de los merlones, como si fueran de pintura. Karnos levantó la voz y ordenó detener la macabra tarea.

—¿Qué haréis con ellos? —preguntó Fornyx.

—Nuestros muertos serán quemados en una pira junto al Mithannon con los ritos adecuados, si Corvus nos permite hacerlo sin hostigarnos.

—Lo hará. Me ha autorizado a prometértelo.

Karnos inclinó la cabeza.

—Vuestros soldados son asunto vuestro. Los llevaremos al norte por separado, y los dejaremos a la orilla del Mithos.

—¿Los abandonarás como a carroña?

—Sois el enemigo, Fornyx. No gastaré recursos de la ciudad para construir una pira.

—Es lo justo. Dame un poco más, ¿quieres? —Le tendió la copa.

El propio Karnos se la llenó de vino del odre. Vino de soldado, áspero como el vinagre. Fornyx vació la copa de un solo trago que le chamuscó la garganta.

—Fue un buen modo de morir. Al menos no cayó en alguna emboscada sin importancia en alguna parte. Las murallas de Machran son un escenario lo bastante grandioso, incluso para Rictus.

—Podía haber estado defendiendo estas murallas. Se lo pedí, tú lo sabes —dijo Karnos.

—Lo sé. Al final, fue la curiosidad lo que le mató.

—¿Por qué lo dices?

Fornyx sonrió.

—Vamos, Karnos. Tú mismo debes haberla sentido. Ese fenómeno, Corvus. Dime que no te gustaría conocerle.

—Me gustaría —concedió Karnos—. Pero el precio de su fama ha sido demasiado alto.

—Es cierto —dijo Fornyx. Y luego—: Más vino.

La copa fue llenada y vaciada de nuevo. Los ojos de Fornyx estaban inyectados en sangre y llenos de lágrimas a causa de la potente bebida, pero su rostro se mantenía tan duro como siempre. Karnos se limitó a sorber de su propia copa, observando de cerca al mercenario.

—Tus hombres murieron bien —dijo—, pero no pueden quedar demasiados Cabezas de Perro. Son una especie en extinción.

—Están muertos. Murieron aquí, con Rictus. He acabado con esta guerra, Karnos. Voy a volver a casa. La esposa de Rictus es una mujer... —Se interrumpió, y miró su copa con el ceño fruncido.

—¿Sí? —Karnos parecía atento como un gato con las orejas puntiagudas.

—Nada. Todo lo que quiero ahora es alejarme de esto. —Una sonrisa torcida pasó por su rostro—. Podría decirse que ya no es divertido. Ya no me importa un comino que Machran resista o caiga.

—Tienes suerte de poder hacerlo. Para los que estamos dentro de estas murallas, no hay elección.

—Así es la guerra. Un hombre no siempre puede tenerlo que quiere. —Fornyx dejó que el resto de su vino cayera sobre las piedras manchadas de sangre de las murallas—. Para Phobos, que tiene la última palabra sobre cada uno de nosotros.

Karnos hizo lo propio.

—Para Antimone, que nos mira con compasión.

Fornyx arrojó su copa a un lado.

—Tengo que empezar —dijo.

El breve día de invierno siguió su curso y, al llegar la noche, los cadáveres seguían contorsionados y endureciéndose al pie de las murallas de Machran, entre restos de hierro y madera rota, los macabros despojos de la guerra. Los cadáveres de las murallas fueron retirados lentamente, y las carretas se adentraron en la noche con su triste carga, pero hasta el momento nadie se había acercado a los restos masacrados y amontonados fuera de la ciudad. Los que habían muerto subiendo y bajando por las escalas yacían donde habían caído.

Rictus abrió los ojos.

Había pasado todo el día tan inmóvil como los cadáveres que le rodeaban, entrando y saliendo del mundo. Sus heridas habían dejado de sangrar, y ya casi no sentía el frío. Sabía que había cosas rotas en su interior, pero no podía determinar cuáles eran. Su armadura negra estaba tan manchada de sangre y fragmentos de carne que había perdido su oscuridad ultraterrena y se había vuelto de un rojo apagado, el color de una teja de arcilla.

Sonrió. Aún llevaba la Maldición de Dios.

Había otras cosas moviéndose en el montón de cadáveres, y pequeños sonidos de hombres aún vivos, profundamente enterrados en aquella colina de carne en descomposición. Al haber sido uno de los últimos en caer, Rictus estaba cerca de la cima. Había caído de las murallas y aterrizado sobre un colchón de muertos y moribundos, y el Don de Antimone había impedido que el impacto le matara. Cuando respiraba, podía sentir los extremos rotos de los huesos en el interior de su pecho, pero respiraba.

Vivo, pero todavía no del todo en el mundo. El frío le había aturdido, y la herida del brazo, abierta de nuevo, había sangrado hasta dejarlo casi lívido.

Mejor el frío que el calor putrefacto del verano.

Algo olfateaba y ladraba en la base del montón de cadáveres; animales que gruñían y mordían. Los vorine habían llegado en la noche para alimentarse de los muertos.

Aquello le hizo reaccionar. Dominó su propia agonía mientras se esforzaba por moverse entre las extremidades duras como la madera y los rostros siniestros que le rodeaban. Había antorchas encendidas en las almenas de arriba, y de vez en cuando

algún centinela se inclinaba sobre una tronera y contemplaba el espectáculo de abajo. En una ocasión, un centinela había arrojado una piedra a los vorine. Cada vez, Rictus se quedaba inmóvil, mirando hacia los hombres de arriba con los ojos abiertos de los muertos.

No era el único superviviente con fuerza suficiente para moverse. Mientras se deslizaba hacia abajo por encima de los cadáveres, sentía que alguna mano se agarraba débilmente a él, o una mirada desesperada se encontraba con la suya. Los ignoró a todos, concentrado en su propia salvación, en derrotar al dolor e impedir que la languidez del frío lo arrebatara del mundo.

Alguien se acercaba. Aún no había salido la luna, pero así y todo Rictus pudo distinguir una sombra encogida que se movía al pie del montón de cadáveres. Quedó inmóvil, pero el montón se movió debajo de él. Rictus se deslizó sin poder evitarlo por encima de la superficie de un escudo de bronce, y fue pinchado en el muslo por la hoja de una drepana rota. Emitió un fuerte siseo de nuevo dolor.

La sombra hizo una pausa y luego se acercó. Los vorine se volvieron para enfrentarse a aquella nueva amenaza, gruñendo, reacios a abandonar aquel montón de abundancia que habían encontrado. Hubo un sonido brusco y rápido, y una de las bestias chilló.

Más antorchas sobre las murallas. Todo quedó en silencio. Los ojos amarillos de los vorine reflejaron la luz mientras se perdían en la oscuridad, furiosos y asustados. La luz desapareció, y el centinela siguió su camino.

La sombra se acercó más. Rictus estaba paralizado por un terror repentino, un miedo más intenso que el que jamás había sentido en el campo de batalla. Algo estaba ascendiendo por las extremidades de los muertos, pisando sus dedos y articulaciones, trepando por una escala de carne.

Rictus podía oírlo respirar a su lado, y ver el aire cálido que exhalaba en una nube blanca. Entonces la sombra le apoyó una mano en el rostro.

Trató de lanzarse hacia delante, y sintió un dolor agónico en el pecho. La mano le obligó a tumbarse con facilidad.

—Cállate, maldito idiota. Quédate quieto.

Una voz extraña, pero familiar.

Un ojo apareció a la vista, con un resplandor similar al que iluminaba los ojos de los vorine.

—¡Alabado sea Bel, Rictus! —susurró la voz—. ¿Dónde te han herido?

—¿Quién eres?

—Soy Ardashir. —El rostro se acercó más, y Rictus pudo ver que era el del alto kefren. Uno de sus ojos estaba cerrado e hinchado, y todo aquel lado de su cabeza estaba ennegrecido por la sangre.

—Ardashir... —Rictus cayó hacia atrás.

—¿Puedes andar? ¿Estás muy malherido?

—No lo sé, Ardashir. ¿Qué te ocurrió?

—Recibí una pedrada en la cabeza, justo al principio. Ni siquiera llegué a las escalas.

—Tuviste suerte —dijo Rictus. Cerró los ojos. El mundo se movió debajo de él, como si estuviera demasiado borracho para mantenerse en pie. Gruñó cuando el dolor volvió a morderle, y comprendió que el kefren estaba tirando de él hacia abajo por encima de los muertos, agarrándole por las hombreras de su coraza.

—Si las piernas aún te funcionan, es hora de empezar a usarlas —susurró Ardashir—. El camino hasta el campamento es muy largo.

—Tengo la cabeza embotada. No, continúa. Por el amor de Dios, sácame de aquí.

Las piernas le funcionaban, pero lentamente, como si llevaran días sin ser usadas. Finalmente Ardashir y Rictus estuvieron tumbados en el frío suelo, más allá del montón de cadáveres. Rictus consiguió ponerse en pie, mientras Ardashir aplicaba otra flecha a

su arco y disparaba contra la manada de vorine que aguardaba a pocas yardas de distancia.

—Consíguete una lanza, o algo con que amenazarlos —dijo Ardashir—. Parece que se han fijado en nosotros.

Rictus vio una drepana cubierta de sangre, pero era demasiado pesada para él. Su brazo derecho era un montón de carne inerte. Encontró el regatón de una lanza rota, y lo sostuvo en el puño izquierdo, tambaleándose.

—Me iría bien beber algo —dijo.

—Y a mí también. Ven, apóyate en mí, y agita esa cosa en dirección a nuestros hambrientos amigos. Tenemos un camino muy largo que recorrer antes de que salga la luna.

La descompensada pareja empezó a cojear y tambalearse mientras se alejaba de las murallas de Machran. El alto kefren casi arrastraba al aturdido macht. Los vorine los contemplaron desde una distancia segura, y luego abandonaron la persecución y se dedicaron a presas más fáciles: los muertos del ejército de Corvus.

*Las sombras de la llanura*

—Mira eso —dijo Philemos, maravillado—. Es como una ciudad. Padre, ¿lo ves? Phaestus levantó la cabeza, fatigado y flaco como un buitre moribundo.

—Es su ejército. Su maldición sobre el mundo.

Sertorius miró el oscurecido paisaje en dirección al enorme semicírculo de hogueras que se extendía a lo largo de muchos pasangs al sureste de Machran. Silbó en voz baja.

—Phaestus, amigo mío, si fuera un hombre creyente diría lo mismo que tú. Nunca he visto nada parecido.

Bosca escupió sobre la tierra endurecida por la cellisca.

—Machran aún resiste, y por lo que veo ese tipo no tiene hogueras al norte de la ciudad, junto al río. Parece que podremos entrar, jefe.

—Cierto. Seguiremos la orilla y probaremos suerte en la puerta del Mithannon. Vamos; casi hemos llegado.

Se volvió hacia las tres figuras encogidas detrás de él, espantapájaros con el cabello convertido en zarzas y ojos hundidos en la cabezas. Se inclinó y tomó un rostro en sus sucias manos, moviéndolo de un lado a otro.

—Bosca, eres un cabrón salvaje, ¿lo sabías? ¿Es que no puedes tirarte a una mujer sin usar los puños?

—Necesitaba un poco de motivación —dijo Bosca, encogiéndose de hombros—. No ponía el corazón en ello.

—Nos hará quedar mal, como matones de barrio bajo.

—Eso es lo que sois —dijo Philemos, en tono neutro.

Sertorius se acercó al muchacho de cabello oscuro con una sonrisa.

—Ten cuidado, chico; aún no estamos en Machran. He tenido paciencia contigo porque me gusta tu espíritu. Incluso te di a la chica para que hagas el tonto con ella todo lo que quieras. Pero no me presiones; cuando estoy a punto de acabar un trabajo, me pongo nervioso.

—El chico no tiene mala intención —graznó Phaestus.

—Bien; asegúrate de que hablas a favor nuestro en Machran, Phaestus; hazme quedar bien. No he hecho todo este viaje para recibir una palmadita en la cabeza y un óbolo de bronce. Yo y los míos nos hemos ganado una recompensa sustancial, trayendo a esas zorras hasta aquí.

—Llévanos a la ciudad y tendrás lo que mereces, Sertorius, te lo prometo —dijo Phaestus.

—Muy bien, entonces. ¡Arriba, señoras! Nos espera el último tramo. —Se inclino de nuevo en dirección a Aise—. Pronto ese dulce coñito tuyo podrá descansar, esposa de Rictus. Podrás pasarte lo que te queda de vida rememorando con afecto los recuerdos que te hemos dado.

Luego se volvió y acercó la cara a la de Rian.

—Sólo desearía haberte probado, mi pequeño jarro de miel. Hubiera hecho que me recordaras en tus sueños. —Se irguió—. Vamos. Adurnos, carga con la mocosa, y mantenla callada.

El pequeño grupo siguió adelante. Sertorius llevaba a Aise atada a una correa, y ella avanzaba tropezando tras él, con su rostro, antaño hermoso, magullado, hinchado y ensangrentado. Luego caminaba el corpulento Adurnos, con Ona cargada a la espalda como si fuera un saco. Los ojos de la niña estaban muertos como piedras, y cuando retenía el aliento para toser, el hombre le tapaba la boca con las manos para ahogar el ruido.

Le seguían Philemos y Rian, casi arrastrando a Phaestus. Bosca iba en la retaguardia.

Se entretenía de vez en cuando empujando a la hija mayor de Rictus en la espalda, con su sonrisa amarilla reluciendo en la oscuridad.

Caminaron durante toda la noche, un maltrecho grupo de viajeros al final de su camino. Al acercarse a Machran, empezaron a oler a quemado; no era leña, sino un hedor pútrido y repugnante que flotaba denso en la noche.

—Eso es una pira funeraria —resopló Sertorius—. Y muy grande.

—Ha habido una batalla —dijo Philemos.

A su derecha, el río era ruidoso y pálido. La llanura abierta en torno a Machran parecía desierta. La ciudad y el ejército del conquistador se miraban a través de ella, como separados por un golfo de sombras.

—Esta saliendo Phobos —dijo Phaestus. Apoyó una rodilla en tierra. Philemos lo levantó de nuevo. Phaestus descargó su peso sobre los hombros de su hijo y de la hija de Rictus.

—Perdóname —dijo en voz baja a Rian.

—Mierda —dijo Sertorius—. Hay alguien. Puedo verlos. Todos abajo.

Se tumbaron sobre las filas rotas de un viñedo invernal. Las plantas habían sido cortadas y pisoteadas, pero aún eran lo bastante altas para ocultarlos. Sertorius y sus hombres sacaron los cuchillos.

Un par de sombras avanzaban a menos de doscientos pasos de distancia hacia el sur, una sosteniendo a la otra como un hombre ayudaría a un amigo ebrio. Avanzaban lenta y penosamente a través de la llanura, en dirección al campamento del ejército de Corvus.

Sertorius respiró.

—Un par de rezagados, eso es todo. Nada de que preocuparse. Arriba, arriba; vámonos antes de que la noche avance.

Aise contempló las sombras que se alejaban durante un momento, antes de que la correa de su garganta la pusiera en de nuevo en movimiento. Echó a andar de nuevo detrás de Sertorius, con la cabeza baja, los pies desnudos y ensangrentados y la piel blanca de su hombro desnudo reluciendo como un hueso bajo la luz creciente de las dos lunas.

La pira aún ardía cuando pasaron junto a ella. Las llamas se movían aquí y allá como lenguas inquietas. Había personas yendo y viniendo entre la pira y las puertas abiertas del Mithannon, y varios centones de lanceros formados en ordenadas filas. Las mujeres gritaban y lloraban, como un coro sobrenatural en la noche, y la luz de las antorchas convertía todo aquello en una imagen oscura de sombras y fuego, una representación dramática del dolor. La compañía avanzó vacilante hacia las enormes puertas, y allí fueron detenidos por unos hombres ataviados con la panoplia completa, uno de los cuales llevaba un penacho de centurión.

—Vuestros nombres y distrito.

—Phaestus —dijo Sertorius—. Ahora es tu turno.

El anciano se irguió y pareció encontrar una última reserva de fuerzas. Se plantó ante el centurión.

—Soy Phaestus de Hal Goshen, y traigo noticias para Karnos, portavoz de Machran. Tienes que llevarme a su presencia de inmediato, a mí y a todos los que me acompañan. —Cuando el centurión no se movió, gritó en voz mucho más fuerte—: ¡Haz lo que te digo!

Le abandonaron las fuerzas. Se encogió y sufrió un ataque de tos húmeda y sangrienta.

El centurión se volvió hacia uno de sus hombres.

—Ve a buscar a Kassander.

Desde la puerta del Mithannon a la colina de la Kerusia había dos pasangs a vuelo de pájaro. La distancia aumentaba un pasang más debido a las curvas de las atiborradas

calles y callejones del Mithannon. Phaestus y Aise ya no tenían energías, ni fuerzas para caminar sobre los duros adoquines de piedra entre las multitudes nocturnas.

Cuando llegó Kassander, miró uno a uno los rostros de los viajeros.

Al ver la condición de Aise, sus ojos se ensancharon, y la furia convirtió su boca en una ranura ancha y sin labios.

—¿Qué le ha ocurrido a esta mujer?

—Trató de escapar —dijo Sertorius. En pie junto al corpulento polemarca, con su armadura completa, parecía un chacal encogido ante un león—. Ha dado problemas desde el principio. Hemos cruzado la mitad de las Gosthere para llegar hasta aquí, sobre montones de nieve altos como tu cabeza. Llevamos casi tres semanas de camino.

Kassander agitó una mano en dirección al centurión.

—Desátala. Y también a la otra.

Miró a Sertorius, y un músculo en su mandíbula tembló ligeramente. Se volvió.

—Te conozco, Phaestus. Hemos coincidido en el pasado.

—Me conoces —asintió Phaestus. Estaba tumbado sobre los adoquines, apoyado en Philemos—. Debo ver a Karnos.

—¿Puedes andar?

Phaestus sonrió débilmente.

—He andado hasta aquí.

—Haré que traigan un carro. ¡Centurión!

—Sí, señor.

—Quédate con esta gente. Cuando llegue el transporte, escóltalos hasta la villa de Karnos en la Kerusia. Y asigna una guardia a la casa.

Se volvió hacia Sertorius, y se inclinó tan cerca de él que la superficie de bronce de su yelmo quedó empanada por el aliento del otro hombre.

—No me importa quién sea; más vale que tengas un buen motivo para tratar así a una mujer.

Para ser una ciudad asediada, a Machran no le faltaba animación, incluso a aquella hora de la noche. El carro tirado por mulas enviado a recogerlos tuvo que recurrir a los lanceros de escolta para abrirse paso entre la multitud, y cuando hubo recorrido una tercera parte de la ciudad, Phobos casi se había puesto, y Haukos estaba alto en el cielo.

El rosado Haukos. Para los macht era la luna de la esperanza, pero en el Imperio de los kufir se lo conocía como Firghe, la luna de la ira.

La noticia les había precedido. Cuando el carro finalmente completó su traqueteante ascenso por la colina de la Kerusia, las puertas de la villa de Karnos ya estaban abiertas entre el resplandor de las antorchas, y el propietario de la casa les aguardaba, protegido del frío por una clámide de lana, rodeado por todos sus sirvientes. Vio el estado de los ocupantes del carro y dio unas palmadas. Media docena de esclavos se congregaron en torno al vehículo. Phaestus levantó la cabeza, pero no pudo hablar.

Karnos se inclinó sobre él y le tomó una mano.

—Amigo mío, puedes estar tranquilo. Tu esposa e hijas llegaron hace más de una semana. Las tengo alojadas cómodamente aquí cerca. Haré que avisen a Berimus.

—Phaestus cerró los ojos, y las lágrimas corrieron por sus mejillas. Karnos le palmeó un hombro—. Tú debes ser Philemos —dijo—. Un muchacho muy guapo. Te felicito por haber puesto a tu padre a salvo. —Philemos inclinó la cabeza. Parecía más avergonzado que otra cosa.

Karnos se sorbió los dientes un momento.

—Vosotros tres —dijo a Sertorius y sus camaradas—. ¿Cuál ha sido vuestro papel en todo esto?

—Éramos la escolta —dijo Sertorius, con una sonrisa que aparecía y desaparecía de

su rostro—. Sin nosotros, Phaestus estaría muerto entre las nieves de las Gosthere.

—¿Es eso cierto? —preguntó Karnos a Phaestus. El anciano abrió los ojos y asintió. Karnos pasó la mirada por las maltratadas cautivas del carro. Rian le miró a los ojos con aire desafiante entre sus lágrimas, sosteniendo a Ona en brazos. Aise tenía la cabeza apoyada en el hombro de su hija mayor, con los ojos cerrados, apenas consciente.

—Debéis ser felicitados —dijo finalmente a Sertorius—. No es época para estar en la carretera. —Levantó levemente la voz—. Polio.

—¿Amo? —El anciano mayordomo también contemplaba a las mujeres del carro, con la barba blanca temblorosa.

—Debemos encontrar un espacio donde estos tres hombres buenos puedan descansar. Agua para lavarse, comida y vino; lo que quieran. Que la cocinera les prepare algo.

—¿Y una esclava bien mullida? —dijo Bosca, con una mueca lasciva. Karnos lo miró.

—¿Centurión?

—¿Sí, portavoz?

Sus ojos seguían fijos en Bosca.

—Quiero que cuatro hombres vigilen a nuestros invitados. Aseguraos de que no rondan por mi casa y se pierden.

—Sí, portavoz.

—Escucha, Karnos... —exclamó Sertorius.

—Ah, ya lo tengo. Grania, enseña a estos caballeros el almacén de grano. Me disculparéis, amigos míos, pero ando un poco escaso de espacio. —Karnos inclinó la cabeza a un lado, y los lanceros se agolparon en torno a Sertorius, Adurnos y Bosca. La esbelta esclava abrió la marcha.

—¡Phaestus, díselo! —gritó Sertorius por encima de su hombro—. ¡Estarías muerto de no haber sido por mí! —Los lanceros lo empujaron en pos de Grania con el placer de los hombres enfurecidos.

Karnos seguía contemplando a la maltratada familia de Rictus.

—Phobos —dijo, furioso. Polio y él se miraron.

—No pudimos detenerlos —dijo tristemente Philemos. Karnos le miró con desprecio, sacudió la cabeza y tocó suavemente a Rian en el brazo.

—Señora, ahora estás en mi casa, y te aseguro que aquí ningún hombre te tocará. Rian inclinó la cabeza y se echó a llorar en silencio.

Los esclavos emprendieron sus tareas en un silencio poco habitual. Pocas veces habían visto a su amo en aquel estado. No gritaba, ni rabiaba, ni arrojaba copas de vino contra las paredes, como le habían visto hacer muchas veces a su regreso del Amphion. No estaba borracho, ni gritando órdenes con impaciencia como solía hacer.

Estaba sentado en su sillón frente al fuego del salón principal, contemplando las llamas sin parpadear, como si aguardara que algo apareciera allí. La larga habitación estaba casi a oscuras, con unas pocas lámparas de un solo pabilo ardiendo en las esquinas. Su clámide yacía en el suelo a sus pies, y ningún esclavo se había atrevido aún a acercarse a recogerla.

Fue Polio quien interrumpió su oscura ensoñación.

—Amo, la señora Kassia está aquí.

—¿Qué? ¡Joder!

—¿La hago pasar?

Karnos contempló de nuevo el fuego. Había perdido peso y, al retirarse la carne de su cara, los huesos de debajo se habían vuelto más prominentes. Ya no era el hombre grueso que había sido antes de Afteni...

Polio se aclaró la garganta.

—Creo que la ha enviado Kassander. La acompañan dos criadas, y llevan varios cestos de ropa blanca.

Karnos asintió.

—Así es Kassander. Iba a pedir un carnifex para que las examinara, pero lo último que necesitan es a otro jodido hombre manoseando... —Apretó los dientes y ahogó las palabras—. Hazlas pasar, Polio.

Antes de que Polio pudiera alejarse, Karnos apoyó una mano en los dedos del anciano y se los oprimió.

—Gracias —dijo.

Polio enarcó levemente las cejas.

—No necesitas agradecerme nada, amo.

—Tal vez lo necesitaré antes de que esto termine. ¿Qué hay de Phaestus y el muchacho?

—Están durmiendo.

—Déjalos dormir, entonces. Y haz pasar a esa maldita mujer.

Se inclinó y arrojó otro tronco al fuego. Madera de pino, cortada en los bosques al norte del río Mithos. La resina de la madera se derramó, escupió y se incendió en pequeños nudos de furia blanca.

—¿Sentado en la oscuridad? —dijo la voz de Kassia detrás de él.

—La oscuridad me parecía lo más adecuado ahora mismo.

Ella se inclinó y recogió su capa del suelo.

—Kassander me lo ha contado. Dice que tal vez me necesites aquí. He traído a dos buenas mujeres. Una es comadrona. Cuidarán de ellas.

Karnos asintió.

—¿Qué vas a hacer con ellas?

Él levantó la vista y se echó a reír.

—¿Qué quieres que haga? Las han traído hasta aquí porque son la familia de un hombre muerto. Su sufrimiento no tiene ningún motivo, ningún significado.

—Casi ningún sufrimiento lo tiene.

Karnos apretó un puño dentro de otro.

—Vivimos en un mundo repugnante, Kassia.

Ella se sentó en la silla frente a él, tirando de los hilos de su clámide, jugando con la lana.

—Hay un millar de mujeres como ellas en la ciudad.

—Yo soy el responsable de esto, Kassia. Yo. —Se levantó, y empezó a recorrer la habitación, entrando y saliendo de la oscuridad, de la luz del fuego y de las lámparas, arriba y abajo, como un animal enjaulado—. Yo animé a Phaestus a hacerlo. Fue idea suya, pero yo le escribí, animándole. Atrápalas, le dije. Tráelas aquí. Será un arma que tendremos sobre la cabeza del gran Rictus, y servirá para separarle de Corvus. Me creía tan jodidamente listo... Mi sello en un pergamino es lo que las ha llevado a esto.

Kassia se miró los dedos, atareados jugando con la lana sobre su regazo.

—Comprendo.

—Una cosa es enfrentarse a un hombre en el campo de batalla, o en el suelo del Empirion. Pero esto es puro veneno, aunque hubiera funcionado.

—Amas tu ciudad, Karnos —dijo sencillamente Kassia—. Harías cualquier cosa que ayudara a preservarla.

—No las has visto, ni a los cabrones viciosos que las han traído hasta aquí. Hubiera matado a esos animales aquí mismo, excepto que yo no soy mejor que ellos. No sería justicia, a no ser que me hicieran lo mismo a mí. Soy su cómplice.

—No sabías que iba a ocurrir esto, Karnos.

—La familia de un hombre, Kassia.

—¿Sabes que ha muerto?

—¿Qué? No, todavía no. Tendré que decírselo, supongo.

—Esta noche no, por el amor de Antimone. Ya han sufrido suficiente.

—Tienes razón al no casarte conmigo. No soy digno de una mujer decente.

Ella se levantó y le bloqueó el paso. Le agarró de los brazos cuando él trató de rodearla.

—Si eso fuera cierto, no estaría aquí, y lo que ha ocurrido no te estaría atormentando de este modo. Cometiste un error, Karnos. Pero eres el líder de una gran ciudad en tiempos desesperados, que toma cien decisiones al día. Algunas veces te equivocarás y, como tienes poder en las manos, tus errores causarán desgracia y miseria a algunas personas. Ésa es la naturaleza de tu posición.

Karnos la miró fijamente y consiguió emitir una risa abogada.

—Por Dios, Kassia, puedes ser una zorra muy fría cuando quieres.

Ella le abofeteó la cara, con los ojos relampagueantes.

—Eres el portavoz de Machran. No tienes tiempo de recrearte en tu culpabilidad. Está hecho. Y eso es todo.

Él la miró furioso, y por un instante se observaron en un silencio tenso. Ella volvió a levantar la mano y le tocó la señal enrojecida del rostro.

—Kassander tiene razón. Deberíamos casarnos y acabar con esto.

Entonces podríamos reconciliarnos, como hacen los matrimonios.

El fuego en los ojos de Karnos se intensificó. Tomó a Kassia en sus brazos y la besó, con la fuerza suficiente para convertir sus labios en una rosa magullada.

—Soy un tratante de esclavos barrigón con tendencia al drama. En el fondo, es lo que sigo siendo. Me importan estas cosas. No puedo interpretar el papel de gran hombre y dejarlas de lado.

—Machran tiene suerte de contar contigo.

—Ojalá pudiera creerlo. —Volvió a besarla, en aquella ocasión suavemente, y se volvió a contemplar el fuego, observando cómo el humo se elevaba para ser absorbido por las ranuras del techo. La luz de la luna era roja en el exterior, y el humo adquiría su color al abandonar la casa.

—¿Irás a hablar con la mujer de Rictus por la mañana, Kassia? Dile lo de su marido. Yo no puedo. Tal vez sea el portavoz de Machran, pero no puedo plantarme delante de esa desgraciada mujer con semejante noticia.

Ella asintió.

—Lo haré.

—Y, Kassia, dile que aquí está a salvo. Puede entrar o salir como le parezca.

—¿La quieres bajo tu techo, sabiendo que tuviste parte de culpa en lo ocurrido?

—Lo merezco. Yo también debo pagar.

Ella se quedó a su lado y entrelazó los dedos con los de él.

—Karnos, hoy han quemado a mil hombres en una pira, y lo hemos considerado una victoria. Los tiempos que vivimos están llenos de sangre. Antes de que esto acabe, todos tendremos las manos manchadas.

—A veces me pregunto si vale la pena. Luchar de este modo... ¿y para qué? ¿Para decirnos a nosotros mismos que somos hombres libres? ¿Qué significó la libertad para mi padre? Era más esclavo que el propio Polio. La libertad es una palabra, Kassia.

—Tiene que haber algo por lo que valga la pena morir. Recuerda lo que dijo Gestrakos: un hombre al que no le importa nada es un hombre que ya está muerto.

Karnos hizo una mueca.

—Hay otro dicho, sobre fines y medios. Deja que te enseñe algo.

La condujo al extremo de la larga habitación. Al final había un alto armario de madera oscura, apenas iluminado por la lámpara de aceite del rincón. Karnos tocó la parte inferior del armario y hubo un chasquido audible. Se abrió una puerta, más alta que

ninguno de ellos.

—Hice que Framnos construyera esto cuando me fabricó los divanes —dijo Karnos—. Ahora sabes cómo se abre. Hasta ahora sólo lo sabíamos él y yo. —Abrió la puerta del todo. En el interior había oscuridad, y en aquella oscuridad algo aún más negro—. Alarga la mano y tócalo.

Kassia extendió una mano vacilante, y luego retrocedió.

—No puedo verlo. ¿Qué es?

Karnos acercó la lámpara y la sostuvo en alto. En el interior del armario había una coraza negra. Parecía absorber la luz de la llama, como un agujero en el tejido del mundo. Y luego vieron destellos aparecer aquí y allá, como reflejos retrasados.

—La Maldición de Dios —dijo Karnos.

—Karnos... No lo sabía... ¿Cómo la encontraste?

—La robé —repuso él con una sonrisa torcida.

Ella se quedó con la boca abierta.

—No se puede robar eso, Karnos. Esas cosas...

—Pertenece a Katullos. Estaba con él cuando murió. Quería que la entregara a su hijo, pero su hijo no tiene aún los doce años. De modo que me la quedé. Para el portavoz de Machran.

—Esto no está bien. Su familia...

—Considéralo botín de guerra. —Karnos alargó un brazo y tocó los oscuros contornos de la armadura—. Me la pondré sobre la muralla, cuando llegue el final, para bien o para mal. Hará más bien a la ciudad sobre mis espaldas que en la cripta familiar de los Alcmoi.

Siguieron contemplándola, hasta que Kassia se estremeció.

—No me gustan estas cosas. No son de este mundo.

—Tal vez tengas razón. Pero son parte de lo que somos. No pueden perforarse, dañarse ni destruirse. Simplemente existen. Y mientras ellas existan, existiremos nosotros.

Volvió a cerrar la puerta del armario.

—Ahora me consideras un ladrón, supongo.

Ella le miró de cerca, estudiando su rostro y la marca que había dejado en él. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Qué sucede, Kassia? ¿Te avergüenzas de mí?

—No, no me avergüenzo. Tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—Te conozco, Karnos. Eres muchas cosas, pero ladrón no es una de ellas. Robaste esa armadura porque te imaginas muriendo vestido con ella.

Con la mañana llegó la luz a la habitación, un intenso sol de invierno asomando por encima de las Gosthere al este. Permaneció tumbada, y observó cómo se iluminaban las ranuras azules por encima de ella, mientras la luz entraba por las ventanas de la pared, cerradas con persianas. Con la luz llegaron los olores a humo de leña y pan al cocerse, y el rumor poco familiar de una ciudad que despertaba.

Sus hijas estaban con ella en la cama, Ona encogida en sus brazos y Rian apretada contra su espalda. Durante unos minutos, Aise pudo escuchar sus respiraciones y volver a ser ella misma. Apartó de su mente las sensaciones de sus pies llenos de ampollas y de su rostro magullado, y el dolor sordo de sus entrañas. No había una sola parte de ella que no hubieran tocado.

El momento pasó, tan rápidamente como si no hubiera existido en realidad. Se quedó tumbada en aquella cama limpia respirando rápidamente, con el corazón martilleando, sin ver ya la luz del sol en la pared. Tenía la boca llena de tierra, el rostro apretado contra el suelo, y la estaban sosteniendo, penetrándola en la oscuridad, llenándole el cuerpo de porquería, de líquidos repugnantes que brotaban de ellos para abrirse

camino hasta su propio corazón.

Respiró profundamente, escuchando los latidos de los corazones dormidos de sus hijas, mientras parpadeaba y regresaba al presente. Todo había pasado. El viaje había terminado.

Y, sin embargo, los hombres que le habían hecho aquello seguían en la casa, a pocas yardas de distancia.

Se incorporó en la cama. Rian y Ona se movieron, pero no despertaron. Salió de entre ellas y les cubrió los hombros con la manta, apartando el cabello de sus rostros.

«Yo hice el trato, y los dioses lo cumplieron. Quise lo peor para mí, y ellos me lo concedieron. Debo estar agradecida».

Besó a sus hijas dormidas una tras otra.

Había un montón de capas y ropa sobre la otra cama de la habitación. Seleccionó un pesado peplos, una prenda femenina invernal, y se lo envolvió en torno a los hombros. El suelo de piedra estaba frío, pero le alivió las terribles heridas de los pies. Salió cojeando de la habitación, cerrando la puerta sin hacer ruido.

Estaba en un pequeño patio con un estanque en medio, rodeado de pórticos y plantas en macetas. ¡En macetas! Tocó un oloroso enebro, y olió a lavanda, laurel y menta. Todas las plantas estaban moribundas, lejos de su mejor momento, pero la tranquilizaron con sus aromas y sus recuerdos.

Qué maravilloso era estar libre de miedo, al menos por un momento. Sentir el sol invernal en el rostro y frotar la lavanda entre sus dedos...

El olor de los baúles de la ropa en Andunnon.

Un esclavo entró en el patio con un cesto, la miró, se sobresaltó, se inclinó y se alejó a toda prisa. Aise se reclinó contra una columna, sin saber lo que aquello podía presagiar. Pasaron muy pocos momentos antes de que una mujer bien vestida apareciera en lugar del esclavo. Una dama de pelo moreno con el rostro ancho y atractivo, y el cabello recogido en una trenza detrás de la cabeza. Era joven; tal vez no llegaba a los treinta, pero su mirada era directa, y no había nada vacilante en su paso cuando se le acercó.

—Soy Kassia, querida. Mi gente cuidó de ti anoche. ¿Has dormido bien? ¿Cómo están las niñas?

Aise se cruzó de brazos en el interior de su capa.

—Estamos bien —dijo.

—¿Tal vez te apetecería desayunar? El cocinero de Karnos ha hecho pan esta mañana, y hay miel y agua limpia.

Aise permaneció inmóvil, como si hubiera echado raíces. Finalmente dijo:

—Lo siento. No estoy...

La mujer llamada Kassia le oprimió un brazo.

—Todo va bien. Ahora estás a salvo. Conseguiste traer a tus hijas hasta aquí, y todas estáis vivas. El resto es cuestión de tiempo y de la misericordia de Antimone.

—Debo regresar. Están durmiendo —dijo Aise, apartándose.

—Déjalas dormir —le dijo Kassia—. Por favor. Ven conmigo, Aise. Hay un fuego encendido y la mesa está puesta.

Eunion, mordiéndose una cebolla púrpura durante el desayuno, la última cosa que comería.

—No, no puedo.

—Escúchame —dijo Kassia, y sus ojos abandonaron por primera vez el rostro de Aise—. Tengo noticias que debes oír, algo que debes saber. Y es mejor que te lo diga ahora, mientras tus hijas aún duermen.

El rostro de Aise se volvió inexpresivo.

—Dímelo, entonces.

—No, por favor. Aquí fuera no. Ven conmigo junto al fuego. Tomaremos algo de vino.

—No beberé vino —dijo Aise.

—Pero yo sí. —Kassia sonrió, nerviosa—. Por favor, ven conmigo.

De mala gana, Aise se dejó llevar del brazo. Salieron del patio y entraron en una habitación cuyas paredes estaban pintadas del color de una vasija de cerámica. Había una pequeña chimenea en un rincón. Su interior en forma de colmena estaba lleno de fuego, madera de olivo, por el olor. Y un balcón. Aise se asomó, maravillada. Había una gruesa barandilla de madera que le llegaba al muslo, y más allá, una espléndida vista de Machran. Se quedó sin respiración al verla.

Kassia se reunió con ella, tomando una copa de vino de la mesa que parecía una isla en mitad de la habitación.

—Es impresionante, vista desde aquí —dijo, con una sonrisa—. Estamos en la colina de la Kerusia, y ahora miras al oeste. Allí está en Empirion, y la Colina Redonda, detrás de él. Toda Machran está a tus pies. Nunca me canso de mirarla.

—Nunca la había visto así, como a través del ojo de un pájaro.

—La colina de la Kerusia es alta. En la cima esta la ciudadela de Machran, una antigua fortaleza donde celebra las sesiones la Kerusia. Ahora la están reparando, por si...

—Por si Corvus y mi marido rompen vuestras murallas —dijo Aise. Se volvió—. Señora, pareces una mujer amable. De ese Karnos no sé nada, excepto que tiene reputación de mujeriego y buen orador. Dime, ¿qué se propone hacer con mis hijas y conmigo?

—Aise miró a Kassia sin parpadear. El blanco de uno de sus ojos estaba medio lleno de sangre, y su órbita era una concavidad púrpura.

—Karnos es un buen hombre, sea lo que sea lo que hayas oído sobre él —dijo Kassia en tono muy serio—. Detesta lo que te han hecho. Me ha dicho que tú y tus hijas podéis considerar esta casa como vuestra durante todo el tiempo que deseéis.

—Parece un hombre con la conciencia culpable —dijo Aise—. Sé que no estamos aquí por capricho. Pretende usarme contra mi marido.

Kassia depositó cuidadosamente su copa de vino sobre la mesa.

—Aise. —Se adelantó y tomó las manos de la otra mujer entre las suyas, mirándola directamente a aquel rostro hermoso y destrozado—. Rictus murió ayer, en un asalto a las murallas.

Aise se quedó muy quieta durante unos tres segundos. Luego apartó las manos de las de ella y retrocedió.

—Eso es mentira.

—Lo siento.

—No te creo.

—No mentiría sobre algo así. Aise, ayer por la mañana, el segundo de Rictus, Fornyx, vino a la ciudad con una rama verde y solicitó recuperar su cuerpo.

—¿Fornyx? —Aise retrocedió un poco más. Levantó una mano y se cubrió la boca.

Kassia la siguió, con los brazos abiertos.

—Créeme cuando te digo que Karnos no tiene planes ocultos para ti. Con Rictus muerto...

—Con Rictus muerto, ya no tengo ningún valor —dijo Aise. Y volvió a pronunciar su nombre, en voz tan baja que Kassia apenas pudo oírla.

Las lágrimas ardientes acudieron a sus ojos magullados y llenos de sangre. Lanzó un suspiro que era medio sollozo, medio rugido.

Durante todo aquel tiempo, saber que él estaba en el mundo, con su armadura negra, como un pilar invencible en su vida... era lo que la había mantenido en pie. El hecho de la misma existencia de Rictus la había obligado a dar un paso detrás de otro cuando lo único que deseaba era abandonar, tumbarse y alejarse de los recuerdos que le envenenaban el corazón. Rictus la encontraría. Rictus arreglaría las cosas, aunque tuviera que derribar Machran piedra a piedra para lograrlo.

Una creencia infantil, pero era la última esperanza que tenía.

Y Rictus había muerto.

—Aise... —empezó a decir Kassia, con el rostro contorsionado por la compasión.

—Apártate de mí. —La mirada en los ojos de Aise hizo que Kassia se detuviera en seco.

Se dirigió al balcón y se quedó allí, con las manos apoyadas en la tranquilizadora madera de la barandilla. Todo Machran se extendía a sus pies, todo un mar de ruido y actividad que llenaba el mundo. Hombres gritando, perros ladrando, mulas bramando, el crujido de ruedas de carro, y el sonido de conversaciones incesantes. Decenas de miles de personas hablando, hablando.

Se cubrió las orejas con las manos, mientras las lágrimas le corrían por el rostro, pensando en Andunnon, en el tranquilo mundo de las colinas, en cómo había cocido el pan aquella última mañana, antes de que todo fuera destruido. Nunca volvería a conocer la paz. Lo sabía.

Incluso en las horas más silenciosas de la noche, volvería a oírlos reír mientras la violaban, volvería a ver sus caras. Rictus los hubiera matado. Él hubiera arreglado las cosas.

Rictus había muerto. Su mundo estaba destruido.

—Aise —dijo Kassia—. Con el tiempo...

Había hecho un trato con los dioses, y ellos habían cumplido. Había rezado porque lo peor cayera sobre ella, y su plegaria había tenido respuesta. Sus hijas estaban sanas y salvas.

—Dices que cuidarás de mis hijas.

—Sí, por supuesto.

Había hecho lo suficiente. Toda su vida había estado haciendo cosas para los demás. Iba a hacer una última cosa para ella misma.

—¡Aise! —gritó Kassia, y se lanzó hacia delante.

Demasiado tarde. La esposa de Rictus se abalanzó sobre la barandilla y se dejó caer. Un destello de imágenes en movimiento galopó por su mente, como hojas relucientes en un bosque de recuerdos; luego todo se convirtió en negrura. Y Aise conoció al fin la verdadera paz.

## *La muerte y los dioses*

Como una bestia perezosa, el ejército de Corvus despertó en sus campamentos. Con la llegada de las primeras nieves, al estilo efímero del invierno en las tierras bajas, las morai del conquistador emprendieron de nuevo la marcha.

El tren de intendencia estaba al fin en condiciones, y varios grupos de trabajo se dedicaron a reparar las partes inundadas de la carretera que conducía al este. Miles de habitantes de las tierras bajas habían sido reclutados y obligados a trabajar talando árboles y arrancando piedras. El campamento principal, sobre la carretera, adquirió un aspecto más permanente cuando las tiendas pardas del ejército se irguieron en pulcras hileras, con calles delimitadas con cuerdas entre ellas. Y el ejército se extendió hacia el norte y el sur, como un pulpo con las patas hechas de lanceros armados.

Teresian condujo a dos morai al oeste, a lo largo de las murallas de la ciudad, y acampó frente a la puerta principal del oeste. Demetrius y otros tres mil lanceros se instalaron al sur, cortando la carretera de Avennon. Druze llevó al norte a dos morai de lanceros e igranianos, más nutridas de lo habitual, y empezó a construir un fuerte con empalizada frente al Mithannon, a orillas del río Mithos. Una de las primeras cosas que hizo fue recoger a los muertos medio descompuestos del último asalto del ejército y reunirlos en una pira, para quemarlos junto a las cenizas de los defensores.

Corvus se quedó frente a la puerta principal del este con el grueso del ejército, la caballería y la intendencia.

En torno a las murallas se levantaron varias empalizadas de troncos afilados, interrumpidas por torres de vigilancia, con luces de señales en los puntos clave, listas para ser encendidas si los defensores decidían hacer una salida y enfrentarse a la creciente encerrona que sufría la ciudad.

Machran fue rodeada por completo, todas las carreteras cortadas, y todos los medios de salida de la ciudad vigilados por hombres armados. Estaba aislada del mundo exterior.

—¿Qué va a ser esta mañana? ¿Otra vez ese maldito caldo de cebada? Apártalo de mí —espetó Rictus.

Fornyx sopló sobre el cuenco humeante.

—Al menos está caliente. Casi todo el ejército desayuna pan rancio y carne de cabra tan pasada que bala cuando te la metes en la boca.

—Me iría bien un poco.

—Severan dice que no puedes tomar nada estropeado; estás demasiado débil. Ahora sé un buen chico y tómate el maldito caldo.

Rictus gruñó de dolor mientras se sentaba en la cama para tomar el cuenco de manos de Fornyx.

—¿Cómo puede curarse un hombre sin un poco de carne ni una gota de vino?

—No tengo ni idea. —Fornyx se reclinó en la silla de cuero y cerró los ojos un segundo. A su lado, el brasero emitía algo de calor, y el aire de la tienda estaba viciado.

—Abre la puerta, ¿quieres? No puedo respirar aquí dentro.

Fornyx volvió a abrir los ojos.

—¿Es que quieres contraer una fiebre de pulmón? La semana pasada estabas tumbado de espaldas, tosiendo porquería verde y hablando con gente que no estaba allí. Severan dice que otra fiebre acabaría contigo. Ya no eres el jovencito de antes, hecho de cuero y orín de caballo. Ninguno de nosotros lo somos.

—Pues habla conmigo, Fornyx. Cuéntame las noticias.

Fornyx miró atentamente a su amigo. Rictus había quedado reducido a lo esencial para la vida: tendones, huesos y músculos fibrosos. Su cráneo parecía demasiado grande para su cuerpo, pese a la anchura de sus hombros, y había perdido el color propio del

aire libre, el viento, el sol y la nieve. Su rostro tenía la palidez de un inválido, y bajo sus ojos había ojeras azules que no habían estado allí antes.

Parecía un anciano. Por primera vez, Fornyx vio al hombre maduro que había en él. El joven que se había unido a los Diez Mil tanto tiempo atrás había desaparecido por completo.

—No hay mucho que contar. No ha habido batallas dignas de tal nombre; estos días sólo hemos manejado palas y hachas. Los hombres dedican el poco tiempo libre que tienen a explorar el desierto helado que han creado en busca de un rábano o una cebolla que hayan pasado desapercibidos. No hay un solo olivo ni una viña en pie en veinte pasangs a la redonda, e incluso la hierba parece estar marchitándose. Ardashir ha tenido que trasladar a los caballos diez pasangs más al este. Esos grandes caballos kufir empiezan a parecer piel y huesos. Cuando el último muera, ni siquiera valdrá la pena comérselo.

Rictus tosió sobre su caldo e hizo una mueca, con la mano apoyada en el costado.

—¿Y los hombres? ¿Nuestros hombres?

Fornyx frunció el ceño.

—Corvus los ha convertido en una especie de guardia personal. Ahora que nuestro número se ha reducido, nos utiliza como mascotas. Sólo tenemos un centón escaso de hombres vestidos de escarlata. Los que están aquí seguirán hasta el final. Kesiro está obsesionado con el saqueo de Machran. Valerian no dice gran cosa. Creo que este tipo de guerra no le gusta demasiado.

—¿Es que le gusta a alguien? ¿Qué sucede en la ciudad? ¿Tenemos alguna pista?

—Machran es ahora un lugar diferente, Rictus, un mundo aparte del nuestro. No hay entradas ni salidas; la ciudad está sellada. Si nosotros pasamos hambre, con provisiones llegando desde el este y los grupos de aprovisionamiento en marcha noche y día, imagina lo que debe ser dentro de esas murallas, con más de cien mil bocas que alimentar.

—Si todo lo que tuvieran para comer fuera esta mierda, abrirían las puertas mañana

—dijo Rictus, dejando el cuenco a un lado. Volvió a tumbarse en la cama (la habían construido especialmente para él por orden de Corvus) y miró a su viejo amigo—.

Druze dice que ibas a dejar el ejército cuando me creías muerto.

Fornyx se encogió de hombros.

—Ya no parecía tener mucho sentido.

—Tú eras el que estaba ansioso de formar parte de la historia, Fornyx. Es esto; ahora mismo estamos haciendo historia. Hubo ocasiones en el Imperio en las que desee tumbarme y morir, muchas veces...

—Una vez te dije que aquello debió parecer una pesadilla de Phobos. Tenía razón.

—Bien, entonces.

—Al menos en el Imperio sabías adónde ibas, Rictus. Aquí, miro a mi alrededor y me pregunto de qué servirá todo esto. ¿Estamos aquí para convertir a Corvus en rey?

—Creo que sí.

—¿Y estás satisfecho con ello? ¿Ese muchacho mestizo dirigiendo a los macht, como un tirano kufir?

—No es tan malo como lo pintas.

—Oh, ya lo sé. Ahora sois como familia. Lo veo, Rictus. Estaba casi loco de alegría cuando Ardashir te trajo de regreso de entre los muertos.

—Es el hijo de Jason, y su padre murió por mi culpa.

—No puede mantener esa deuda sobre tu cabeza durante toda su vida; ni siquiera conoció a su padre.

—Yo si le conocí —dijo Rictus con firmeza—. Era un hombre mejor que ninguno de nosotros, y su madre una buena mujer.

—Una kufir.

—Una kufr, sí. ¿Acaso importa?

—La mayoría de los paletos de este ejército no tiene ni idea de que su querido general tiene sangre kufr en sus venas. ¿Qué crees que harían si lo descubrieran?

—Nada. Tiene la suerte de su lado, Fornyx. Conociéndolo, eso sólo serviría para aumentar su misterio.

Fornyx bajó la cabeza.

—De acuerdo, de acuerdo. Me oigo a mí mismo, y parezco un recluta protestón que echa de menos la teta de su madre. Esta guerra a gran escala es nueva para mí. Faltan demasiadas caras en torno al centos, Rictus, hombres con los que tú y yo habíamos marchado durante años. Cayeron por docenas sobre aquella muralla, y en Afteni.

—Habrá otros, Fornyx. Los rostros siempre han cambiado. ¿No te ha ordenado reclutar?

Fornyx se echó a reír.

—Sí. Ha autorizado a cualquier lancero del ejército a intentar ser uno de los nuestros. Valerian y Kesiro los tienen haciendo cola frente a sus tiendas cada mañana, jóvenes deseosos de llevar esa capa escarlata y hacerse llamar Cabezas de Perro. Hubo una época, Rictus, hace años, en que había mercenarios en todas las ciudades, y la capa roja no era más que un símbolo de vergüenza. Ahora, desde el regreso de los Diez Mil, y con esta campaña, las cosas han cambiado.

—Un honor —dijo Rictus.

—Sí. ¿Quién lo hubiera pensado?

—Tomaremos a los mejores y reconstruiremos a los Cabezas de Perro, Fornyx —dijo Rictus, palmeando la mano de su amigo.

Fornyx sonrió, con un destello de su antigua personalidad lobuna.

—Les haremos ejercitarse hasta que vomiten.

En la retaguardia del campamento que se extendía sobre la carretera de Goshen, al este de Machran, se había levantado una construcción vallada de hierro y madera. En su interior, el secretario de Corvus, Parmenios, era el amo y señor, y había reclutado a todos los carpinteros y herreros que pudo encontrar desde Machran a Afteni.

Cada día las carretas entraban en el recinto, cargadas de madera, limaduras de hierro y carbón, y las forjas relucían y resonaban día y noche. En el centro del recinto empezaron a elevarse unas estructuras altas, que crecían de día en día, y las nuevas órdenes recorrieron todo el campo. Llegaron rebaños de ganado vacuno, que fueron sacrificados por la carne que devoraría el ejército, y luego despojados de sus pieles.

Pronto el hedor de una curtiduría se sumó al humo de las rugientes forjas, y Corvus instaló centinelas en torno a aquel extraño proyecto de Parmenios, la mayor parte de ellos kufr, miembros de los Compañeros. Expulsaban a todos los soldados curiosos que se acercaban a la colina para ver qué sucedía, y el ejército hervía de especulaciones mientras transcurrían los últimos días del año, y la noche oscura del pleno invierno caía sobre la tierra.

A casi doscientos pasangs al sureste, la ciudad de Avensis se erguía sobre su risco, dominando la amplia llanura entre Nemasis y Pontis. Un gran puesto comercial, un nudo en las rutas de caravanas que convergían antes de desembocar en la carretera imperial, también era el miembro más rico de la Liga Avenia después de la propia Machran.

Los hombres de Avensis habían combatido en Afteni y caído por centenares. La Kerusia había decidido esperar acontecimientos, aconsejada por Ulfos, el polemarcha, que había estado en Afteni y había visto en primera persona el poder del ejército de Corvus.

Se habían reunido en la ciudadela, un espacio abierto y rodeado de columnas que contemplaba la fértil llanura de abajo. Ulfos estaba sobre el mármol gris y vetado,

soplándose en las manos.

Había llegado el invierno, y el frío era intenso incluso tan al sur, aunque de momento no había nieve en el suelo. El círculo de la Kerusia era un buen lugar para reunirse en un día de verano, con el cielo azul cerúleo sobre las cabezas, pero aquel día había una desolación en el aire que correspondía al estado de ánimo de los hombres sentados en el semicírculo de bancos de piedra.

Parnon, el portavoz de Avensis, se levantó al modo clásico, con el himatión doblado sobre un antebrazo. Extendió el otro hacia Ulfos.

—General, has dicho que tenías noticias. Mejor será que las comuniques rápidamente.

—Uno de los ancianos de la Kerusia detrás de él estornudó, y hubo un murmullo, rápidamente silenciado por una mirada del solemne Parnon, con su larga barba erizada como un cepillo.

Ulfos se volvió y señaló a la antecámara de detrás. Al ver su gesto, una figura flaca y maltrecha entró cojeando en el círculo de la Kerusia, un joven sucio y melencólico, con la capa hecha jirones y los pies desnudos y ensangrentados.

—Esto no puede ser bueno —murmuró uno de los ancianos a su vecino.

—Habla, muchacho —dijo Ulfos—. Entrega lo que llevas al portavoz, y luego dile lo que me dijiste a mí.

El muchacho miró a la Kerusia, se metió la mano en la capa y extrajo un rollo de pergamino, maltrecho y manchado por la lluvia. Se lo tendió a Parnon.

—Señoría, éste es un mensaje del propio Karnos de Machran, con su sello sobre él; y no está roto, me he asegurado bien de ello.

Parnon miró el pergamino como si el muchacho le hubiera puesto un excremento en la mano. Su mirada recorrió el círculo de la Kerusia, y luego rompió el sello y desenrolló el papel. Sus labios se movieron, y su rostro se volvió duro y firme. Volvió a mirar al muchacho.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó.

—Corriendo, señoría.

—¿Corriendo? ¿Todo el camino?

El muchacho se apoyó una mano abierta en el pecho, como si buscara el latir de su propio corazón.

—Todo el camino, lo juro. Karnos me hizo prometer que no me detendría por nada, y que no hablaría con nadie durante el camino.

—¿Envió algún otro mensaje?

—Me pidió que te dijera que no habría más mensajes.

Parnon asintió.

—¿Cómo te llamas?

—Fidias, señoría.

Parnon se acercó al muchacho y le apoyó una mano en el hombro.

—Has hecho algo de gran valor, Fidias, y te lo agradezco. —Miró a Ulfos, que estaba mordiéndose las uñas, con la capa envuelta en los brazos—. Ocúpate de este joven. Creo que vale mucho. Ahora vete, Fidias. Parece que un baño y una comida caliente no te vendrían mal.

El rostro del chico se iluminó.

—¡Gracias, señoría!

A un gesto de Ulfos, salió de la habitación. Su paso tenía un aire peculiar, al mismo tiempo ágil y dolorido. Parnon arrojó el pergamino sobre el suelo de mármol del círculo.

—Machran está sitiada. El fracaso del primer asalto no hizo mella en la determinación de Corvus. Tiene las murallas rodeadas y está construyendo un anillo de fortalezas para sellar enteramente la ciudad. Karnos dice que Machran podrá subsistir tal vez un mes antes de empezar a pasar hambre. Pide que las fuerzas de la Liga se reúnan para hacer un intento de socorro lo antes posible.

Se inclinó y volvió a recoger el pergamino, con los ojos oscurecidos.

—Todo esta decidido, entonces —dijo un miembro de la Kerusia, con la respiración siseante en la garganta—. Machran está acabada.

—Sin nuestra ayuda —dijo Parnon.

—Ya prestamos nuestra ayuda, y vimos a nuestros hombres quemados frente a Afteni —dijo otro amargamente—. Hemos hecho suficiente. ¿Olvidas que Machran no nos ofreció ninguna ayuda hace quince años, cuando Pontis nos atacó?

Parnon levantó una mano.

—No revolvamos el pasado. Tenemos suficiente con ocuparnos del presente.

—Pensé que Machran tendría más reservas de comida —dijo otro.

—Las tenían. —Era Ulfos quien había tomado la palabra. Se mordía la uña como un terrier con una rata—. Llegaron a la ciudad tantos refugiados de Arkadios y otras ciudades del interior que el número de habitantes pasó a exceder el habitual. Demasiadas bocas que alimentar.

Parnon se golpeó el labio superior con el arrugado pergamino.

—¿Cuántas lanzas podemos reunir todavía, Ulfos?

—Unas tres mil, si no dejamos nada atrás.

—¿Crees que podríamos persuadir a los otros polemarcas de reunirnos aquí? ¿Los de Pontis o Arienus?

—Corvus ya los derrotó una vez, Parnon. ¿Qué te hace pensar que se arriesgarán a otra tirada de tabas?

Parnon levantó el pergamino.

—Corvus perdió a mil hombres en su asalto fallido. Tendrá que destinar a más para contener a Arkadios, Afteni y las demás ciudades del interior. No tiene nada comparable al número de hombres que se enfrentaron a nosotros al principio. Si no lo intentamos de nuevo ahora, todo habrá terminado para Machran.

—Si Machran cae, nadie podrá resistirle —dijo otro miembro de la Kerusia, un anciano que golpeó con fuerza el suelo con su bastón de madera de olivo—. Las ciudades de la costa de Planae no tienen ejércitos dignos de tal nombre; Minerias produce vino, no guerreros. Son blandos, inútiles. Quedamos nosotros, Pontis y Arienus. Ahí están todas las pelotas que quedan en esta parte del mundo. Por Phobos, si yo fuera joven de nuevo...

—Therones tiene razón —dijo Parnon—. Lo mejor de las ciudades guerreras macht ha desaparecido ya, o estuvo en Afteni con nosotros. Debemos volver a reunirlos. Intentarlo vale la pena. Yo mismo iré a Pontis.

—Entonces será mejor que corras tanto como ese valiente muchacho de los pies ensangrentados —ladró el viejo Therones, y volvió a golpear el suelo con su bastón.

Al norte, por la antigua ruta de las caravanas que se escurría entre las colinas y seguía el camino más rápido, como una corriente de agua. Las carreteras estaban pardas, llenas de barro endurecido, y poca gente viajaba por ellas en aquella oscura época del año.

Las tierras al sur de Machran no habían visto aún a las huestes de Corvus en todo su poder, pero habían soportado las expediciones de aprovisionamiento que enviaba para alimentar a su ejército, y la gente de las pequeñas granjas y ciudades al sur de Machran se había maravillado ante la visión de los Compañeros sobre sus caballos kefren, altos y negros, bestias descendientes de los caballos de Niseia, en los que cabalgaba el propio Gran Rey.

Los kufre que los montaban hablaban macht, a su modo, y a veces incluso pagaban el grano que tomaban y los animales que se llevaban. Nunca limpiaban un distrito por completo, sino que dejaban las semillas y los animales suficientes para iniciar nuevos cultivos y rebaños cuando se iban.

Los pequeños granjeros de las llanuras en torno a Gast, Nemasis y Avennos no sabían

qué pensar de ellos; eran más disciplinados que los ejércitos de ciudadanos que habían pisoteado sus tierras desde tiempo inmemorial, y su aspecto extranjero les prestaba una especie de fascinación exótica.

Había quienes se encolerizaban al pensar en kufr saqueando el campo de los macht, pero en su mayor parte se guardaban sus opiniones, como hacían tantos en aquellos días.

De nuevo al norte por la antigua ruta de las caravanas, a través de una tierra cada vez más vacía. Las partidas de aprovisionamiento de Corvus no encontrarían nada allí, pues Karnos había desnudado ya el campo en sus preparativos para el asedio, y los habitantes locales habían preferido huir de sus granjas a morir de hambre. Lo que habían sido tierras de labor bien cultivadas se habían convertido en zonas desnudas y estériles, con casas vacías abiertas a la lluvia y la nieve.

Y finalmente la propia ciudad, el centro del mundo invernal, el tema de conversación en todas las tabernas desde Sinon a Minerias.

Machran siempre había sido una ciudad muy poblada, incluso antes del sitio, pero con la adición de los refugiados que habían seguido a los lanceros en retirada en vez de quedarse a vivir en sus propias ciudades ocupadas, las condiciones del lugar se habían deteriorado. Los espacios vacíos que habían existido en el interior de las murallas habían dejado de ser parques o jardines para convertirse en barrios de barracas; miles de personas vivían en cobertizos improvisados, hacinadas en cualquier espacio disponible.

Habían empezado las primeras muertes. No los fallecimientos más habituales entre los ancianos y los muy jóvenes, sino muertes causadas por la enfermedad y la intemperie. Los ancianos morían igual que siempre, pero en mayores cantidades, al no poder pagarse la comida o la leña a los precios desorbitados que imperaban en la ciudad. La Kerusia había tratado de eliminar el mercado negro, y había ahorcado a los peores especuladores en un cadalso recién erigido cerca del Amphion, pero el mercado negro seguía floreciendo en el Mithannon, y demasiada gente dependía de él para que fuera posible cerrarlo.

La Kerusia se reunía con poca frecuencia, y cuando lo hacía accedía prácticamente a todo lo que Karnos solicitaba. Un consejo de ancianos con su sabiduría y su capacidad de reflexión podía estar muy bien en tiempos de paz, pero durante una guerra, la esperanza se marchitaba en los ancianos más rápidamente que en los jóvenes.

En casi todos los sentidos, la ciudad era gobernada por Karnos y Kassander, con ayuda de Murchos y Tyrias. Los procesos legales se dejaron aparte durante aquel periodo, y los edictos del cuarteto se aprobaban sin ser cuestionados, pues contaban con el respaldo de todos los combatientes de la ciudad.

La cebada y avena molidas que se guardaban en los graneros de la ciudad se repartían una vez a la semana en la zona abierta en torno el Amphion, donde se había reunido la asamblea en tiempos más felices. Era difícil mantener el orden en las colas de personas hambrientas, y las calles pavimentadas resultaban cada vez más estrechas, constreñidas por los barracones improvisados de los refugiados de Arkadios.

El suelo del barrio de Avennos siempre había sido bajo, y pronto se volvió infecto a causa de las miasmas que flotaban a su alrededor, y de los efluvios de miles de personas viviendo más o menos al aire libre, que se agachaban para hacer sus necesidades en cualquier rincón apartado que encontrarán.

Karnos iba a todas partes en una litera cubierta en forma de caja, transportada por cuatro de sus esclavos de más confianza. Cuando recorría las calles abiertamente, no podía dar cien pasos sin que alguna mujer le mostrara a un niño enfermo y empezara a gritarle. De modo que recorría las calles de Machran, su ciudad, observando desde detrás de una cortina temblorosa mientras los esclavos se abrían paso entre las multitudes febriles, ayudados por una fila de lanceros que no temían usar sus escudos

para golpear a los testarudos o violentos y apartarlos del paso.

Observó cómo, día tras día, la gran capital de los macht, con sus altos edificios de mármol y majestuosas cúpulas, iba convirtiéndose en una alcantarilla donde reinaban los desesperados y los malvados. Poco podía hacerse para mantener el orden público, porque los lanceros eran necesarios en las murallas; así y todo, habían apagado dos grandes incendios durante la semana anterior.

Bajó de la litera frente a su casa. Polio le estaba esperando. Cerró las puertas de golpe detrás de él, dejando fuera el caos abarrotado de las calles en el exterior. Como el agua, la gente parecía concentrarse en las partes más bajas de la ciudad y no en las colinas, y la de la Kerusia estaba más tranquila que los distritos en torno al Empirion y el Amphion.

En cuanto al Mithannon, había llegado a tener su propia ley, y las bandas operaban allí con relativa impunidad. No eran las tribus callejeras de siempre, antiguas y bien establecidas en Machran, sino nuevos grupos de hombres díscolos y crueles, que no eran capaces de empuñar un arma para defender las murallas, pero sí de luchar por mantener el control de los míseros callejones que consideraban su territorio.

Sin duda, era allí donde estaban Sertorius y sus acompañantes.

Habían escapado de la villa al día siguiente de su llegada, y se habían desvanecido en la enormidad de Machran. No tenía sentido tratar de encontrarlos de nuevo; encajarían bien en la anarquía reinante en el Mithannon. Karnos se alegraba de que se hubieran ido, de un modo que le hacía sentirse avergonzado. Hubiera deseado verlos muertos, como animales peligrosos que eran, pero su propio papel en la muerte de la esposa de Rictus le había dejado con la conciencia sucia. Ya no se creía con derecho a juzgar a nadie, no importaba lo que dijera Kassia.

Tampoco era el único. Phaestus se había reunido con su familia en una villa alquilada algo más abajo en la colina, y Karnos no había hablado con él desde su llegada a la ciudad. Decaía rápidamente, en cualquier caso, escupiendo trozos de pulmón a cada ataque de tos. Las alas de Antimone batían ya sobre él y, según había dicho Philemos a Karnos, al anciano no parecía importarle. Había llevado una vida intachable, pero la había terminado con un único acto brutal, y parecía pensar que aquella muerte dolorosa era su castigo.

«Todos pensamos cada vez más en la muerte y los dioses estos días», pensó Karnos. «Hacemos nuestras libaciones y bromeamos cuando tenemos el vino en el cuerpo y el lobo está lejos de la puerta, pero cuando nuestro mundo se rompe un poco, cuando entrevemos los ojos que nos observan desde más allá de la hoguera, empezamos a clamar a los dioses como niños llamando a sus padres a gritos».

—¿Algún problema? —preguntó automáticamente a Polio.

—No, amo. El turno de día de la guardia acaba de ser relevado. No hay nada digno de mención.

Dos veces en la última quincena, multitudes irritadas habían ascendido la colina en busca de la casa de Karnos, para manifestarle su resentimiento por su mal gobierno de la administración de la ciudad. En las dos ocasiones, los lanceros de Machran los habían obligado a retroceder, matando a varios de sus propios ciudadanos en el proceso.

«Ley y orden», pensó Karnos. «Al final, sólo se trata de quién tiene el palo más grande».

—¿Algún visitante?

—Está aquí el señor Philemos, y la señora Kassia te está esperando. El polemarcha Kassander ha avisado por mensajero de que vendrá a cenar.

—¡A cenar! —rió Karnos—. Muy bien. Gracias, Polio.

Visitó a las hijas de Rictus. Tenían unas habitaciones a su disposición, y había contratado a una mujer arkadiana, tranquila y de mediana edad, para que cuidara de la

pequeña.

En aquel momento estaba arrodillada en el suelo con la pequeña pelirroja, Ona, y entre las dos amontonaban bloques de madera frente a un escaso fuego.

Durante semanas, la niña se había retirado del mundo. Lloraba en silencio noche y día, y no quería hablar con nadie más que con su hermana, pero era capaz de quedarse absorta ante cualquier baratija o juguete sin importancia, acunándolo entre las manos durante horas.

Al menos la habitación estaba caliente, y había un par de lámparas ardiendo. Miró a los ojos de la niñera y sacudió la cabeza cuando ella hizo el gesto de levantar a la niña para que él la viera. Luego cruzó el umbral sin hacer ningún ruido, sintiéndose como un ladrón en su propia casa.

Rian, la hermosa hija mayor de Rictus, estaba en el patio interior, sentada en un banco con una manta en torno a los hombros. Philemos estaba frente a ella, conversando tranquilamente. El muchacho era un gran hablador cuando se lo proponía. Karnos apreciaba al chico; tenía coraje, aunque estaba claro que nunca sería físicamente formidable, y era evidente que estaba encaprichado con Rian.

Karnos permaneció en silencio detrás de una columna, observando a la pareja. La piel de Rian estaba pálida como una flor de espino, y su terrible experiencia le había resaltado los exquisitos huesos del rostro. La tristeza hacía que sus rasgos fueran aún más finos. Philemos había hablado a Karnos de su viaje hasta Machran, y sabía que en Rian había una fuerza digna de la de su madre muerta.

«Tenías una buena familia, Rictus», pensó Karnos. «Deberías haberte mantenido al margen de todo esto, haberte quedado en las colinas y dejado la lanza junto al umbral. ¿Cómo es posible que un hombre fuera infeliz con lo que tú tenías?»

Rian levantó la vista y lo vio allí. Philemos se detuvo a medio discurso, y tendió la mano a la muchacha. Se acercaron juntos a él, y Karnos comprendió de repente que el afecto no iba en una sola dirección.

Era Kassia quien había atraído sus miradas. Pudo oler su perfume cuando ella se le acercó por detrás y le pasó un brazo por debajo del suyo.

—El señor de la casa ha vuelto. ¿Cómo ha ido el día, Karnos?

Él le dio la mano y sonrió a Philemos y Rian.

—Ahora mucho mejor que antes. ¿Qué os parece si vamos todos a sentarnos junto al fuego y os lo cuento?

*La luna de la ira*

La partida de aprovisionamiento se componía de doscientos hombres, extendidos a lo largo de dos pasangs de camino, una columna interrumpida por las atiborradas carretas y la ruidosa testarudez de una caravana de mulas. A su frente cabalgaba un grupo de jinetes con las capas envueltas en las cabezas, y los altos caballos de Niseia avanzaban con amarga obstinación, con los pelajes tan castigados y cubiertos de barro como los arneses de sus amos.

—El viejo Urush está en las últimas —dijo uno de ellos en kefren, palmeando el musculoso cuello de su montura—. No ha comido nada más que hierba amarilla y avena reseca en estas últimas tres semanas.

—Los macht comen caballos —dijo otro—. Y no le dan ninguna importancia. ¿Cómo es posible que una raza afirme ser civilizada y sea capaz de comer caballos?

—Es posible que te alegres de probarlos antes de que esto acabe —dijo un tercero, con la piel dorada de su rostro alargado dividida por una sonrisa—. ¿Qué dices tú, Ardashir?

El líder tiró de las riendas y levantó una mano de largos dedos.

—Shoron, tú tienes buena vista. Mira al sur, donde el camino rodea el saliente de la colina, puede que a unos siete pasangs.

—No veo nada. La lluvia es como una nube en este país.

—Espera un momento, se moverá. Allí está. ¿Lo ves?

El kefren llamado Shoron clavó las rodillas en los costados de su caballo y se levantó en la silla. Se protegió los ojos, como en un día de verano.

—Por la plaga de Mot, eso es infantería, una columna en marcha hacia aquí. Cuento... Maldita lluvia. Tal vez cinco mil hombres; la columna mide al menos un pasang de longitud. Puede que más.

—Bendita sea tu buena vista, Shoron —dijo Ardashir. Miró a la larga caravana de jinetes, carretas y mulas detrás de él. Su montura captó su estado de ánimo y empezó a removerse con impaciencia. Ardashir le siseó—: Tranquilo, Moros, no seas estúpido.

—Sacudió la cabeza—. Esto no es bueno. Tendremos que abandonar las carretas; hasta la infantería avanza más aprisa que esos malditos trastos. Traed las mulas. Hay que acelerar el paso y regresar a la ciudad. ArKarnosh, recorre la columna e informa a los demás. Hay que retroceder por donde vinimos. Date prisa.

—Creí que teníamos a todos los macht derrotados o encerrados en la ciudad —dijo Shoron.

—Son un pueblo testarudo —replicó Ardashir—. No aceptan fácilmente la derrota.

Los hombres en la vanguardia de la columna de infantería vieron a un puñado de jinetes en la distancia, medio ocultos por la lluvia; alcanzaron la cresta de una colina y desaparecieron. La lluvia se volvió gélida, y el día se cerró sobre ellos. Una nube de vapor surgía de los hombres que marchaban cubiertos con su armadura. Sus escudos llevaban el signo de alfos de Avensis, y más atrás en la columna, el signo de puros de Pontis. Marchaban obstinadamente, por millares, con los rostros vueltos hacia el norte y las líneas de asedio de Machran.

—Vaciad los bolsillos, caballeros. Veamos cómo ha contribuido cada uno a la comida del día —dijo Sertorius.

La banda en torno a la maltrecha mesa murmuró por lo bajo e hizo lo que se le pedía, como niños grandes obedeciendo a un maestro. Sobre la madera marcada por las quemaduras cayeron trozos de tubérculos, una tira de carne salada, queso azulado por el moho y algunas cortezas de pan, duras como la propia madera de la mesa. Una pausa, y Sertorius les miró a los ojos uno por uno. Cayó una segunda lluvia de trozos de comida, muy parecida a la primera.

—Ahora lo otro. No escondáis nada, hermanos. Estamos todos juntos en esto.

Hubo una pequeña cascada de monedas tintineantes. Óbolos de bronce en su mayor parte, pero también había alguna hebra de plata, y al final Bosca esbozó una sonrisa amarillenta bajo su barba y depositó un óbolo de oro sobre el montón. Se hizo el silencio mientras los demás hombres de la mesa lo contemplaban.

—Bosca, ¿cómo diablos...? —empezó a decir Sertorius.

—Anoche me aventuré por la colina de la Kerusia, jefe, y una atractiva dama me regaló esto a cambio de escoltarla hasta su casa.

—¿Te la tiraste? —preguntó Adurnos. Una pregunta profesional, nada más.

—Era más vieja que mi madre, y apenas le quedaba un solo diente.

—Se la tiró, entonces —dijo Sertorius, y la mesa estalló en carcajadas.

La gente que pasaba junto al grupo de hombres en la encrucijada se detuvo un momento para ver a qué se debía la hilaridad, y luego siguió andando a toda prisa.

Estaban reunidos bajo un maltrecho toldo de tela frente a lo que había sido una taberna. Pero la taberna había sido saqueada y quemada semanas atrás, y quedaba de ella poco más que una cáscara, una buena base de operaciones para la nueva empresa de Sertorius en Machran.

Tenía siete hombres a sus órdenes, una banda cohesionada, formada por hombres que habían sido forasteros en la ciudad antes del asedio. Aparte de Adurnos y Bosca, había una pareja de hermanos de Arkadios, y tres soldados avenios que habían empeñado su armadura a cambio de oro largo tiempo atrás, y que en aquel momento se preocupaban sólo por evitar el hambre, mientras el asedio se acercaba a su fin.

La comida, o su búsqueda, era lo que les obsesionaba a todos, como le ocurría a cualquier persona aún con vida en el interior de las murallas. Las raciones de grano se habían reducido a la mitad, y apenas bastaban para mantener en pie a un niño, por no hablar de los adultos. Antimone planeaba sobre la ciudad, esperando el fin. Había profetas de ojos enloquecidos que frecuentaban las barracas y juraban que la habían visto, flotando con sus alas negras, en torno a la cúpula del Empirion por la noche.

Ya no había madera para quemar a los muertos, y los cadáveres eran arrojados cada mañana al otro lado de las murallas por grupos de hombres que cobraban en pan. Las mujeres se vendían a cambio de unas migajas, u ofrecían a sus hijos a los extraños a cambio de un bocado de comida que los mantuviera con vida un día más.

Por el Mithannon corrían macabras historias de canibalismo, pero Sertorius no les daba mucho crédito. Aún había ratas que comprar, a dos óbolos la pieza, y arqueros emprendedores habían empezado a disparar contra los cuervos que volaban en círculos sobre la ciudad como si fuera un gran pozo de carroña. No eran demasiado buenos para comer, pero mantenían vivo a un hombre.

Sertorius levantó el óbolo de oro, y palmeó a Bosca en un hombro.

—¿Veis esto, muchachos? Ahora mismo lo cambiaríamos por un pollo hervido, o medio odre de vino. Pero esto significa algo. Si conseguimos salir de este agujero de mierda, esta moneda de oro puede comprar un caballo, o ganado, o un esclavo. Hemos de recordarlo, si queremos salir de ésta sonriendo.

—Yo preferiría el pollo —dijo uno de los arkadianos.

—Ahora mismo, todos lo preferiríamos. Pero pensad una cosa, muchachos: hay casas en la colina de la Kerusia que están llenas de monedas como ésta. Cuando todo se vaya a la mierda, hemos de mantenernos unidos, y pensar en el futuro. Un día no muy lejano, ese Corvus va a tomar las murallas, y cuando eso ocurra, estaremos preparados. Habrá oro de sobra para quien sepa mantener la calma, y puede que también otras cosas. —Su rostro se endureció—. He oído decir que Phaestus, el viejo cabrón, está vivo, y viviendo cómodamente en una casa no muy lejos de la de Karnos.

—Cabrón —dijo Adurnos con vehemencia.

—Y sabemos dónde está la casa de Karnos, ¿no? Es el cabrón más rico de la ciudad;

pensad en lo que debe tener ahí almacenado.

—Esa putita morena —dijo Bosca, pasándose la mano por la enmarañada barba—. Por Phobos, jefe, moriría feliz si pudiera meterle la polla antes de irme.

Sertorius golpeó la mesa con el puño.

—Ahí lo tenéis, entonces. Esperaremos a que esto termine, muchachos, nos mantendremos alejados de las otras bandas callejeras, y pasaremos desapercibidos. Luego, cuando empiece el espectáculo, subiremos a la Kerusia, ajustaremos algunas viejas cuentas y nos llenaremos los bolsillos. Si jugamos bien nuestras cartas, todo esto puede acabar felizmente. ¿Estáis conmigo?

En torno a la mesa, los hombres gruñeron su asentimiento.

También había hambre al otro lado de las murallas. Las carretas de aprovisionamiento llegaban traqueteando del este sin cesar, pero nunca había suficiente para todos, y los hombres en los diversos campamentos del ejército de Corvus empezaban a inquietarse.

Habían comenzado las deserciones, lanceros de leva que se hartaban de las hileras de tiendas, las escasas hogueras y el hambre persistente. Aquella guerra no era como habían imaginado.

Corvus recorría los campamentos con una escolta de Cabezas de Perro, y los Compañeros de Ardashir patrullaban por las empalizadas sin cesar para evitar que los hastiados convirtieran su descontento en acciones, pero, pese a la llegada de nuevos reclutas de las ciudades del este, había una inquietud creciente en el ejército, la sensación de que su general podía haberse equivocado en sus cálculos.

Los rumores volaban como cuervos; Maronen se había rebelado, y el levantamiento había sido reprimido por la guarnición después de una batalla sangrienta que había teñido las calles de rojo. Hal Goshen y Afteni hervían de descontento, y los refuerzos destinados al ejército que rodeaba Machran habían tenido que dedicarse a reforzar las guarniciones.

Lo más inquietante de todo eran los informes de que la Liga Avenia se había recuperado de su derrota del año anterior, y estaba reuniendo un ejército para socorrer a Machran. Según los rumores del campamento, aquel ejército estaba ya en marcha. Pronto Corvus se vería atrapado entre dos fuegos, y el sitiador quedaría rodeado y en inferioridad numérica.

—Hay parte de verdad en algunos de los rumores —dijo Corvus. Estaba frente a la mesa de los mapas con la reluciente coraza negra de su padre, oscura y amenazadora, en su soporte detrás de él.

Frente a la mesa estaban todos los oficiales superiores del ejército, excepto uno.

—He tenido noticias de Ardashir esta tarde. Está en las colinas, a veinte pasangs al sur de nuestras líneas, en una expedición de aprovisionamiento con doscientos Compañeros y una caravana de carretas. —Corvus dejó que sus extraños ojos brillantes recorrieran el grupo de hombres silenciosos frente a él. Rictus estaba allí, con las mejillas hundidas, y flaco como un lobo en invierno. Junto a él estaba Fornyx, y luego Teresian, el tuerto Demetrius, el moreno Druze y Parmenios, no tan rechoncho como antes y vestido con armadura igual que el resto.

—Parece que nuestros amigos de la Liga han empleado los meses de invierno con cierto provecho. Se han recobrado, y han reconstruido una especie de ejército. Ese ejército marcha ahora mismo en socorro de Machran.

Los hombres ante él no dijeron nada, pero lo miraron fijamente. No hubo especulaciones ni preguntas. Llevaban demasiado tiempo en aquel oficio. Corvus les sonrió, con su rostro pálido reluciente como un hueso.

—Estará aquí por la mañana.

En aquel momento si reaccionaron. Frunciendo el ceño, Rictus tomó la palabra.

—¿Cuántos hombres?

—Ardashir calcula que unos siete mil, todos lanceros.

—Los defensores harán una salida cuando se enteren —gruñó Demetrius—. Aunque estén medio muertos de hambre, van a salir.

—Sí, saldrán —dijo Corvus—. Y ahí está nuestra esperanza. —Se inclinó sobre la mesa de mapas. Al principio, había estado cubierta de mapas de todo el este de las Harukush, con las ciudades marcadas sobre ellos como cerezas, manchas de cera roja con nombres antiguos. Pero sólo quedaba una gran hoja de papel, con las esquinas sostenidas por copas de vino vacías, sobre la que habían dibujado el contorno de las murallas de Machran.

«Hemos llegado a esto», pensó Rictus, mirando el mapa. «Una sola ciudad, y mañana, un solo día. Como una punta de lanza».

Corvus le miró a los ojos y sonrió. Parecía hervir con una energía apenas reprimida; había casi una especie alegría en él. Siempre parecía más feliz en los momentos culminantes de los grandes acontecimientos, fueran buenos o malos.

—Observad nuestras líneas, caballeros. Estamos muy divididos, para controlar la ciudad. Ese trabajo ya está hecho. A partir de mañana, ya no importará, de un modo u otro. De modo que tengo intención de volver a consolidar este ejército, pero sólo para dividirlo de nuevo.

Todos levantaron la cabeza y le miraron, desconcertados. Su mano recorrió el mapa.

—Druze, quiero que abandones tu campamento en el Mithos y traslades a tus hombres aquí, con el cuerpo principal. Teresian, tú llevarás tus morai al sur, para reunirte con Demetrius. Ardashir concentrará a los Compañeros también allí contigo. Rictus, tú llevarás a los Cabezas de Perro... —Levantó la cabeza—. ¿A cuántos habéis entrenado ya?

—A seiscientos.

El rostro de Demetrius se oscureció.

—Por eso Teresian y yo tenemos pocos hombres en nuestras morai: nuestros mejores hombres llevan semanas pasándose a Rictus y Fornyx. Los muy cabrones quieren una de esas capas rojas.

—Quiero a los Cabezas de Perro frente a la puerta principal del sur —dijo Corvus, interrumpiendo cualquier comentario sobre el tema—. Cuando Karnos salga, será desde allí, para ir al encuentro del ejército que marcha hacia el norte. Rictus, tú le recibirás y le obligarás a retroceder de nuevo hasta la ciudad. Ésa es tu misión. Demetrius, Teresian, cada uno de vosotros cederá una mora entera al mando de Rictus.

Ambos mariscales se tensaron al oírlo.

—Corvus... —empezó a decir Teresian.

Corvus levantó una mano.

—Estas cosas no se votan, hermano. Ya has oído mis órdenes. —Se volvió hacia Druze—. Amigo mío, tú también asignarás a mil de tus igranianos a ayudar a Rictus. Luego tomarás el mando del resto, más las otras dos morai que tenemos aquí en este campamento, y trabajarás con Parmenios y sus máquinas.

Druze miró pensativo al hombrecillo que era el secretario de Corvus, a la sazón vestido con una coraza de lino reforzada con escamas de bronce. No le sentaba bien; había sido fabricada para un hombre más alto. Pero Druze se limitó a asentir.

—Estoy impaciente por ver finalmente en acción esas cosas que has construido, Parmenios. ¿Estarás conmigo en la muralla?

Parmenios miró directamente a los ojos negros de Druze.

—Supervisaré el avance de mis hombres desde la retaguardia. No soy un soldado.

—Bueno, estamos de acuerdo en algo, entonces —dijo Druze, y le guiñó un ojo.

—Yo estaré con Demetrius, Teresian y los Compañeros, al sur de las posiciones de Rictus —dijo Corvus—. Me enfrentaré al ejército de socorro y lo derrotaré. Luego daré

la vuelta y ayudaré a los hombres de Rictus a forzar una entrada en la ciudad. —Observó a los hombres en torno a la mesa. Todos contemplaban la silueta de Machran sobre el mapa, como imaginando la sangre y el caos del día siguiente—. Si tenéis preguntas, hermanos, os escucho.

—No es una pregunta, sino un hecho —dijo Fornyx. Miró a Corvus con hostilidad mal disimulada—. Si eres derrotado por el ejército de socorro, el grupo de Rictus será destruido por completo, no podrá retirarse.

—Más vale que no me derroten, entonces —dijo Corvus.

Aquella noche el ejército abandonó sus campamentos del oeste y el norte de la ciudad. Los hombres dejaron las tiendas en pie y las hogueras encendidas detrás de ellos. Marcharon en silenciosas columnas a través de la oscuridad, siguiendo las líneas de las empalizadas que rodeaban la ciudad. Llevaban sólo las armas y armaduras que necesitarían por la mañana, odres de agua y unas cuantas tortas secas que roer antes de que saliera el sol.

La posición del ejército y los planes de Corvus para él se habían transmitido a todos los centuriones, y los hombres los comentaban en susurros mientras marchaban en largas hileras. Lentamente, el ejército asumió que había llegado el fin. Por la mañana, capturarían Machran o se enfrentarían a una derrota total. Pero, de un modo u otro, el largo asedio habría terminado.

—¿Los rumores son ciertos, entonces? —preguntó Kassia. Apretó las manos, con los nudillos tan pálidos como su rostro.

—Son ciertos. —Karnos la besó—. Parnon debe tener la oratoria del mismo Gestrakos. Un muchacho de su columna cruzó las líneas ayer. El ejército de la Liga estará ante las murallas dentro de pocas horas. Cuando salga el sol, abriremos las puertas y saldremos a su encuentro. Corvus quedará atrapado entre nosotros, como una nuez lista para ser cascada.

La luz en los ojos de ella se apagó.

—¿Irás con ellos? Creí que Kassander...

—Estaré con esos hombres, Kassia. No querría que fuera de otro modo.

Ella se apoyó en él y le enterró la cabeza en el pecho.

—No hay necesidad. ¿Qué importancia tiene un hombre más?

—Llevo semanas escondido en una litera cerrada, con miedo a caminar por las calles de mi propia ciudad. Karnos, el portavoz de Machran. Pero también soy un ciudadano de este lugar. Tengo derecho a empuñar una lanza en su defensa.

Kassander apareció en el umbral.

—¡Karnos! —Se detuvo en seco al ver a su hermana en brazos de Karnos—. Kassia, por el amor de Dios, déjalo en paz. Podrás besarle todo lo que quieras después del matrimonio. Karnos, tenemos que irnos. Las morai se están concentrando en la puerta del sur.

—Ve tú, Kassander. Yo tengo un par de cosas que solucionar aquí.

—Bien, date prisa. Faltan dos horas para que amanezca. —Desapareció del umbral, pero volvió a aparecer dos segundos después. Entró tintineando en la habitación, vestido ya con la armadura completa y el yelmo bajo el brazo. Se inclinó sobre Kassia y la besó en la frente—. Cuídate, hermana.

—Y tú cuida de él por mi, Kassander.

Kassander resopló.

—Es lo bastante grande y feo para cuidar de si mismo. ¡Karnos, date prisa!

—Desapareció de nuevo.

—También podías haber expresado buenos deseos para tu hermano, ¿no? —dijo Karnos con una sonrisa.

—Me conoce bien, y sabe lo que le deseo, Karnos.

—Ven conmigo. —La tomó de la mano—. Quiero que me ayudes en una cosa.

La larga habitación, con el armario de Framnos en un extremo. Todas las lámparas de la casa estaban encendidas, y todo el mundo estaba despierto y en movimiento, aunque todavía era noche cerrada. Polio estaba allí, y también todos los esclavos de la casa. En un rincón estaba Rian, con Ona a su lado, y junto a ellas aguardaba Philemos. Llevaba una coraza de soldado.

La puerta del armario estaba abierta, y la Maldición de Dios que había pertenecido a Katullos era visible en su interior, como un icono de sombras. Karnos la levantó y se la tendió a Kassia.

—Ayúdame a ponérmela.

Ella no deseaba tocarla, pero cuando él se la colocó sobre los hombros, Kassia abrochó los cierres que sostenían juntas las dos mitades, y tiró de las hombreras, que se cerraron sobre sus clavículas.

Karnos suspiró. La coraza pareció adaptarse a él. Ya no estaba grueso, y el material negro de la armadura se cerró en torno a su torso y adquirió su forma, como un pellejo negro que encajara perfectamente con los contornos de su cuerpo.

—Ahora eres por fin un portador de la Maldición —dijo Kassia. Había lágrimas en sus ojos.

Él le apretó el brazo un momento, y se adelantó hacia la mesa donde aguardaba el resto de su panoplia. Un sencillo yelmo de bronce, un escudo marcado con el signo de Machran, una lanza y una drepana curva en la vaina de un cinturón. Pero no tocó aquellas cosas, y en su lugar levantó una pequeña llave de hierro.

Se acercó a Polio, y aplicó la llave al collar de esclavo del anciano. Lo abrió con un chasquido, y se lo quitó cuidadosamente del cuello.

—Eres libre, amigo mío. Sólo lamento no haberlo hecho antes.

Polio se frotó la garganta. Miró a Karnos como un padre severo. Había un destello en su mirada, aunque su expresión no cambió.

—Nunca he sido un esclavo en esta casa —dijo.

Karnos le entregó la llave.

—Libéralos a todos, Polio. Pueden marcharse o quedarse, como quieran. No poseeré más esclavos.

Algo parecido a una sonrisa cruzó el rostro de Polio.

—Has crecido, Karnos.

Karnos se palmeó el costado de la coraza negra.

—Yo creí que había encogido.

Los dos hombres se miraron. Con Karnos delgado y demacrado, casi podían haber pasado por padre e hijo.

—Estaré aquí cuando regreses —dijo Polio—. Éste es mi sitio.

Karnos asintió. Se volvió hacia Philemos y las hijas de Rictus.

—Quedaos aquí. Las calles no serán seguras. Mejor quedarse tras unas paredes resistentes mañana, pase lo que pase.

—Iré contigo —dijo Philemos, y Rian le apretó un brazo.

—Eres necesario aquí —le dijo Karnos—. Quédate en mi casa, y protege a las personas que amas. Serás más útil aquí que en una fila de lanceros. —Esbozó media sonrisa—. Éstas son mis órdenes, como portavoz de Machran.

Luego regresó a la mesa y se cubrió la cabeza con el yelmo de bronce.

El sol empezó a salir, y con el amanecer el silencio se apoderó de la ciudad. Las murallas estaban cubiertas de soldados de Machran, Arkadios y Avennos, y en la plaza junto a la puerta principal del sur había concentrada una gran masa de lanceros, formada por miles de hombres, que aguardaban en silencio, contemplando el gris que iba tiñendo el cielo.

Sobre la castigada llanura frente a las murallas, el ejército de Corvus también había formado, concentrado al este y al sur de la ciudad. Los hombres permanecían en filas

ordenadas, esperando como sus enemigos del interior.

Y, sobre las colinas del sur, apareció un tercer ejército. Pasó de formación en columna a línea de batalla, y cuando el sol apareció sobre las montañas de Gosthere al este, los hombres que marchaban en sus filas empezaron a entonar el Peán, el himno fúnebre de los macht, y el sonido cruzó la llanura y llenó el aire como el trueno de una tormenta inminente.

## *La furia de los dioses*

Ardashir canturreaba entre dientes una canción de cuna que había aprendido en el Imperio. La melodía volvía a él de vez en cuando, despierto o dormido, y siempre le hacía pensar en un mundo más cálido, de cielos azules y calor resplandeciente sobre campos amarillos. Parecía un sueño de otra vida, pero había cierto consuelo en él.

Los caballos de los Compañeros se movían y pateaban el suelo, inquietos. Estaban a la izquierda de una línea que ocupaba poco menos de dos pasangs, mirando al sur a través de la enorme concavidad parda que una vez había sido el fértil campo en torno a Machran. Ante ellos, el ejército de la Liga Avenia se estaba acercando, una línea de escudos de bronce que el sol naciente capturaba y encendía en oleadas repentinas y cegadoras de luz amarilla. Ardashir miró al cielo. Al menos habría sol aquel día, algo de color y calidez en aquel desolado país.

Corvus estaba montado en su caballo junto a él, con su portaestandarte al lado. El líder del ejército se había quitado el alto yelmo con su resplandeciente penacho blanco, y sonreía. La luz se reflejaba en sus ojos y les prestaba una llama violeta. Aquel día parecía más un kefren de huesos finos que un miembro de la raza impasible y sólida de los macht. Los huesos eran de su madre, pensó Ardashir. Debía tener el espíritu de su padre.

Corvus se volvió hacia él como si hubiera captado su pensamiento.

—Buena caza, hermano —dijo.

Los lanceros macht a su derecha se habían unido al Peán. Los hombres de las morai de Teresian y Demetrius entonaban la antigua canción al unísono con sus compatriotas del otro lado. Era una canción que encendía la sangre, un lamento fúnebre que al mismo tiempo llamaba a la batalla.

Los caballos en las filas de los Compañeros conocían aquel sonido, y empezaron a moverse y relinchar bajo sus jinetes. Estaban mal alimentados y exhaustos, pero aún tenían la sangre de Niseia, la de los mejores caballos de guerra jamás criados, y la anticipación de la batalla les hacía sudar y patear en sus puestos. Los jinetes kefren, con sus brillantes armaduras, les hablaron y les llamaron por sus nombres. Pronto podrían arrojarse sobre los hombres que cantaban y que se iban acercando minuto a minuto.

Ardashir se volvió a su izquierda. Shoron llevaba la lanza en una mano, las riendas en la otra, y un cuerno de bronce colgado de su coraza.

—¿Crees que tendrás suficiente saliva para hacer sonar esa cosa? —le preguntó Ardashir, sonriendo.

—La soplaré en tu oreja y dejaré que lo juzgues.

—Buena caza, Shoron.

—Buena caza.

Corvus se levantó en la silla, en equilibrio sobre las rodillas. Se volvió a la derecha y agitó un brazo.

—Xenosh, la señal. Dala ahora.

Tras él, su portaestandarte levantó la larga bandera del cuervo y la movió adelante y atrás.

Hubo un momento en que no ocurrió nada, pero luego una serie de órdenes recorrieron las líneas de los lanceros macht. Los centuriones de penachos transversales se movieron hacia el principio de la línea principal, levantaron las lanzas y gritaron a sus centones.

Los hombres de Teresian y Demetrius empezaron a moverse, tres mil soldados de infantería pesada. El Peán decayó un poco cuando se pusieron en marcha, y luego volvió a cobrar fuerza. El ritmo de la canción marcaba sus pasos. La falange se movía

para enfrentarse al desafío de los hombres que se acercaban por el sur, y que les superaban en número en más de dos a uno.

—El yunque está en camino —dijo Corvus—. Hermanos, nosotros somos el martillo.

A casi seis pasangs de distancia, los defensores de la puerta principal del este inclinaban los cuellos para ver que sucedía en el sur, cuando alguien emitió un grito de sorpresa.

Su atención se trasladó a las tropas enemigas en la carretera imperial. No avanzaban, pero detrás de ellas algo se movía. Surgiendo de la luz matutina aparecieron seis torres enormes, el estrépito de su avance audible incluso desde las murallas de la ciudad. Cada una de ellas tenía la altura de diez hombres o más. Estaban coronadas de almenas, y envueltas en pieles de todos los colores imaginables. Y se movían sobre ruedas.

Unos doscientos hombres tiraban de cada torre, y había más empujando por detrás.

Cuando los seis gigantes alcanzaron las líneas de los hombres de Druze, la infantería empezó a avanzar con ellos. En las torres de las ciudades, los hombres empezaron a tensar los inmensos arcos de las balistas.

En la puerta principal del sur, un centurión gritaba a los centones y morai que esperaban abajo.

—¡El enemigo avanza al encuentro del ejército de la Liga!

Kassander paseaba entre las hileras de hombres expectantes.

—Esto va en serio, muchachos —dijo con calma—. Salid rápidamente, pero no os quedéis apelotonados junto a la puerta. Formad fuera, con vuestros centuriones.

—Luego gritó a los hombres de la barbacana—. ¡Abrid! ¡Machran, vamos a salir!

Las puertas giraron chillando sobre sus antiguos goznes, empujadas por esforzados soldados. Kassander se dirigió a la cabeza del primer centón y levantó su lanza. Las tropas de Machran, Arkadios y Avennos empezaron a seguirle desde la puerta, casi cuatro mil hombres con armadura completa.

Karnos estaba en la tercera mora. El corazón le latía con fuerza en el pecho mientras esperaba, y cuando le llegó el momento empezó a marchar, manteniendo la lanza apretada contra su costado para no estorbar al hombre de al lado. Nadie hablaba, y todos los hombres tenían aquella mirada dura y distante propia del inicio de las batallas. Podían oír el Peán entonado por las formaciones de la llanura, y por debajo, el rumor sordo de miles de caballos.

La caballería de los Compañeros de Conrus estaba en marcha.

—Manteneos firmes —dijo Rictus, levantando la voz para ser oído—. Manteneos en vuestras posiciones hasta que dé la orden.

Estaba frente a los Cabezas de Perro, igual que todos sus centuriones. Sus hombres habían formado en punta de flecha. Las primeras filas estaban compuestas por mercenarios de capas rojas, entrenados por los Cabezas de Perro originales durante las semanas anteriores, hasta ser considerados dignos del color.

Tras ellos estaban las morai prestadas por Teresian y Demetrius, una mezcla de lanceros veteranos y reclutas recientes, aunque la distinción entre ambos se había difuminado durante la campaña. Y en los flancos, manteniéndose retrasados como carroñeros, estaban los centenares de exploradores igranianos.

Fornyx tenía la izquierda, Valerian la derecha, y Kesiro estaba cerca de Rictus, manteniendo en alto el antiguo estandarte de los Cabezas de Perro, confiado a Rictus por Jason más de veinte años tras. Jason, cuyo hijo llevaba ahora a dos mil jinetes hacia el este del ejército de la Liga, mientras varios centones de la caballería se separaban del cuerpo principal sin detener su avance. Fuera cual fuera el plan de Corvus para enfrentarse a las fuerzas de la Liga, Rictus lo desconocía.

La guarnición de la ciudad estaba aún saliendo de la puerta principal del sur y desplegándose en una línea irregular. Rictus contó los signos, y asintió para sí.

Ninguna sorpresa. Karnos había destinado a media guarnición a aquella salida, arriesgándolo todo por la oportunidad de entrar en contacto con las morai de la Liga. Él hubiera hecho lo mismo.

—Nunca había visto un campo de batalla tan jodidamente complicado —dijo Kesiro, y su voz sonó hueca en el interior del yelmo—. Mira, Rictus: las máquinas infernales de Parmenios están en marcha. Había apostado con Valerian a que nunca conseguirían sacarlas de la zona de las carretas.

A unos cinco pasangs, las partes superiores de las torres de asedio eran visibles por encima de las murallas de la ciudad. Avanzaban como titanes malhumorados, y Rictus pudo distinguir motas de fuego cruzando el aire en dirección a ellas.

—Han prendido fuego a los proyectiles de las balistas. Van a intentar quemarlas.

—Phobos —dijo Kesiro—. Me alegro de estar sobre mis propios pies y no encerrado en una de esas malditas cosas.

—Atento, Kesiro —dijo Rictus mientras recorría la línea, mirando en todas direcciones—. Es casi el momento.

Ocupó su lugar al principio de la punta de flecha. No era el de siempre, todavía no; no había recuperado por completo las fuerzas perdidas. «Ya no me curo tan rápido como antes», pensó. No pudo evitar preguntarse cuántos días más como aquél le quedaban.

Más de la mitad de las morai de Machran estaban ya fuera de las murallas y en formación, unos dos mil hombres en línea, y aún quedaban dos mil más al otro lado de la puerta, empujando para salir.

—Hermanos —dijo Rictus en voz muy alta—. Recordad las maniobras. Observad al hombre de delante. Manteneos juntos, y no penséis en nada más que en lo que tenéis enfrente. Otras batallas se librarán a nuestro alrededor, pero de momento sólo debéis pensar en ésta. A aquellos de vosotros que vestís la capa escarlata por primera vez en este día, no la desgraciéis, ni durante la batalla ni después. Este color ha sido llevado por hombres buenos y malos a lo largo de los siglos, pero nunca se ha llevado sin coraje.

Levantó su lanza.

—¡Adelante!

Al sur de los Cabezas de Perro, la línea de lanceros de Teresian y Demetrius fue el primer grupo del ejército de Corvus en entrar en contacto con el enemigo. El Peán se interrumpió cuando chocaron contra las morai de la Liga Avenia, tres mil hombres en una falange compacta en una colisión frontal contra siete mil soldados. El increíble estruendo del impacto recorrió la llanura hasta las murallas de la ciudad.

Al este de aquel choque, Corvus guiaba a sus Compañeros al trote rápido en torno al flanco enemigo. Cada vez que levantaba una mano, el centón contiguo a él se separaba del cuerpo principal y se quedaba atrás, deteniendo los caballos y clavando las lanzas en el suelo junto a ellos, como si tuvieran intención de pasar allí un largo rato. Luego los jinetes kefren tomaron los arcos compuestos que llevaban a sus espaldas, ya tensados, y empezaron a buscar flechas en los carcajes colgados junto a sus muslos.

Las morai de la Liga a su altura, situadas en el lado este de los lanceros de Teresian, habían empezado a avanzar por el flanco para atacar la línea enemiga, pero aflojaron el paso al ver la llegada de la caballería de Corvus. Periklus de Pontis los guiaba. Los hombres de delante sólo podían ver que estaban a punto de rodear a sus enemigos, e hicieron falta varios minutos dedicados a gritar, agarrar a los centuriones y golpear su lanza contra los escudos de los jefes de filas antes de conseguir que se detuvieran bruscamente, con los flancos del enemigo abiertos frente a ellos, la visión más tentadora que pudiera desear cualquier lancero sobre un campo de batalla.

Pero los hombres del exterior de la formación habían visto a la caballería, y se estaban volviendo para enfrentarse a ella. El ala derecha de las fuerzas de la Liga se dobló

sobre sí misma y luego se desplegó, un gran movimiento de hombres apiñados. Se dieron órdenes que luego se anularon. Las líneas de la formación empezaron a mezclarse. Los cerradores de filas encontraban hombres detrás de ellos, y los jefes de filas miraban por encima del hombro para ver rostros extraños, mientras sus propios hombres quedaban descolocados por la inercia de la confusión.

Y entonces las primeras flechas empezaron a llover sobre ellos.

No había polvo que enturbiara el aire, y el suelo estaba frío y firme para los caballos. Corvus galopaba a dos cuerpos por delante del resto de su caballería, seguido por su portaestandarte y Ardashir. Miró atrás rápidamente y vio la creciente confusión en el ala derecha de la Liga; aquel extremo de la línea se había doblado y detenido. Los oficiales superiores gritaban a sus hombres, y las primeras bajas eran visibles entre el tumulto, con flechas en las gargantas.

—¡Apretad el paso, hermanos! —gritó en kefren, el idioma de los Grandes Reyes. El resto de los Compañeros pasaron al galope. Los grandes caballos de Niseia se balanceaban debajo de ellos como botes en una fuerte marejada. Aún tenía a mil cuatrocientos jinetes detrás de él, como un gran manto atronador de carne y bronce cubriendo la llanura. Estaba en la retaguardia de la línea de la Liga, a un pasang de los cerradores de filas. Los kefren, sobre sus enormes caballos de guerra, se inclinaron hacia delante en las sillas y se apoyaron las lanzas sobre los hombros, en pos de la esbelta figura y el estandarte del cuervo delante de ellos.

Druze se secó el sudor de la frente e intercambió una sonrisa con el hombre de al lado. El espacio era reducido en los confines de la torre, y la enorme estructura crujía y zumbaba debajo de ellos. Estaban en el vientre de una bestia, en una apesosa oscuridad que olía a pieles sin curar, alquitrán y madera recién serrada. Toda la estructura se tambaleó, y los hombres cayeron unos contra otros, blasfemando y con los ojos muy abiertos, como ciervos acorralados.

—Ésta no es forma de ir a la guerra —dijo el vecino de Druze.

—Haced espacio, muchachos; voy a vomitar —espetó otro.

Hubo un enorme impacto en la parte frontal de la torre. Druze saltó hacia atrás instintivamente cuando la enorme hoja de un proyectil atravesó la rampa de madera frente a su nariz. El interior se llenó de chispas y los hombres empezaron a pisotearlas febrilmente.

El hedor a quemado se añadió a los demás, y los hombres empezaron a toser y respirar con dificultad.

—Que Phobos nos ayude... ¡Este trasto está ardiendo! —gimió alguien.

—Son sólo las pieles de delante —dijo Druze—. Tranquilizaos, niñitas. Demostrad a esta gente del oeste cómo soportamos el dolor los igranianos. Estaremos en las murallas antes de que os deis cuenta.

Permanecieron en la oscuridad tambaleante mientras el humo se elevaba a su alrededor, como ciegos en una caja. Las torres tenían tres pisos, y había cincuenta hombres en cada uno de ellos, apretados como flechas en un carcaj.

La torre se detuvo. Su parte delantera tembló y se sacudió cuando los proyectiles invisibles la golpearon, y se oyó un crujido y el sonido de madera astillada cuando otro proyectil impactó en el costado de la estructura. Atravesó la madera y empaló a un hombre junto a la pared derecha. El soldado gritó y se retorció mientras sus compañeros trataban de vano de apartarlo de la gran punta de flecha serrada que le aprisionaba. Finalmente murió, erguido como una marioneta con una sola cuerda.

El pánico crecía en el oscuro interior de la torre, un hedor tan intenso como el del sudor de los hombres.

—Espacio, muchachos —advirtió Drusa—. Si esto sale mal, caeremos al vacío.

Se oyó el sonido de un cuerno en el exterior.

—¡Ahora! —gritó.

Dos hombres cortaron las cuerdas de sujeción de la pesada rampa, que cayó con un fuerte golpe. La luz y el aire frío del día invernal inundaron el interior.

—¡A mi, hermanos! —gritó Druze, parpadeando fuertemente y avanzando a ciegas hacia la repentina luz blanca del invierno con la drepana en alto. Los hombres salieron de la torre en un torrente de rostros furiosos y hierro levantado, concentrados sólo en escapar de la oscuridad de aquel compartimento que apestaba a miedo. Debajo de ellos, la torre se balanceó y sacudió, mientras los hombres de los niveles inferiores trepaban por las escalas para salir también a la rampa.

La estructura creada por Parmenios era tan alta que la rampa había caído directamente sobre las almenas superiores de la torre que protegía la puerta principal del este de Machran. El pequeño y calvo secretario de Corvus había establecido sus medidas con gran precisión, tras varios días de observaciones y cálculos. Los hombres de las cuerdas de abajo habían colocado la torre en una posición perfecta; el reguero de cadáveres que habían dejado a lo largo de todo el recorrido hecho bajo las flechas era testimonio de ello.

De las seis torres, cuatro habían llegado a la muralla. Otras dos ardían a cien pasos de la construcción, y de ellas salían hombres gritando, con la piel ennegrecida por llamas brillantes y hambrientas. Pero en las cuatro torres supervivientes había otros seiscientos hombres desesperados por salir, e imposibles de detener. Inundaron las altas torres de la puerta principal del este y arrollaron a los tiradores de las balistas de las almenas, destrozando las odiadas armas y arrojando al vacío a los infortunados que las operaban. Nadie pidió ni dio cuartel.

El resto de las fuerzas de Corvus en el extremo este de Machran no habían permanecido ociosas. Se adelantaron por millares, cargados con cientos de escalas. Con las torres de las balistas neutralizadas, las escalas ascendieron en un bosque de madera demasiado denso para hacerlo retroceder. Pero los defensores de Machran no se retiraron. Se mantuvieron en sus puestos y lucharon en las murallas, derribando escalas y matando a los hombres de Druze que llegaban a las troneras. Morían resistiendo, luchando por cada palmo de piedra.

A cuatro pasangs de distancia, la punta de flecha escarlata de lanceros formada por los Cabezas de Perro echó a correr. Los hombres trotaban con las lanzas al hombro, cada escudo protegiendo al hombre de la izquierda, con los largos penachos de crin de caballo balanceándose sobre sus yelmos. Rictus estaba en el ápice de aquella ruidosa masa de carne y metal, una figura visible con su armadura negra. No habló; los Cabezas de Perro habían abandonado el Peán y tenían todas sus fuerzas concentradas en el avance, de modo que los seis centones parecían un solo organismo enorme. Los hombres respiraban con dificultad, y el sonido de su respiración marcaba también una especie de ritmo.

En el momento previo al impacto, Rictus vio que las filas enemigas retrocedían ante él; la línea de lanceros ciudadanos se rompió justo frente a la puerta. Nunca habían visto a una línea de lanceros avanzando de aquel modo, y los mercenarios de la capa roja habían adquirido una reputación temible durante el curso del asedio. Los hambrientos ciudadanos lanceros de Arkadios, Avennos y la propia Machran se encogieron en el momento del impacto, replegándose sobre sí mismos.

Los Cabezas de Perro atacaron. Rictus levantó la lanza por encima de la melé en los primeros momentos para impedir que se quebrara. La presión de los hombres de detrás era tan fuerte que se vio impulsado hacia las filas enemigas. Un aichme se rompió en pedazos sobre el pectoral de su coraza. Otro le golpeó el escudo con tanta fuerza que penetró la cobertura de bronce y se rompió contra la madera de roble de debajo. Había rostros rugientes y aterrados a pocas pulgadas del suyo. Un hombre había perdido el yelmo, y Rictus le propinó un cabezazo de inmediato. El pesado bronce de su yelmo le destrozó la carne y el hueso. Un ojo le miró desde una ruina roja

antes de que el hombre cayera y se perdiera entre los pies de los soldados.

Los Cabezas de Perro mantuvieron su formación, como una lanza roja apuntada directamente a la abertura de la puerta principal del sur. Algunos hombres trataron de cerrar las puertas, pero la presión de los cuerpos en la barbacana era tan grande que les resultó imposible; sólo consiguieron apretarse más a la ruidosa multitud de lanceros.

Allí empezó el verdadero trabajo, y la disciplina marcó la diferencia. Los Cabezas de Perro emprendieron la batalla, eligiendo sus blancos, lanzando estocadas contra las ranuras de los yelmos y los fragmentos de carne entrevista en los cuellos de las corazas. Rictus vio el brazo de un lancero enemigo atravesado por la lanza de alguien de detrás de él. El hombre se arrancó el aichme, y la afilada hoja le desgarró como a un trozo de carne, revelando el hueso.

La sangre salpicaba el aire, cálida y humeante en el frío día. Rictus acuchilló a un hombre en la abertura del yelmo, y su propia lanza se partió cuando el soldado cayó. No había forma de girarla para usar el regatón a causa de la presión, de modo que Rictus continuó acuchillando con el extremo astillado de la lanza, gruñendo al hacerlo como un hombre desempeñando una labor pesada en el campo.

El rugido del othismos se elevó y los envolvió a todos. La batalla en la puerta se había convertido en un mundo diferente, un lugar de bronce, hierro y carne lacerada, hombres gritando, hombres en el suelo, hombres empujando los torsos armados de sus compañeros. Era un universo de muerte, oscuro y empapado en sangre.

Pero se movía inexorablemente hacia atrás, en dirección a la sombra de las murallas. La formación en profundidad de los Cabezas de Perro, su masiva concentración de potencia, hizo que la línea de defensores se replegara sobre sí misma. Los mercenarios mantuvieron sus filas, mientras que las de Machran se desintegraron. Los defensores lucharon encarnizadamente, pero peleaban como individuos aislados en una multitud, y sólo la superioridad numérica mantenía a los atacantes a raya.

Y morían rápidamente. Los Cabezas de Perro habían perdido a decenas de hombres, y los defensores de Machran a varios centenares, empujados hacia atrás, tropezando con la melé para ser pisoteados y asfixiados, o acuchillados por los aichmes y regatones de los atacantes. No podían presentar un frente coherente, y la pelea de la puerta se convirtió en un trueque, un intercambio de vidas por espacio. Pura y simplemente, se trataba de matar.

Rictus se encontró andando pendiente arriba, y no pudo entenderlo hasta que su pie resbaló sobre la superficie curva de un escudo. Estaba sobre una montaña de enemigos muertos, y los Cabezas de Perro la estaban escalando. Los hombres de Machran morían en sus posiciones, todo su adiestramiento olvidado. Luchaban por sí mismos, pero también eran conscientes de que las puertas estaban abiertas de par en par a sus espaldas, y de que el camino hasta la ciudad estaba expedito.

Estaban construyendo una nueva muralla frente a las altas piedras de la ciudad, una barricada de cadáveres.

Los Cabezas de Perro la escalaron, y su formación se estrechó cuando cerraron filas para cubrir a sus propios muertos. El débil sol invernal se oscureció, y Rictus se encontró a la sombra. Estaba bajo la misma entrada, y las antiguas puertas de Machran se alzaban a cada lado de él como tótems indiferentes, con su madera de roble negra llena de relucientes salpicaduras rojas.

—¡Uno más! —gritó Rictus—. ¡Un empujón más, hermanos! —Sintió detrás de él la presión de los cuerpos, y oyó el rugido animal de sus hombres cuando le respondieron.

—¡Formad en línea junto a mí! —gritó Corvus. Sostuvo su lanza en alto, de modo que el sol se reflejó en ella, como si hubiera estallado en llamas blancas sobre su cabeza. Su penacho blanco flotaba detrás de él, y su caballo negro estuvo a punto de encabritarse cuando tiró de las riendas.

A cada lado, los Compañeros se alinearon, girando por centones, extendiendo sus filas a derecha e izquierda. Formaron una línea de casi un pasang de longitud y dos filas de profundidad. Los grandes caballos se situaron unos junto a otros, resoplando y espumeando, con sus crines como banderas negras. La armadura de sus jinetes centelleó cuando las nubes invernales se aclararon y Araian contempló el campo de batalla.

Ante ellos, el ejército de la Liga estaba atareado tratando de destruir a las morai de Teresian y Demetrius. El ala derecha de la Liga trataba de dar la vuelta para enfrentarse al desafío de los Compañeros armados con arcos que Corvus había dejado atrás para hostigarlos, pero el cuerpo principal estaba totalmente dedicado a la pelea de delante, un conflicto encarnizado de lanzas luchando cuerpo a cuerpo.

Los cerradores de filas se estaban volviendo, y había hombres recorriendo frenéticamente la línea, advirtiendo a sus camaradas de la repentina aparición de la caballería kefren, pero el cuerpo principal del ejército era como un perro de pelea, con las mandíbulas cerradas sobre la garganta de su oponente. Sólo la muerte aflojaría aquel apretón.

Corvus se volvió hacia Shoron.

—Hermano, da la señal de cargar.

Shoron intercambió una mirada con Ardashir, se mojó los labios, cerró los ojos y se llevó el cuerno a los labios.

La llamada del cuerno sonó alta y clara en un largo aullido sobre el campo de batalla; las agudas notas de la llamada a la caza, un sonido oído en los campos de batalla de todas las tierras del otro lado del mar desde que existía el Imperio. En aquel momento, sonaba en el corazón de la tierra de los macht.

La hilera de Compañeros empezó a moverse, mil cuatrocientos jinetes vestidos con armaduras relucientes sobre mil cuatrocientos caballos altos y negros. Pasaron al trote y luego, cuando Corvus espoleó a su propia montura, al medio galope.

El suelo parecía vibrar con el impacto tembloroso de aquella masa de caballos, y el sonido creció para desafiar a los demás ruidos del campo de batalla. Incluso pudieron oírlo Rictus y sus hombres en la puerta del norte.

Reverberó por toda la tierra. Druze lo escuchó en medio de la gran matanza de la puerta este. Recorrió toda la ciudad, de modo que Sertorius y sus hombres levantaron la cabeza y se detuvieron a escuchar un segundo desde el pie de la colina de la Kerusia. Kassia y Rian lo oyeron en el balcón desde donde se había arrojado Aise, y dirigieron la mirada al otro lado de la abarrotada masa de Machran, en dirección a las formaciones de batalla de la llanura, más allá de las murallas, preguntándose qué significaba. No parecía un sonido causado por los hombres. Sonaba como el murmullo de la furia de los dioses.

Los Compañeros pasaron a todo galope, y sus lanzas bajaron, con las afiladas puntas mantenidas a la altura del pecho. Demasiado tarde, las morai de la Liga comprendieron lo que era aquel ruido atronador procedente del sur. Algunos hombres consiguieron dar la vuelta y presentar las lanzas; otros simplemente se quedaron mirando aquella enorme masa de guerra que se aproximaba, aquella negra línea de muerte.

Los Compañeros chocaron contra la línea de batalla macht con el impacto de una inundación repentina. Los caballos de Niseia estaban entrenados para no huir de los hombres, sino para emplear su tamaño, el hierro de sus cascos y sus dientes. Eran guerreros, tanto como los kefren que los montaban, y su peso e inercia resultaron irresistibles.

La carga cayó sobre la retaguardia del ejército de la Liga como un apocalipsis y la atravesó, despedazando a los centones de soldados de Avensis y Pontis.

Cientos de hombres fueron derribados, y los grandes caballos los pisotearon sobre el barro desnudo de la tierra, mientras sus jinetes empleaban las largas lanzas, una valla

de hierro en movimiento.

Pamon murió allí, todavía luchando por hacerse oír. La flor de los guerreros de dos ciudades fue aniquilada en pocos minutos. El ejército de la Liga, que había estado a punto de derrotar a los enemigos que tenía ante él, simplemente dejó de existir. Los hombres arrojaban los escudos y trataban de salir de la presión como podían. Algunos murieron luchando, formando grupos y nudos obstinados de soldados que peleaban espalda contra espalda. Muchos más murieron sin tener la oportunidad de asestar un solo golpe, aplastados en el mortífero espacio entre el yunque de Corvus y el martillo que había acudido al galope.

Los hombres de las murallas de Machran capaces de levantar la cabeza y mirar al sur vieron un largo sarpullido de hombres y caballos entrelazados en una multitud sin forma de varios pasangs de longitud. El sol resplandecía sobre ella, captando puntas de lanza y destellos de yelmos y escudos inclinados hacia el cielo. Y luego la multitud se abrió, y en la llanura aparecieron centenares, miles de hombres corriendo para salvar sus vidas, en dirección al sur, lejos de las murallas.

Pero los jinetes volvieron a situarse en línea y, ante ellos, también lo hizo una maltrecha formación de lanceros. Cerraron filas y empezaron a avanzar hacia el norte en dirección a Machran, para unirse a sus camaradas que luchaban y morían a la sombra de las murallas, y cantaban al avanzar.

*Machran*

Algo había cambiado. Una especie de corriente había atravesado a los hombres que luchaban y morían en la barbacana de la puerta principal del sur, como el pellejo de un caballo sacudiéndose ante la picadura de una mosca. Rictus lo sintió; lo había vivido antes, en otras batallas, pero aquella pelea era tan encarnizada y brutal que casi le pasó desapercibido.

La apretujada masa delante de él pareció relajarse un poco. Oyó gritos de hombres, no los ladridos incoherentes del othismos, sino una especie de noticia que corría por las líneas enemigas como un incendio de verano sobre una colina.

Fornyx estaba a su lado, empujado por la mortífera presión de la batalla. Al principio de la mañana habían estado separados por un centón de hombres, pero todos habían caído.

—El ejército de la Liga está huyendo, Rictus —gritó. Había sangre en su boca y por todo su cuello, aunque todos los hombres estaban cubiertos de ella. Hasta el final, sería imposible decir si era sangre propia o de otros—. ¿Los oyes? Corvus lo ha conseguido; ha derrotado al ejército que venía a ayudar a Machran.

La presión aflojó. Los hombres habían empezado a retroceder, todavía en cierto orden, pero al oír aquella noticia conocieron el inicio de la desesperación. Luchaban automáticamente, y la esperanza estaba abandonando las miradas; era algo imposible de explicar a ningún hombre que no hubiera estado en el núcleo de una batalla encarnizada, pero Rictus también lo percibió.

—¡Cabezas de Perro! —Su voz era un graznido duro como la grava. Invirtió al fin su lanza rota para usar el regatón. Había armas en abundancia tiradas a sus pies, pero todas estaban rotas. Los hombres luchaban con espadas, pero había poco espacio para blandirlas, y las drepanas eran difíciles de manipular en la abarrotada falange—. ¡Cabezas de Perro, a mí! ¡Adelante!

Fornyx estaba a su izquierda, Kesiro a su derecha. El estandarte de los Cabezas de Perro revoloteaba a cinco pies por encima de sus cabezas, pero estaba salpicado de sangre de todas formas. Rictus vio a Valerian a un lado; había perdido el yelmo, y de su rostro mutilado chorreaba sangre. Los demás veteranos de los Cabezas de Perro parecían haber avanzado a través de las filas, y estaban en las primeras líneas. Los hombres recién entrenados eran buenos, mejores que cualquier otro lancero en el campo, pero aún no eran los veteranos endurecidos del viejo grupo de Rictus, y no se sentían tan unidos a él como aquellos hombres.

—Las mismas caras de siempre —dijo Fornyx con una sonrisa—. Simplemente, no puedes librarte de nosotros, Rictus.

—El mismo juego de siempre, hermano. Un empujón más, y habremos salido de aquí. ¿Puedes sentirlo?

Los Cabezas de Perro avanzaron. Hasta entonces, había sido como empujar un muro de piedra con el hombro. De repente, fue como si empujaran una puerta oxidada. Hubo movimiento. La pelea cambió de signo, y los hombres de Machran retrocedieron pie a pie, muriendo a cada paso. La terrible presión de la barbacana se aflojó.

Y el sol volvió a estar sobre sus rostros. Habían cruzado la puerta, y se encontraban en la plaza abierta de detrás. Los hombres de Rictus estaban formando en línea, centón por centón. Los centuriones estaban a pocos pasos de distancia, tantas bajas habían sufrido. Pero había suficientes capas rojas para defender un lado de la plaza.

Rictus levantó la vista y vio a su izquierda la cúpula blanca del Empirion, elevándose sobre el laberinto de calles frente a él, intacto e inviolado, mientras que a su izquierda estaba la silueta de la colina de la Kerusia, en la distancia, con sus villas encaladas aferradas a ella como hileras de nidos de golondrina. Las puertas habían sido

capturadas, y tras los Cabezas de Perro estaban entrando nuevas morai de lanceros. Pero los hombres de Machran aún no estaban derrotados. Formaron al otro lado de la plaza, y empezaron a avanzar de nuevo. Los dirigía un portador de la Maldición, cuya armadura negra parecía un agujero en la luz del sol. Levantó la lanza y dio la orden de avance, y cientos de hombres le siguieron, rugiendo.

—Necesitamos que ese cabrón muera —dijo Fornyx—. Si ven caer a un portador de la Maldición, creo que les tendremos.

Los Cabezas de Perro bajaron las lanzas, quienes aún las tenían, y cargaron. Mantuvieron las líneas intactas en su avance, mientras que el enemigo que se abalanzaba sobre ellos había perdido la formación, convertido en una multitud de hombres enloquecidos y vestidos de bronce.

Pero tenían inercia. Cuando los dos bandos chocaron, los Cabezas de Perro fueron detenidos en seco por la brutalidad del asalto de Machran, y por toda la plaza la batalla volvió a entablarse en serio.

La pelea en la barbacana había sido dura; aquélla rozó la locura. Cuando los hombres caían se agarraban a las piernas de sus enemigos, o metían la mano bajo los quitones cortos para tirar de sus genitales. Rictus sintió que le arrancaban una sandalia. Aplastó un rostro hostil con el talón, y clavó el regatón en la órbita de un ojo.

El portador de la Maldición enemigo estaba casi frente a él. Rictus abandonó su propia línea para golpear el rostro del otro hombre con el asta de su lanza. Rebotó en su yelmo, haciéndole volver la vista. Rictus blandió el escudo y lo estrelló contra el torso de un soldado de delante, le pateó en la rodilla y desenvainó la drepana. Lanzó una estocada hacia abajo como si se tratara de un cuchillo de gran tamaño, sin detenerse a ver el daño que causaba. Liberó el arma de la carne temblorosa, confió en que Fornyx acabara el trabajo, y se lanzó contra la línea enemiga, completamente ajeno al rugido animal que surgía de sus propios labios, decidido a pelear contra el hombre de la coraza negra.

Sus escudos chocaron. El otro hombre le acuchilló con la parte inferior de la lanza, y la punta del regatón golpeó el borde del escudo de Rictus, tintineó sobre el bronce y se deslizó por la superficie de su armadura. La presión había aumentado de nuevo, y Rictus no podía levantar la espada. La soltó, alargó la mano y atrapó la lanza del portador de la Maldición. El regatón le abrió la palma, pero consiguió arrancarla del apretón del otro hombre. Su enemigo estaba fatigado. Tenía un cuello musculoso y delgado bajo el yelmo, con una gran vena azul latiendo a la sombra de la orejera.

Rictus hizo girar el asta de la lanza. Los dos estaban pecho contra pecho en la apretada masa de la melé. Miró a los ojos del otro hombre a través de la ranura, experimentó una extraña sensación de reconocimiento, y luego le acuchilló hacia abajo, en dirección al cuello. El regatón se enterró tan profundamente que todo el bronce se perdió de vista, y el portador de la Maldición cayó inerte al suelo.

Algo parecido a un lamento se elevó entre los hombres de Machran que les rodeaban.

—¡Karnos ha muerto, Karnos ha muerto! —gritaron.

Fue el punto de inflexión. La línea se fragmentó, y los Cabezas de Perro entraron en las aberturas con profesionalidad metódica. Los hombres eran atravesados mientras se volvían para huir, derribados y acuchillados antes de que pudieran salir del alcance de las lanzas, aprisionados por la masa de hombres que bullía detrás de ellos. La batalla de la plaza se desintegró: en cuestión de momentos cambió de forma y se convirtió en una masacre.

—Fornyx —dijo Rictus, jadeando—. Mantén la presión. No dejes que vuelvan a formar.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy bien. Sigue adelante. Os alcanzaré.

Fornyx dirigió a los Cabezas de Perro plaza arriba con un rugido que desmentía la delgadez de su cuerpo. Los defensores de Machran se retiraban, y los Cabezas de

Perro rompieron la formación para emprender la persecución. Tras ellos llegaron cientos de hombres más, los centones de Teresian y Demetrius y, al mirar atrás, Rictus vio jinetes también en la puerta, los primeros hombres de la caballería de Corvus.

Se inclinó y vomitó sobre las piedras empapadas de sangre, dejó caer el escudo y se quitó el yelmo, jadeando para respirar.

Luego se acercó al portador de la Maldición, que yacía entre un montón de cadáveres de los suyos, con el asta de la lanza surgiendo de modo obsceno por encima de su clavícula, y la sangre cayéndole en una corriente incesante sobre la armadura negra. Se arrodilló y tiró del yelmo del otro hombre.

Karnos le miró con unos ojos muy abiertos y blancos y, al cabo de un momento, sonrió, mientras de sus labios también brotaba sangre.

—¿Rictus de Isca? ¿Acaso estoy muerto ya?

—Karnos. —El rostro redondo había desaparecido. Karnos se había convertido en otro hombre, al mismo tiempo familiar y diferente. Un guerrero delgado que llevaba la Maldición de Antimone como si hubiera nacido para ello—. Pronto lo estarás —dijo Rictus. Tomó la mano del moribundo, sintiendo una tristeza indefinida. No había pensado demasiado en el orador y traficante de esclavos que una vez había tratado de contratarle, pero el hombre que yacía ante él en aquel momento era alguien diferente—. Has luchado bien. No creí que fueras capaz.

Karnos cerró un momento los ojos.

—Oh, Phobos, maldito cerdo.

—¿Qué sucede, Karnos?

—Escúchame. —Karnos tosió y escupió una bocanada de sangre, atragantándose, y Rictus se la limpió de la boca. Se inclinó para escuchar la débil respiración del hombre—. Tengo a tus hijas en mi casa. Tus hijas, ¿me entiendes? Lo siento, Rictus. Traté de usarlas contra ti. Están en la colina de la Kerusia.

—¿Mis hijas?

—Perdóname. Phaestus y yo pensamos...

El rostro de Rictus era una máscara pálida y ensangrentada de ira y sobresalto.

—¿Mi familia?

—Ya conoces la casa; la gran villa con las paredes de color tierra.

Están allí, a salvo.

—¡Mi esposa! —dijo Rictus, levantando la voz—. ¿Qué hay de mi esposa? ¿Qué has hecho, Karnos?

Pero Karnos había muerto ya.

El pánico se extendió en oleadas por toda la ciudad. Algunos hombres derrotados de Arkadios y Avennos empezaron a bajar de la muralla, dirigiéndose al Mithannon, mientras los soldados de Machran seguían luchando sin esperanzas.

Su polemarca, Kassander, hizo reaccionar a una docena de centones bajo la alta cúpula del propio Empirion y los condujo de nuevo a la refriega, pero las fuerzas de Corvus controlaban ya gran parte del barrio de Avennon, y las torres de asedio habían roto las defensas en el este, en la puerta de Goshen.

La mitad de las murallas había sido capturada por el enemigo o abandonada por los defensores, y más sitiadores iban entrando por las puertas minuto a minuto, una marea que parecía imparable. Los ciudadanos de Machran empezaron a desplazarse hacia el noroeste, lejos de la batalla. Había decenas de miles de personas en movimiento por las calles, y en algunos lugares la presión era tan intensa como en una falange de combatientes.

—La ciudad ha caído —dijo Sertorius—. Ya está, muchachos, os lo digo de veras. Todo esto está a punto de venirse abajo. Bosca, en nombre de Phobos, ábrenos paso. Aurnos, ayúdale.

Avanzaban contra la corriente, un puñado de hombres decididos batallando contra la

fuerza de la multitud aterrada, abriéndose paso con la amenaza de las espadas desenvainadas y, en ocasiones, golpeando con ellas el rostro de alguien. Las calles que conducían al barrio de Goshen eran un manicomio de mujeres y niños que chillaban, y hombres ensangrentados que huían de la batalla perdida en las murallas. Por encima de ellos, la colina de la Kerusia se alzaba en su risco como una visión, más allá del humo y el estrépito de las calles de abajo. Estaban a menos de dos pasangs de las torres de asedio de Druze.

—A la izquierda —gritó Sertorius por encima del tumulto—. Por aquí. —Dejaron la avenida principal, y la multitud se volvió menos densa. Hombres y mujeres bajaban por la colina empujando carretillas cargadas con sus pertenencias amontonadas y niños llorones demasiado pequeños para andar. Sertorius guio a sus hombres contra la corriente de aquel éxodo, sintiendo que la colina ascendía bajo sus pies.

—Ya no está lejos —dijo—. La de Phaestus es aquella casa a la derecha, más arriba, la de las tejas amarillas. Nos encargaremos de él primero.

—Y de esa mierdecilla de hijo que tiene —gruñó Bosca—. ¡Quiero divertirme un poco con él antes de que muera!

—A condición de que nos demos prisa —dijo Sertorius—. Recordad, el verdadero premio está en la cima de la colina. Y no olvidéis a los esclavos; también los quiero. Son oro en potencia, hermanos.

Los hombres que le rodeaban gruñeron de anticipación.

Las puertas de la villa alquilada eran robustas, hechas de madera reforzada con hierro, y estaban bien cerradas al caos de las calles. A una señal de Sertorius, Bosca y Adurnos se arrojaron sobre una familia que empujaba una carretilla, arrojaron a los niños del vehículo, y cuando el hombre protestó le propinaron una paliza, dejándolo convertido en una ruina humana en la calle mientras su familia chillaba a su alrededor.

—Ahora, muchachos, a la de tres —dijo Sertorius.

Estrellaron la carretilla contra las pesadas puertas, haciéndola correr con un rugido, y el pestillo se separó de la madera. Lanzaron un grito de alegría, y se precipitaron al interior con las espadas desenvainadas. Un hombre de cabello oscuro que estaba en su camino quedó inmóvil, y fue derribado sin apenas una pausa.

—¡Phaestus! ¡Phaestus, cabrón embustero! ¡Soy yo, Sertorius! ¡He venido a por ti!

Corrieron por la casa como niños enloquecidos, pateando muebles, registrando cajones y armarios. No había una sola lámpara encendida; aparte del hombre muerto cerca de la entrada, el lugar parecía desierto.

Fue Adurnos quien lo encontró y gritó para llamar a los otros. Se reunieron en la puerta de la habitación, respirando pesadamente.

—El muy cabrón se nos ha escapado —dijo Adurnos, malhumorado.

Phaestus yacía sobre la cama como una imagen de cera, cubierto con una manta hasta la barbilla. Su rostro estaba pálido como el marfil viejo. Sertorius se inclinó y lo tocó.

—Frío como un pez. Antimone le atrapó antes que nosotros.

—Prendamos fuego a la casa —sugirió Bosca—. No hay ni un ratón; hace tiempo que la han vaciado.

—No, nada de incendios —dijo Sertorius—. No le daré una pira a ese hijo de perra. Dejemos que se pudra aquí. —Se irguió—. Vamos a por esa carretilla, muchachos. La casa de Karnos esta un poco más arriba, y no quiero quedarme sin diversión por segunda vez.

Se volvieron y echaron a correr por la casa como una oscura galerna, una maldición de Phobos que hubiera adquirido forma humana.

Rictus estaba exhausto, pero avanzaba por pura fuerza de voluntad. Había arrojado el escudo y el yelmo y tomado una drepana abandonada. Luchaba por avanzar hacia el este a través de las calles como un salmón nadando contra corriente. Tras él iba Valerian. Había habido otros Cabezas de Perro con él, pero se habían separado en el

tumulto.

Fornyx aún dirigía al grueso de los hombres en la destrucción del último núcleo de resistencia de Kassander.

No quedaba más resistencia organizada en la ciudad, pero toda la población de Machran parecía estar en las calles. La mayoría trataba de avanzar hacia el norte, en dirección a los distritos que el ejército de Corvus aún no había capturado. En sus mentes no parecía haber otro plan para después. Medio enloquecidos de hambre y miedo, eran totalmente incapaces de pensar.

La capa roja y la Maldición de Dios abrieron paso a Rictus; la gente retrocedía al verle llegar. O tal vez se debía a la expresión de su rostro. Ya no le importaba si Machran resistía o caía, o si era incendiada y reducida a cenizas. Sólo sabía que tenía que averiguar si Karnos había dicho la verdad. Si su familia estaba en aquella ciudad, destruiría el lugar ladrillo a ladrillo para encontrarla. Hubiera derribado al mismo Phobos si el dios se hubiera interpuesto en su camino.

Kassia y Rian cerraron la puerta con llave, echaron el pesado pestillo y apoyaron las espaldas contra ella.

—Mejor aquí dentro que fuera —dijo Kassia, apoyando una mano en el hombro de Rian—. Los esclavos han sido estúpidos.

—Ya no eran esclavos —dijo Rian—. Era decisión suya; podían irse o quedarse, según prefirieran.

Philemos permanecía a un lado con una espada corta y una coraza de soldado demasiado grande para él. Tenía círculos rojos en torno a los ojos.

—Nos quedaremos aquí hasta que las cosas se calmen. Más tarde puedo salir y ver qué ha ocurrido.

Polio sacudió la cabeza.

—Joven amo, ¿oyes eso?

Se callaron. La agonía de la ciudad ascendía por la colina de la Kerusia, decenas de miles de personas gimiendo y gritando. Sus pies levantaban un murmullo en la tierra.

—Es el ruido de la caída de una ciudad —dijo Polio, y su rostro se retorció de dolor—.

Karnos ha fracasado. ¿Habéis mirado hacia el este? Han traído torres a las murallas. Pero la pelea allí ya ha terminado; el enemigo está en el interior de la ciudad. —Respiró profundamente—. Yo me quedaré aquí, y esperaré a Karnos. Si está vivo, volverá. Durante los próximos días, no habrá un lugar más peligroso en el mundo que las calles de ahí fuera, especialmente para las mujeres.

Señoras, tendréis que confiar en estas paredes.

—Mi madre quiere marcharse en cuanto oscurezca; conocemos gente en Arienus —dijo Philemos miró a Rian.

—Ahora tú eres el jefe de la familia —dijo Polio—. Te corresponde a ti decidir lo que haréis. Tu madre tiene que aceptarlo, Philemos.

El muchacho asintió.

—Pero es difícil. Todo esto es nuevo para mí.

Rian le tomó una mano.

Las lágrimas corrían en silencio por el rostro de Kassia, pero consiguió soltar una carcajada.

—¡Míranos, imaginando lo peor! Polio, si alguna vez han existido dos hombres capaces de sobrevivir a un desastre, ésos son Karnos y mi hermano. Volverán, ya lo veréis. Aunque Machran caiga, no podrán detenerlos.

Polio asintió gravemente.

—Creo que tienes razón, señora.

—¿Qué hacemos, entonces? —preguntó Rian—. ¿Quedamos quietos y esperar a que se restablezca el orden?

—Sí —dijo Polio. Extrajo un largo cuchillo de hierro de los pliegues de su himación

inmaculado—. Una cosa más: todos deberíamos armarnos.

—Un cuchillo de cocina no hará gran cosa —dijo Kassia.

—Será mejor que nada —le dijo Rian—. Kassia, aunque la ciudad se pierda, los hombres de mi padre estarán ahí fuera. Fornyx y Kesiro... —lanzó una mirada rápida y extraña a Philemos—, y Valerian. Los Cabezas de Perro nos encontrarán.

—Amigos en los dos bandos —dijo Kassia, con una sonrisa pequeña y amarga—. Lo siento, Rian. A veces se me olvida. Tienes amigos entre los hombres de fuera de las murallas.

—También tengo amigos dentro, Kassia —dijo Rian.

Corvus cabalgaba a través de la plaza de Avennos con una escolta de Compañeros. Ardashir estaba a su lado, y abarrotando la plaza había centenares de lanceros de los mandos de Teresian y Demetrius. Estaban demasiado agotados para unirse a la persecución general que recorría las calles de la ciudad.

Muchos de los hombres estaban sentados sobre los escudos, sin yelmo y con la boca abierta. En aquel momento, se alegraban demasiado del mero hecho de estar vivos para permitirse disfrutar del triunfo de la captura de la ciudad. Pero cuando Corvus entró en la plaza y se quitó el yelmo, se pusieron en pie, y empezaron a golpear los escudos con las lanzas y a lanzar vítores.

Cientos de hombres, tal vez miles, vitoreando en aquel gran espacio lleno de cadáveres, mientras el Empirion se erguía blanco detrás de ellos y la agonía de la ciudad era el telón de fondo de su alegría. Corvus levantó una mano, y los vítores se redoblaron. Empezaron a corear su nombre. El sonido recorrió la ciudad como una ola, inconfundible, aplastando la esperanza de los últimos defensores que aún resistían a la desesperación.

Fornyx se abrió paso a través de la masa de lanceros que vitoreaban. Tenía la mano apoyada en el hombro de un tipo alto y ancho de hombros, que llevaba el signo de Machran pintado en su armadura. La multitud de lanceros les abrió paso, sacudiendo las armas en el rostro del hombre alto. Éste les ignoró. Caminaba como si estuviera hipnotizado, y sólo pareció reaccionar cuando se encontró delante de Corvus.

—Corvus —dijo Fornyx, con el rostro abierto en una amplia sonrisa—. Tengo una sorpresa para ti. Este tipo se llama Kassander, y es el polemarca de Machran. Sus hombres han arrojado las armas al pie del Empirion, no hace ni diez minutos. Han sido los últimos. Les he prometido sus vidas y su libertad, porque han luchado bien. Confío en que respetarás mi promesa.

—Será un placer, Fornyx —dijo Corvus. Se inclinó en la silla y estrechó la mano del portador de la Maldición—. Has hecho bien. Yo hubiera hecho lo mismo.

Se volvió a Kassander, que permanecía sereno e impassible, aunque levantó la vista para mirar al joven del caballo negro con una especie de curiosidad melancólica.

—Me alegro de verte con vida, Kassander —le dijo Corvus—. He oído decir que eres un buen hombre.

Kassander gruñó. Era la viva imagen de la violencia; estaba empapado de sangre y le faltaba la parte superior de una oreja. La sangre del corte había trazado un río negro sobre un lado de su cuello.

—¿Y tu amigo Karnos? ¿Sabes dónde puede estar?

La pregunta pareció penetrar la niebla. Kassander tragó saliva, y miró al azul invernal del cielo. No se veía una sola nube, pero Phobos era un espectro pálido y redondo en lo alto, un fantasma de sonrisa fría.

—Karnos ha muerto. Estará tumbado en algún lugar. Tus mercenarios le han matado. Llevaba una coraza negra, pero supongo que ya se la habrán quitado.

El rostro de Corvus se transformó.

—Es una lástima. Hubo un tiempo en que hubiera deseado su muerte, pero ya no. Tú y él habéis resistido muy bien, Kassander. Os saludo por ello.

Kassander volvió sus ojos inyectados en sangre hacia Corvus.

—La ciudad es tuya ahora, y todos estamos en tus manos. Dicen que Antimone revela los corazones de los hombres no sólo en la derrota, sino también en la victoria. Tu nombre estará unido a esta victoria para siempre, Corvus, y lo que tus hombres hagan ahora en Machran te seguirá mientras queden machts para recordarlo.

Corvus asintió.

—Lo sé; es algo que siempre he sabido. No necesitas tener miedo por Machran, Kassander. Ahora será mi capital, y su pueblo también es mi pueblo.

Kassander inclinó la cabeza a un lado, entrecerrando los ojos bajo el sol.

—¿Lo es?

—Todos somos un solo pueblo —dijo suavemente Corvus—. Hemos luchado entre nosotros durante demasiado tiempo.

Kassander se frotó el rostro con una mano, manchándolo de sangre.

—Acabemos con ello, entonces —dijo.

## *La casa de la colina*

El primer impacto contra la puerta les había sobresaltado más que el rugido de la caída de la ciudad. Era inmediato, más personal y a escala más humana. Su miedo, que hasta el momento había sido algo vago e indefinido, se convirtió de pronto en algo parecido al terror.

No había ruido en el exterior, ni gritos de las multitudes. Sólo los golpes contra las robustas puertas de la casa de Karnos, como si un ariete gigantesco tratara de abrirlas con malevolencia ciega.

La madre de Philemos se puso histérica. Ella y sus dos hijas pequeñas estaban encerradas en una parte alejada de la casa. Cuando Philemos cerró la puerta de la estancia, oyó el ruido de muebles arrastrados y amontonados contra ella en el interior.

Las amplias puertas delanteras de la casa eran muy sólidas, de roble y bronce. Kassia, Rian, Ona, Philemos y Polio empezaron también a trasladar muebles, arrastrando los hermosos divanes contruidos por Framnos, orgullo y alegría de Karnos, a través del patio de la fuente y apretándolos con fuerza contra la puerta. Podían oír gruñidos de hombres en el exterior, y el traqueteo de ruedas sobre la calle adoquinada antes de cada impacto.

—¡Hay hombres armados aquí dentro! —gritó Philemos—. ¡Cruza las puertas y os cortaremos el cuello!

La única respuesta fue un coro de carcajadas, y luego las puertas fueron golpeadas de nuevo. Se movieron un poco hacia dentro, y en la madera negra aparecieron grietas blancas que se abrían y cerraban.

—Tal vez deberíamos encerrarnos en habitaciones diferentes —dijo Kassia, con el rostro pálido y exangüe de miedo. Pensaba en Aise la noche de su llegada, en aquella expresión de sus ojos. No podía imaginar qué le habrían hecho para que tuviera aquella mirada, pero iba a ocurrir de nuevo. A todas ellas.

Rian permanecía tranquila, con un cuchillo de carnicero en la mano. Abrazó a Ona.

—Tienes que intentar esconderte —dijo a su hermana—. Ona, ¿podrás encontrar un espacio pequeño donde nadie pueda encontrarte?

Un tablón saltó de la puerta y resbaló sobre las piedras del patio.

—¿Podrás hacerlo? Vendré a buscarte más tarde, te lo prometo.

La niña la miró aturdida, con sus ojos grandes y oscuros bajo una masa de cabello castaño rojizo.

—Te lo prometo —repitió Rian, y su voz tembló al pronunciarlo.

Ona rodeó el cuello de su hermana con los brazos, solemne pero curiosamente impasible. Luego se volvió y echó a correr. Pudieron oír sus pies recorriendo la casa. Hubo un momento de silencio. Philemos apoyó una mano en el brazo de Rian. Ella se secó las lágrimas.

—Ojalá hubiera muerto en Andunnon, con Eunión. Deberíamos haber muerto todos juntos allí.

—No dejaré que te toquen —dijo Philemos con fiereza—. Te protegí una vez, y volveré a hacerlo.

La puerta estalló hacia dentro cuando el pestillo se desenganchó de la madera.

Estaban juntos, cuatro personas unidas por algún capricho de Phobos. Una hermana, una hija, un esclavo y un hijo.

Las puertas se abrieron. El pestillo que las había mantenido juntas saltó por los aires. Los pesados divanes arañaron las piedras del patio, y sus patas se partieron. Vieron lo que parecía una carretilla. Fue arrastrada hacia atrás, rechinando, apartada de la entrada recién abierta. Voces de hombres en la calle.

Entraron, un grupo de vagabundos flacos y de aspecto hambriento, sucios y con los

ojos brillantes. Sertorius les dirigía, y cuando entró en el patio de la fuente, Rian retrocedió horrorizada y Philemos pareció tambalearse. Sertorius les vio, y su rostro se abrió en una amplia sonrisa.

—¿Qué es esto? ¿Un comité de bienvenida? ¡Estoy conmovido! Mirad esto, muchachos. ¿No es una bonita imagen?

Otros seis hombres entraron en el patio tras él, sacudiéndose el polvo de las manos y secándose el sudor de las caras.

—Ahí está mi preciosa morenita. Niña, tengo algo para ti; todos lo tenemos. Te lo he estado guardando desde que te entregamos a Karnos.

—La otra tampoco está mal —dijo Bosca, pasándose los dedos por la boca.

—Ya os dije que encontraríamos cosas bonitas en este sitio, ¿no es cierto?

Los hombres se abrieron en forma de abanico. Las cuatro personas frente a ellos retrocedieron, hasta que sus talones chocaron con el borde del estanque.

—Ponte detrás de mí —dijo Philemos a Rian.

—Hay dinero en la casa —dijo Polio en voz alta—. Puedo llevaros hasta él, y ahorraros algo de tiempo. Ésta es la casa de Karnos, recordad. Es un hombre poderoso. Si nos hacéis daño, encontrará el modo de hacéroslo pagar.

—Karnos está muerto, viejo cabrón —gruñó Bosca—. La noticia ha corrido por toda la ciudad. El tal Corvus está al mando ahora. Probablemente nos dará las gracias por hacer su trabajo.

—¿Muerto? —repitió Kassia—. ¿Karnos ha muerto?

—¿Qué es esto? ¿Lloras por él, preciosa? —Sertorius sonrió—. Eso es una tragedia. Deja que te consolemos en tu momento de dolor.

—Basta —espetó Adurnos—. Vamos a hacerlo y a dejarnos de palabras, jefe.

Se acercaron como lobos. Polio avanzó a su encuentro, blandiendo el cuchillo. Adurnos le agarró la muñeca, y uno de los arkadianos el otro brazo. Lo mantuvieron estirado entre ellos, retorciéndose, hasta que Sertorius le apuñaló en el corazón. El anciano cayó sin emitir un sonido, con su barba blanca como lana de oveja sobre la tierra y los ojos aún abiertos.

Otros dos hombres de Sertorius agarraron a Kassia, y le arrancaron la ropa de la espalda. Uno la sostenía por detrás mientras el otro la desnudaba, riendo mientras ella pateaba y les gritaba.

Philemos se mantuvo inmóvil al lado de Rian, y tras ellos estaba la fuente. Levantó la espada y la movió de lado a lado mientras Sertorius y sus hombres se acercaban a él. Sertorius parecía de muy buen humor. Se quedó mirando a Philemos con una especie de tolerancia divertida.

—Siempre supe que tenías espíritu, chico, por el modo en que luchaste en las montañas por esa preciosidad que está detrás tuyo. Pero tienes que aprender cuándo retirarte de una pelea. Tu padre debió enseñártelo antes de morir. Ahora ya no te queda tiempo para aprenderlo.

Philemos no le miraba. Sus ojos estaban fijos en algún lugar por encima del hombro de Sertorius, en las puertas rotas de detrás, y su rostro era la viva imagen de la estupefacción. Sertorius frunció el ceño y se volvió.

Había dos hombres en la alta entrada de la casa. Llevaban quitones y capas escarlata, y uno iba cubierto con la Maldición de Dios. En sus manos relucían drepanas ensangrentadas, y su armadura estaba cubierta de sangre.

—¿Qué diablos...? —dijo Sertorius. Todos sus hombres se volvieron con él. Los dos que sostenían a Kassia la soltaron, y ella echó a correr hacia Rian, desnuda y sollozando.

Rian tenía los ojos brillantes y llenos de lágrimas.

—Padre —dijo.

Rictus y Valerian entraron en el patio. Había una luz en los ojos de Rictus que hizo

retroceder a los siete hombres frente a él.

—¿Rian?

Ella le dirigió una mirada desolada. La respiración entraba y salía de su cuerpo como si acabara de salir de debajo del agua. Rictus miró a los hombres frente a él, y vio a Philemos.

—¿Dónde está mi esposa?

Sertorius hizo un gesto con la cabeza en dirección a Adurnos, y el hombretón empezó a deslizarse en torno a Rictus con los dos arkadianos.

—¡La violó! —gritó Rian—. ¡La violaron, y ella se mató! —Se derrumbó, y unos sollozos desgarradores surgieron de su garganta—. Papá, la mataron, la mataron. Está muerta, está muerta. —Cayó de rodillas.

Los ojos de Rictus se convirtieron en rendijas de muerte pálida.

—Ve por la izquierda —dijo a Valerian, un sonido animal que apenas contenía palabras reconocibles.

—Hay mejores modos de solucionar esto, amigo —dijo Sertorius—. Lo hecho, hecho está...

Rictus saltó hacia delante, con la capa roja arremolinada a su alrededor como una nube ensangrentada. La drepana saltó en su mano, un destello rápido como el ataque de un halcón.

Uno de los arkadianos cayó de lado con la garganta abierta. El otro blandió frenéticamente la espada y falló cuando Rictus se hizo a un lado, desequilibrándolo. Levantó la rodilla y la estrelló contra la cara del hombre, rompiéndole el hueso. El arkadiano cayó.

El corpulento Adurnos atacó como un toro barbudo, propinando un puñetazo a Rictus en la boca y acuchillándole con su propia espada en el mismo momento.

La hoja resbaló sobre la Maldición de Dios. Rictus absorbió los golpes, retrocedió un paso, con la sangre corriéndole por la barbilla, y volvió a acercarse. Uno, dos, tres destellos de frío hierro, un golpe cuando su drepana chocó contra la espada de Adurnos, y la hoja del hombretón cayó al suelo. Rictus levantó la punta de la drepana y la hundió suavemente en la entrepierna de Adurnos. El hombre se detuvo en seco, con la boca abierta y una mirada de total incredulidad en el rostro.

Rictus hizo girar la hoja y tiró de ella, y el cuerpo de Adurnos se abrió como un saco lleno de carne humeante. Sus entrañas cayeron a las piedras del patio con un golpe húmedo. Las miró, palpándose la gran herida mientras la visión abandonaba sus ojos, y cayó al suelo.

Valerian había derribado a uno de los avenios, pero el otro, junto con Bosca y Sertorius, le estaba empujando hacia la entrada, golpeándole con la espada. El avenio que quedaba cayó de repente con un fuerte grito de dolor; Philemos se le había acercado y lo había acuchillado por detrás.

Sertorius lanzó un grito de furia y se volvió hacia el chico.

Rictus empujó a Philemos, metiéndose en la pelea como un rojo avatar de la ira. La espada de Sertorius rebotó en la coraza negra, y Rictus bajó su propia hoja con un gruñido, cortando el brazo de Sertorius cerca de la muñeca. El hombre gritó, levantó el muñón sangrante y lo apretó con la mano libre.

—¡No, no! —gritó.

El sonido distrajo a Bosca, y Valerian le acuchilló en las costillas. Cuando el hombre se dobló sobre sí mismo, Valerian levantó la espada y la bajó con las dos manos, acuchillando a Bosca en la base de la nuca. La drepana atravesó carne y hueso. La cabeza quedó colgando, unida al cuerpo sólo por hebras de tendones y piel, y Bosca cayó al suelo, retorciéndose. Durante unos segundos, sus ojos rodaron en su cabeza, y luego quedó inmóvil.

Sertorius había caído de rodillas, todavía aferrando el muñón de su brazo. Tenía el

rostro pálido como el yeso.

—¡El gran Rictus! —dijo, y consiguió emitir algo parecido a una carcajada—. Bueno, es algo grande haber conocido a una leyenda.

Rictus permaneció un momento ante él, jadeante, y se limpió la sangre de la barbilla. Miró a Rian. Philemos la sostenía en sus brazos, y ella le miraba con los ojos muy abiertos e inyectados en sangre. A su lado, Kassia estaba de rodillas, desnuda, aturdida y silenciosa.

Valerian también miraba a Rian. Se fijó en cómo la miraba Philemos, y cerró un segundo los ojos.

Rictus quería preguntar a Sertorius lo que le había hecho a Aise. Por algún motivo, tenía que saberlo. El dolor inmenso y devastador que sentía en el pecho tenía que escuchar algo, saber algo sobre el fin de Aise, por malo que hubiera sido.

—¿Qué le hicisteis a mi esposa? —preguntó a Sertorius, y su voz vibraba de tensión, un dolor que no sabía que pudiera sentir. Una agonía más intensa que nada de lo que hubiera sentido desde que era un niño.

Sertorius hizo una mueca de desprecio.

—Phaestus tenía razón. Rictus, el hombre de familia. Bueno, amigo mío, usamos a tu esposa como a una putita. Le...

La hoja de la drepana lo silenció, deslizándose en su boca con facilidad, cortándole la lengua y abriéndole las mejillas en una amplia sonrisa final. Sertorius gorgoteó, asfixiándose con su propia sangre.

Rictus se quedó inmóvil, sosteniendo la hoja, manteniendo al ladrón en posición vertical mientras éste se ahogaba y se retorció. Finalmente, todo terminó. Rictus inclinó la espada, y Sertorius se deslizó por ella como carne ensartada en un asador.

Se volvió, increíblemente cansado, reacio a contemplar la desolación que se abría ante él.

Uno de los hombres de Sertorius seguía con vida, el de la cara rota. Rictus hizo una señal con la cabeza a Valerian, y el joven lo mató con una sola estocada limpia. Luego miró a Rian, pero ya no había esperanza en sus ojos.

Rictus se arrodilló frente a su hija.

—¿Dónde está Ona?

—Escondida.

—Rian —dijo Rictus. Su voz se quebró. Su hija avanzó hacia él y Rictus la abrazó, enterrándole el rostro en el cabello, aplastándola contra el pectoral negro e inflexible del Don de Antimone—. Estoy aquí. Estoy aquí. Todo está bien. Todo irá bien ahora.

## *Una curva en la carretera*

Los pasillos resonaban con sus pasos, y los clavos de sus sandalias tintineaban sobre el mármol. Desde los nichos abiertos a cada pocos pasos, los grandes líderes de Machran le observaban, tallados también en mármol. Rostros muertos, ojos vacíos, piedra blanca.

Todo aquello ya no significaba nada. Fuera lo que fuera lo que hubiera significado Machran para aquellos hombres, en aquel día era algo diferente. O en aquella noche. Aquella noche tranquila, cerca del final de un invierno largo y sangriento.

Fornyx se reunió con él en un cruce de pasillos y los dos se estudiaron durante un momento.

—¿Qué crees que quiere? —preguntó Rictus.

—¿Por qué me lo preguntas a mí? —quiso saber Fornyx—. Tú eres la figura paterna. Se quedaron mirándose, un hombre alto y rubio con el rostro demacrado, y un tipo bajo, musculoso y de barba negra, unos diez años más joven. Ambos llevaban corazas negras y capas escarlatas. Ambos llevaban las marcas de antiguas heridas en todas las partes de sus cuerpos.

—Casi ha llegado la primavera —dijo Rictus—. Es el momento de plantar.

—Las nieves se estarán fundiendo —dijo Fornyx—. Unos días más, y se podrá andar por las colinas.

Rictus asintió como si se hubieran puesto de acuerdo sobre algo. Luego se volvieron al unísono y continuaron andando por el cavernoso corredor.

Había un par de centinelas con lanzas en las manos ante una puerta de madera, profundamente empotrada. También llevaban capas escarlatas.

—Athys —dijo Rictus a uno de ellos—. ¿Cómo está tu pierna?

—Apenas tengo cicatriz, jefe. Puedo correr igual de rápido que siempre.

—No pasa nada. Nos está esperando. —Rictus abrió la pequeña puerta. Tuvo que inclinarse para entrar.

Había un fuego ardiendo en una chimenea redonda, lámparas colgadas del techo y papeles amontonados en el suelo y esparcidos sobre sillas, mesas y todas las superficies disponibles.

—¿Corvus? —dijo Rictus.

Algo se movió. Había una antesala a un lado, con una cama sencilla en un rincón, un soporte con una armadura negra y Corvus, vestido con un quitón rojo.

—¿Querías vernos? —preguntó Rictus.

Corvus asintió. Contemplaba la Maldición de Dios con los brazos cruzados. Se había cortado el cabello recientemente, y sus negras y gruesas hebras estaban erizadas como un cepillo. Tenía más aspecto de *macht* que antes, y había añadido algo de peso a sus delgados huesos.

Desde el final de la campaña, las privaciones y dureza de la marcha se habían convertido en un recuerdo, y Corvus dormía en el laberinto del Empirion, con su tienda empaquetada con el resto de la intendencia del ejército.

En aquella habitación, igual que en la contigua, los papeles y mapas lo cubrían todo. Parmenios tenía oficinas en el Empirion, pero las mantenía recogidas y ordenadas como las filas de una falange bien entrenada. El desorden era debido a Corvus.

Rictus vio un mapa del Imperio tirado en el suelo. Lo recogió, y el pergamino viejo pareció encogerse en su mano. Durante un segundo, pasó el dedo por encima de nombres, montañas y ríos que habían visto caer la sangre de su juventud, a cinco mil pasangs y veinte años de distancia.

—Mañana será un gran día, jefe —dijo Fornyx alegremente—. Esto se parece un poco a casarse. Si quieres mi opinión, deberías estar borracho o dormido.

Corvus sonrió.

—Tienes razón, Fornyx; supongo que es una especie de matrimonio. —Alargó una mano y levantó algo que estaba junto a la coraza, algo que resplandeció a la luz de las lámparas—. Mirad esto. Plata de una mina en las laderas del mismo monte Panjaeos. Mañana, Kassander de Machran me la pondrá en la cabeza, y seré rey.

Arrojó la corona al aire y la atrapó como si fuera el reluciente juguete de un niño. Luego la dejó de nuevo en su sitio.

—¿Qué opinas del quitón? —preguntó a Rictus.

—Me gusta el color —dijo Rictus, enarcando una ceja.

—A partir de ahora, todo el ejército vestirá de escarlata. Será un símbolo para nosotros, igual que el cuervo. Entrenaremos a todos los lanceros para que estén a la altura de tus Cabezas de Perro, y enseñaremos a los macht a montar a caballo y a usar arcos, como Ardashir y los Compañeros. Tendremos aparatos de asedio, diseñados por Parmenios. Crearemos un instrumento de guerra, hermanos, como el mundo no ha visto nunca.

Rictus y Fornyx se miraron.

—Mañana te coronaran rey de los macht, Corvus —dijo Rictus—. ¿Con quién más quieres luchar?

Corvus se volvió y sonrió.

—El mundo en que vivimos es un lugar muy grande, Rictus. Si buscas lo suficiente, siempre encontrarás a alguien dispuesto a luchar.

Se adelantó y pasó una mano sobre la oscura superficie de la armadura frente a él.

—Pero no os he pedido que vinierais para escucharme divagar sobre el futuro. Quería pedirte un favor, Rictus.

—Pide.

De repente, Corvus se pareció a un chiquillo de ojos muy abiertos que tuviera que confesar algo a su padre.

—Ayúdame a ponérmela —dijo.

Tocó de nuevo la armadura con suavidad, como un hombre que acariciara el brazo de una mujer demasiado hermosa para fijarse en él.

—Tengo que hacerlo ahora, esta noche. Quiero ser coronado con ella mañana, y debo saber... tengo que saber si puedo llevarla. ¿Lo entiendes?

Fornyx pareció desconcertado, pero Rictus lo entendió perfectamente.

—Déjame ver, pues.

La armadura salió de su soporte, ligera como el cuero y más dura que ninguna piedra. Rictus separó las dos mitades, y Corvus deslizó un brazo por la abertura. Estaba sudando.

Los cierres chasquearon, y luego las hombreras descendieron y se encajaron en su lugar. Corvus tiró del cuello de la coraza.

—Es demasiado grande —jadeó.

—Espera un segundo —dijo Rictus, recordando la primera vez que se había puesto su propia coraza, en las colinas de Kunaksa. El padre de aquel muchacho le había ordenado ponérsela.

El rostro de Corvus cambió.

—Se está moviendo. Puedo sentirlo.

—Se amoldará a tu cuerpo. Sólo tarda un segundo.

Algo se iluminó en los extraños ojos de Corvus.

—Ya está, Rictus. Es como si la hubieran fabricado para mí.

Fornyx palmeó la hombrera negra del muchacho.

—Al fin eres un portador de la Maldición. Menudo espectáculo ofrecemos, tres hombres de negro y escarlata.

Corvus se secó los ojos.

—Gracias, Rictus. He viajado durante mucho tiempo para llegar a sentir que tenía derecho a hacer esto. Nunca estuve seguro...

—Eres macht. La armadura se fabricó para ti —dijo Rictus—. A partir de mañana, serás nuestro rey. Sé digno de la armadura y la corona.

Corvus lo miró.

—Estas últimas semanas, desde la captura de Machran, he estado recibiendo delegaciones de todas las ciudades dignas de tal nombre. Los hombres que me criticaban ahora firman edictos felicitándome.

—Han tenido suficiente guerra para una temporada —dijo Fornyx—. Están listos para algo nuevo, cualquier cosa, a condición de que acaben las guerras.

—Confío más en los hombres como Kassander; hombres que me resistieron abiertamente, y que lo intentaron hasta el final. Esos hombres valen la pena.

Rictus pensó en Phaestus y en Karnos. Si hubieran estado vivos en aquel momento, los habría matado él mismo. Y, sin embargo, tenía una hija que amaba al hijo de Phaestus.

—He oído decir que sólo Antimone conoce realmente los corazones de los hombres —dijo Rictus—, y que por eso llora.

—Cuando me presenté en tu granja aquella mañana, Rictus, nunca pensé que las cosas irían de este modo —dijo Corvus—. Ojalá todo hubiera sido distinto.

—Ha sido un largo camino —dijo Rictus—. Ninguno de nosotros sabe qué habrá tras la siguiente curva.

Pensó en Jason, el padre de aquel chico. En Eunion, un hombre bueno y amable. Y en Aise, cuya vida había acabado en el tormento. Todo a causa de él.

Sus vidas, sus muertes; estarían siempre con él en un oscuro rincón de su alma.

—Simplemente, seguimos adelante —dijo Rictus en voz baja—. Es lo que hacemos. Llevamos la Maldición de Dios a la espalda, y avanzamos juntos hacia la oscuridad.

—Hay ocasiones en las que no sé qué significa ser macht —dijo Corvus—. Y sé que todavía no sé qué significa ser rey. Mañana los líderes de los macht estarán aquí para ver esa corona colocada sobre mi cabeza, hombres de cincuenta ciudades, una multitud de miles de personas. Pero aún no estoy seguro de lo que va a significar todo esto, ni para mí ni para ellos.

Rictus miró a aquel muchacho serio y terrible de ojos extraños.

—Lo sabrás —dijo—. Con el tiempo.

## Epílogo

Las nieves habían desaparecido de las profundas cañadas, aunque el blanco de las montañas aún resplandecía contra el horizonte azul. Atravesaron el río, sintiendo el pinchazo del agua fría; el hielo no había acabado de deshacerse.

Rictus cruzó el arruinado umbral de lo que una vez había sido su hogar. Las paredes resistían, negras y rotas, piedra sobre piedra. Se abrió paso entre los escombros y se arrodilló frente a la chimenea en forma de colmena, donde Aise había hecho el pan. La chimenea seguía en su sitio. En las rendijas abiertas entre las losas de piedra crecían briznas de hierba.

Levantó una viga, que se convirtió en carbón entre sus manos. Fragmentos de cerámica rota crujieron bajo sus pies. Sobresaltó a un mirlo, que salió volando de las ruinas con un grito indignado.

Pasó a través de lo que había sido la puerta lateral, en dirección al espacio donde había dormido con Aise.

Y se arrodilló allí, recordando. Algo relució al sol, y Rictus se inclinó y rebuscó entre las cenizas. Un trozo de cristal aguamarina, un fragmento de recuerdo. Lo apretó en su mano y se dobló con el dolor repentino de las imágenes que el cristal conjuró en su mente.

Finalmente volvió a levantarse, respirando con dificultad y con los ojos ardiendo. Levantó la vista, y había golondrinas en el aire sobre su cabeza, trazando alegres arcos en el cielo. Dejaban caer barro al descender, construyendo sus nidos en las rendijas de las paredes.

Salió de la casa para reunirse con los demás bajo el sol y junto al tranquilo resplandor del río. Por encima de él, los bosques se aferraban a las pendientes de la cañada, y había hojas nuevas de punta verde en hayas, robles y abedules. El canto de los pájaros llenaba el aire.

Rian le tomó una mano. Levantó a Ona para abrazarla, y la niña le rodeó el cuello con los brazos.

Miró a Fornyx y Philemos.

—Será mejor que empecemos, supongo. Hay mucho que hacer.

## Glosario

**Aichme:** Punta de lanza, generalmente de hierro pero a veces de bronce. La punta de lanza mide normalmente unos veinticinco centímetros de longitud, de los que diez forman la hoja.

**Anande:** El nombre kefren de la luna conocida como Haukos; en su idioma, significa «paciencia».

**Antimone:** La diosa velada, protectora y guardiana de los macht. Exiliada del cielo por crear la armadura negra macht, es la diosa de la piedad, la misericordia y la tristeza. Su velo separa la vida de la muerte.

**Apsos:** Dios de las bestias. Una figura borrosa en el panteón macht. Supuestamente, es una criatura en forma de cabra que castiga el maltrato a los animales, y que a veces transforma a los hombres en bestias por venganza o como broma.

**Araian:** El sol, esposa de Gaenion, el dios herrero.

**Arconte:** Término kufr para referirse a un oficial militar de alto rango, general de un ala o un cuerpo.

**Bel:** Dios todopoderoso y creador que vela por el mundo kufr. Equivale al concepto de Dios de los macht, pero es más gentil y menos vengativo.

**Cabeza de paja:** Término despectivo utilizado entre los macht para referirse a los oriundos de los pueblos de alta montaña. Tales personas tienden a ser más altas y de cabello más pálido que los macht de las tierras bajas, de ahí la expresión.

**Carnifex:** Médico del ejército.

**Centón:** Tradicionalmente, el número de hombres que podían comer de un solo centos, los grandes calderos negros donde cocinan los mercenarios. Aproximadamente, un centenar de hombres.

**Clámide:** Capa corta que por lo común llega a medio muslo.

**Don de Antimone / Maldición de Dios:** Armadura negra e indestructible, entregada a los macht en el pasado legendario por la diosa Antimone, fabricada por el mismo dios herrero a partir de la oscuridad. Existen unos cinco o seis mil ejemplares de esta armadura en el mundo de Kuf, y los macht lucharían hasta la muerte para impedir su caída en manos kufr.

**Drepana:** Una espada de ataque pesada y curva, asociada con los pueblos macht de las tierras bajas.

**Firghe:** Nombre kefren de la luna Phobos; significa «furia».

**Gaenion:** Dios herrero de los macht, que fabricó la Maldición de Dios para Antimone, y que forjó las estrellas y gran parte de la estructura del propio Kuf. Está casado con Araian, el sol, y se supone que su forja se encuentra en la cima del monte Panjaeos en las Harukush.

**Himación:** Capa larga y elegante, empleada a veces en las ceremonias.

**Hombres cabra:** Salvajes degenerados que no pertenecen a ninguna ciudad y viven en estado de embrutecimiento. Suelen vestir con pieles de cabra, y viven recluidos en las montañas más altas de las tierras macht.

**Honai:** Tradicionalmente, palabra kefren que significa «los mejores». Es un término empleado para describir a las mejores tropas del séquito de un rey, no sólo su guardia personal, sino también los bien entrenados soldados profesionales distribuidos por todo su ejército.

**Hufsan / Hufsa:** Términos masculino y femenino para designar a los habitantes de casta más baja del Imperio, tradicionalmente montañeses de las Magron, las Adranos y las Korash. Son más bajos y de piel más oscura que los kefren, pero también más resistentes y primitivos y menos cultos. Prefieren conservar sus registros en historias orales antes que escribirlos.

**Infierno:** El otro lado del velo. No es un infierno en el sentido cristiano, sino una vida después de la muerte cuya naturaleza es totalmente incognoscible.

**Isca:** Ciudad macht, destruida por una alianza de sus vecinas el año anterior a la batalla de Kunaksa. Los hombres de Isca eran guerreros semiprofesionales que se entrenaban continuamente para la guerra y tenían la costumbre de atacar a sus vecinos. Según la leyenda, el fundador de Isca, Isarion, era un protegido del dios Phobos.

**Juthos:** Raza de esclavos bajos y de piel gris en el Imperio asurio. Son un pueblo duro, obstinado y misterioso, una de las últimas razas conquistadas por los Grandes Reyes.

**Kefren:** Pueblos de la tierra originaria de los asurios, que dirigieron la resistencia contra los macht en un pasado casi legendario, y fundaron un imperio tras conseguir derrotarlos. Son la raza privilegiada en todo el Imperio, y se han convertido en una casta de gobernantes y administradores.

**Kerusia:** En macht, la palabra significa «consejo», y se usa para designar a los líderes de una comunidad. En los círculos mercenarios, también puede referirse a una reunión de generales, a veces pero no siempre elegidos por consenso.

**Komis:** Tocado de lino usado por la nobleza del Imperio asurio. Puede enrollarse en la cabeza dejando visibles sólo los ojos, o soltarse para revelar todo el rostro.

**Kuf:** El mundo, la tierra, el hogar de la vida situado entre las estrellas bajo la mirada de Dios y sus adláteres.

**Kufr:** Término despectivo de los macht para todos los habitantes de Kuf que no son de su misma raza.

**Mora:** Formación de diez centones, aproximadamente mil hombres.

**Mot:** Dios kufr de las tierras estériles, y por tanto de la muerte.

**Niseia:** Tierra de llanuras famosa por sus caballos, supuestamente las mejores monturas de guerra del mundo, y ciertamente las más altas. Principalmente negros o bayos, y de más de dieciséis palmos de estatura, son los caballos de los reyes y nobles kefren, y se los ve muy raramente fuera de Asuria.

**Óbolo:** Moneda hecha de bronce, plata u oro.

**Ostrakr:** Término usado para referirse a los infortunados que no tienen ciudad propia, ya sea debido al exilio, a la destrucción de su ciudad o a la decisión de unirse a los mercenarios.

**Othismos:** Nombre dado al núcleo de la batalla cuerpo a cuerpo, donde se encuentran las dos masas de infantería pesada.

**Panoplia:** Nombre dado al conjunto del equipamiento de la infantería pesada, incluyendo el yelmo, la coraza, el escudo y la lanza.

**Pasang:** Mil pasos. Históricamente, una milla corresponde a mil pasos dobles de un legionario romano, por lo que un pasang equivaldría a media milla.

**Peán:** Cántico religioso, normalmente entonado con ocasión de un fallecimiento. Los macht cantan el Pean al entrar en batalla, para prepararse para su propia muerte.

**Peplos:** Prenda femenina, parecida a una capa pero generalmente más fina y ligera.

**Phobos y Haukos:** Las dos lunas de Kuf. Phobos es la mayor, y de color pálido. Haukos es más pequeña, y su tono es rosado o rojo claro. También son los dos hijos de la diosa Antimone. Phobos es el dios del miedo, y Haukos el de la esperanza.

**Qaf:** Raza misteriosa nativa de las montañas de Korash. Son altos y corpulentos, y parecen una extraña amalgama de kufr y simio. Se les supone un idioma propio, pero parecen bestias inmensamente poderosas que recorren las nieves de los pasos altos.

**Quitón:** Túnica de manga corta, abierta en la garganta y que llega hasta la rodilla. La versión femenina es más larga.

**Regatón:** Contrapeso del aichme, al final de la lanza, generalmente un pincho de cuatro lados algo más pesado que la punta, que permite agarrar el asta por debajo del punto medio sin que el arma pierda el equilibrio. Se usa para clavar la lanza en el suelo, y también para rematar a los enemigos derribados. Si el aichme se rompe en la batalla, el regatón se emplea a menudo como sustituto.

**Signos:** Las letras del alfabeto macht. Normalmente, cada ciudad adopta una letra como signo, y sus guerreros la pintan sobre sus escudos.

**Taenón:** Cantidad de tierra necesaria para que un hombre viviera y mantuviera a su familia. Varía según el territorio y la calidad del suelo; un taenón en las colinas es mayor que en las tierras bajas, pero en general equivale a unos cinco acres.

**Tribus de cabreros:** Macht menos civilizados que no viven en ciudades sino que son montañeses nómadas. No tienen lenguaje escrito, pero sí una rica tradición de cultura oral.

**Vorine:** Depredador canino, a medio camino entre el lobo y el chacal.